

Jacques el fatalista

Denis
Diderot



Lectulandia

Diderot presenta en *Jacques el fatalista* dos personajes que se asemejan de alguna manera a los de Don Quijote de la Mancha. En efecto, la trama de su novela gira en torno a Jacques y su amo, dos hombres que viajan a través de los campos de Francia y que, en el ínterin, cuentan con el tiempo suficiente para referirse anécdotas de su pasado, recordar personajes o situaciones y colegir de todo reflexiones filosóficas. Además, como Sancho y don Alonso Quijano, los personajes de Diderot también viven aventuras, pernoctan en posadas en las que escuchan toda clase de intrigas, se ven inmersos en duelos y conflictos de honor, y discrepan en sus opiniones sobre la vida, el amor o el destino.

Al inicio del relato, el amo de Jacques pide a éste que le cuente la historia de sus amores, a lo cual accede el sirviente, dado su gusto por las narraciones. Sin embargo, a raíz de los detalles con que Jacques aborda su descripción y las inevitables interrupciones que sufre ésta, su discurso se prolonga hasta el final de la novela. Así, tenemos un argumento distendido, una historia central (compuesta por el viaje y el relato de Jacques) que ocurre en el presente, pero también un sinnúmero de referencias al pasado, analepsis de todo tipo (los antiguos patronos de Jacques, su vida militar, los enredos amorosos del amo) y, además, digresiones causadas por la inclusión de personajes secundarios, debates filosóficos y las constantes intervenciones de Diderot.

Frente a cada situación que vayan descubriendo en su itinerario —el engaño de una mujer a su patrón, la obsesión de dos sujetos por los duelos a muerte, las acusaciones cernidas sobre un buen fraile— siempre sentenciará Jacques con la misma fórmula: «Todo lo ocurrido estaba escrito allá arriba». Su amo, contribuirá a hacer más evidente el determinismo del criado, pues él es un hombre práctico, y se sorprenderá continuamente con los alcances que aquella doctrina puede tener; a veces, incluso, se verá doblegado por la fuerza de ésta, hecho que invertirá las relaciones de poder que existen entre ambos hombres.

ALEJANDRO JIMÉNEZ

Lectulandia

Denis Diderot

Jacques el fatalista

ePub r1.0

IbnKaldun 18.09.14

Título original: *Jacques le fataliste et son maître*

Denis Diderot, 1796

Traducción: María Fortunata Prieto Barral

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Cronología

- 1713 5 de octubre, nacimiento de Diderot en Langres.
- 1723-1740 Estudios en el colegio de los jesuitas de Langres y luego en París.
- 1741 Encuentro con Antoinette Champion.
- 1742 Agosto, encuentro con Jean-Jacques Rousseau.
- 1743 El padre de Diderot hace que lo encierren en un monasterio para impedir que se case. Diderot se escapa y se casa en secreto con Antoinette Champion.
- 1745 *Essai sur le mérite et la vertu*, según Shaftesbury.
- 1746 *Pensées philosophiques*.
- 1747 *La promenade du sceptique*.
- 1748 *Les bijoux indiscrets. Mémoires de mathématiques*.
- 1749 *Lettre sur les aveugles*. El 24 de julio Diderot es detenido y encerrado en el castillo de Vincennes. Liberado el 3 de noviembre.
- 1751 Febrero, *Lettre sur les sourds et muets*. Junio, aparición del primer volumen de la *Enciclopedia*.
- 1753 Participación en la querrela de los bufones italianos. El 2 de septiembre, nacimiento de Angélique Diderot. Diciembre, *De l'interprétation de la nature*.
- 1757 Febrero, publicación del *Fils naturel* y de los *Entretiens* sobre la obra de teatro.
- 1758 Publicación del *Père de famille* y del *Discours sur la poésie dramatique*.
- 1759 La *Enciclopedia*, al llegar a su volumen VII, es condenada sucesivamente por el Parlamento, el Consejo del rey y la Santa Sede. El 10 de mayo, primera carta conocida a Sophie Volland, a quien estaba vinculado desde hacía varios años.
- 1760 Redacción de *La Religieuse*.
- 1762 *Eloge de Richardson*; primer esbozo del *Neveu de Rameau*.
- 1765 Septiembre, redacción del *Salon de 1765*, seguido de los *Essais sur la peinture*.
- 1766 Enero, aparición de los diez últimos volúmenes de la *Enciclopedia*; los volúmenes de grabados aparecerán escalonadamente hasta 1772.
- 1767-1768 Redacción del *Salón de 1767* y de *Mystification ou Histoire des portraits*.
- 1769 Redacción del *Rêve de d'Alembert*.
- 1770 En verano, viaja a Langres y a Bourbonne; redacción de *Les deux amis de Bourbonne* y de *Entretien d'un père avec ses enfants*.
- 1771 Diderot lee a Meister la primera versión (perdida) de *Jacques le Fataliste*.

- 1772 *Les Eleuthéromanes, Ceci n'est pas un conte, Madame de La Carlière, Supplément au Voyage de Bougainville*. Colaboración en la *Histoire des deux Indes* del abate Raynal.
- 1773 El 11 de junio sale para La Haya y Rusia. El 8 de octubre llega a Petersburgo: inicio de las conversaciones con Catalina II.
- 1774 El 5 de marzo sale de Petersburgo. En octubre regresa a París, pasando por La Haya.
- 1778 Diciembre, primera edición del *Essai sur les règnes de Claude et de Néron (Vie de Sénèque)*.
- 1782 Segunda edición del *Essai*.
- 1784 En febrero, muerte de Sophie Volland. El 31 de julio, muerte de Diderot.

Introducción

«¡Ese Vesubio de las letras, sin cesar desbordante de lava, de fuego, de escorias al rojo vivo, en perpetua explosión!», así le veía Émile Henriot valiéndose de un símil volcánico, que es una de las metáforas más usuales cuando se habla de Diderot; para bien o para mal, todo el mundo le ve echando humo, llamas y materias derretidas, como un temible fenómeno de la naturaleza, con una actividad constante y devastadora. No hay otro «filósofo» al que se achaque tanto estrépito y furia.

Y que entre estallido y estallido haya dado menos facilidades para que sepamos cómo es cuando no ejerce de dragón; a Voltaire se le ve a menudo vivir en la intimidad, Rousseau pregona la suya confundiéndola con el sentido último del universo, pero Diderot parece no tener vida privada; ni siquiera en sus cartas a Sophie Volland, epistolario de amor y de desahogo, está el hombre al que es inútil buscar. Irritantemente para sus lectores curiosos, no vemos su perfil interior, sólo ideas, talento, agitación y montañas de papel escrito.

Su obra literaria e intelectual es de un volumen enorme, hizo de todo, y por lo común en grandes cantidades; dirigir y defender la *Enciclopedia*, redactando algunos de sus principales artículos, hubiera bastado para llenar una vida, pero nos dejó además una caudalosa literatura de carácter muy diverso: filosofía, teatro, novela, relatos cortos, crítica de arte, teoría teatral, política, historia, divulgación de ciencia, un sinfín de cartas, para no hablar de sus traducciones. Ocasionalmente, hasta poesía, casi nada queda al margen de su interés.

Es un polígrafo que invade todos los territorios, infatigable, original, lleno de audacia y de violencia, ocupando el tiempo de su madurez —largo período que va desde mediados de siglo hasta poco antes de la Revolución— con un trabajo febril que no desdeña ninguna forma de expresarse. Es como si viviera para escribir diciendo todo lo que lleva dentro de todas las maneras posibles, cubriendo todos los campos para abrir en cada uno de ellos un nuevo frente de batalla, multiplicando los combates, que son lo que justifica tanta laboriosidad en dejar correr la pluma.

Porque todos sus escritos son artefactos de guerra, de guerra ideológica, de propaganda ilustrada, no concibe la neutralidad o el pasatiempo, no admite tregua en su vocación subversiva; ni una página suya es inocente o inocua, jamás depone las armas; es un soldado de «las luces» que no pierde ocasión de pelear —no sólo con sus enemigos, muchas veces también con sus supuestos amigos—, y sus campañas le absorben de tal modo que es difícil ver qué hay, quién hay, detrás de su perenne actitud militante.

Así es también en las cuatro ocasiones en que se hace novelista. Primero con *Las alhajas indiscretas*, fantasía erótica con ropaje oriental a la que no dio su nombre, y de la que después renegó («una gran necesidad»), luego con *La religiosa*, justificado

motivo de escándalo; hasta que en *El sobrino de Rameau* plantea con más ambición lo que se proponía hacer en este género, y por fin *Jacques el fatalista*... Exceptuando su primera novela, de 1748, fueron libros que se publicaron póstumamente.

Jacques el fatalista corresponde, pues, al último tramo de su vida, y aunque la cronología es muy incierta, quizá se empezó a escribir hacia 1765 (sabemos, sin embargo, que hasta poco antes de su muerte aún corregía el manuscrito). Copias con cortes de censura pudieron leerlas los privilegiados destinatarios de la *Correspondencia literaria* del barón de Grimm entre 1778 y 1780, pero no se imprimió hasta los años finales del siglo (1796-1798), cuando Diderot ya había muerto.

En esta novela singular se resume su visión del arte narrativa, con herencias muy lejanas que se remontan al siglo XVI, a Rabelais, ecos de Cervantes y de la picaresca española pasada por el *Gil Blas* de Lesage, y las últimas lecciones de la novela inglesa como disparate de humor corrosivo, bien aprendidas del *Tristram Shandy* de Sterne. Literatura, desde luego —retocada en el curso de unos veinte años, lo cual demuestra que no fue una improvisación—, pero sin renunciar a que sea también una máquina bélica.

¿En qué consiste *Jacques el fatalista*? Digamos que deliberadamente se presenta como un texto deshilvanado, una historia casi sin argumento, con poquísima ilación, que se complace en sabotearse a sí misma. *Ceci n'est pas un conte*, esto no es un cuento, fue el título de uno de sus cuentos de esta época (1773), y la presente novela también podría titularse *Esto no es una novela* (de hecho, así se dice en un momento del relato: *Ceci n'est point un roman*). ¿Qué es entonces? ¿Una pura divagación descosida?

La trama, en la medida en que existe, se suspende y se desarticula sin cesar, los sucesos flotan en la incertidumbre, los personajes son muñecos que gobierna con aire burlón la voz de un autor caprichoso que interpela a los lectores; apenas se insinúa un episodio, el novelista lo deshace de un manotazo o lo sumerge en la ambigüedad, cambiando inesperadamente con una pirueta el curso de los acontecimientos, que en cualquier caso tampoco llevan a ninguna parte.

Todo es móvil e inseguro, lo que pasa y su significado, el espacio y el tiempo, se abren paréntesis que introducen nuevas historias, lo que tomábamos por realidades resultan ser simples apariencias, se nos empuja una y otra vez a callejones sin salida, los interrogantes irónicos nos sumen en la confusión, y llegan hasta a enmendar el pasado: después de recorrer un trecho, se desanda jocosamente para sembrar de dudas este recorrido. Todo son arenas movedizas, nunca pisamos tierra firme.

En síntesis, lo que se nos cuenta es un viaje a caballo que durante unos ocho días efectúan un amo sin nombre y su criado, un tal Jacques, antiguo apodo que se daba a los campesinos (de ahí la palabra *jacquerie*, que designa una revuelta rural). El señor

—con hábitos estereotipados, como tomar rapé y consultar la hora en su reloj— y el rústico que está a su servicio, y que tiene una visión grotescamente fatalista del mundo. ¿Son libres de elegir su vida o todo está ya escrito, decidido de antemano? Esto es lo que discutirán a lo largo de muchas páginas.

Pero, haciendo abstracción de este debate, ¿quiénes son, de dónde vienen, adónde van, por qué viajan? Es decir, ¿cuál es su sustancia novelesca? Nunca lo sabremos. «¿Cómo se habían encontrado? Por casualidad, como todo el mundo. ¿Cómo se llamaban? ¡Qué os importa eso! ¿De dónde venían? Del lugar más próximo. ¿Adónde iban? ¿Es que alguien sabe adónde va?» Son las primeras frases de la novela, no puede negarse al autor franqueza y desenvoltura, aquí no se engaña a nadie, no esperemos demasiadas explicaciones, y las que se nos den quizá sean para desorientar.

Diderot se niega a la unidad, a la continuidad y a la coherencia, éste es un criterio sistemático que pulveriza todo sistema, pero lo hace de un modo risueño, zumbón, y con innegable gracia, a diferencia de la solemnidad y la tiesura con que proceden los autores de tantas novelas experimentales del siglo xx; el parentesco es indiscutible, quizá sus propósitos sean los mismos, pero en *Jacques el fatalista* los métodos son muchísimo más hábiles y astutos, ya que, desenfadadamente, no dejan de proporcionar diversión.

Este viaje es un pretexto que sirve de marco a diversas historias intercaladas, sobre los amores de Jacques y de su amo, por ejemplo, o los de Madame de La Pommeraye; pero lo que sirve de hilo conductor es el coloquio de los dos protagonistas, ya que ambos se dedican continuamente a conversar, hasta el punto de que Diderot llamó «diálogo» a su libro. Un recurso muy frecuente en él, aunque hay que tener en cuenta que sus personajes acostumbra a dialogar como un medio más de ocultación, de disimulo, porque la plática está trucada de raíz.

Nada parecido a dos talantes o puntos de vista que se contraponen o se complementan, Jacques y su amo hablan como para destruir cualquier posibilidad que ocupe el lugar del escritor; y esta aparente paradoja es muy diderotiana. Más que debatir sus opiniones con otros o consigo mismo, busca una forma indirecta de imponerse anulando a los demás, y por eso hace que se dialogue con el fin de inutilizar y escarnecer lo que se expresa.

Todos los que conocieron a Diderot hablan como de un rasgo muy suyo el no escuchar ni dejar hablar a nadie. «Mucho más que conversar con los hombres, conversaba con sus propias ideas», dice de él Meister, un colaborador de Grimm, y cuando va a visitarle su joven discípulo Garat observa: «En seguida comprendí que mi papel consistía en admirarle en silencio». En cuanto a Voltaire, dicen que comentó después de una entrevista que «la naturaleza había negado a Diderot un don esencial, el del diálogo».

Curiosos testimonios sobre quien sentía tanta preferencia por los diálogos como fórmula narrativa, pero es que la novela ilumina muy bien esta cuestión utilizando el estilo dialogado para frustrar todas nuestras expectativas; no se habla si no es para conducirnos a una tierra de nadie, despoblada de sentimientos, de personas, de acciones y de ideas, en la que sólo puede existir el eco de una voz en la que reconocemos al *deus ex machina* que hace las veces de Dios negándolo.

Entre Rabelais, que es la novela amontonada, y Sterne, que es la novela rota, Diderot elige un camino muy personal que es como el incongruente envés de sus soliloquios, vaciando la novela de su condición novelesca, y eso suena a vanguardia; en él hay una voluntad literaria suicida que ha hecho las delicias del *nouveau roman*, influyendo en que este libro desconcertante despertara más interés entre los escritores que entre los lectores, como si fuera un buen estímulo creativo más que un objeto de lectura.

Desde Schiller, quien ya en 1785 publicó uno de sus pasajes en alemán, hasta Milan Kundera en nuestros días, desde Goethe («un festín bárbaro y delicado») a la «aliteratura» contemporánea, pasando por Stendhal y Gide, y sin olvidar el guión de la película *Las damas del Bois de Boulogne* (1945), de Bresson, en el que intervino Cocteau, y diversas adaptaciones teatrales, *Jacques el fatalista* tiene un largo y significativo historial. Aunque la novela nunca haya sido tan leída como *Rojo y negro*, *El primo Pons* o *Madame Bovary*.

¿Qué pasa con esa extrañísima historia que se ríe no sólo de la modalidad narrativa que parece emplear (la picaresca y sus continuaciones en manos de franceses e ingleses), sino también de cualquier noción de relato más o menos coherente? ¿Es una «obra literaria», según las teorías de Umberto Eco, un conjunto de piezas sueltas que cada cual puede encajar como le dé la gana, al modo de la ficción de Cortázar? ¿Anticipa, como vemos por las referencias usadas, lo que será cierta novelística actual? ¿O es sólo un capricho tan voluntariamente desorganizado que parece muy moderno, hipótesis esta última un poco cruel?

On était dans un siècle d'analyse et de destruction, pontificaba ceñudamente Sainte-Beuve en 1830, hablando de Diderot, y este severo diagnóstico no deja de ser ilustrativo: *Jacques el fatalista* analiza para destruir, descompone con un fin de mixtificación, cuenta algo para convencernos de que todo lo que puede contar es equivocado; de ahí que no quiera dar sentido a todo eso, porque lo que nos quiere dar es una ausencia de sentido, lo cual significa mucho al margen de la función novelesca propiamente dicha. La novela es un equívoco, porque «la vida es un constante *quid pro quo*».

Es decir, un error, una confusión a la que no es ajeno el engaño, y que para colmo tiene consecuencias imprevisibles. ¿Quién engaña a quién? El engañador es sin duda el novelista, y su víctima el lector, ese lector «curioso», «importuno», «preguntón»,

según se le llama en un famoso pasaje que se supone inspiró el verso de Baudelaire («*hypocrite lecteur, mon semblable...*»), que acaba siempre chasqueado, burlado ignominiosamente, y quizá por eso el libro acaba hablando de cornudos.

El argumento, que no tarda en convertirse en un desbarajuste, procede por saturación a manera de parodia de los géneros narrativos más acreditados. En la picaresca y en el *Quijote*, en el *Gil Blas* de Lesage y no digamos en Sterne, se acumulan atropelladamente los episodios, se multiplican los incisos, las historias secundarias, los pasajes que interrumpen la acción en beneficio de lo que hoy se llamaría el *suspense*; es un tipo de novela múltiple y tumultuosa, aventurera y un tanto amontonada, y Diderot no tiene más que empujarla hasta el absurdo, haciendo que la frondosidad del relato ahogue el mismo relato.

La novela, tal como se entiende modernamente, está aún configurándose, buscando sus perfiles, mucho antes de su genial florecimiento entre el romanticismo y Proust, y alguien ya inventa su destrucción analítica, su negación; alguien la lleva ya a una especie de paroxismo nihilista imitando burlescamente sus rasgos que se exageran hasta mucho más allá de lo que solía considerarse natural, verdadero y razonable. Fingiendo seguir el juego, Diderot idea así un desvarío bien controlado que hace trizas la misma novela que escribe.

Siempre, hablando del siglo XVIII, hay que volver a la genial máxima goyesca, «el sueño de la razón produce monstruos», y uno de esos monstruos, eso sí, de apariencia muy risueña y amable, lleno de jocosidad, humor y sorpresas, porque Diderot es muy ágil y ocurrente, es Jacques el fatalista; el racionalismo de los primeros ilustrados, como Voltaire, hubiera considerado una traición desbordar sus propios límites, pero la generación de la *Enciclopedia*, los Rousseau y Diderot, tenían que ir más lejos, y de sus sueños nacen cataclismos.

Aquí el género novelesco no sirve ya para discutir, para atacar o para predicar (el simple entretenimiento o la autonomía humana de la ficción ya se han descartado), no sirven ni las *Cartas persas*, ni *Manon Lescaut* ni el *Cándido*, tampoco *La religiosa*, *La nueva Eloísa* o el *Emilio*; Jacques el fatalista rompe el instrumento que todos ellos manejan, o lo hace inservible, para llevamos a una tierra arrasada; con una óptica de visionario, parece anticiparse el futuro, y, saltando por encima de la edad de oro de la novelística, se anuncia su desenlace. De ahí la equívoca sensación de modernidad.

Equívoca porque hoy lo vemos inevitablemente con nuestros ojos, a dos siglos vista, pero aunque los profesores más conspicuos hablen de «antinovela» a propósito de Diderot, sería un anacronismo muy ingenuo suponerle dotes proféticas. Inteligencia sí, muchísima, es uno de los hombres más inteligentes de la Francia de su tiempo, y por eso Jacques el fatalista no tiene nada de casual; es el meditado fruto de una decisión; para subvertir la vida subvirtamos su imagen novelesca, hasta el punto

de quebrar su molde.

Esta fractura, que pulveriza el relato, era ya muy audaz, y es lo que más llama la atención de nuestros contemporáneos, pero los materiales que emplea el autor también son muy significativos, y no se desdeña en modo alguno su función didáctica: el mal y el engaño, se nos dice de mil maneras, están en todas partes, y escapan por completo al dominio de lo moral y de lo racional («la fantasía a la cual llaman razón»). Nada puede entenderse ni justificarse, y el determinismo de Jacques no es más que una mofa de la incapacidad de explicar, prever y dar un sentido a todo eso.

Entre los numerosos cuentos intercalados hay muchos que son simples chascarrillos, pero uno de ellos, el más largo, elaborado y famoso, la historia de Madame de La Pommeraye (el que tradujo Schiller y adaptaron al cine Bresson y Cocteau), tiene un alcance mayor: a una traición sucede una venganza, pero ésta contribuye inesperadamente a la felicidad del hombre de quien se quería vengar la protagonista. Infinitas interrupciones igualan de modo superficial este episodio con el resto del libro, pero dentro de él es un enclave de narración tradicional que representa con burla, pero también con coherencia, el pensamiento de Diderot.

Todo es engaño y accidente, incertidumbre y oscuridad, y la novela usual, por ejemplo la fórmula picaresca que finge seguir, no le basta para sus fines; incluye además unas viñetas de estilo boccacciano, y sobre todo anula el mismo vehículo novelesco. La manera de contarse hace así mucho más destructiva de lo que se cuenta, el envoltorio condiciona el contenido de una forma tan radical que durante largos años, mientras escriben Balzac, Flaubert y tantos otros, este intento parecerá una aberración.

Literariamente hablando, discutirlo podría llevar muy lejos, pero Diderot no se sitúa en el terreno de la literatura. Si se complace en no atar cabos sueltos, en interpelar festivamente al lector diciéndole que todo puede suceder o haber sucedido, lo mismo una cosa que su contrario, está tratando de convencernos de que tanto en la novela como en la vida lo que pasa se debe más que a la libertad, al capricho, al puro antojo. Y la única explicación que se nos ofrece es la que Jacques atribuye a todos los sucesos, el fatalismo.

Diderot se esconde tras la voz del novelista, representando a un Dios absurdo al que escarnece en el dislate de la acción, tan desgana e inciertamente gobernada por él; un Dios risible, más aún, impensable, imagen bufa de la Providencia, que permite que todo vaya manga por hombro porque sí, dejando abiertas todas las posibilidades de la realidad y despreocupándose frívolamente de sus consecuencias. Lo más parecido al azar, de ahí que ese Dios irrisorio equivalga a una declaración de ateísmo.

La literatura y sus juegos se hacen de este modo alegoría teológica, la novela y la vida se hermanan en un revoltillo en el que sólo hay irregularidad y desarreglo, caos,

excepto en la mente del escritor que lo concibe, le da forma —aquí está el libro que leemos— y se esfuerza por demostrar con palabras significativas que no hay significación posible. Que las palabras y las ideas que contienen son el único punto de apoyo en medio del vacío del universo.

Sin duda Diderot, con la lucidez intelectual que le caracteriza, que es una lucidez desencarnada, como deshabitada de sentimientos, intuyó algo fundamental: que cualquier representación novelesca de un orden humano, por complejo que sea, e incluso en la medida en que sea más complejo, es admitir un Orden con mayúscula, como una sombra de Dios. Y que para borrar su rastro hay que hacer imposible la novela, espejo metafórico de la realidad.

CARLOS PUJOL

Bibliografía

BIOGRAFÍAS

- André Billy, *Vie de Diderot*. Paris, Gallimard, 1943.
Arthur M. Wilson, *Diderot*. 2 vol. Nueva York, Oxford University Press, 1957-1972.
Pierre Lepape, *Diderot*. Paris, Flammarion, 1991.
P. N. Furbank, *Diderot*. Londres, Secker and Warburg, 1992.

OBRAS GENERALES

- Daniel Momet, *Diderot, l'homme et l'oeuvre*. Paris, Hatier, 1941.
Yvon Beiaval, *L'esthétique sans paradoxe de Diderot*. Paris, Gallimard, 1950.
Charly Guyot, *Diderot par lui-même*. Paris, Seuil, 1953 (Barcelona, Laia, 1972).
Roger Kempf, *Diderot et le roman*. Paris, Seuil, 1964.
Jacques Proust, *Lectures de Diderot*. Paris, Armand Colin, 1974. Roger Lewinter, *Diderot ou les mots de l'absence*. Paris, Champ Libre, 1976.
Carol Sherman, *Diderot and the art of dialogue*. Ginebra, Droz, 1976.
Frederick A. Spear, *Bibliographie de Diderot*. Ginebra, Droz, 1988.
Luc Alary, *Diderot*. Paris, Albin Michel, 1993.

SOBRE JACQUES EL FATALISTA

- Jacques Smietanski, *Le réalisme dans «Jacques le fataliste»*. Paris, Nizet, 1965.
Francis Pruner, *L'unité secrète de «Jacques le fataliste»*. Paris, Minard, 1970.
Eric Walter, *«Jacques le fataliste» de Diderot*. Paris, Hachette, 1975.

C. P.

Jacques el fatalista

¿Cómo se habían encontrado? Por casualidad, como todo el mundo. ¿Cómo se llamaban? ¿Qué os importa eso! ¿De dónde venían? Del lugar más cercano. ¿A dónde iban? ¿Acaso sabe nadie a dónde va! ¿Qué decían? El amo no decía nada, y Jacques decía que su capitán decía que todo cuanto nos acontece de bueno y de malo aquí abajo está escrito allá arriba, en el cielo.

AMO.—Mucho decir es eso...

JACQUES.—Mi capitán añadía aún que cada bala disparada de un fusil sale con su billete de destino.^[1]

AMO.—¡Y cuánta razón tenía!

Al cabo, tras una breve pausa, Jacques exclamó:

—¡El diablo se lleve al tabernero y a su taberna!

AMO.—¿Por qué has de mandar al diablo a tu prójimo? Eso no es de cristianos.

JACQUES.—Es que, mientras me emborrachaba un día con su mal vinacho, se me olvidó llevar los caballos al abrevadero; mi padre que se da cuenta, se enfurece, yo muevo la cabeza denegando, él coge un palo y me muele las costillas. En esto que pasa por el pueblo un regimiento camino de Fontenoy^[2] y yo, resentido, voy y me enrolo. Así que llegamos comienza la batalla...

AMO.—¿Y tú recibes la bala que iba a ti dirigida?

JACQUES.—Decís bien, eso es lo que ocurrió: un tiro en la rodilla y... y sólo Dios sabe las venturas y desventuras que ese disparo me acarreó. Todas ellas se enlazan una en otra y se desenvuelven ni más ni menos que como los eslabones de una cadena. Sin aquel tiro, ya veis, creo yo que nunca me habría encontrado ni cojo ni enamorado.

AMO.—¿Conque estuviste enamorado?

JACQUES.—¡Ya lo creo que lo estuve!

AMO.—¿Y a causa de un tiro?

JACQUES.—A causa de un tiro.

AMO.—Nunca me habías dicho ni palabra.

JACQUES.—Así me parece.

AMO.—¿Y eso por qué?

JACQUES.—Pues porque no había de ser contado ni antes de ahora ni después.

AMO.—¿Y crees llegado el momento de enterarme de esos amoríos?

JACQUES.—¡Quién sabe!

AMO.—Pues por si acaso, puedes ir empezando...

Comenzó Jacques la historia de sus amores. Era por la tarde, después de comer, el tiempo estaba bochornoso. Su amo se durmió. La noche les sorprendió en pleno campo y no dieron con el camino. El amo, presa de terrible cólera, la emprendió a

latigazo limpio contra su servidor, y el pobre diablo se decía a cada golpe: «También éste, al parecer, estaba escrito allá arriba».

Ya veis, querido lector, que voy por buen camino y no dependería sino de mí el haceros esperar uno, dos, tres años, la descripción de los amores de Jacques, con sólo separarle de su amo y hacerles correr a cada uno de ellos los albures que se me antojara. ¿Qué podría impedirme casar al amo y hacerle cornudo? ¿O que Jacques se embarcara para lejanas islas y luego conducir allí a su amo? ¿Y traer de nuevo a los dos a Francia en el mismo barco? ¡Cuán fácil es hilvanar cuentos! Pero, por esta vez, saldrán bien librados el uno y el otro sin más que una mala noche, y vos, lector, con esta breve demora.

Despuntó el día y ya los tenemos de nuevo a lomos de sus cabalgaduras prosiguiendo su camino. «¿A dónde iban?», Es la segunda vez que me hacéis esa pregunta, y por segunda vez os respondo: ¿qué puede importaros? Si la emprendo con el propósito del viaje, adiós los amores de Jacques... Siguieron un rato en silencio. Luego, algo aliviado cada uno de sus pesares, el amo dijo a su criado:

AMO.—Y bien, Jacques, ¿en qué estábamos con lo de tus amores?

JACQUES.—Estábamos, me parece, en la desbandada del ejército enemigo. Unos se escapan, otros son perseguidos, cada cual piensa en salvarse. Yo quedo tendido en el campo de batalla, sepultado bajo la cantidad de muertos y heridos, que fue enorme. A la mañana siguiente, me echaron a una carreta, junto con otra docena de desdichados, para ser conducidos a uno de nuestros hospitales. ¡Ah, señor! No creo que haya herida más cruel que la de la rodilla.

AMO.—Vamos, vamos, Jacques, estás bromeando.

JACQUES.—¡No, pardiez, señor, que no bromeo! Hay aquí no sé cuántos huesos, tendones y muchos otros entresijos que no sé cómo los llaman...

Un hombre con aspecto de campesino, que les iba a la zaga llevando en la grupa a una moza, les había escuchado y terció en la conversación diciendo: «Tiene razón el señor...».

En verdad que no se sabía a quién de ambos se dirigía el *señor* aquel, pero tan mal lo tomaron Jacques como su amo, y Jacques le dijo al indiscreto interlocutor:

—¿Y tú por qué te metes en lo que no te importa?

—Me meto en lo que es mi profesión: soy cirujano, para lo que gustéis, y voy a demostraros...

La mujer que iba a la grupa le apremiaba:

—Señor doctor, sigamos nuestro camino y dejemos en paz a estos señores que no tienen ganas de demostraciones.

A lo que respondió el cirujano:

—No, yo quiero demostrar y les demostraré...

Y al volverse para hacer la demostración, empuja a la mujer, le hace perder el equilibrio y da con ella en tierra, un pie enganchado en los faldones de su levita y las enaguas remangadas hasta la cabeza. Jacques desmonta, libera el pie de la pobre criatura y le pone las sayas en su sitio. No sabría yo decir si empezó por bajarle las faldas o por desenganchar el pie; pero si hemos de juzgar el estado de la infeliz por los gritos que daba, a buen seguro que se había herido gravemente. Y entretanto, el amo de Jacques le decía al cirujano:

—Ya veis lo que sucede por querer demostrar...

Jacques a la mujer derribada:

—Consolaos, buena moza, no es por culpa vuestra ni por culpa del doctor ni por la mía ni la de mi amo: es que estaba escrito allá arriba que hoy, en este camino, a esta hora, el señor doctor sería un charlatán, que mi amo y yo seríamos dos zoquetes, que os daríais un golpe en la cabeza y que os veríamos el culo...

¡Qué no sería esta aventura en mis manos si se me antojara desesperaros! Podría dar importancia a la mujer, que vendría a ser la sobrina de un cura del pueblo vecino; me ingeniaría para soliviantar a los aldeanos; me compondría buenos combates y amoríos... Pues, bien mirado, muy lozana estaba la moza por debajo de sus sayas, y de ello no habían dejado de percatarse Jacques y su amo; no siempre esperó el amor ocasión tan propicia. ¿Por qué no iba Jacques a enamorarse de nuevo? ¿Qué le impediría ser por segunda vez el rival, y hasta el rival preferido de su amo? «¿Es que ya le había eso acontecido?» ¡Aún más preguntas! ¿Pero es que no queréis que Jacques prosiga el relato de sus amores? De una vez por todas explicaos: ¿os gustaría o no os gustaría que lo hiciera? Si es que os place, montemos de nuevo a la moza a lomos de la cabalgadura, con su caballero, dejémoslos que se vayan, y volvamos a nuestros dos viajeros. Esta vez fue Jacques quien tomó la palabra y dijo a su amo:

—Así va el mundo. Vos que no habéis sido herido en toda vuestra vida y que ignoráis lo que es un balazo en la rodilla, me discutís a mí, que sufrí la mala fractura de mi rodilla y que cojeo desde hace veinte años...

AMO.—Puede que tengas razón. Pero ese cirujano impertinente fue el causante de que aún estés tirado en una carreta, lejos del hospital, lejos de haber sanado y lejos de enamorarte.

JACQUES.—Penséis lo que penséis, la rodilla me producía un dolor de todos los diablos; iba en aumento por lo incómodo del carromato y lo abrupto del camino, y a cada tumbo se me iba un grito que partía el alma.

AMO.—¿Porque estaba escrito allá arriba que habías de gritar?

JACQUES.—¡A buen seguro! Iba desangrándome y habría sido hombre muerto si nuestra carreta, la última de la fila, no se hubiera detenido delante de un chamizo. Entonces, pido que me bajen; me ponen en tierra. Una mujer que estaba a la puerta me ve y no tarda en volver con un vaso y una botella de vino. Bebo uno o dos tragos

a toda prisa, mientras las carretas que precedían a la nuestra se ponen en marcha. Ya se disponían a echarme de nuevo entre mis compañeros, mas yo me agarré con todas mis fuerzas a las faldas de aquella mujer y a todo cuanto pude asir en torno, y púseme a jurar y a perjurar y que, puestos a morir, aun prefería que fuese en aquel lugar donde me hallaba que dos leguas más allá. Al acabar de proferir esas palabras, caí desvanecido. Cuando volví en mí me encontré desnudo y acostado en un lecho que ocupaba uno de los rincones de la casa y en redor mío veo a un campesino que allí vivía, a su mujer, la misma que me había socorrido, y a algunos chiquillos. Aquella alma buena había mojado la punta de su delantal en vinagre y me frotaba la nariz y las sienes.

AMO.—¡Ah, mira el desdichado! ¡Ah, bribón, ya te veo venir, bellaco!

JACQUES.—Mi amo, paréceme que no veis nada.

AMO.—¿No es ésa la mujer de la que te vas a enamorar?

JACQUES.—Y aun cuando de ella me hubiese enamorado ¿qué habría que decir a eso? ¿Acaso es uno dueño de enamorarse o de no enamorarse? Y, una vez enamorado, ¿puede uno comportarse como si no lo estuviera? De haber estado escrito allá arriba, todo cuanto os disponéis a decirme, señor, ya me lo habría yo tenido por dicho; me habría abofeteado, me habría dado de cabezazos contra la pared, me habría tirado de los cabellos: de nada habría servido todo eso y mi bienhechor no hubiera por ello dejado de ser cornudo.

AMO.—Pero razonando a tu modo, no habría crimen que con remordimiento no fuera cometido.

JACQUES.—Eso que me objetáis; más de una vez me ha desazonado la sesera; mas con todo, y aunque me pese, vuelvo siempre a lo que decía mi capitán: todo cuanto nos acontece de bueno y de malo en este mundo, está escrito en el cielo. ¿Sabéis vos, señor, de algún medio que borre tal escritura? ¿Puedo yo no ser yo mismo? Y en siendo quien soy ¿puedo conducirme de otro modo que como yo mismo? ¿Puedo acaso ser yo y otro al mismo tiempo? ¿Ha habido un solo instante, desde que me encuentro en este mundo en que así no fuera? Predicad cuanto os plazca, puede que vuestras razones sean las verdaderas. Pero si escrito está en mí o allá arriba que yo haya de tenerlas por malas ¿qué queréis que le haga?

AMO.—Una cosa cavilo: si tu bienhechor hubo de ser cornudo por estar escrito en el cielo, o si escrito estaba porque tú habías de ponerle los cuernos a tu bienhechor.

JACQUES.—Ambas cosas estaban escritas, la una al lado de la otra. Todo de una vez fue escrito. Es como un grandísimo rodillo que se va desenrollando poco a poco.

Ya imagináis, lector, hasta dónde podría yo llevar esta conversación sobre un tema tan trillado, del que tanto se ha hablado y escrito desde hace dos mil años sin haber adelantado ni un solo paso. Si en poco tenéis lo que os digo, bien podéis agradecerme

cuanto dejo de decir.

Mientras así discutían nuestros dos teólogos, sin llegar a entenderse, como suele suceder en cosas de teología, iba cayendo la noche. A la sazón atravesaban unos parajes poco seguros y que lo eran mucho menos al haberse multiplicado al infinito, por causa de la mala administración y la miseria, el número de malhechores. Fueron a parar a la más mísera de las posadas. Les acomodaron dos catres en una habitación cerrada solo por tabiques mal ajustados. Pidieron de cenar y les trajeron una turbia sopa aguada, pan negro y vino avinagrado. El ventero, la ventera, sus hijos, los criados todos tenían siniestra catadura. Por si fuera poco, en la habitación contigua oían las risas estrepitosas y la algazara desmedida de una docena de salteadores que habían llegado antes y se habían apoderado de todas las vituallas. Jacques permanecía bastante tranquilo, pero no lo estaba tanto, ni mucho menos, su amo, quien disimulaba su preocupación dando barzones a lo largo y a lo ancho de la estancia, mientras que su servidor devoraba unos mendrugos de pan negro y se echaba al colete, no sin gestos de repulsa, algunos vasos del vinacho. En esto que oyen llamar a su puerta: era un criado a quien los insolentes y peligrosos vecinos habían obligado a que llevara a nuestros hambrientos viajeros un plato con todos los huesos de una gallina que se habían comido. Jacques, indignado, empuña las pistolas de su amo.

AMO.—¿Adónde vas?

JACQUES.—Dejadme hacer.

AMO.—Te digo que adónde vas.

JACQUES.—A hacer entrar en razón a esos bellacos.

AMO.—¿No sabes que son una docena?

JACQUES.—Y ciento que fuesen, poco importa el número si está escrito allá arriba que no sean bastantes.

AMO.—¡Qué el diablo te lleve a ti y a tu impertinente estribillo!

Jacques se libra de las manos de su amo, irrumpe en la habitación de los malhechores con una pistola en cada mano, y dice: «Presto, todos acostados ahora mismo, y al primero que se mueva le levanto la tapa de los sesos...». El tono y el gesto de Jacques parecían tan resueltos que aquellos bandoleros, al fin y al cabo tan apegados a la vida como cualquier honesto hijo de vecino, se levantan, dejan la mesa sin rechistar, se desnudan y se acuestan en la cama. El amo, inquieto por el desenlace de la aventura, esperaba temblando. Jacques volvió cargado con ropas y aparejos, pues los había despojado para que no estuvieran tentados de reaccionar, había apagado los candiles y cerrado con doble vuelta la puerta, cuya llave tenía en la mano junto a una de las pistolas.

—Ahora, mi amo, no tenemos sino pertrechamos, haciendo barricada con nuestros catres contra esa puerta y... echarnos tranquilamente a dormir.

Y uniendo la acción a la palabra, empujó las camas en tanto que hacía a su amo

un frío y sucinto relato de su famosa expedición.

AMO.—Pero ¿qué demonio de hombre eres tú, Jacques? Crees acaso que...

JACQUES.—Ni creo ni dejo de creer.

AMO.—¿Y si se hubieran negado a acostarse?

JACQUES.—Eso era imposible.

AMO.—¿Por qué?

JACQUES.—Pues porque no lo han hecho.

AMO.—¿Y si se levantaran?

JACQUES.—Tanto peor o tanto mejor.

AMO.—Y si... si... si...

JACQUES.—Si el mar hirviera, cogeríamos, como se dice, no poco pescado cocido. ¡Qué diablo, señor! Hace un momento habéis creído que yo corría gran riesgo y ya veis que nada era menos cierto; ahora os creéis vos en peligro y quizá sea también una falsa alarma. Todos en esta casa nos tenemos miedo los unos a los otros, lo cual prueba que todos somos unos necios...

Y discurriendo de esta guisa, en un santiamén lo tenemos desvestido, acostado y dormido. Su amo, comiendo a su vez un trozo de pan negro y echando un trago del vino agrio, aguzaba el oído en tomo, miraba a Jacques que ya roncaba y se decía: «¡Qué demonio de hombre éste!». Al fin, siguiendo el ejemplo de su criado, el amo se tumbó también en su camastro, aunque no durmió con tan buen sueño. Apenas despuntaba el día cuando Jacques sintió que una mano lo sacudía: era su amo que en voz baja le llamaba:

AMO.—¡Jacques! ¡Jacques!

JACQUES.—¿Qué sucede?

AMO.—Ya es de día.

JACQUES.—Bien puede ser.

AMO.—Pues levántate ya.

JACQUES.—¿Y por qué?

AMO.—Porque aquí no estamos bien.

JACQUES.—¿Quién sabe? ¿Ni si habíamos de estar mejor en otra parte?

AMO.—¡Jacques!

JACQUES.—¿A qué viene tanto Jacques, Jacques, Jacques? ¡Qué diablo de hombre sois, mi amo!

AMO.—¡Qué diablo de hombre eres tú! Jacques, amigo mío, te lo suplico.

Jacques se restregó los ojos, bostezó varias veces, estiró los brazos, se levantó y se vistió sin prisas; puso los catres en su sitio, salió de la habitación, bajó, fue a la

cuadra, ensilló y embridó las cabalgaduras, despertó al ventero que aún dormía, pagó el gasto y se guardó las llaves de las dos habitaciones. Y ya tenemos de nuevo a nuestros viajeros en camino.

El amo deseaba alejarse a todo trote; Jacques quería ir al paso, siempre según su costumbre. Cuando ya se hallaban a considerable distancia de tan triste albergue, el amo percibiendo que algo sonaba en el bolsillo de Jacques, preguntóle qué era y contestóle éste que eran las dos llaves de las habitaciones.

AMO.—¿Y por qué no las has devuelto?

JACQUES.—Porque así tendrán que derribar dos puertas, la de nuestros vecinos para sacarlos de su encierro, y la nuestra para recuperar sus apeos. Con todo eso tendremos nosotros tiempo por delante.

AMO.—¡Eso está muy bien, Jacques! Aunque, dígame, ¿para qué hemos de ganar tiempo?

JACQUES.—¿Para qué? A fe mía que no lo sé.

AMO.—Y si es que quieres ganar tiempo, ¿por qué ir a pasito como tú vas?

JACQUES.—Es que a falta de saber lo que está escrito allá arriba, no nos es dado saber ni lo que queremos ni lo que hacemos, de modo que cada cual sigue su fantasía a la cual llaman razón, o su razón, que no suele ser sino peligrosa fantasía que unas veces sale bien y otras acaba mal. Mi capitán creía que la prudencia es una suposición, en la que nos autoriza la experiencia a considerar las circunstancias en que nos hallamos, como causa de ciertos efectos que podemos esperar o temer en el futuro.

AMO.—¿Y tú comprendías algo de todo eso?

JACQUES.—A buen seguro que sí, poco a poco me había ido haciendo a su lenguaje. Claro que, añadía el capitán, ¿quién puede jactarse de poseer bastante experiencia? Aquel que más presume de estar provisto, ¿no se ha llamado nunca a engaño? Y además, ¿existe acaso un hombre capaz de apreciar con justeza sus circunstancias? Los cálculos que hacemos en nuestras mentes y el cálculo preciso inscrito en el registro de allá arriba son dos cálculos totalmente diferentes. ¿Somos nosotros quienes dirigimos el destino? o ¿es el destino el que nos lleva a su guisa? ¡Cuántos proyectos concertados con toda cordura han fallado, y cuántos están por fallar! ¡Cuántos proyectos insensatos han salido bien y cuántos no saldrán aún!

»Eso es lo que mi capitán me repetía siempre, después de la toma de Berg-op-Zoom y la de Mahón y aun añadía que la prudencia no nos asegura en absoluto el éxito de un empeño, mas sí puede consolarnos y excusarnos de alguno malogrado. Así es como, en vísperas de entrar en acción, dormía en su tienda de campaña como si estuviera en el cuartel, y se aprestaba al combate como quien va de sarao. De ése sí que hubierais dicho: ¡qué diablo de hombre!...

AMO.—¿Podrías tú decirme, Jacques, lo que es un loco y lo que es un cuerdo?

JACQUES.—¿Y por qué no? Un loco... esperad... es un hombre desventurado; por consiguiente un hombre venturoso es el cuerdo.

AMO.—¿Y en qué consiste ser dichoso o desdichado?

JACQUES.—Esto ya es más fácil: un hombre feliz es aquel cuya dicha está escrita allá arriba; por lo tanto, aquel cuyo infortunio está igualmente escrito, es el hombre desgraciado.

AMO.—¿Y quién ha escrito allá arriba la felicidad y el infortunio?

JACQUES.—¿Y quién ha hecho el gran rollo en el que todo está escrito? Conozco un capitán amigo de mi capitán que bien hubiera dado un doblón por saberlo; en cambio, él no hubiera dado un chavo, ni yo tampoco, pues a fe que de poco me serviría. ¿Evitaría yo por eso el hoyo que me está preparado para que me rompa la crisma?

AMO.—Creo que sí.

JACQUES.—Pues yo creo que no. Porque entonces tendría que haber una línea de escritura falsa en el inmenso rollo que contiene la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Estaría escrito en el gran rollo: «Jacques se romperá la crisma tal día», y Jacques no se la rompería. ¿Os parece eso concebible, sea quien fuere el autor del gran rollo?

AMO.—Habría mucho que decir acerca de eso...

En éstas estaban cuando oyeron, a cierta distancia por detrás de ellos, gritos y ruidos. Volvieron la cabeza y vieron un tropel de hombres armados de varas y bieldos que avanzaban a todo correr. Vais a creer, buen lector, que se trataba de las gentes del mesón, los gañanes y los bandoleros de quienes hemos hablado. Vais a creer que de mañana habían echado abajo las puertas, a falta de llaves, y que los bandidos habían imaginado que los dos viajeros habían escapado con sus ropas. También Jacques lo creyó así y murmuró entre dientes: «¡Malditas sean las llaves y la fantasía o la razón que me hizo cargar con ellas! ¡Maldita sea la prudencia! Etc., etc.». Vais a creer que todo aquel gentío va a caerles encima a Jacques y a su amo, y que vamos a asistir a una acción sangrienta a golpes de tranca y a pistoletazo limpio. Y no dependería sino de mí que tal cosa sucediera. Pero, entonces, adiós a la verdad de la historia, adiós al relato de los amoríos de Jacques. No, nadie perseguía a nuestros viajeros; ignoro lo que sucedió en la posada tras su partida. Ellos continuaron camino adelante sin saber a dónde, aunque sí sabían más o menos a dónde querían ir, distrayendo el aburrimiento y el cansancio con el silencio y la charla, como suelen hacer los que van de viaje y aun también a veces los que están sentados.

Es bien evidente que no estoy haciendo una novela, pues que descuido lo que un novelista no dejaría de emplear. Quien tomara lo que escribo como verdad verdadera

acaso andaría menos descaminado que quien por fábula lo tomara.

Esta vez fue el amo el primero en hablar comenzando con el estribillo consabido: «Bueno, Jacques, ¿y la historia de tus amores?».

JACQUES.—Ya no sé dónde estaba. Tantas veces fui interrumpido que más valdría empezar de nuevo...

AMO.—No, no. Recobrado de tu desvanecimiento a la puerta del chamizo, te encontrabas en un lecho, rodeado de la familia que allí habitaba.

JACQUES.—¡Muy bien! Lo que más apremiaba era encontrar un cirujano, y no había ninguno en una legua a la redonda. Así es que el buen hombre mandó montar a caballo a uno de sus chicos y lo envió al lugar que convenía. Entretanto, mi bienhechora había calentado vino tinto y, haciendo jirones una camisa vieja de su marido, se ocupó de escaldarme y bizmarme la rodilla, que pronto quedó cubierta de compresas y bien envuelta con trapos. Puso luego unos terrones de azúcar, sacados de entre las hormigas, en una porción de vino que había servido para mi emplasto y me lo eché al colete de un trago; tras lo cual; me exhortaron a tener paciencia. Se hacía tarde, aquellas buenas gentes se sentaron en la mesa para cenar. Bien, ya han acabado la cena, y el rapaz sin venir, y yo sin cirujano. El padre empezó a amoscarse: era un hombre naturalmente tristón que se enfadaba con su mujer y no hallaba nada a su acomodo.

De malas maneras, mandó a los otros críos que se acostaran. La mujer se sentó en un banco y cogió la rueca; él, entretanto, iba y venía; y yendo y viniendo la hostigaba por todo y por nada: «Si hubieras ido al molino, como yo te dije...», y terminaba la frase indicando con la cabeza el lado de la cama.

»—Mañana iremos.

»—Era hoy cuando se debía ir, como yo te lo había dicho... Y esa paja que todavía queda por el cobertizo ¿a qué esperas para recogerla?

»—Mañana la recogeremos.

»—La paja que tenemos se está acabando y mejor hubiera sido meterla hoy mismo, como yo te dije... Y el montón de cebada que se está estropeando en el granero, apuesto a que ni has pensado en removerlo.

»—Los chicos lo hicieron.

»—Lo tenías que haber hecho tú misma. Si hubieras estado en el granero, no te habrías encontrado a la puerta cuando...

En aquel momento llegó un cirujano, luego otro, y hasta un tercero con el mozuelo de la casa.

AMO.—¿Y tú te encuentras sobrado de cirujanos, como san Roque de sombreros?

JACQUES.—El primero estaba ausente cuando el muchacho llegó a su casa; pero la esposa había prevenido al segundo, y el tercero se avino a acompañar al chico.

«¡Bien, compadres, buenas noches, conque aquí estáis!», dijo el primero a los otros dos. Se habían puesto en marcha con toda diligencia, estaban acalorados, sedientos, así que sentáronse a la mesa donde todavía el mantel estaba puesto. La mujer baja; a la bodega y trae una botella; el marido rezonga desabrido: «¿Qué diablos tenía ella que hacer a la puerta en aquel momento?». Se ponen a beber, hablan de las enfermedades del lugar, empiezan a enumerar cada uno de sus remedios. Yo hago oír mis quejidos, y ellos me dicen: «Ahora, dentro de un momento nos ocuparemos de vos». Tras la primera botella, viene la segunda, a cuenta de mi tratamiento, luego una tercera y una cuarta, siempre a cuenta mía, y a cada botella el marido volvía a su primera exclamación: «¿Qué diablos hacía a la puerta?...».

Qué buen partido no hubiera sacado otro autor de aquellos tres cirujanos, de su conversación en llegando a la cuarta botella, del sinfín de curaciones maravillosas, de la impaciencia de Jacques, el mal humor del huésped, las opiniones de los Esculapios rurales acerca de la rodilla de Jacques, de sus distintos dictámenes, uno pretendiendo que Jacques sería hombre muerto si no se le cortaba la pierna rápidamente, el otro que lo necesario era extraerle la bala y las hilachas de ropa que con ella entraron en el cuerpo, y que así se le conservaría la pierna al pobre diablo. Y mientras así decían, se habría visto a Jacques considerando lastimosamente su pierna, despidiéndose de ella, igual que hizo uno de nuestros generales entre Dufouart y Louis.^[3] El tercer cirujano habría podido decir tantas majaderías como para entablar una disputa y que se hubiera pasado de las invectivas a las manos.

Pero no, os dispense de todo eso que puede encontrarse en las novelas, en las comedias antiguas y en la vida social. Cuando volví a oír al aldeano refunfuñar enojado contra su mujer: «¡Qué diablos hacía a la puerta!», me vino a las mientes el Harpagon de Molière cuando dice de su hijo: «¿Qué tenía él que hacer en aquella galera?». Y tuve para mí que no se trata sólo de ser veraz, sino de serlo con donaire y por eso ya había hecho costumbre el decir: «¿Qué tenía él que hacer en aquella galera?»,^[4] mientras que la frase de mi pobre hombre, «¿Qué hacía en la puerta?», no quedaría nunca como proverbio.

No tuvo Jacques con su amo la misma reserva que con vos guardo yo; él no omitió la menor circunstancia, ningún pormenor, tanto que a punto estuvo de que se le durmiera por segunda vez. Al fin, si no el más hábil, sí fue al menos el más vigoroso de los tres cirujanos quien se adueñó del paciente.

¡No iréis ahora, me diréis, a sacar ante nuestros ojos bisturíes, a sajar carnes, a derramar sangre, a mostrar una operación quirúrgica! ¿Qué, a vuestro parecer no sería eso de buen gusto? Ea, dejemos lo de la intervención quirúrgica; pero habéis de permitir, al menos, que Jacques confíe a su amo, tal como realmente lo hizo: «¡Ah, señor, qué terrible hazaña es recomponer una rodilla destrozada!», y que su amo le conteste una vez más: «Vamos, vamos, Jacques, te estás burlando...». Pero lo que no

haría yo, ni por todo el oro del mundo, es dejaros en la ignorancia de lo que sigue: No bien hubo el amo de Jacques pronunciado tan impertinente respuesta, he aquí que su caballo tropieza y se cae, el jinete va a dar con su rodilla en un canto de punta, y ahí le tenéis gritando como un desalmado: «¡Muerto soy! ¡Me he roto la rodilla!».

Por más que Jacques, hombre de buena pasta si los hay, estuviese muy encariñado con su amo, daría yo cualquier cosa por saber lo que en aquel momento pasó en las profundidades de su alma, tal vez no al primer pronto, mas sí cuando se hubo percatado de que la caída no tendría graves consecuencias, y si fue capaz de reprimir cierta fruición íntima al ver que su amo venía a aprender por sí mismo lo que era una herida en la rodilla. Otra cosa, que mucho me gustaría que me dijerais, (lector amigo), es si el amo no hubiera preferido herirse, incluso de mayor gravedad, en otra parte que no fuera precisamente la rodilla, o si no sufrió más por la vergüenza que por el dolor.

Así que el amo se repuso un poco de su caída y de su soponcio, volvió a montar y clavó cinco o seis veces las espuelas a su caballo, que salió disparado como un rayo. Otro tanto hizo la cabalgadura de Jacques, pues la misma intimidación había entre ambos animales que entre los dos hombres: eran dos pares de amigos.

Tan pronto los dos caballos recobraron, sin aliento, el paso habitual, Jacques inquirió:

—Y bien, señor, ¿qué os parece?

AMO.—¿Parecerme qué?

JACQUES.—La herida en la rodilla.

AMO.—Soy de tu opinión: es una de las más crueles.

JACQUES.—¿Para vuestra rodilla?

AMO.—No, no, para la tuya, la mía, para todas las rodillas del mundo.

JACQUES.—¡Ay! Mi amo y señor, que no lo habéis pensado bien; creedme, nunca nos compadecemos sino de nosotros mismos.

AMO.—¡Locura fuera!

JACQUES.—¡Ah! ¡Si yo atinara a decir como a pensar! Pero está escrito allá arriba que habré de tener las cosas en la cabeza y que no se me ocurrirán las palabras.

Aquí, Jacques se lió a explicar una metafísica muy sutil y acaso muy verdadera, tratando de que su amo concibiera que la palabra dolor estaba vacía de toda idea y no empezaba a significar algo sino en el momento en que traía a nuestra memoria una sensación que ya habíamos experimentado. Su amo le preguntó entonces si por ventura había parido alguna vez.

JACQUES.—Claro que no.

AMO.—¿Y crees tú que sea un sufrimiento muy grande eso de parir?

JACQUES.—Téngolo por seguro.

AMO.—¿Tú compadeces a las mujeres que están de parto?

JACQUES.—Mucho.

AMO.—¿Así es que puedes compadecerte de alguien que no seas tú?

JACQUES.—Me compadezco de aquellos o de aquellas que se retuercen, que se tiran de los cabellos, que gritan, porque sé por propia experiencia que no se hace eso sino cuando se sufre. Pero en lo que atañe al dolor de la mujer en el momento de parir, no me mueve a compasión; no sé lo que es eso, a Dios gracias. Pero volviendo a un padecimiento que vos y yo conocemos, la historia de mi rodilla, que es también ya vuestra historia por causa de la caída...

AMO.—No, Jacques; la historia de tus amores, que también son míos por mis pasadas cuitas.

JACQUES.—Bien. Pues... ya me han aplicado los remedios, me encuentro más aliviado, el cirujano se ha ido, y mis huéspedes se han retirado a acostarse. He de decir que su habitación no estaba separada de la mía sino por unas tablas mal juntadas recubiertas de un papel gris, y en ese papel había algunas estampas de colores. Yo no conciliaba el sueño, y oí a la mujer que decía a su marido:

»—Dejadme, no estoy para bromas ahora. ¡Un pobre desdichado que se muere a nuestra puerta!

»—Mujer mía, todo eso me lo cuentas después de...

»—No, no va a haber nada de eso. Y si no os estáis quieto, me levanto. Pues sí, que me iba a aprovechar mucho estando como estoy con el corazón encogido.

»—¡Oh, si te haces tanto de rogar, tú te lo vas a perder!

»—No es por hacerme de rogar, es que algunas veces tenéis tan duras maneras... es que... es que...

»Tras una breve pausa, tomó el marido la palabra y manifestó:

»—Puestos así, mujer, habrás de reconocer que por tanta compasión desatinada nos has metido en un apuro del que es casi imposible salir. Llevamos muy mal año, apenas si alcánzanos a cubrir nuestras necesidades y las de nuestros hijos. ¡El grano está a un precio!... ¡No hay vino! Y si aún se encontrara dónde trabajar, pero los ricos se desentienden, y los pobres no tienen donde caerse muertos; para un día de jornal, cuatro se dan por perdidos. Nadie paga lo que debe, los acreedores se muestran de una exigencia desesperante y mira tú que te sales por dar hospitalidad a un desconocido, que no se marchará de aquí hasta que Dios lo quiera y ese cirujano que no se espabilará para sanarlo, pues ya se sabe que los médicos hacen durar las enfermedades tanto como pueden. Ese hombre no tiene un chavo, y va a duplicar o triplicar nuestros gastos, así es que yo te pregunto: mujer, di, ¿cómo piensas deshacerte de él? Habla, explícate, dame alguna razón.

»—¿Es que se puede siquiera hablar con vos?

»—Te quejas de que soy malhumorado, de que gruño y regaño, ¿y quién no?, ¿quién no iba a regañar? Nos quedaba aún en la bodega un poco de vino, pero Dios sabe el tole que va a llevar. Los cirujanos se bebieron ayer noche más de lo que nosotros y los chicos hubiéramos bebido en toda la semana. Y ese médico no va a estar viniendo de balde, tenlo por seguro, y ¿quién le va a pagar?

»—Sí, eso está muy bien dicho, y porque estamos en la miseria se os antoja hacerme otro crío, como si no tuviéramos ya bastantes.

»—¡Que no, mujer, que no!

»—¡Que sí, hombre, que sí! Estoy segura de que me voy a quedar preñada.

»—Eso es lo que dices cada vez que...

»—Y siempre he acertado cuando la oreja me picaba ¡ya está!, siento un picor más fuerte que nunca.

»—Tu oreja no sabe lo que se dice.

»—¡No me toques! ¡Y deja mi oreja en paz! ¡Que me dejes, hombre! ¿Es que te has vuelto loco? ¡Acabarás por ponerte malo!

»—No, no, eso no me ha sucedido desde la noche de San Juan.

»—Te las arreglarás tan bien que... ya verás, de aquí a un mes me pondrás mala cara, como si fuera culpa mía el que...

»—Que no, que no...

»—Y dentro de nueve meses atan será mucho peor.

»—No, no...

»—Tú te lo habrás buscado, ¿de acuerdo?

»—Que sí, que sí...

»—¿Te acordarás, verdad? ¿No irás luego a decir como las otras veces...?

»—Sí, mujer, sí...

»Y es así como, de no, no, que no, a sí, que sí, aquel hombre que estaba tan enrabiado contra su mujer porque ésta había cedido a un sentimiento humanitario...

AMO.—Eso mismo me estaba yo diciendo.

JACQUES.—Cierto que ese marido no era muy consecuente que digamos, pero él era joven y bonita su mujer... Nunca se hacen más hijos que en tiempos de miseria.

AMO.—Nadie como los míseros para multiplicarse...

JACQUES.—Un hijo más no representa nada para ellos, de todas formas viven de la caridad, Y al fin y al cabo, es el único placer que no cuesta dinero; se consuelan por la noche, sin hacer gasto, de las calamidades del día... Ahora bien, las observaciones de aquel hombre no dejaban de ser justas. Mientras yo me estaba diciendo todo eso a mí mismo, volví a sentir un vivísimo dolor en la rodilla y grité: «¡Ay, ay, mi rodilla!», y el marido gritó a su vez: «¡Ay, mujer mía!...». Y la mujer chilló:

»—¡Ay, marido mío! Pero... ¡Pero ese mozo que está ahí...!

»—¿Qué pasa con el mozo?

»—¡Pues que seguro que nos ha estado oyendo!

»—¡Que nos oiga!

»—Mañana no me atreveré a mirarle a la cara...

»—¿Por qué no? ¿Acaso no eres mi mujer? ¿Y no soy yo tu marido? Un marido que tiene mujer, una mujer que tiene marido, ¿habría de ser para nada?

»—¡Ay, ay!

»—¿Qué ocurre ahora?

»—¡Mi oreja...!

»—Tu oreja, ¿qué le pasa a tu oreja?

»—Me pica más que nunca.

»—Duérmete, así se te pasará.

»—No puedo, no puedo... ¡Ay mi oreja! ¡Ay mi oreja!

»—La oreja, la oreja, eso se dice pronto...

»Excuso relataros lo que pasaba entre ambos; sólo diré que la mujer, tras haber repetido varias veces lo de su oreja, en voz baja y precipitada, acabó por balbucear sílabas entrecortadas: “La o... re... ja...”, y después de ese tartamudeo, no sé qué otra cosa, lo cual, unido al silencio que siguió me hizo pensar que, de una u otra forma, su picor de oreja se le había pasado. Y, lo que son las cosas, eso me causó placer. ¡No digamos si le causó a ella!

AMO.—Jacques, con la mano en el corazón, júrame que no es de esa mujer de quien te enamoraste.

JACQUES.—¡Lo juro!

AMO.—Pues peor para ti.

JACQUES.—Sea peor o mejor. ¿Por ventura creéis que las mujeres que tienen una oreja como la que ella tenía escuchan de buen grado?

AMO.—Me parece que eso debe estar escrito allá arriba.

JACQUES.—Y yo creo que está escrito a renglón seguido que no escuchan por mucho tiempo al mismo, sino que son un poquillo aficionadas a prestar oídos a unos y a otros.

AMO.—Bien pudiera ser.

Y de nuevo se enzarzan en una interminable discusión sobre las mujeres, el uno pretendiendo que eran buenas, el otro sosteniendo que malas: y ambos tenían razón; el uno que necias, el otro que ingeniosas: y ambos tenían razón; el uno que falsas, el otro que leales: y ambos tenían razón; el uno que eran avariciosas, el otro que eran dadas; y ambos tenían razón; el uno que bonitas, el otro que feas: y ambos tenían razón; el uno que charlatanas, el otro que discretas; el uno que francas, el otro que taimadas; el uno que ignorantes, el otro que ilustradas; el uno que honestas, el otro que libertinas; el uno que locas, el otro que sensatas; el uno que altas, el otro que pequeñas: y ambos tenían razón.

Según iban en esta disputa que bien hubiera podido llevarles a dar la vuelta al mundo sin dejar de hablar un minuto y sin llegar a ponerse de acuerdo, he aquí que les sorprende una tormenta que les obliga a dirigirse a... «¿Adónde?». Dónde, dónde... Lector, ¡sois de una curiosidad que va resultando molesta! ¿Y qué diablos os importa eso? ¿Qué saldríais ganando si os digo que llegaron a Pontoise o a Saint-Germain, a Nuestra Señora de Loreto o a Santiago de Compostela? Si tanto insistís, os diré que se encaminaron hacia... sí, eso, ¿por qué no?... hacia un inmenso castillo que tenía un frontispicio en el que había escrito: «A nadie pertenezco y pertenezco a todos. Ya estabais dentro antes de entrar, y aún lo estaréis cuando salgáis». «¿Entraron, pues, al castillo?» No, pues o el lema mentía, o bien ya estaban en el castillo sin haber entrado. «¿Pero al menos sí que saldrían?...» No, pues o la inscripción era falsa o aún estaban dentro una vez que hubieron salido. «¿Entonces qué hicieron?» Jacques decía que hicieron lo que estaba escrito allá arriba, su amo, que hicieron lo que les vino en gana: y ambos tenían razón. «¿A quiénes encontraron allí?» Gentes muy diversas. «¿Qué decían?» Algunas verdades y muchas mentiras. «¿Había allí o no había personas de muchas luces?» ¿Dónde no las hay? Y también malditos preguntones de los que huían como de la peste. Lo que más les chocó a Jacques y a su amo durante todo el tiempo que por allí anduvieron... «¿Así pues, anduvieron?» No se hacía otra cosa, a menos de estar sentados o acostados. Lo que más sorprendió, pues, a Jacques y a su amo, fue hallar allí a una veintena de picaros que se habían adueñado de los más suntuosos aposentos, en los que casi siempre se encontraban apiñados, los cuales pretendían, en contra del derecho común y del auténtico sentido del lema inscrito, que el castillo les había sido legado con toda propiedad, y que, con ayuda de algunos malandrines a sueldo, habían convencido a otro buen número de bribones, dispuestos a colgar o degollar, por cuatro perras, al primero que hubiera osado contradecirles; sin embargo, en tiempos de Jacques y su amo, sí había quien osaba alguna vez, «¿Impunemente?» Según se mire...

Vais a decir que me estoy entreteniendo a vuestra costa, y que no sabiendo ya qué hacer con mis dos viajeros, me lanzo a la alegoría, que es el recurso habitual de las mentes estériles. Voy a sacrificar mi alegoría y cuanto provecho pudiera sacar de ella; os daré la razón en todo cuanto queráis, pero a condición de que no me molestéis más sobre la última morada de Jacques y de su amo; sea que hubieran llegado a una gran ciudad y se acostaran en una casa de citas; que pasaran la noche con un viejo amigo que les diera cobijo y los agasajara; que se refugiaran en una hospedería de frailes mendicantes donde fue malo el albergue y peor el yantar, por amor de Dios; que fuesen acogidos en la mansión de un gran señor y allí careciesen de todo lo necesario en medio de todo lo superfluo; que salieran por la mañana de una gran posada donde les hicieron pagar caro una mediocre cena servida en platos de plata y una noche entre cortinas de damasco y sábanas húmedas y arrugadas; que hubieran recibido la

hospitalidad de un cura de pueblo, quien, sin más medios que el diezmo anual, hubo de poner a contribución los corrales de sus feligreses para obtener con qué hacer una tortilla y una pepitoria de pollo; que se hubieran embriagado con excelentes vinos, atracado de manjares, y pillado una indigestión en una rica abadía de benedictinos; pues aunque cualquiera de esas posibilidades os parezca factible, no era Jacques de tal opinión: sólo podía realmente suceder lo que estaba escrito allá arriba. Lo que sí es cierto es que, sea cual fuere el lugar donde se os antoje ponerlos de nuevo en camino, apenas habían dado veinte pasos cuando el amo de Jacques volvió a preguntar a éste, no sin antes haber tomado su acostumbrada porción r de rapé:

AMO.—Y bien, Jacques, ¿qué hay de la historia de tus amores?

En lugar de responder, exclamó:

JACQUES.—¡Al diablo la historia de mis amores! ¡Pues no resulta ahora que me he dejado...!

AMO.—¿Qué te has dejado?

Sin contestarle, Jacques rebuscaba algo y hasta se volvía los bolsillos, mas inútilmente. Se había olvidado la bolsa de viaje en la cabecera de la cama, y así que lo hubo confesado a su amo, prorrumpió éste en exclamaciones:

AMO.—¡Al diablo la historia de tus amores! ¡Pues no resulta ahora que me he dejado el reloj colgado en la chimenea!

No se hizo de rogar Jacques, al instante volvió grupas y se dirigió a paso lento, ya que él nunca tenía prisa... «¿Al inmenso castillo?» No, no. Entre los diferentes albergues posibles que os he enumerado, podéis elegir aquel que mejor convenga a la presente circunstancia.

Iba el amo entretanto camino adelante, así es que ahora tenemos al amo y al criado separados y no sé a cuál de los dos seguir primero. Si queréis seguir a Jacques, habéis de tener cuidado: la búsqueda de la bolsa y del reloj podría resultar tan larga y compleja que tardase mucho el mozo en reunirse con su amo, único confidente de sus amores, y entonces ¡adiós a la historia de los amores de Jacques! Si, por el contrario, lo abandonáis en la recuperación de la bolsa y del reloj, y tomáis partido por el amo, daréis muestras de cortesía, pero os aburriréis, que de esta especie aún nada sabéis. El amo tiene pocas ideas en la sesera y si se le alcanza decir algo cuerdo, viene de reminiscencia o por inspiración ajena. Ciertamente que tiene ojos, como vos y como yo, pero casi nunca se sabe si mira. No duerme, pero tampoco vela, se deja existir: ésa es su función habitual. Como un autómatas iba hacia adelante, volviéndose de vez en cuando para ver si Jacques estaba de regreso; descabalgaba y seguía un trecho andando; montaba de nuevo, hacía un cuarto de legua y otra vez echaba pie a tierra y se sentaba, la brida del caballo enrollada al brazo y la cabeza apoyada en las dos manos. Cuando se cansaba de esa postura, se levantaba y escudriñaba a lo lejos por si

volvía Jacques. Ni rastro de Jacques. Entonces se impacientaba y sin darse cuenta si hablaba o callaba, decía: «¡Verdugo, perro, bellaco! ¿Dónde se ha metido? ¿Qué hace? ¿Tanto tiempo necesita para recoger una bolsa y un reloj? Lo voy a deslomar a golpes, sí por cierto; que lo deslomaré». Luego buscaba el reloj en el bolsillo del chaleco donde, naturalmente, no se hallaba, y así se desolaba aún más, pues no sabía componérselas sin su reloj, sin su tabaquera y sin Jacques; eran los tres grandes recursos de su vida, que consistía en eso: mirar la hora, tomar polvo de rapé y preguntar a Jacques, alternando las tres cosas en todas las combinaciones posibles. Privado de su reloj y de Jacques, se veía reducido a la tabaquera solamente, así es que la abría y la cerraba a cada momento, como hago yo también cuando me aburro. Lo que por la noche queda de tabaco en mi tabaquera está en razón directa de la diversión, o inversa con el aburrimiento del día.

Te suplico, lector, que te familiarices con esta forma de decir un poco en términos de geometría, porque pareciéndome precisa haré uso de ella con frecuencia.

¿Qué me decís? ¿Que ya os habéis hartado del amo y pues que el criado no viene a vosotros, queréis que vayamos nosotros a él? ¡Pobre Jacques! En este mismo momento en que de él hablamos, está exclamando dolorosamente: «¡Estaba, pues, escrito allá arriba que en un mismo día fuese yo prendido por salteador de caminos, a punto de ser conducido a la cárcel, y acusado de haber seducido a una muchacha!».

Y es que, conforme iba aproximándose pasito a pasito... ¿al castillo? No, al lugar donde pasaron la última noche, he aquí que cruza por su lado uno de esos merceros ambulantes o buhoneros y le grita: «Vea el caballero ligas, cinturones, cadenas de reloj, tabaqueras del gusto más reciente, auténticos *Jaback*,^[5] sortijas, broches de reloj. Mirad, señor, qué reloj, un precioso reloj de oro, cincelado, con doble tapa y como nuevo...». Jacques le contesta: «Sí que ando buscando un reloj, pero no es el tuyo...». Y sigue su camino, siempre pasito a pasito. Y según iba, le pareció ver escrito allá arriba que el reloj que aquel hombre le ofrecía era precisamente el de su amo. Vuelve, pues, sobre sus pasos y dice al buhonero:

—¡Eh, amigo, enseñadme ese reloj de oro, se me antoja que pudiera convenirme!

—A fe mía que no me extrañaría nada. Es una hermosa pieza, muy hermosa, de Julien Le Roi. Hace sólo un rato que me pertenece, lo he adquirido por una miseria, os lo dejaré a buen precio. Me gustan las pequeñas ganancias repetidas, pero en estos tiempos que corren somos bien desdichados y pueden pasarse tres meses sin que vuelva a darse una ganga semejante. Vos me parecéis galante caballero y preferiría que fuerais vos quien aprovechaseis antes que otro cualquiera...

Mientras hablaba, el mercero había colocado su valija en el suelo, la había abierto y había sacado el reloj que Jacques reconoció inmediatamente, sin asombrarse por ello; pues si nunca se apresuraba, sólo raramente se sorprendía. Mira y remira Jacques el reloj y se dice en su fuero interno: «Sí, éste es...», y al buhonero: «Razón

tenéis es hermoso, muy hermoso y sé que es bueno...». Dicho lo cual coge el reloj y se lo mete tranquilamente en el bolsillo del chaleco, diciendo al buhonero:

—¡Amigo mío, muchas gracias!

—¡Cómo que muchas gracias!

—Sí, que el reloj es el de mi amo.

—Yo no conozco a vuestro amo, este reloj es mío, yo lo he comprado y pagado bien...

Y agarrando a Jacques por el pescuezo se esfuerza por recuperar el reloj. Jacques se arrima a su caballo, empuña una de sus pistolas y apoyándola en el pecho del buhonero le dice:

—¡Apártate o eres hombre muerto!

El buhonero, aterrorizado, lo suelta; Jacques monta de nuevo a caballo y cabalgando se dirige lentamente hacia la ciudad, mientras se dice: «Ya he recobrado el reloj, veamos ahora cómo recupero la bolsa...».

El buhonero entretanto se apresura a cerrar su baúl, lo coloca a sus espaldas y vase tras de Jacques gritando:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón, asesino, socorro! ¡A mí, socorro, a mí!

Era la época de las cosechas, los campos estaban llenos de labriegos. A los gritos, todos dejan hoces y guadañas, se agolpan en torno al buen hombre desconsolado y le preguntan dónde está el ladrón, dónde está el asesino.

—¡Es aquél! ¡Por allí va!

—¡Cómo! ¿Aquel que se encamina a paso lento hacía las puertas de la ciudad?

—Ese mismo.

—Vamos, hombre, estáis loco, no es ése el paso que lleva un ladrón.

—Pues lo es, lo es, os lo digo yo, me ha quitado por la fuerza un reloj de oro...

Aquellas gentes no sabían si hacer más caso a los gritos del mercero o al paso despacioso de Jacques, aunque el acusador repetía:

—Hermanos míos, si no me socorréis soy un hombre arruinado. El reloj vale lo menos treinta luises, ¡ayudadme! ¡Se lleva mi reloj! Y si se le ocurre picar espuelas, por bien perdido lo doy...

Aunque Jacques no alcanzase ya a oír los gritos, sí que podía ver fácilmente el gentío, pero no por ello aceleraba el paso. Con el acicate de una recompensa, el buhonero logró animar a los campesinos para que persiguieran a Jacques. Hete aquí, pues, que un tropel de hombres, mujeres y chicos la emprendió contra él a los gritos de: «¡Ladrón, ladrón, asesino!...». Y el buhonero les seguía tan de cerca como le permitía el pesado fardo que llevaba a cuestas y chillando: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!».

Y entran en la ciudad —pues es en una ciudad donde Jacques y su amo habían pasado la noche anterior, ahora me acuerdo—; los habitantes salen de sus casas, se unen a los campesinos y al buhonero y juntos vociferan: «¡Al ladrón, al ladrón, al

asesino!». Todos dan alcance a Jacques al mismo tiempo, el buhonero se abalanza sobre él, Jacques le larga una patada que le tira al suelo, sin que deje de gritar: «Malvado, bellaco, desalmado, devuélveme mi reloj. Tendrás que devolvérmelo y aun así serás colgado...». Jacques, con toda su sangre fría se dirige a la muchedumbre que iba en aumento a cada instante: «Hay aquí un alcalde mayor; que me lleven ante él, yo le demostraré que no soy un bribón y que bien pudiera serlo este hombre. Le he quitado un reloj, es cierto, pero ese reloj es el de mi amo. No soy un desconocido en esta buena villa: anteanoche llegamos mi amo y yo y nos hospedó el corregidor, que es amigo suyo».

Si no os dije que Jacques y su amo habían pasado por Conches y que se habían alejado en casa del corregidor, es porque no me acordé antes de ese detalle. «Conducidme a casa del corregidor», decía Jacques mientras ponía pie a tierra. Iba en medio del cortejo, él, junto a su caballo y el buhonero. Caminan lo necesario y llegan a la puerta del corregidor. Entran Jacques, el caballo y el buhonero, los dos hombres sujetándose mutuamente por las solapas. La muchedumbre se queda fuera.

A todo esto, ¿qué hacía entretanto el amo de Jacques? Se había quedado traspuesto en la cuneta, las riendas del caballo enrolladas al brazo, mientras el animal pastaba en la hierba alrededor del durmiente, cuanto le permitía el ronzal. Así que el corregidor vio a Jacques, exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú, mi buen amigo Jacques? ¿Y qué es lo que te trae por aquí a ti solo?

—El reloj de mi amo, señor, que se había dejado olvidado en la chimenea y yo he encontrado en la valija de este hombre; y nuestra bolsa, que me dejé en la cabecera de mi cama, y que podremos recuperar si vos lo ordenáis.

—Y está escrito allá arriba... —añadió el magistrado.

Hizo al punto llamar a sus criados y al instante el buhonero señaló a un barbián de mala catadura, que había entrado a servir en la casa hacía poco, y afirmó:

—Éste es el que me vendió el reloj.

El magistrado, adoptando un aire severo, dijo al buhonero y a su criado:

—Ambos mereceríais ir a galeras, tú por haber vendido el reloj y tú por haberlo comprado.

Y luego, a su doméstico:

—Devuélvele a este hombre su dinero y quítate presto la librea de mi casa.

A continuación, dirigiéndose al buhonero:

—Date prisa en marcharte de esta comarca si no quieres quedarte en ella para siempre. Hacéis los dos un oficio que trae la desgracia... Jacques, ahora de lo que se trata es de tu bolsa.

Aquella que se la había apropiado compareció sin hacerse de rogar: era una moza garrida y de buenas carnes.

—Soy yo, señor, quien tiene la bolsa —dijo a su amo—, pero no la robé: fue él quien me la dio.

—¿Que yo os di mi bolsa?

—Sí.

—Puede ser, pero que el diablo me lleve si me acuerdo.

El magistrado dijo a Jacques:

—Vamos, vamos, Jacques, no le demos más vueltas al asunto...

—Señor, yo...

—La muchacha es bonita y a lo que parece complaciente.

—Señor, os juro...

—¿Cuánto había en la bolsa?

—Unas novecientas diecisiete libras,

—¡Ah! ¡Charlatana! Novecientas diecisiete libras por una noche, es demasiado para ti y para él. Trae acá esa bolsa...

La muchacha entregó la bolsa a su amo, quien sacó un escudo de seis francos y se lo tiró diciendo:

—Toma, ahí tienes el precio de tus servicios. Vales más, pero para otro que no sea Jacques. Te deseo el doble todos los días, pero fuera de mi casa, ¿me entiendes? Y tú, Jacques, apresúrate a montar a caballo y volver con tu amo.

Jacques saludó al magistrado y se alejó sin replicar, pero se iba diciendo para sus adentros: «¡La muy descarada, la tunanta! ¡Conque estaba escrito que sería otro el que con ella holgara y Jacques quien pagara! Vamos, Jacques, consuélate, ¿no te das por satisfecho con haber recuperado tu bolsa y el reloj de tu amo con tan menguado esfuerzo?».

Jacques monta gallardamente y atraviesa la multitud que se había congregado a la entrada de la mansión del magistrado; pero como se le hacía muy cuesta arriba que todas aquellas gentes pudieran tomarlo por un bribón, presumió de reloj sacándole del bolsillo y simulando mirar la hora; luego picó espuelas y aunque su caballo tenía de ello poca costumbre, no dejó de arrancar con mayor celeridad. Lo habitual en Jacques era dejarle hacer según su capricho, pues tan molesto encontraba hacerle parar cuando galopaba, como acuciarle cuando iba al paso.

El hombre cree ser dueño de su destino; pero siempre es el destino el que nos conduce: y el destino, para Jacques, era todo cuanto le tocaba o concernía: su caballo, su amo, un fraile, un perro, una mujer, una mula, una corneja... Iba, pues, su caballo conduciéndole rápidamente hacia su amo, que se había quedado adormilado al borde del camino, con la brida enrollada al brazo, como ya os dije. El caballo estaba en aquel entonces retenido por el ronzal, pero cuando Jacques llegó, la rienda sí que estaba en su sitio, mas no el animal. Sin duda un pícaro se había arrimado al durmiente, había cortado la correa con sigilo y se había llevado el caballo. Al llegar

Jacques, el ruido de los cascos despertó a su amo, y sus primeras palabras fueron:

—Ven, ven acá, pillastre, que te voy a...

Se interrumpió bostezando hasta desquijarse.

JACQUES.—Bostezad, bostezad, señor, cuanto os venga en gana, pero ¿dónde está vuestro caballo?

AMO.—¿Mi caballo?

JACQUES.—Bien digo, vuestro caballo.

El amo dándose cuenta entonces de que le habían robado el caballo, se disponía a caer sobre Jacques para azotarlo con lo que de brida le quedaba, cuando éste le dijo:

JACQUES.—Poco a poco, señor, con el día que llevamos, ya no estoy de humor para dejarme deslomar. Aguantaré el primer golpe, pero os juro que al segundo pico espuelas y aquí os quedáis.

Esta amenaza de Jacques tuvo la virtud de disipar súbitamente el furor de su amo, que preguntó con un tono más suave:

AMO.—¿Y mí reloj?

JACQUES.—Aquí está.

AMO.—¿Y tu bolsa?

JACQUES.—Aquí está.

AMO.—Has tardado mucho.

JACQUES.—No tanto para todo lo que he tenido que hacer. Escuchad bien: fui hasta allí, me batí, amotiné contra mí a todos los campesinos que en el campo trabajaban y a los habitantes de la villa, fui tomado por salteador de caminos, y conducido ante el juez, soporté los interrogatorios, hice que casi colgaran a dos hombres, despidieron a un criado y echaron a una sirvienta, he sido declarado convicto de haberme acostado con una mujerzuela a quien jamás había visto antes y a quien, sin embargo, hube de pagar, y he hecho el camino de vuelta.

AMO.—Y yo, mientras tanto...

JACQUES.—Mientras tanto estaba escrito allá arriba que os habíais de dormir y que os robarían vuestro caballo. Puesto que es así, ¿qué le vamos a hacer! No pensemos más en ello, es un caballo perdido y acaso esté escrito allá arriba que lo encontraremos.

AMO.—¡Mi caballo! ¡Mi pobre caballo!

JACQUES.—Por más que continuéis vuestras lamentaciones hasta mañana, no cambiará un ápice la situación.

AMO.—¿Y qué haremos ahora?

JACQUES.—Vais a montar a mi grupa, a menos que preferáis que nos quitemos las botas, las atemos a la silla de mi caballo y continuemos nuestro camino a pie.

AMO.—¡Mi caballo! ¡Mi pobre caballo!

Tomaron el partido de seguir andando, el amo sin dejar de exclamar de vez en cuando: «¡Mi caballo! ¡Mi pobre caballo!», y Jacques parafraseando el resumen de sus aventuras. Al tocar lo de la acusación injusta, el amo no pudo menos que inquirir:

AMO.—¿Es verdad, Jacques, que no te habías acostado con esa moza?

JACQUES.—Verdad es, señor.

AMO.—¿Y la pagaste?

JACQUES.—Sí, por cierto.

AMO.—Pues yo fui una vez en mi vida más desdichado que tú.

JACQUES.—¿Pagasteis después de haberos acostado?

AMO.—Tú lo has dicho.

JACQUES.—¿Y no me lo contaréis?

AMO.—Antes de entrar en la historia de mis amores, hemos de salir de la historia de los tuyos. Conque, vamos, Jacques, ¿y tus amoríos? Conste que voy a tomarlos por los primeros y únicos de tu vida, no obstante la aventura de la sirvienta del corregidor de Conches. Pues, hubiérate acostado con ella, no por eso tenías que haber estado enamorado. Todos los días nos acostamos con mujeres a las que no amamos y, en cambio, no nos acostamos con aquellas a quienes adoramos. Pero...

JACQUES.—Pero ¿qué? ¿Qué ocurre?

AMO.—¡Mi caballo!... Jacques, amigo mío, no te enfades; ponte en el lugar de mi caballo, supón que yo te hubiera perdido y dime si no habías de tenerme en mayor estima oyéndome exclamar: «¡Mi Jacques! ¡Mi pobre Jacques!».

Jacques sonrió y dijo:

—Yo iba, me parece, por el discurso de mi huésped con su mujer durante la noche que siguió a mi primera cura de la rodilla. Descansé un poco. El hombre y su mujer se levantaron algo más tarde que de costumbre.

AMO.—Bien lo creo.

JACQUES.—Al despertarme, descorrí con cuidado las cortinas y vi al matrimonio y al cirujano en conferencia secreta cerca de la ventana. Después de lo que había oído durante la noche, no me era difícil adivinar de lo que allí se trataba. Tosí, el cirujano dijo al marido:

»—Ya se ha despertado. Compadre, bajad a la bodega y bebamos un trago, es bueno para tener mano segura; luego quitaré el entablillado y ya veremos lo que conviene.

»Traída la botella y vaciada, pues en términos médicos beber un trago quiere decir vaciar al menos una botella, el cirujano se acercó a mi lecho y me dijo:

»—¿Cómo habéis pasado la noche?

»—Bastante bien.

»—A ver, el brazo... Bueno, bueno... el pulso no es malo y ya casi no tenéis fiebre. Hay que mirar esa rodilla... Vamos, comadre —dijo dirigiéndose a la mujer que estaba a los pies de mi cama, detrás de la cortina—, ¡ayudadnos! —Ella llamó a uno de sus hijos—. No es un niño lo que nos hace falta aquí, sois vos. Un movimiento desmañado y tendríamos tarea para un mes. Acercaos... —La mujer se acercó con los ojos bajos—. Sostened esta pierna, la buena, yo me encargo de la otra. Con cuidado, con cuidado... Hacia mí, otro poco hacia mí... Buen amigo, volved un poco el cuerpo a la derecha... a la derecha digo..., y ya está...

»Yo me agarraba al colchón con las dos manos, rechinaba los dientes, el sudor me caía a lo largo del rostro.

»—Amigo, esto no es plato de gusto.

»—Ya, ya lo noto.

»—Hemos terminado. Comadre, soltad la pierna, coged la almohada, acercad la silla y poned la almohada encima... Más cerca... Un poco más retirada... Amigo, dadme la mano y apretad fuerte. Comadre, pasad al otro lado de la cama y sostenedle por debajo de los brazos... Estupendo... Compadre, ¿no queda nada en la botella?

»—No.

»—Pues venid a reemplazar a vuestra mujer y que ella baje a buscar otra... Bien, bien, podéis llenarme el vaso. Mujer, dejad a vuestro hombre ahí donde está y venid a mi lado.

»La mujer volvió a llamar a uno de sus hijos y el cirujano protestó:

»—¡Eh, por todos los diablos, ya os he dicho que no es un rapaz lo que necesitamos! Poneos de rodillas, pasad la mano por debajo de la pantorrilla... Comadre, estáis temblando como si hubierais cometido un crimen. Vamos, vamos, ánimo... La mano izquierda debajo del muslo, ahí, más arriba, sin llegar al vendaje... ¡Eso es, muy bien!

»Y las costuras fueron cortadas, las vendas desenrolladas, el entablillado levantado y mi herida puesta al descubierto. El cirujano palpa por arriba, por debajo, por los lados, y a cada vez que me toca exclama:

»—¡Ignorante! ¡Burro! ¡Zoquete! ¡Y pretendía entender de cirugía! ¿Es ésta una pierna que haya de cortarse? Yo respondo de que ha de durar tanto como la otra.

»—¿Curaré?

»—No serías el primero a quien he sanado.

»—¿Podré andar?

»—Andaréis.

»—¿Sin cojear?

»—Eso ya es otra cosa, ¡Diablo, amigo mío, mucho exigís! ¿No es bastante el haberos salvado la pierna? Por otra parte, si habéis de cojear, será poca cosa. ¿Os gusta bailar?

»—Mucho.

»—Pues si habéis de andar algo torpe, en cambio bailaréis aún mejor. Comadre, el vino caliente... No, no, primero del otro; un vasito aún, que no por eso ha de ir peor nuestra cura.

»Bebe el cirujano, traen el vino caliente, me escaldan la herida, vuelven a colocar las tablillas en la rodilla, me acuestan en la cama, me recomiendan que duerma, si puedo, cierran las cortinas, terminan la botella empezada, suben otra, y prosigue el conciliábulo entre el cirujano, el hombre y la mujer.

»HOMBRE.—Compadre, ¿tendremos para largo?

»CIRUJANO.—Para muy largo... A vuestra salud, compadre.

»HOMBRE.—Pero ¿como cuánto? ¿Un mes?

»CIRUJANO.—¡Un mes! Poned dos, tres, cuatro, ¿quién sabe? La rótula está tocada, el fémur, la tibia... A vuestra salud, compadre.

»HOMBRE.—¡Cuatro meses! ¡Misericordia! ¿Por qué había de meterlo aquí? ¿Qué diablos hacía ella a la puerta?

»CIRUJANO.—A mi salud, que bien me lo tengo merecido.

»MUJER.—¡Ya empiezas otra vez! No es eso lo que prometías anoche. ¡Ay qué paciencia! Seguro que seguirás insistiendo.

»HOMBRE.—Pero, dime, ¿qué hacer con este hombre? ¡Si por lo menos no fuera un año tan malo!

»MUJER.—Si tú quisieras, yo podría ir a casa del cura.

»HOMBRE.—Pon allí los pies y te muelo a palos.

»CIRUJANO.—¿Y por qué, compadre? Mi mujer sí que va.

»HOMBRE.—Allá vos.

»CIRUJANO.—A la salud de mi ahijada: ¿cómo va la chica?

»MUJER.—Muy bien.

»CIRUJANO.—Ale, compadre, por vuestra mujer y por la mía, que son dos buenas esposas.

»HOMBRE.—La vuestra es más prudente, no hubiera ella cometido la tontería...

»MUJER.—Pero, compadre, hay la solución de las hermanitas grises...^[6]

»CIRUJANO.—¡Ah, comadre! ¡Un hombre, un hombre con las hermanitas grises! Y además hay una pequeña dificultad algo mayor que este dedo... Ea, bebamos a la salud de las monjitas que son buenas chicas.

»MUJER.—¿Y cuál es la dificultad?

»CIRUJANO.—Vuestro hombre no quiere que vayáis a casa del cura y mi mujer no quiere que yo vaya al convento de las hermanitas... Pero, compadre, otro traguito, que eso nos aclarará tal vez el juicio. ¿Habéis preguntado al mozo? A lo mejor no carece de recursos.

»HOMBRE.—¡Un soldado!

»CIRUJANO.—Un soldado tiene padre, madre, hermanos, hermanas, parientes, amigos, tiene alguien en el mundo... Bebamos un trago, ahora retiraos y dejadme hacer a mí.

Tal fue al pie de la letra la conversación del cirujano y de mis huéspedes; pero también hubiera yo podido ser muy dueño de darle otro tinte, por ejemplo introduciendo un malvado entre esas buenas gentes. Jacques se habría así visto, o vos lo habríais visto, sacado a la fuerza del lecho y arrojado a un camino o a un lodazal. «¿Y por qué no muerto?» No, muerto no. Ya me hubiera apañado para llamar a alguien en socorro suyo, y ese alguien habría sido un soldado de su compañía: pero eso hubiera olido demasiado a Cleveland.^[7] ¡La verdad, la verdad! La verdad, me diréis, suele ser fría, vulgar y sosa; por ejemplo, el último relato de la cura de Jacques es cierto, pero ¿qué tiene de interesante? Nada. «De acuerdo.» Si hay que ser veraces, que sea como Molière, Regnard, Richardson, Sedaine; la verdad tiene sus lados picantes, que se captan cuando se es un genio. «Bueno, cuando se es un genio; pero ¿y cuándo se carece totalmente de genialidad?» Cuando es así, entonces, no hay que escribir. «¿Y si por desdicha se parece uno a cierto poeta que yo mandé a Pondichéry?» ¿Qué poeta es ése? «Ese poeta...»

Pero si me interrumpís, lector; y si yo me interrumpo a cada paso, ¿qué será de los amores de Jacques? Creedme, es mejor dejar aquí al poeta... Así, pues, los huéspedes de Jacques se alejaron... «No, no, la historia del poeta de Pondichéry.» El cirujano se acercó a la cama donde yacía Jacques... «La historia del poeta de Pondichéry, la historia del poeta de Pondichéry...» Sea: Un día vino a verme un poeta, como vienen todos los días... Pero, lector, ¿qué relación tiene esto con el viaje de Jacques el fatalista y su amo? «¡La historia del poeta de Pondichéry!» Luego que hubo hecho los acostumbrados cumplidos de mi genio, mi ingenio, mi gusto, mi bondad y otras adulaciones de las que no creo una palabra por más que las oiga repetir desde hace más de veinte años, y acaso de buena fe, el joven poeta saca un papel del bolsillo y me dice: «Son versos». «¡Versos!» «Sí, señor, y sobre los cuales espero que tendréis la bondad de darme vuestra opinión.» «¿Os gusta oír la verdad?» «Sí, señor, y es lo que os pido.» «Vais, pues, a saberla.» «¡Cómo! ¿Seréis tan necio como para creer que un poeta viene a vuestra casa en busca de la verdad?» «Sí.» «¿Y para decírsela?» «¡Ciertamente!» «¡Sin miramientos!» «Así es: el miramiento mejor amañado no sería sino grosera ofensa; fielmente interpretado, significaría: sois un mal poeta; y como no os creo lo bastante fuerte para escuchar la verdad, no sois más que un pobre hombre.» «¿Y tanta sinceridad os ha dado siempre buenos resultados?» «Casi siempre... Leo los versos del joven poeta y le digo: No sólo vuestros poemas son malos, sino que me demuestran que nunca los haréis mejores.» «Pues obligado será que los haga malos, porque no podré privarme de seguir haciéndolos.» «¡Terrible maldición es ésa! ¿Podéis imaginar en qué envilecimiento vais a caer? Ni los dioses,

ni los hombres, ni las columnas han perdonado la mediocridad de los poetas: fue Horacio quien lo dijo.» «Ya lo sabía.» «¿Sois rico?» «No.» «¿Sois pobre?» «Muy pobre.» «¿Y vais a añadir a la pobreza el ridículo del mal poeta? Malgastaréis toda vuestra vida, seréis viejo. Viejo, pobre y mal poeta ¡ah!, ¡señor, qué triste papel!» «Lo comprendo, pero a ello me veo arrastrado a pesar mío...» (Aquí, Jacques hubiera dicho: eso está escrito allá arriba.) «¿Tenéis padres, parientes?» «Los tengo.» «¿Cuál es su situación?» «Son joyeros.» «¿Estarían dispuestos a hacer algo por vos?» «Quizá sí.» «Pues bien, id a verlos y proponedles que os presten alguna pacotilla de alhajas. [8] Embarcaos rumbo a Pondichéry, durante la travesía haréis malos versos, una vez llegado, haréis fortuna. Cuando seáis rico, volveréis aquí para hacer tantos malos versos como os plazca, con tal de que no los hagáis imprimir, pues no está bien buscar la ruina de nadie...» Hacía como unos doce años que había yo dado ese consejo al joven, cuando apareció un día. No lo reconocí. «Soy yo, señor», me dijo, «soy aquel que enviasteis a Pondichéry. Allí estuve y ahorré un centenar de miles de francos. He vuelto, de nuevo me he puesto a componer malos versos, aquí os traigo algunos... Decidme, ¿siguen siendo tan malos?». «Siguen tan malos, pero vuestra suerte ha cambiado, todo se ha arreglado y consiento en que continuéis haciendo malos versos.» «Eso es lo que me propongo...»

Y habiéndose acercado el cirujano a la cama de Jacques, éste no le dio tiempo a hablar. «Lo he oído todo», dijo... Luego, dirigiéndose a su amo, añadió... O iba a añadir, pues su amo le interrumpió. Estaba cansado de andar y se sentó al borde del camino volviendo la cabeza hacia un viajero que se acercaba por aquel lado, con la rienda de su caballo, que le seguía, enrollada al brazo.

Vais a suponer, lector, que ese caballo es el que robaron al amo de Jacques, y os equivocaréis. Eso es lo que ocurriría en una novela, un poco antes o después, de esta manera o de otra; pero esto no es una novela, ya lo digo y lo repito aún. El amo preguntó a Jacques:

AMO.—¿Ves ese hombre que viene hacia nosotros?

JACQUES.—Lo veo.

AMO.—Su caballo me parece bueno.

JACQUES.—Yo serví en infantería y no entiendo mucho de caballos.

AMO.—Yo he mandado en caballería y sí entiendo de ello.

JACQUES.—Bueno, ¿y qué?

AMO.—¿Qué? Pues yo querría que tú fueses a proponer a ese hombre que nos cediera su caballo, pagándole, por supuesto.

JACQUES.—Eso es un disparate, pero voy. ¿Cuánto queréis gastar?

AMO.—Hasta cien escudos.

Jacques, tras haber recomendado a su amo que no se durmiera, va al encuentro del viajero, le propone comprarle su caballo, le paga y vuelve con el animal.

AMO.—¡Ya ves, Jacques! Si tú tienes tus presentimientos, también yo tengo los míos. Este caballo es hermoso, su dueño te habrá jurado que no tiene defecto; pero en verdad que tratándose de caballos todos los hombres son charlatanes.

JACQUES.—¿Y en qué no lo son?

AMO.—Tú montarás éste y me dejarás el tuyo.

JACQUES.—De acuerdo.

Helos aquí de nuevo ambos a caballo, y Jacques prosigue:

—Cuando salí de mi casa, mi padre, mi madre, mi padrino, todos me habían dado algo, cada uno según sus modestos medios, además yo tenía en reserva cinco luises que me había regalado Jean, mi hermano mayor, cuando partió para su desdichado viaje a Lisboa.

(Aquí Jacques se puso a llorar y su amo a hacerle comprender que todo aquello estaba escrito allá arriba.)

JACQUES.—Verdad es, señor, cien veces me lo he dicho y sin embargo no puedo por menos de llorar...

Así diciendo Jacques solloza y llora cada vez más; su amo toma tabaco y saca el reloj para mirar qué hora es. Luego, tras haber puesto las riendas de su caballo entre los dientes para enjugarse los ojos con las dos manos, Jacques continuó de esta guisa:

—Con los cinco luises de Jean, con mi soldada y los donativos de mis parientes y amigos, me había hecho un peculio del que no había sacado un óbolo, y bien oportunos que me vinieron esos ahorros. ¿Qué decís a esto, señor?

AMO.—Que era imposible que tú te quedaras por más tiempo en aquella casa.

JACQUES.—Ni siquiera pagando.

AMO.—Pero dime, ¿qué había ido a buscar tu hermano a Lisboa?

JACQUES.—Páreceme, señor, que os proponéis desviarme. Con todas vuestras preguntas, daríamos la vuelta al mundo antes de llegar al final de mis amores.

AMO.—¿Qué importa, con tal de que tú hables y yo te escuche? ¿No son éstos los dos puntos importantes? Tú me regañas cuando deberías darme las gracias.

JACQUES.—Mi hermano iba en busca de descanso a Lisboa. Jean, mi hermano, era un muchacho inteligente: es eso lo que le trajo mala suerte; más le hubiera valido ser un tonto como yo, pero estaba escrito allá arriba. Escrito estaba que el fraile limosnero de los carmelitas, que venía a nuestro pueblo a pedir huevos, lana, cáñamo, fruta, vino, según las estaciones, había de alojarse en casa de mi padre y que pervertiría a mi hermano Jean, y que Jean, mi hermano, tomaría el hábito de fraile.

AMO.—¿Jean, tu hermano, fue carmelita?

JACQUES.—Sí, señor, y carmelita descalzo. Era un chico activo, inteligente, pendenciero, era el abogado consultor del pueblo. Sabía leer y escribir y desde muy joven se entretenía en descifrar y copiar viejos pergaminos. Pasó por todas las funciones de la orden: sucesivamente portero, bodeguero, jardinero, sacristán, adjunto del procurador y banquero. Al paso que iba, hubiera hecho la fortuna de todos nosotros. Él fue quien casó, y bien casadas, a dos de nuestras hermanas y a algunas otras muchachas del pueblo. Jean no pasaba por las calles sin que los padres, madres y chicos fuesen hacia él y le gritasen: «Buenos días, hermano Jean, ¿qué tal estáis hermano Jean?». Por seguro teníamos que cuando él entraba en una casa, la bendición del cielo entraba con él, y que si había una doncella, un par de meses después de su visita la doncella estaba casada. ¡Pobre hermano Jean! La ambición le perdió. El procurador de quien le habían nombrado adjunto era viejo, los frailes aseguraron que Jean había formulado el proyecto de suceder al anciano en cuanto muriera y que, a tal efecto, desordenó todos los archivos, quemó los antiguos registros e hizo otros nuevos, de tal suerte que a la muerte del viejo procurador ni el diablo habría visto nada claro en los títulos de la comunidad. ¿Hacía falta un papel? Se tardaba por lo menos un mes para encontrarlo, y eso si se encontraba, que no era siempre. Los padres carmelitas acabaron por desenredar los manejos del hermano Jean y sus intenciones: tomaron la cosa por la tremenda y el hermano Jean, en lugar de ser procurador, como había presumido que sería, fue condenado a pan y agua y flagelado hasta que al fin comunicó a otro hermano la clave de los registros. Los frailes son implacables. Así que hubieron sonsacado al hermano Jean cuantos datos necesitaron, le redujeron a la función de carbonero en el laboratorio donde destilaban el «Agua del Carmen». ¡El hermano Jean, antes banquero y adjunto del procurador de la orden, carbonero ahora! Tenía el hermano Jean su orgullo y no pudo soportar tal menoscabo en la escala de funciones, de importancia y de esplendor, y no perdió ocasión para librarse de tanta humillación.

»Llegó por entonces al convento un padre joven de quien se decía que era la maravilla de la orden en el confesonario y en el púlpito: se llamaba el padre Ange. Tenía hermosos ojos, un bello rostro, unos brazos y unas manos dignos de ser modelados. No dejaba de predicar, predicar y confesar; las devotas abandonaban a sus viejos directores de conciencia por el joven Ange, y las vísperas de domingo y de las fiestas de guardar, el confesonario del padre Ange estaba invadido de feligreses, hombres y mujeres, mientras que los /otros padres esperaban inútilmente sin que nadie viniera a ellos, lo que les afligía mucho... Pero, señor, ¿y si dejásemos aquí la historia de mi hermano Jean y reanudase la de mis amores?, seguro que sería más divertido.

AMO.—No, no; tomemos un poco de tabaco, veamos qué hora es y prosigue.

JACQUES.—Sea como decís, puesto que así lo queréis.

Pero el caballo de Jacques no fue de la misma opinión: hete aquí que de pronto sale desbocado y se precipita por una vaguada. Jacques se esfuerza por retenerle apretándole con las rodillas y acortando las riendas, el testarudo animal se lanza de nuevo y se empeña en trepar a lo alto de un montículo, allí se para en seco y Jacques, mirando en derredor, se ve entre horcas patibularias.

Otro en mi lugar, querido lector, no dejaría de ponerle a esas horcas su cada cual y prepararle a Jacques algún triste descubrimiento. Si así lo dijera, probablemente lo creeríais, pues azares más singulares hay, pero la cosa no sería por ello más verídica: aquellas horcas estaban vacías.

Jacques dejó que su caballo recobrar el aliento, el animal descendió por sí mismo el cerro hasta la hondonada, la remontó por el otro lado y volvió al punto de partida, junto al amo. Éste dijo a Jacques:

—¡Ah, mi buen amigo, qué susto me has dado! Te he tenido por muerto... Pero... estás soñando: ¿en qué piensas?

JACQUES.—En lo que he encontrado allá arriba.

AMO.—¿Y qué es lo que has encontrado?

JACQUES.—Una picota con horcas.

AMO.—¡Diablo! Mal augurio es ése, pero acuérdate de tu propia doctrina: si está escrito allá arriba, por más que hagas, colgado serás, mi querido amigo, y si no estuviere escrito allá arriba, el caballo habrá mentido. Si este animal no ha obedecido a una inspiración, será que le dan repentinos antojos. Habrá que tener cuidado...

Tras un momento de silencio, Jacques se restriega la frente y se sacude las orejas, como tratando de echar fuera de sí una idea molesta, y bruscamente reanuda:

—Aquellos viejos frailes celebraron conciliábulo entre ellos, y resolvieron que, por el medio que fuera, a toda costa había que deshacerse del joven barbián que así les humillaba. ¿Sabéis lo que hicieron?... Pero veo, mi amo, que no me escucháis.

AMO.—Te escucho, te escucho: continúa.

JACQUES.—Ganaron a su causa al portero, que era un viejo bribón como ellos, y ese viejo bribón acusó al joven padre de haberse tomado licencias con una de sus feligresas en el locutorio y aseguró, bajo juramento, que los había visto. Puede que fuese cierto, puede que fuese mentira, ¿quién sabe? Lo que hay de chusco es que al día siguiente de aquella acusación, fue requerido en nombre de un cirujano para que le pagase los remedios administrados y las curas prodigadas al bellaco del portero en el tratamiento de una enfermedad galante... Señor, no me escucháis, y bien sé lo que os distrae, apuesto a que son las horcas patibularias.

AMO.—No podría negarlo.

JACQUES.—Compruebo que no me quitáis ojo: ¿acaso me encontráis aspecto siniestro?

AMO.—No, no.

JACQUES.—Es decir: sí, sí. Pues bien, si os causo temor, no tenemos más que separarnos.

AMO.—Vamos, vamos, Jacques, pierdes la cordura. ¿Es que no estás seguro de ti?

JACQUES.—No, señor, ¿quién puede estar seguro de sí mismo?

AMO.—Todo hombre de bien. ¿Acaso Jacques, el honrado Jacques no se siente horrorizado por el crimen? Ea, Jacques, cesemos esta disputa y continúa con tu relato.

JACQUES.—A consecuencia de la calumnia o maledicencia del portero, los frailes se creyeron autorizados a hacer mil barrabasadas, mil infamias al pobre padre Ange, a resultas de lo cual pareció perder la cabeza. Llamaron entonces a un médico, al cual sobornaron, quien atestiguó que aquel religioso estaba loco y que necesitaba respirar los aires de su tierra. Si no hubiera sido más que cuestión de alejar o encerrar al padre Ange, pronto habría sido negocio concluido; pero entre las devotas que lo adoraban había damas de alcurnia a quienes había que tratar con toda consideración, así que les hablaron de su director de conciencia con hipócrita conmiseración: «¡Qué desgracia! Este pobre padre, es una lástima lo que ocurre. Era el águila de nuestra comunidad». «¿Pues qué le acontece?» A esa pregunta, no respondían sino dando un profundo suspiro y levantando los ojos al cielo; si las damas insistían, los frailes bajaban la cabeza y guardaban silencio. A toda esa comedia, aún añadían a veces: «¡Oh, Dios, qué va a ser de nosotros!... Todavía tiene momentos sorprendentes... ramalazos de lucidez... A lo mejor sanará... pero hay pocas esperanzas... ¡qué pérdida para la religión!». Y entretanto redoblaban las malévolas maniobras; no hubo nada que no intentaran para conducir al padre Ange al estado en que decían que se hallaba; y por cierto que lo hubieran logrado de no haberse compadecido de él fray Jean. ¿Para qué deciros más? Una noche dormíamos todos en casa cuando llamaron a nuestra puerta; nos levantamos, abrimos: eran el padre Ange y mi hermano disfrazados. Ambos pasaron el día en casa y a la mañana siguiente, apenas clareaba el alba, se marcharon. Se habían escapado con las manos bien provistas, a juzgar por lo que Jean me había dicho en el momento de abrazarme: «He casado a tus hermanas; si me hubiera quedado un par de años más en el convento siendo lo que era, tú habrías sido uno de los labriegos más ricos de la comarca; pero todo ha cambiado y ahora toma, esto es lo que puedo hacer por ti. Adiós Jacques, si el padre y yo tenemos buena fortuna, algo te tocará...». Y así diciendo me puso en la mano los cinco luises y otros cinco para la última de las mozas del pueblo a quien él había casado y que acababa de dar a luz un hermoso niño que se parecía a Jean como dos gotas de agua.

AMO.—(Con la tabaquera abierta y el reloj en su sitio.) ¿Y qué iban a hacer en Lisboa?

JACQUES.—Encontrarse con un terremoto que no podía producirse sin ellos: perecer aplastados, sepultados, quemados, como estaba escrito allá arriba.

AMO.—¡Ah, los frailes, los frailes!

JACQUES.—El mejor de ellos, no vale dos reales.

AMO.—Yo lo sé aún mejor que tú.

JACQUES.—¿Es que habéis pasado por sus manos?

AMO.—Ya te lo contaré en otro momento.

JACQUES.—Pero ¿por qué han de ser tan malvados?

AMO.—Paréceme que es porque son frailes... Y ahora, volvamos a tus amores.

JACQUES.—No, señor, no volveremos a ello.

AMO.—¿Cómo es eso? ¿Ya no quieres que me entere?

JACQUES.—No es que no quiera yo, sino que es el destino el que no lo quiere. ¿Acaso no habéis advertido que tan pronto como abro la boca, el diablo lo enreda de tal manera que siempre sobreviene algún incidente para cortarme la palabra? Nunca terminaré de contároslo, os lo digo yo, que escrito está allá arriba.

AMO.—Inténtalo, amigo mío.

JACQUES.—Pero si comenzarais la historia de vuestros amores, a lo mejor de ese modo se rompía el sortilegio y los míos irían luego mejor. Tengo para mí que lo uno depende de lo otro. ¡Si os digo, señor, que a veces se me figura que el destino me habla!

AMO.—¿Y te sale siempre bien el escucharle?

JACQUES.—Claro que sí, la prueba, sin ir más lejos, es cuando me dijo que vuestro reloj lo llevaba a cuestras el buhonero...

El amo se puso a bostezar y así haciendo daba con la mano en su tabaquera, y al dar en la tabaquera, miraba a lo lejos, y al mirar a lo lejos, dijo a Jacques:

—¿No ves algo allí a tu izquierda?

JACQUES.—Sí, y apuesto a que es algo que no dejará que yo continúe la historia, ni que vos comencéis la vuestra...

Jacques tenía razón. Como aquello que veían avanzaba hacia ellos y ellos iban hacia lo que veían, la distancia se acortaba así por ambos lados, y no tardaron en divisar un carruaje revestido de negro, tirado por cuatro caballos cubiertos de gualdrapas negras que les tapaban desde la cabeza a los cascos; y detrás dos lacayos de negro, tras ellos, otros dos de negro vestidos cabalgando sendos caballos negros enjaezados de negro; en el pescante, un cochero negro, con el sombrero de alas caídas y envuelto en negro crespón que le colgaba por el hombro izquierdo; el tal cochero iba con la cabeza gacha, dejaba flojas las riendas y conducía a sus caballos menos de lo que éstos le conducían a él. He aquí a nuestros dos viajeros llegados a la altura de ese coche fúnebre. Al instante Jacques lanza un grito, se cae más que desmonta del caballo, se arranca los cabellos, se revuelca por el suelo gritando:

—¡Mi capitán! ¡Mi pobre capitán! Es él, no cabe duda, ésas son sus armas...

Había, efectivamente, en el carruaje un largo ataúd cubierto por un paño mortuorio y sobre éste una espada con cordón, y al lado del ataúd un sacerdote que, breviario en mano, rezaba salmos. El coche seguía su camino, Jacques detrás lamentándose, el amo de Jacques tras éste renegando y jurando, y los lacayos confirmando a Jacques que aquel cortejo fúnebre era el de su capitán, fallecido en la villa vecina, desde donde lo trasladaban al panteón de sus mayores. Había ocurrido que el militar, a causa de la muerte de otro militar amigo suyo, capitán en el mismo regimiento, había quedado privado de la satisfacción de batirse al menos una vez por semana, y eso le produjo tal melancolía que al cabo de unos meses se había consumido. Jacques, una vez que hubo rendido a su capitán el tributo de elogios, lamentaciones y lágrimas que le debía, se excusó ante su amo, volvió a montar a caballo y continuaron el camino en silencio.

Pero, por el amor de Dios, señor escritor, me diréis, ¿adónde iban?... Pero, por Dios, lector, responderé yo, ¿acaso sabe alguien adónde va? ¿Y vos, adónde vais? ¿Acaso necesitáis que os recuerde la aventura de Esopo? Su amo, Jantipo, le dijo una tarde de verano, o de invierno, pues los griegos en toda estación se bañaban: «Esopo, ve a los baños, si hay poca gente nos bañaremos...». Esopo va. Por el camino topa con la patrulla de Atenas. «¿Adónde vas?» «¿Que adónde voy? —responde Esopo—. No lo sé.» «¿Conque no lo sabes? Pues en marcha, a la cárcel.» «¡Bueno! —replica Esopo—, ¿no decía yo que ignoraba adónde iba? Mi intención era ir a los baños y mira por dónde voy a ir a la prisión...» Jacques seguía a su amo como vos seguís al vuestro; el amo seguía al suyo, como Jacques le seguía a él.

«Pero ¿quién era el amo del amo de Jacques?» ¡Vamos! ¿Acaso no hay amos de sobra en este mundo? El amo de Jacques tenía ciento por uno, como vos, pero entre todos los amos del amo de Jacques apuesto a que no había uno bueno, pues cambiaba todos los días. «Porque era hombre.» Hombre apasionado como vos, lector; hombre curioso como vos, lector; hombre preguntón como vos, lector; hombre importuno como vos, lector «¿Y por qué preguntaba?» ¡Buena pregunta es ésa! Preguntaba para aprender y para repetir lo aprendido, como vos, lector...

El amo dijo a Jacques:

AMO.—No me pareces muy dispuesto a seguir con la historia de tus amores.

JACQUES.—¡Mi pobre capitán! Se va allí a donde todos hemos de ir y donde bien extraordinario es que no haya llegado antes. ¡Ay, ay!

AMO.—Pero, Jacques, ¡me parece que estáis llorando!... «Llorad sin reteneos, pues podéis llorar sin vergüenza; su muerte os libera de las conveniencias escrupulosas que en vida os molestaban. No tenéis las mismas razones para disimular vuestra aflicción que antes tuvisteis para disimular el contento; de vuestras lágrimas, nadie podría deducir las mismas consecuencias que antaño hubiesen sacado de vuestra alegría. La desgracia se perdona. Y, además, en tales circunstancias hay que

mostrarse sensible o ingrato, y si bien se mira, más vale revelar una debilidad que despertar la sospecha de un vicio. Quiero que vuestra lamentación sea libre para que así os sea menos dolorosa; la quiero violenta para ser más breve. Acordaos y aun exagerad vos mismo quien era; su penetrante agudeza para ahondar en las materias más profundas; su sutileza al discutir las más delicadas; su gusto seguro que le encariñaba con las más importantes; la fecundidad que prestaba a las más estériles; el arte con que defendía a los acusados: su indulgencia le dictaba mil veces más ingenio que el que dieran al culpable el interés o el amor propio; no era severo si no consigo mismo. Lejos de buscarse excusas cuando se le escapaba alguna falta leve, ponía toda la malignidad de un enemigo en exagerar su importancia y todo el empeño de un envidioso en rebajar el valor de sus virtudes, por un examen riguroso de los motivos que le habían impulsado tal vez sin darse ni cuenta. No prescribáis a vuestro dolor más término que el que ponga el tiempo. Hemos de someternos al orden universal cuando perdemos a nuestros amigos, como habremos de someternos así que se le antoje disponer de nosotros. Aceptemos, sin desesperar, el veredicto, el sino que los condena, del mismo modo que lo aceptaremos sin resistencia cuando se pronuncie contra nosotros. Los deberes de la sepultura no son los últimos deberes de las almas. La tierra removida en este momento se endurecerá sobre las cenizas de vuestro amante; pero vuestra alma conservará toda su sensibilidad.»

JACQUES.—Mi amo, eso es muy hermoso, pero ¿a cuento de qué viene aquí? He perdido a mi capitán, estoy por ello desolado y vos me endilgáis, como un loro, un retazo de la consolación que prodiga un hombre, o una mujer, a otra mujer que ha perdido a su amante.

AMO.—Paréceme que es de una mujer.

JACQUES.—Por mi parte creo que es de un hombre. Pero sea de un hombre o de una mujer, de nuevo os pregunto: ¿a qué diablos viene eso? ¿Me tomáis acaso por la amante de mi capitán? Sabed, señor, que mi capitán era un recto y bravo caballero y yo he sido siempre un mozo honrado.

AMO.—¿Y quién os lo discute, Jacques?

JACQUES.—Entonces, ¿a cuento de qué viene esa consolación de un hombre o de una mujer a otra mujer? A fuerza de preguntároslo puede que acabéis por decírmelo.

AMO.—No, Jacques, has de averiguarlo por ti mismo.

JACQUES.—Así pasara el resto de mi vida cavilando, que no lo adivinaría; tendría con ello hasta el juicio final.

AMO.—Jacques, hubiera dicho que me escuchabais atento mientras que yo declamaba.

JACQUES.—¿Acaso podría negársele atención al ridículo?

AMO.—¡Muy bien, Jacques!

JACQUES.—Poco faltó para que saltara ahí donde me apretaban las conveniencias

rigurosas en vida de mi capitán, de las que me siento liberado con su muerte.

AMO.—¡Requetebién, Jacques! Así, pues, he conseguido lo qué me proponía. Decidme si era posible usar de mejor maña para consolaros. Estabais llorando: si yo os hubiera hablado del objeto de vuestra aflicción, ¿qué hubiera ocurrido? Que habríais llorado más aún, que yo habría acabado de afligirte por completo. Os he puesto un señuelo con lo ridículo de mi oración fúnebre y con la discusión a que ha dado lugar. Habréis de convenir que ahora el pensamiento de vuestro capitán está tan lejos de vuestras mientes como el coche mortuorio que lo lleva a su última morada. Por lo tanto estimo, amigo mío, que podéis reanudar el hilo de vuestros amores.

JACQUES.—También yo lo creo. Bueno, pues voy y le digo al cirujano:

»—Doctor, ¿vivís lejos de aquí?

»—A un buen cuarto de legua, por lo menos.

»—¿Gozáis de ciertas comodidades?

»—De bastantes comodidades.

»—¿Podréis disponer de una cama?

»—¡No!

»—¡Cómo! ¿Ni siquiera pagando, pagando bien?

»—¡Oh! Pagando, pagando bien... Pero, perdonad, amigo mío, no me parecéis estar precisamente en condiciones de pagar y menos aún de pagar bien.

»—Eso es cuenta mía. ¿Y en vuestra casa podría yo estar bien atendido?

»—Ya lo creo. Tengo una mujer que toda su vida ha cuidado enfermos; tengo una hija que está siempre dispuesta a afeitar a todo el que llega y que sabe levantar unas tablillas tan bien como yo mismo.

»—¿Cuánto me cobraríais por el alojamiento, la comida y los cuidados?

»El cirujano respondió rascándose la oreja:

»—Por el alojamiento... por la comida... por los cuidados... Pero ¿quién me responde a mí del pago?

»—Os pagaré al día.

»—Eso es ponerse en razón.

»Pero, señor, paréceme que no me escucháis.

AMO.—No, Jacques, estaba escrito allá arriba que tú hablarías otra vez, que sin duda no será la última, sin ser escuchado.

JACQUES.—Cuando no se presta atención al que habla, es que no se piensa en nada, o que se piensa en algo distinto. ¿Cuál de ambas cosas hacíais vos?

AMO.—La segunda. Estaba dándole vueltas a lo que dijo uno de los lacayos que seguían al carruaje fúnebre: que tu capitán había quedado privado, a causa de la muerte de un amigo suyo, del placer de batirse al menos una vez por semana. ¿Comprendiste tú algo, Jacques?

JACQUES.—Sí, por cierto.

AMO.—Para mí es un enigma y apreciaría mucho que me lo explicaras.

JACQUES.—¿Y eso qué diablo os importa?

AMO.—No mucho, en verdad, pero cuando hablas parece que te place ser escuchado.

JACQUES.—Ni que decir tiene.

AMO.—Pues bien, no me veo capaz, en conciencia, de responder que así sea mientras aquellas palabras ininteligibles sigan dándome vueltas en la sesera. Sácame de dudas, por favor.

JACQUES.—¡Sea en buena hora! Pero juradme, al menos, que no me habéis de interrumpir.

AMO.—Por de pronto te lo juro, y ya veremos...

JACQUES.—Es el caso que mi capitán, hombre bueno, galante, de reconocidas prendas, uno de los mejores oficiales del cuerpo, aunque hombre un tanto heteróclito, es el caso, pues, que había encontrado y trabado amistad con otro oficial del mismo cuerpo, hombre bueno también, igualmente fino y de grandes méritos, tan buen oficial como él, pero hombre tan heteróclito...

Acababa Jacques de emprender la historia de su capitán cuando oyeron que tras ellos llegaba una tropa de hombres y de caballos: era el mismo carruaje fúnebre que volvía sobre sus pasos. Y venía rodeado de... «¿De guardias de la Recaudación General?»^[9] No «¿De gendarmes a caballo?» Pudiera ser. Sea como fuere, el cortejo iba precedido del sacerdote en sotana y sobrepelliz, con las manos atadas a la espalda; del cochero negro, con las manos atadas a la espalda; y de los dos lacayos negros, con las manos atadas a la espalda. ¿Quién se llevó la gran sorpresa? Jacques, que se puso a gritar: «¡Mi capitán, mi pobre capitán no está muerto! ¡Alabado sea Dios!». Y así diciendo, vuelve grupas, pica espuelas y se lanza a galope tendido hacia el presunto cortejo fúnebre. No había llegado a treinta pasos, cuando los guardias de la Recaudación, o gendarmes o lo que fueren, le apuntan y le dan el alto: «¡Alto ahí! Vuélvete por donde has venido o eres hombre muerto...». Jacques se paró en seco y consultó un instante al destino para sus adentros; parecióle que el destino le decía: «Vuelve sobre tus pasos», y eso es lo que hizo. Llegado junto a su amo, éste le dijo:

AMO.—¿Qué hay, Jacques? ¿De qué se trata?

JACQUES.—A fe mía que no lo sé.

AMO.—¿Y por qué esa ignorancia?

JACQUES.—Tampoco lo sé.

AMO.—Ya verás cómo son contrabandistas que habrán llenado ese féretro de mercancías prohibidas y habrán sido denunciados al Concejo por los mismos pícaros a quienes las habían comprado.

JACQUES.—Pero ¿por qué ese coche con las armas de mi capitán?

AMO.—Quizá se trate de un rapto: en ese caso, podrían haber ocultado en el ataúd, ¡quién sabe!, a una mujer, a una doncella, a una religiosa, no es la mortaja lo que hace al muerto.

JACQUES.—Sí, pero ¿por qué el coche con las armas de mi capitán?

AMO.—Bueno, será todo lo que tú quieras, pero acaba de una vez de contarme la historia de tu capitán.

JACQUES.—¡Todavía seguís empeñado en esta historia! Pero puede que mi capitán esté todavía vivo.

AMO.—¿Y eso que tiene que ver con que me lo cuentes?

JACQUES.—No me gusta hablar de los vivos, pues de vez en cuando se expone uno a tener que sonrojarse del bien o del mal que haya dicho de ellos, del bien que echan a perder, del mal que reparan.

AMO.—No seas aburrido panegirista ni amargado censor: dime las cosas tal como son.

JACQUES.—No es ése fácil empeño. Cada uno tenemos nuestro carácter, nuestros intereses, nuestros gustos, nuestras pasiones, y según ellos exageramos o atenuamos. ¡Decir las cosas tal como son! Eso no se da probablemente ni un par de veces al día en toda una gran ciudad. Y aquel que escucha, ¿acaso está mejor dispuesto que el que habla? No, por cierto. Luego apenas un par de veces al día, en toda una ciudad, han de entenderse las cosas como se dicen.

AMO.—¡Qué diablos, Jacques! ¡Son esas máximas como para proscribir el uso de la lengua y de las orejas, como para no decir ni palabra, ni escuchar a nadie ni para creer! De todas maneras, vamos, di a tu manera y yo te escucharé a la mía y te creeré como pueda.

JACQUES.—Si en este mundo no se dice casi nada que sea escuchado como debiera hay algo mucho peor y es que no se hace casi nada que sea juzgado tal como se ha hecho.

AMO.—Seguro que no hay bajo el sol otra cabeza que contenga más paradojas que la tuya.

JACQUES.—¿Y qué mal habría en ello? Una paradoja no siempre es una falsedad.

AMO.—Verdad es.

JACQUES.—Pasábamos por Orleans, mi capitán y yo. No se hablaba en la villa de otra cosa que de una aventura recientemente acaecida a un ciudadano llamado Le Pelletier, hombre que profesaba tan profunda consideración por los menesterosos que, tras haber reducido al mínimo indispensable una fortuna considerable a fuerza de limosnas desmedidas, aún iba de puerta en puerta buscando en la bolsa ajena los socorros que ya no podía sacar de la suya propia.

AMO.—¿Y crees tú que había dos opiniones acerca de la conducta de aquel

hombre?

JACQUES.—No entre los pobres; pero casi todos los ricos sin excepción le miraban como una especie de loco; y poco faltó para que sus parientes no le hicieran encerrar por despilfarrador extravagante. Mientras mi capitán y yo estábamos tomando un refresco en un parador, una multitud de ociosos se había congregado en torno a una especie de orador, el barbero ambulante, a quien preguntaban: «Vos estuvisteis presente, contadnos cómo sucedió». «De muy buena gana», respondió el orador local, que no deseaba otra cosa que perorar. «Estaba el señor Aubertot, uno de mis parroquianos, a la puerta de su casa, frente por frente a la iglesia de los capuchinos, cuando llega el señor Le Pelletier, le aborda y le dice: “Señor Aubertot ¿no dais algo para mis amigos?”, pues así llama a los pobres, como sabéis. “No, perdonad por hoy, señor Le Pelletier.” Éste insiste: “¡Ah, si supierais para quién os pido la caridad! Es una pobre mujer que acaba de dar a luz y no tienen ni un harapo con qué envolver a su hijito”. “No, no puedo.” “Es una joven y bella criatura que carece de trabajo y de pan, vuestra liberalidad podría acaso salvarla de extraviarse.” “No, no puedo.” “Es un albañil que no tenía sino sus brazos para vivir y acaba de romperse una pierna al caerse de un andamio.” “Que no, os digo.” “Vamos, señor Aubertot, dejaos conmover y tened por seguro que nunca encontraréis mejor ocasión para hacer una acción más meritoria.” “Que no, que no puedo, no puedo.” “Mi bueno, mi misericordioso señor Aubertot.” “Señor Le Pelletier, dejadme en paz, cuando tengo ganas de dar, no necesito hacerme de rogar.”

»Dicho esto, el señor Aubertot le vuelve la espalda, cruza el umbral de su puerta, y el señor Le Pelletier lo sigue; va tras de él de la tienda a la trastienda, de la trastienda a la vivienda; y allí, más que harto ya de tanta insistencia, el señor Aubertot le da un bofetón».

»Entonces mi capitán se levanta de un salto y pregunta al orador:

»—¿Y no le mató?

»—No, señor, no se mata así como así...

»—Un bofetón, pardiez, ¡una bofetada! ¿Y qué hizo, pues, el señor Le Pelletier?

»—¿Qué hizo después de quedarse con el bofetón? —Adoptó un gesto risueño y dijo al señor Aubertot—: “Esto es para mí, pero ¿y para mis pobres?”...».

»Al oír tales palabras, todo el auditorio prorrumpió en exclamaciones de admiración, salvo mi capitán que les decía: “Ese tal Le Pelletier, señores, no es sino un mísero, un desgraciado, un cobarde, un infame; no obstante, esta espada le hubiera pronto hecho justicia de haber estado allí, y por bien contento se hubiera podido dar el tal Aubertot si su insolencia no le hubiera costado más que la nariz y las dos orejas”.

»A lo cual replicó el orador:

»—Veo, señor, que vos no habríais dejado al hombre insolente el tiempo de

reconocer su falta, de echarse a los pies del señor Le Pelletier y de ofrecerle su bolsa.

»—¡No, por cierto!

»—Vos sois un militar y el señor Le Pelletier es un cristiano. No tenéis la misma opinión de lo que es una bofetada.

»—La mejilla de todos los hombres de honor es la misma.

»—No es eso exactamente lo que dice el Evangelio.

»—El Evangelio yo lo llevo en mi corazón y en mi vaina, y no conozco ningún otro...

»El vuestro, mi amo, está sabe Dios dónde; el mío está escrito allá arriba. Cada cual estima la injuria o la buena acción a su manera, y es posible que ni en dos instantes de nuestra vida juzguemos algo del mismo modo.

AMO.—Eso luego, maldito charlatán, luego...

Cuando el amo de Jacques mostraba mal humor, Jacques inmediatamente callaba, se ponía a divagar y a menudo no rompía el silencio sino con unas palabras relativas a lo que pensaba, pero tan deshilvanadas en la conversación como la lectura de un libro saltándose varias páginas. Eso es, precisamente, lo que le sucedió cuando dijo:

JACQUES.—Mi querido amo...

AMO.—¡Ah, por fin has recobrado el habla! Ya empezaba a hacerme enfadoso el no oírte y a ti el no hablar. Habla, pues...

JACQUES.—Mi querido amo, la vida transcurre de equívoco en equívoco. Hay equívocos de amor, equívocos de amistad, equívocos de política, de finanzas de iglesia, de magistratura, de comercio, de mujeres, de maridos...

AMO.—Bueno, deja ya esos equívocos y trata de comprender que es una grosería embarcarte en un capítulo de moral cuando se trata de un hecho histórico. ¿Y la historia de tu capitán?

Iba Jacques a recomenzar la historia de su capitán, cuando su caballo por segunda vez se aparta bruscamente del camino y, tirando a la derecha, se lanza a campo través por un llano, llevando a Jacques a un buen cuarto de legua de distancia y parándose en seco junto al patíbulo de las horcas. ¿A las horcas? ¡Singular carrera la de un caballo que lleva a su jinete a la picota!

Jacques se preguntaba:

—¿Qué significa esto? ¿Será acaso un aviso del destino?

AMO.—Amigo mío, no lo dudéis. Éste caballo actúa poseído por una inspiración, y lo peor es que todos esos pronósticos, inspiraciones, avisos del cielo por medio de sueños, apariciones, de nada sirven: no por ello deja de suceder lo que ha de suceder. Amigo Jacques, os aconsejo que hagáis examen de conciencia, que arregléis vuestros

pequeños asuntos y me despachéis, tan pronto como sea posible, la historia de vuestro capitán y la de vuestros amores, pues mucho me dolería perderos sin haberlas oídos. Y aun cuando os preocuparais más todavía de lo que os preocupáis, ¿qué ibais a remediar con ello? Nada. La sentencia del destino, dos veces pronunciada por vuestro caballo, se cumplirá. Mirad si no tenéis nada que restituir a nadie. Confíadme vuestras últimas voluntades y tened por seguro que serán fielmente cumplidas. Si algo me habéis sustraído, os lo doy; pedid sólo perdón a Dios y durante el tiempo, más o menos corto, que nos queda por vivir juntos, no me robéis más.

JACQUES.—Por más que rememore mi pasado, no veo nada que tenga que arreglar con la justicia de los hombres. Nunca he matado, ni robado, ni violado.

AMO.—¡Peor para vos! Bien mirado, yo preferiría que el crimen hubiera sido cometido y no que esté por cometer, y no me falta razón.

JACQUES.—Pero, señor, tal vez no sea por cuenta mía por lo que he de ser colgado, sino por cuenta y culpa de otro.

AMO.—Podría ser.

JACQUES.—Y a lo mejor, sólo después de muerto seré ahorcado.

AMO.—También eso podría ser.

JACQUES.—O puede que no me cuelguen nunca.

AMO.—Lo dudo.

JACQUES.—Quizá esté escrito allá arriba que tan sólo haya de asistir a la ejecución de otro; y ese otro ¡a saber, señor, quién será! Si está cerca o si está lejos...

AMO.—Señor Jacques, colgado seáis, puesto que el sino así lo quiere y que vuestro caballo lo ha dicho; pero no seáis insolente: acabad con vuestras conjeturas impertinentes y contadme de una vez la historia de vuestro capitán.

JACQUES.—No os incomodéis, señor, más de una vez se ha ahorcado a gentes harto honradas: es un equívoco de la justicia.

AMO.—Muy dolorosos son esos equívocos. Hablemos de otra cosa.

Jacques, algo más tranquilo por las interpretaciones diversas que había encontrado para el pronóstico de su caballo, dijo así:

—Cuando me incorporé al regimiento, había dos oficiales más o menos de igual edad, cuna, servicio y mérito. Mi capitán era uno de ellos. La única diferencia entre ambos es que uno era rico y el otro no lo era. Mi capitán era el rico. Tal condición debía de producir o la simpatía o la mayor antipatía; producía lo uno y lo otro...

(Paróse en este punto, como así le aconteció varias veces en el curso de su relato, a cada movimiento de cabeza que el caballo hacía, ya a la derecha ya a la izquierda. Entonces, para continuar, repetía la última frase, como si tuviera hipo.)

—Producía lo uno y lo otro. Hubo días en que eran los mejores amigos del mundo, y

otros días eran como los peores enemigos. Los días de amistad, se buscaban, se agasajaban, se abrazaban, se comunicaban sus penas, sus gozes, sus menesteres; se consultaban sus negocios más secretos, sus intereses domésticos, sus esperanzas, sus temores, sus proyectos de ascenso. Al día siguiente, si se encontraban, mirábanse con altivez, o ni se miraban siquiera; se trataban de señor por aquí y por allá, se dirigían duras palabras, echaban mano a la espada y se batían. Que no cayese herido uno de los dos, que el otro se precipitaba, lloraba, se desesperaba, lo llevaba a su casa, lo acostaba y no se movía de junto a su lecho en tanto no hubiese sanado. Ocho días después, quince días, un mes a lo sumo y vuelta a empezar; de un momento a otro podía verse a los dos bravos mozos... dos bravos mozos, dos amigos sinceros, expuestos a perecer uno a manos del otro, y el muerto no hubiera sido ciertamente el más infortunado de los dos. No faltó quien les reconvino por lo extraño de esa conducta; yo mismo, pues mi capitán me había dado licencia para hablarle, decíale: «Pero, señor, ¿y si llegáis a matarlo?». Al oír tales palabras, se echaba a llorar, se cubría los ojos con las manos, corría por la casa como presa de locura. Dos horas más tarde, o su compañero lo traía herido, o él cumplía el mismo servicio con el otro. Ni mis reproches... mis reproches, ni los de sus amigos valían de nada: el único remedio fue separarlos. El ministro de la Guerra, enterado de tan singular perseverancia en extremos tan opuestos, nombró a mi capitán comandante de una plaza con obligación expresa de incorporarse inmediatamente a su puesto y prohibición de alejarse del mismo, mientras que otra orden dejaba fijo en el regimiento a su amigo... Creo que este maldito caballo acabará por volverme loco... No bien llegaron las órdenes del ministro, mi capitán so pretexto de ir a dar las gracias por el nombramiento que le acababan de otorgar, partió para la corte, donde supo explicar muy bien que aun siendo él rico y su compañero pobre, ambos tenían el mismo derecho a las mercedes del rey; que ese puesto que le concedían sería cabal recompensa por los méritos de su amigo y vendría a suplir su menguada fortuna, quedando él mismo con ese cambio colmado de satisfacción. Como el ministro no tenía otra intención que separar a aquellos dos hombres extravagantes, y como las muestras de generosidad siempre conmueven, fue dispuesto... ¡Maldito animal! ¿Es que no puedes mantener derecha la cabeza? Fue dispuesto que mi capitán permanecería en el regimiento y su compañero iría a ocupar el puesto de mando en su lugar.

»Pero así que se vieron separados, comprendieron la necesidad que tenían el uno del otro, y ambos cayeron en profunda melancolía. Mi capitán solicitó un semestre de permiso para pasarlo en su región natal; pero apenas se había alejado de la guarnición, vende su caballo, se disfraza de campesino y se dirige a la plaza que mandaba su amigo. Parece ser que ya lo habían concertado los dos de antemano. Llegado allí... ¡Bueno, ve por donde quieras! ¿Hay todavía alguna horca que te gustaría visitar...? Podéis reiros, señor, es cosa por cierto muy divertida... Llegó, sí,

mas escrito estaba allá arriba que, por muchas precauciones que tomaran para ocultar la satisfacción que les producía volver a encontrarse y no mostrar sino la actitud de subordinación que un campesino debe a un comandante en plaza, casualmente asistieran algunos soldados y oficiales a su entrevista, que estuvieran al tanto de su aventura, que sospecharan y fueran con el cuento al coronel de la plaza. Éste, hombre prudente, sonrió ante el aviso, si bien no dejó de tomarlo en consideración con toda la importancia que requería. Puso espías en torno al comandante, y el primer informe de éstos fue que el comandante salía poco, y nada el campesino: era, pues, imposible que aquellos dos hombres viviesen juntos ocho días seguidos sin que su extraña manía se manifestara, Lo que, en efecto, no tardó en acaecer.

Ya veis, lector, si soy considerado: no dependería más que de mí el dar un latigazo a los caballos que tiran del coche fúnebre, reunir a la puerta del próximo mesón a Jacques y su amo, a los guardias del recaudador o gendarmes de caballería, junto con el resto del cortejo; interrumpir la historia del capitán de Jacques e impacientaros a mi antojo; pero tendría para ello que mentir, y soy reacio a la mentira, a menos que sea útil y forzosa. Lo cierto es que Jacques y su amo no volvieron a ver el carruaje enlutado y que Jacques, inquieto aún por los bandazos de su caballo, continuó su relato.

JACQUES.—Un día, los espías informaron que se había producido un altercado muy violento entre el comandante y el aldeano; que luego salieron, el campesino delante y el comandante siguiéndole a regañadientes, y que ambos habían entrado en casa de un banquero de la ciudad, donde todavía se hallaban.

»Se supo a la postre que, no teniendo esperanza de verse más, habían resuelto batirse en duelo a muerte y que, obedeciendo a los deberes de la más entrañable amistad, incluso en el momento de la más increíble ferocidad, el capitán que era hombre rico, como ya os he dicho... Espero, señor, que no me condenaréis a terminar nuestro viaje a lomos de este extraño animal... Mi capitán, que era rico, había exigido a su compañero que aceptase una carta de cambio por veinticuatro mil libras, que le asegurarían con qué poder vivir en el extranjero en caso de que le matase a él; éste protestando que no se batiría sin esa condición, el otro respondiendo a tal ofrecimiento: “¿Acaso crees, amigo mío, que si yo te mato podré sobrevivirte?”...

»Salían los dos amigos de casa del banquero y se encaminaban hacia las puertas de la villa, cuando se vieron rodeados por el coronel y algunos oficiales. Por más que el encuentro pareciese un incidente fortuito, nuestros dos amigos (o nuestros dos enemigos, como gustéis calificarlos) no se llamaron a engaño. El aldeano se dio a conocer, y fue decidido que pasarían la noche en una casa apartada. A la mañana siguiente, al despuntar el alba, luego de haber abrazado repetidamente a su compañero, mi capitán se resolvió a separarse de él para siempre. No bien hubo

llegado a su pueblo, falleció.

AMO.—¿Y quién te ha dicho que estuviera muerto?

JACQUES.—¿Y ese féretro? ¿Y ese coche con sus armas? Mi pobre capitán está muerto, no me cabe la menor duda.

AMO.—¿Y ese cura con las manos atadas a la espalda? ¿Y toda esa gente maniatada? ¿Y esos guardias o gendarmes? ¿Y el regreso de la comitiva a la ciudad? Tu capitán está vivo, no hay duda, pero ¿no sabes nada más de su amigo?

JACQUES.—La historia de su compañero es una bella línea en el gran rollo, en aquello que está escrito allá arriba, en el cielo.

AMO.—Espero que...

El caballo de Jacques no permitió a su amo terminar la frase: de nuevo partió como un rayo, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, siguiendo el camino todo derecho. Ya se pierde Jacques de vista, y su amo, persuadido de que el camino conducía a las horcas, se desternillaba de risa. Y como quiera que Jacques y su amo no valen sino juntos y no son nada separados, no más que don Quijote sin o que Richardet sin Ferragut, cosa ésta que no llegaron á comprender bien ni los continuadores de Cervantes ni el imitador de Ariosto, monseñor Forti-Guerra,^[10] quedemos nosotros hablando, lector amigo, en espera de que nuevamente se reúnan.

Vais a tomar la historia del capitán de Jacques por un cuento, y haréis mal, lector. Os aseguro que tal como Jacques la ha contado a si amo, fue el relato que yo oí de los hechos, el día de San Luis de ya no recuerdo qué año, en los Inválidos, comiendo invitado a la mesa del señor de Saint Etienne, médico castrense del establecimiento. Y quien contaba la historia, en presencia de varios otros oficiales que también estaban enterados de lo acontecido, era un personaje grave que no tenía nada de bromista. Os lo repito, pues, en éste momento y para quienes me sigan leyendo: habéis de ser precavido si no queréis tomar lo verdadero por falso y lo falso por verdadero en esta larga conversación entre Jacques y su amo. Advertido quedáis, yo ahora me lavo las manos. Y me diréis: «¡He ahí un par de hombres bien singulares!». Y es eso lo que os hace desconfiar. En primer lugar, es tan variada la naturaleza, sobre todo en cuanto a los instintos y a los caracteres, que nada hay, por extraño que sea, en la imaginación del poeta cuyo modelo no hallen la experiencia y la observación en la naturaleza. Yo mismo aquí donde me tenéis, encontré en la realidad el ejemplo de *El médico a palos*, obra que hasta entonces había tenido por la más disparatada y divertida de las ficciones. «¡Cómo! El equivalente de aquel marido a quien dice su mujer: “Tengo tres hijos en los brazos”; y que responde: “Pues ponlos en el suelo...”. “Me piden pan.” “Dales, látigo.”» Precisamente ése. Y os contaré cómo fue su conversación con mi mujer.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor Gousse?

—No, otro soy, señora.

—¿De dónde venís?

—De donde había ido.

—¿Qué hicisteis allí?

—Arreglar un molino que funcionaba mal.

—¿A quién pertenecía ese molino?

—No lo sé, no fui para arreglar al molinero.

—Muy bien vestido vais, lo que no suele ser vuestra costumbre. Pero ¿cómo debajo de esa levita que está muy limpia, una camisa sucia?

—Porque no tengo más que ésta.

—¿Y cómo es que sólo tenéis una?

—Porque no tengo más que un solo cuerpo a la vez.

—Mi marido está ausente, pero eso no impedirá que os quedéis a cenar.

—No, puesto que no le he confiado a él ni mi estómago ni mi apetito.

—¿Qué tal se encuentra vuestra esposa?

—Como le viene en gana, eso es negocio suyo.

—¿Y vuestros hijos?

—¡Estupendamente!

—¿Y el que tiene tan bellos ojos y tan linda piel, que está tan rollizo?

—Ése mejor que los otros. Ha muerto.

—¿Les enseñáis algo?

—No, señora.

—¡Cómo! ¿Ni a leer, ni a escribir, ni el catecismo?

—Ni a leer, ni a escribir, ni el catecismo.

—¿Y eso por qué?

—Porque a mí nadie me enseñó nada y no por eso soy un ignorante. Si ellos tienen ingenio, harán como yo; si son necios, lo que yo les enseñara no les serviría sino para hacerlos más necios todavía...

Si por ventura encontráis alguna vez a ese excéntrico, no es necesario que le conozcáis para abordarle. Llevadlo a una taberna, confiadle vuestros asuntos, proponedle que os siga a veinte leguas, y os seguirá. Después de haberle utilizado, despedidle sin un cuarto: se marchará satisfecho.

¿Habéis oído hablar de cierto Prémontval que daba en París lecciones públicas de matemáticas? Era amigo suyo... Pero tal vez Jacques y su amo se hayan vuelto a reunir: ¿queréis que vayamos en su busca o preferís quedaros conmigo?... Gousse y Prémontval llevaban conjuntamente la escuela. Entre los numerosos alumnos había una muchachita llamada señorita Pigeon, hija de aquel hábil artífice que construyó los dos hermosos planisferios, esos que han sido trasladados del Jardín del Rey a las salas de la Academia de Ciencias.^[11] La señorita Pigeon iba todas las mañanas con su

cartera bajo el brazo y su estuche de matemáticas en el manguito. Uno de los dos profesores, Prémontval, se enamoró de su alumna y entre una y otra proposición de los sólidos inscritos en la esfera, le hizo un hijo. El padre Pigeon no era hombre como para oír con paciencia la verdad resultante de ese corolario, y la situación de los amantes se hizo muy comprometida. Examinan sus posibilidades y como no tenían ninguna, lo que se dice nada de nada, ¿cuál pudo ser el resultado de sus deliberaciones? Pues apelar a la ayuda del amigo Gousse. Éste, sin decir una palabra, vende todo cuanto posee, trajes, lencería, máquinas, muebles, libros: reúne cierta suma, mete a los dos enamorados en una silla de posta y los acompaña a galope tendido hasta los Alpes. Allí, vacía su bolsa y les entrega el menguado peculio que le quedaba; los abraza, les desea buen viaje y se vuelve a pie, mendigando hasta Lyon, donde pintando las paredes de un claustro de frailes, pudo ganar con qué regresar a París sin tener que seguir pidiendo limosna.

—Hermosa acción es ésa.

—¡A buen seguro! Y después de ese heroico comportamiento ¿creéis, lector, que Gousse tenía un gran fondo de moralidad? Pues bien, desengañaos, no poseía más del que pueda haber en la cabeza de un besugo.

—¡Eso es imposible!

—Eso es cierto. Yo le tuve como empleado. Una vez le; doy un libramiento de ochenta libras, con cargo a mis mandaderos; la suma estaba escrita en cifras y ¿qué hace Gousse? Añade un cero y cobra ochocientas libras.

—¡Qué horror!

—No es más deshonesto al robarme que honrado cuando se desprendía de todo por un amigo: es un original sin principios. Aquellos ochenta francos no le bastaban, y con un; simple rasgo de la pluma se procuró los ochocientos que necesitaba. ¡Y los libros de valor que me regalaba!

—¿Qué libros son éstos?

Pero... ¿Y Jacques y su amo? ¿Y los amores de Jacques? ¡Ah, lector! La paciencia con que me escucháis bien prueba el poco interés que os inspiran mis dos personajes, y tentado estoy de dejarlos allí donde están... Bueno, pues el caso es que yo tenía necesidad de cierto libro de precio, Gousse me lo trae; poco tiempo después, necesito otro libro, él me lo procura también, quiero pagárselo y se niega a decirme lo que cuesta. Me hace falta un tercer libro precioso, y entonces dice: «Por esta vez, no lo tendréis, se os ha ocurrido demasiado tarde: mi doctor de la Sorbona ha muerto». «¿Y qué hay de común entre el doctor de la Sorbona y el libro que necesito? ¿Acaso habéis tomado los dos anteriores de su biblioteca?» «Eso es.» «¿Sin su consentimiento?» «¡Vamos! ¿Qué necesidad tenía yo de su autorización para ejercer una justicia distributiva? No he hecho sino desplazar esos libros con el mejor fin, transfiriéndolos de un lugar donde eran inútiles a otro lugar donde serán bien;

aprovechados.»

¡Quién podría pronunciarse después de esto sobre el talento de los hombres! ¡Ah, y la historia del tal Gousse con; su mujer, ésa sí que es buena!... Como si os estuviera oyendo: ya estáis hartos y os gustaría que volviéramos a reunirnos con nuestros dos viajeros. Lector, eso es tratarme como si yo fuera un autómatas, lo cual es descortés: Contad los amores de Jacques, no contéis los amores de Jacques... Ahora quiero que me habléis de la historia de Gousse; ya me harta... Bien está que de vez en cuando me deje llevar por vuestra fantasía, pero también debo a veces ir a mi guisa, y además que todo auditor que me permite iniciar un relato se compromete a escuchar el final.

Dije antes: «en primer lugar»... bueno, pues un primeramente es anunciar que ha de haber al menos «en segundo lugar». Así que, en segundo lugar... Me escuchéis o no me escuchéis, lector, hablaré solo... El capitán de Jacques y su compañero acaso vivían atormentados por una envidia violenta y secreta: es un sentimiento que no siempre la amistad logra apagar. Nada hay tan difícil de perdonar como el mérito. Puede que sintieran aprensión a que una gracia injusta les hubiera ofendido a ambos por igual... Sin sospecharlo, los dos trataban de librarse anticipadamente de un rival peligroso, uno y otro se tanteaban por lo que pudiera suceder. ¿Que cómo es posible pensar tales cosas de alguien que tan generosamente cede su mando al amigo indigente? Lo cedió, es cierto; pero si le hubieran privado de ese privilegio, es muy posible que lo hubiera reivindicado con la punta de la espada. Un ascenso arbitrario entre los militares, si no honra a aquel a quien beneficia, deshonra al rival que lo sufre. Pero dejemos eso y digamos que era su chispa de locura. ¿Acaso no tenemos todos la nuestra? La demencia de nuestros dos oficiales fue durante largos siglos la que padeció Europa entera: se llamaba «el espíritu de caballería». Toda aquella brillante multitud, armada de pies a cabeza, ornada con diversos emblemas de amor, caracoleando en sus corceles, lanza en ristre, visera alzada o bajada, mirándose fieramente, midiéndose con los ojos, amenazándose, haciéndose comer el polvo los unos a los otros, dejando tras de sí los restos de las armas rotas en la inmensa liza de un vasto torneo; toda aquella grey no eran sino celosos seguidores del mérito que estaba a la moda. Aquellos caballeros amigos, en cuanto empuñaban sus lanzas, cada uno en un extremo del terreno, y así que espoleaban los flancos de sus caballos, se convertían en los más encarnizados enemigos y caían los unos sobre los otros con el mismo furor que hubieran sentido en un campo de batalla. Pues bien, nuestros dos oficiales no eran sino dos paladines, nacidos en nuestros días, pero con los usos de antaño. Cada vicio y cada virtud aparece y pasa de moda. El vigor físico tuvo su momento, la destreza en los ejercicios tuvo el suyo. La bravura es ora más, ora menos tomada en consideración y cuanto más generalizada está menos envanece y menos se ensalza. Seguid las inclinaciones de los hombres y notaréis que hay quienes parecen venidos al mundo demasiado tarde: son de otro siglo. ¿Y qué nos impediría creer que

nuestros dos militares se enzarzarían en tales peligrosos combates cotidianos con el solo deseo de encontrar el lado débil de su rival y demostrar sobre éste su superioridad? Los duelos se repiten en la sociedad bajo las formas más diversas: hay duelos entre sacerdotes, entre magistrados, entre literatos, entre filósofos; cada profesión y estado tiene su lanza y su caballero andante, y nuestras asambleas más respetables, como las más divertidas, no son sino pequeños torneos en los que, a veces, los emblemas del amor se llevan en el fondo del corazón, ya que no prendidos en el hombro. Cuanto más nutrida sea la asistencia, más vivas serán las justas; la presencia de las damas incita a extremar el ardor y la tenacidad, y la vergüenza de sucumbir ante los ojos de ellas es tan atroz que olvidarse no puede.

¿Y Jacques a todo esto?... Jacques había franqueado las puertas de la villa, había cruzado las calles entre las aclamaciones de la chiquillería, y llegado a los últimos arrabales donde, habiéndose lanzado el caballo a pasar por una puerta baja, prodújose entre el dintel de dicha puerta y la cabeza de Jacques un choque terrible, de tal guisa que necesario fuera que el dintel se desplazara o Jacques cayera de espaldas: y fue, como es fácil imaginar, esto último lo que aconteció. Jacques cayó, abierta la cabeza y perdido el conocimiento. Lo levantan, lo reaniman con aguas espirituosas; y hasta creo que le practicó una sangría el dueño de la casa a donde lo llevaron. «¿Aquel hombre era, pues, cirujano?» No. En esto que llega su amo a la villa y pregunta a cuantos encuentra a su paso:

—¿No habréis visto a un hombre alto y enteco, desmedrado él, montado en un caballo pío?

—Acaba de pasar, iba como alma que lleva el diablo; ya debe de haber llegado a casa de su amo.

—¿Y quién es su amo?

—El verdugo.

—¡El verdugo!

—Sí, pues que suyo es el caballo.

—¿Y dónde habita el verdugo?

—Bastante lejos, pero no vale la pena que os molestéis en ir, aquí vienen sus domésticos y a lo que parece, traen a ese hombre enteco, por el que preguntáis y a quien nosotros habíamos tomado por uno de sus lacayos...

¿Quién es el que así hablaba con el amo de Jacques? Un ventero, a cuya puerta se había parado, no había yerro posible: era bajo y gordo como un tonel, estaba en mangas de camisa remangadas hasta el codo, con un gorro de algodón en la cabeza, un mandilón de cocina cubriéndole todo y un gran cuchillo colgado al cinto. «Pronto, pronto, una cama para este desdichado —le dijo el amo de Jacques— un cirujano, un médico, un boticario...» En esto habían depositado a Jacques a sus pies, la frente cubierta por una enorme compresa y los ojos cerrados.

AMO.—Jacques, Jacques.

JACQUES.—¿Sois vos, mi amo?

AMO.—Sí, yo soy; anda, mírame, hombre.

JACQUES.—No puedo.

AMO.—Pero ¿qué es lo que te ha sucedido?

JACQUES.—¡Ay el caballo, ese maldito caballo! Ya os contaré todo mañana, si es que no me muero esta noche.

Y mientras lo transportaban y lo subían a una habitación, el amo dirigía la marcha a voz en grito: «Con cuidado, id despacito, ¡despacio, pardiez!, lo vais a lastimar. Tú, tú que le tienes por las piernas, tuerce a la derecha; tú el que sujetas la cabeza, vuelve a la izquierda». Y Jacques iba diciendo en voz baja: «¡Conque estaba escrito allá arriba...!».

Apenas hubieron acostado a Jacques, éste se durmió profundamente. Su amo pasó la noche a su cabecera, tomándole el pulso, humedeciendo constantemente la compresa con agua vulneraria. En esta función lo sorprendió Jacques, cuándo despertó y preguntóle:

—¿Qué estáis haciendo?

AMO.—Te estoy cuidando. Tú eres mi servidor esté yo sano o enfermo; pero el tuyo soy yo cuando tú te encuentras mal.

JACQUES.—Cuánto me place comprobar que sois muy humano; no suele ser ésa la condición de los amos hacia sus criados.

AMO.—¿Qué tal va tu cabeza?

JACQUES.—Tan bien como la viga contra la que topó.

AMO.—Toma, muerde la sábana y sacude fuerte... ¿Qué sientes?

JACQUES.—Nada; pareceme que la cántara no está cascada.

AMO.—En buena hora. Y estás dispuesto a levantarte, ¡como si lo viera!

JACQUES.—¿Y qué queréis que haga aquí metido?

AMO.—Lo que quiero es que descanses.

JACQUES.—Pues mi opinión es que almorcemos y partamos de aquí.

AMO.—¿Y el caballo?

JACQUES.—El caballo lo dejé en casa de su verdadero dueño, honrado vecino, hombre educado que ha vuelto a quedarse con él por la misma suma que nos lo vendió.

AMO.—Y ese honrado vecino, ese hombre galante ¿sabes tú quién es?

JACQUES.—No.

AMO.—Ya te lo diré cuando estemos de camino.

JACQUES.—¿Y por qué no ahora? ¿Qué misterio hay en ello?

AMO.—Misterio o no, ¿qué necesidad tienes de enterarte ni ahora ni más tarde?

JACQUES.—No, ninguna.

AMO.—Pero sí te hace falta un caballo.

JACQUES.—El ventero a lo mejor está deseando de cedernos uno de los suyos.

AMO.—Duerme un rato más y yo voy a ocuparme de eso.

El amo de Jacques baja, pide el almuerzo, compra un caballo, vuelve a subir y se encuentra a Jacques ya vestido. En cuanto desayunaron, se pusieron en camino; Jacques protestando de que era descortés marcharse así, sin haber hecho una visita de cumplido al ciudadano a cuya puerta quedó malparado y que tan amablemente le había socorrido; el amo tranquilizándole respecto a tal delicadeza al asegurarle que ya él había gratificado con largueza a los acólitos que lo transportaron a la venta; pretendiendo Jacques que la recompensa a los servidores no les excusaba de saldar la deuda con el amo; que con tal proceder se inspira a los hombres la desgana y el pesar por hacer el bien, y que uno mismo quedaba como un ingrato.

JACQUES.—Mi amo, como si estuviera oyendo lo que ese hombre diría de mí, por lo que yo diría de él si en su lugar estuviera y él en el mío...

Salían de la ciudad cuando toparon con un hombre alto y fornido que llevaba sombrero ribeteado y levita toda guarnecida de galón. Iba solo, sin contar dos perrazos que le precedían. Apenas le hubo Jacques avistado, que desmontar del caballo y echarse a su cuello gritando todo fue uno. «¡Es él, es él!» Al hombre de los perros parecían embarazarle aquellas demostraciones de Jacques, y con suavidad lo rechazaba mientras decía:

—Señor, me hacéis hartos honor.

—¡No, por cierto! Que la vida os debo y no sabría agradeceréoslo bastante.

—Si no sabéis quién soy...

—¿No sois acaso el solícito ciudadano que me socorrió, me sangró y me curó cuando mi caballo...?

—Verdad es.

—¿No sois el honrado ciudadano que me ha aceptado el caballo por el mismo precio que me lo vendió?

—Sí, yo soy.

Jacques lo abrazaba de nuevo y lo besaba, primero en una mejilla, luego en la otra, y mientras tanto su amo sonreía y los dos perros se ponían de pie, el hocico levantado como olfateando maravillados una escena que veían por vez primera. Después que hubo añadido a esas demostraciones de gratitud repetidas reverencias, a las que su bienhechor no correspondía, y luego de haber expresado sus mejores votos, fríamente recibidos, Jacques montó de nuevo a caballo y dijo a su amo:

—Siento la más profunda veneración por ese hombre a quien deberíais darme a conocer.

AMO.—¿Y por qué es tan venerable a tus ojos, di?

JACQUES.—Porque siendo así que no le da la menor importancia a los favores que prodiga, por fuerza ha de ser servicial y estar muy habituado a practicar el bien.

AMO.—¿Qué te hace pensar así?

JACQUES.—La frialdad e indiferencia con que ha acogido mis muestras de gratitud: no me saluda, no me dice una palabra, parece como si no me conociera y acaso en este momento se esté diciendo para sí con cierto desprecio: «Muy ajena ha de serle la bondad a este viajero y muy penosa la práctica de la justicia para que tanto le conmuevan...». ¿Qué de absurdo tiene cuanto acabo de decir para que os haga reír de esta guisa? Sea quien fuere, decidme el nombre de ese caballero a fin de que pueda yo anotarlo en mis cuadernos.

AMO.—De buena gana: escribid.

JACQUES.—Decid, señor.

AMO.—Escribid; El hombre a quien profeso la más profunda veneración...

JACQUES.—La más profunda veneración...

AMO.—Es.

JACQUES.—Es...

AMO.—El verdugo de...

JACQUES.—¡El verdugo!

AMO.—Sí, sí, el verdugo.

JACQUES.—¿Queréis decirme dónde está la gracia de esta broma?

AMO.—No es ninguna broma, Jacques. No tenéis sino seguir los eslabones de la cadena: Necesitáis un caballo, el azar os lleva al lado de un viajero, y el tal viajero es un verdugo que os vende su caballo. El caballo os conduce por dos veces al patíbulo de las horcas; la tercera vez os deposita en casa de un verdugo; allí caéis privado y os transportan ¿adónde? A una posada, un albergue, un asilo común. Jacques ¿conocéis la historia de la muerte de Sócrates?

JACQUES.—No.

AMO.—Sócrates era uno de los sabios de Atenas. Tiempo ha que el papel de cuerdo es peligroso entre los locos. Sus conciudadanos le condenaron a beber la cicuta. Pues bien, Sócrates hizo lo que vos acabáis de hacer: trató al verdugo que le presentaba la cicuta con tanta deferencia como vos habéis usado. Habéis de convenir, Jacques, en que sois una especie de filósofo. Bien se me alcanza que es ésa una raza de hombres abominables para los poderosos, ante quienes no se hincan de rodillas; los magistrados, protectores oficiales de los prejuicios que aquéllos persiguen; los curas, que raramente los ven al pie de los altares; los poetas, hombres sin principios

que neciamente tienen la filosofía por la guadaña de las bellas artes, sin reparar en que incluso los que practicaron el odioso género de la sátira no fueron sino unos aduladores. También los detesta el pueblo, eterno esclavo de los tiranos que lo oprimen, de los bribones que lo engañan y de los bufones que lo divierten. Ya veis, Jacques, que no ignoro cuánto peligro entraña vuestra profesión y toda la importancia de la confesión que os pido me hagáis; pero no abusaré de vuestro secreto. Jacques, amigo mío, sois un filósofo y lo lamento por vos. Si nos está permitido leer en las cosas presentes las que han de acontecer algún día, y si lo que está escrito allá arriba se manifiesta alguna vez a los hombres mucho antes de que suceda, presumo que vuestra muerte será filosófica, y que habéis de recibir la cuerda al cuello de tan buen grado como Sócrates recibió la copa de cicuta.

JACQUES.—Mi amo, no hablaría mejor un profeta; pero por fortuna...

AMO.—No llegáis a creerlo del todo, lo cual añade mayor fuerza a mi presentimiento.

JACQUES.—¿Y vos, señor? ¿Creéis en ello?

AMO.—Lo creo, pero aun cuando no lo creyera, no tendría la menor consecuencia.

JACQUES.—¿Y por qué?

AMO.—Porque sólo corren peligro quienes hablan y yo guardo silencio.

JACQUES.—¿Y qué me decís de los presentimientos?

AMO.—Hago chanza de ellos, pero confieso que no es sin temblar. ¡Los hay que se presentan con tan sorprendente relieve! ¡Y hemos oído esa clase de cuentos tan tempranamente! Si vuestros sueños se hubieran realizado cinco o seis veces y os sucediera que soñarais que vuestro mejor amigo se muere, al despertar correríais a su casa para saber si es cierto. Pero los presentimientos de que no podemos defendernos son sobre todo los que se nos presentan de forma simbólica en el momento mismo en que los hechos ocurren lejos.

JACQUES.—Sois a veces tan profundo y tan sublime que no os entiendo. ¿No podríais aclararme eso con un ejemplo?

AMO.—Nada más fácil. Escucha: una mujer vivía en el campo con su marido, octogenario y que padecía el mal de piedra. Dejando a la mujer en casa, el hombre va a la ciudad para que le operen. La víspera de la operación, escribe a su mujer: «A la hora en que recibas esta carta, estaré bajo el bisturí de fray Cosme...»^[12] ¿Conoces, Jacques, esos anillos de boda que se separan en dos partes, en cada una de las cuales están grabados los nombres respectivos del marido y de la mujer? Pues bien, la buena anciana llevaba una de esas alianzas y, en el momento de abrir la carta de su marido, en el instante mismo, las dos mitades del anillo se separan: la que llevaba su nombre queda en su dedo, la que tenía el nombre del marido se cae rota en pedazos sobre la carta que estaba leyendo... Dime, Jacques, ¿crees tú que hay cabeza lo bastante

firme, ánimo lo bastante recio para no sentirse más o menos impresionado por semejante incidente y en tales circunstancias? No es de extrañar que la pobre mujer se viera morir del susto. Su zozobra no cesó hasta el día de postas siguiente, en que el marido le mandaba decir que la operación se había llevado a cabo felizmente, que él estaba fuera de peligro y que esperaba poder ir a abrazarla antes de que acabara el mes.

JACQUES.—¿Y en efecto la abrazó?

AMO.—Sí.

JACQUES.—Os hago esa pregunta porque más de una vez he podido observar que el destino obra con cautela. Se diría al primer pronto que ha mentido, y nos encontramos luego que ha dicho verdad. Así, pues, señor, ¿creéis que me hallo en el caso del presentimiento simbólico y pensáis, bien a pesar vuestro, que rae amenaza la muerte del filósofo griego?

AMO.—No he de ocultártelo, Jacques; pero para espantar tan triste idea, ¿no podrías tú...?

JACQUES.—¿Seguir con la historia de mis amores?...

Jacques reanudó la narración de sus amoríos. Le habíamos dejado, me parece, en casa del cirujano.

CIRUJANO.—Mucho me temo que con vuestra rodilla haya tarea para más de un día.

JACQUES.—Habrà ni más ni menos por todo el tiempo que esté escrito allá arriba: ¿qué más da?

CIRUJANO.—A tanto al día por el alojamiento, la manutención y mis cuidados, va a hacer una buena suma.

JACQUES.—Doctor, no se trata de la suma por todo el tiempo, sino de cuánto al día.

CIRUJANO.—¿Veinticinco sueldos^[13] os parecería excesivo?

JACQUES.—Muchísimo. Vamos, doctor, yo soy un pobre diablo: dejémoslo reducido a la mitad y disponed con toda la prontitud posible que me trasladen a vuestra casa.

CIRUJANO.—Doce sueldos y medio no es gran cosa... ¡ya llegaréis a trece!

JACQUES.—Doce y medio... Vaya por trece sueldos. Trato hecho.

CIRUJANO.—¿Y pagaréis día a día?

JACQUES.—Así lo hemos convenido.

CIRUJANO.—Es que... ¿sabéis?, tengo un demonio de mujer que no se anda con chiquitas...

JACQUES.—¡Ea, doctor! Haced que me trasladen cuanto antes junto a vuestra endiablada mujer.

CIRUJANO.—Un mes a trece sueldos por día hacen diecinueve libras y diez sueldos... ¿Sí que redondearéis en veinte francos?

JACQUES.—Sea, veinte francos.

CIRUJANO.—¿Queréis estar bien comido, bien cuidado, pronto sanado...? Además de la manutención, el alojamiento y los cuidados, quizá habrá que contar algo por los medicamentos, por la ropa, por...

JACQUES.—¿Y qué más?

CIRUJANO.—A fe mía que todo junto bien valdrá veinticuatro francos.

JACQUES.—Pongamos los veinticuatro francos, pero sin nada que colee...

CIRUJANO.—Un mes a veinticuatro francos... dos meses harán cuarenta y ocho libras, tres meses harán setenta y dos... ¡Qué contenta se pondría mi mujer si pudierais adelantarle, de entrada, la mitad de esas setenta y dos libras!

JACQUES.—Consiento en ello.

CIRUJANO.—Y aun la haríais mucho más feliz si...

JACQUES.—¿Si yo pagase el trimestre entero? Lo pagaré.

Jacques siguió explicando:

—Fue el cirujano en busca de mis huéspedes, les puso al corriente de nuestro acuerdo y un momento después el hombre, la mujer y los chicos se reunieron en torno a mi cama con un semblante muy tranquilo y todo se les volvió preguntas sobre mi salud y mi rodilla, y elogios del compadre cirujano y de su mujer, y toda clase de buenos deseos, y la mayor afabilidad y ¡un interés, una diligencia en servirme!... Sin embargo, el médico no les había dicho que yo tuviera algún peculio, pero hartos lo conocían: si me llevaba a su propia casa, sabían que era con su cuenta y razón. Pagué a aquellas gentes lo que les debía, tuve para con los niños algunas larguezas que el padre y la madre no les dejaron mucho rato entre las manos. Era por la mañana, el hombre salió para irse al campo, la mujer se echó a las espaldas un cenacho y se alejó; los críos, entristecidos y descontentos por haber sido expoliados, desaparecieron, y cuando hubo que sacarme del camastro, vestirme y acomodarme en las angarillas, sólo se encontraba allí el doctor, que se puso a dar voces sin que nadie pudiera oírle.

AMO.—Y Jacques, que gusta de hablar consigo mismo, seguramente que se diría: «No paguéis nunca por adelantado si no queréis ser mal servido».

JACQUES.—No, mi amo, no era ocasión para moralizar, sino para impacientarse y jurar por todos los demonios. Yo me impacienté, eché pestes, y la moraleja no la saqué hasta después. Y en tanto que moralizaba, el doctor, que me había dejado solo, volvió con dos labriegos avenidos para transportarme, a mis expensas, cosa que el médico no me dejó ignorar. Aquellos hombres me prestaron todos los cuidados

necesarios para dejarme instalado en una especie de parihuela improvisada con un colchón extendido sobre unas varas.

AMO.—¡Alabado sea Dios! Ya te estoy viendo en casa del cirujano, y enamorado de su mujer o de su hija.

JACQUES.—Paréceme, señor, que os equivocáis.

AMO.—¿Y tú crees que yo voy a pasarme tres meses en casa del doctor antes de oír la primera palabra de tus amores? ¡Ah, Jacques, eso sí que no es posible! Dispénsame, por favor, de la descripción de la casa, y del carácter del doctor, y del mal genio de la doctora, y de los progresos de tu curación; sáltatelo, sáltate todo eso. ¡Al grano, vamos al grano! Ya está tu rodilla casi curada, te encuentras bastante bien, y amas a alguien.

JACQUES.—Sea, ya estoy enamorado, pues que tanta prisa tenéis.

AMO.—¿Y a quién amas?

JACQUES.—A una morena garrida de dieciocho años, bien torneada, con grandes ojos negros, boca pequeña y encarnada, hermosos brazos, lindas manos... ¡Ah, mi amo, sus lindas manos!... ¡Y es que esas manos!...

AMO.—Todavía te parece tenerlas cogidas.

JACQUES.—Es que vos las habéis tomado y tenido, más de una vez, entre las vuestras, a hurtadillas y que no ha dependido sino de ellas el haber hecho cuanto os apeteciera...

AMO.—A fe mía, Jacques, que no me esperaba yo tanto.

JACQUES.—Ni yo tampoco.

AMO.—Por más que le doy vueltas, no me acuerdo de ninguna morena bien plantada ni unas lindas manos: trata de explicarte.

JACQUES.—De acuerdo, pero a condición de que volvamos atrás y entremos de nuevo en casa del cirujano.

AMO.—¿Tú crees que eso está escrito allá arriba?

JACQUES.—¡Vais a ser vos quien me lo recordéis! Pero aquí abajo está escrito que chi va piano va sano.

AMO.—Y chi va sano va lontano; y yo quisiera ya haber llegado.

JACQUES.—¡Pues bien! ¿Qué habéis decidido?

AMO.—Lo que tú quieras.

JACQUES.—En ese caso, henos de nuevo en casa del cirujano; escrito estaba que habíamos de volver. El doctor, su mujer y sus hijos se las compusieron tan bien para vaciar mi bolsa con toda clase de rapiñas, que no habían de tardar en lograrlo. La curación de mi rodilla parecía, sin estarlo del todo, muy adelantada, la llaga se había casi cerrado, yo podía salir con ayuda de una muleta, y me quedaban todavía dieciocho francos. A nadie le gusta más hablar que a los tartamudos, ni hay a quien más le apetezca andar que a los cojos. Un día de otoño, una tarde que hacía muy buen

tiempo, me propuse dar un largo paseo, desde el pueblo donde vivíamos hasta el pueblo vecino, que distaba unas dos leguas.

AMO.—¿Y ese pueblo se llamaba?

JACQUES.—Si os lo nombrara, lo sabríais todo. Llegado allí, entré en una taberna, descansé y me refresqué. Empezaba a declinar la tarde y yo me disponía a regresar a mi morada, cuando he aquí que oigo gritar a una mujer, unos gritos desgarradores. Salgo, veo que se había arremolinado gente en torno a una desdichada que yacía en tierra, se mesaba los cabellos y exclamaba señalando un gran cántaro hecho añicos: «Estoy en la ruina, en la ruina por un mes; y durante todo ese tiempo, ¿quién va a dar de comer a mis pobres hijos? El intendente, que tiene el corazón más duro que las piedras, no me dispensará ni un céntimo. ¡Ay, ay, qué desgraciada soy! ¡En la ruina, en la ruina me he quedado!». Todo el mundo la compadecía, no se oía alrededor más que lamentaciones: «¡Pobre mujer!», pero nadie se metía la mano al bolsillo. Yo me acerqué resueltamente y le dije: «¿Qué os ha ocurrido, buena mujer?». «¡Lo que me ha ocurrido! ¿Acaso no lo veis? Me habían mandado a por una cántara de aceite, he dado un traspies, me he caído y la jarra se ha hecho pedazos... Mirad, mirad el aceite que la llenaba...» En aquel momento aparecieron los hijos de la pobre infeliz, iban casi desnudos y también las ropas andrajosas de la madre mostraban a las claras toda la miseria de la familia. Madre e hijos lloraban y chillaban. Aquí donde me veis, con mucho menos que aquello me hubiera conmovido; se me removieron las entrañas de compasión, las lágrimas vinieron a mis ojos. Con voz entrecortada pregunté a la pobre desventurada cuánto costaba el aceite que había contenido la cántara. «¿Cuánto? —me respondió levantando las manos al cielo—, había por nueve francos, más que todo lo que yo puedo ganar en un mes...» Sin dudarle un instante abrí mi bolsa y dándole dos escudos fuertes, le dije así: «Tomad, tomad, buena mujer, aquí tenéis doce francos...», y sin esperar a que me diera las gracias, continué mi camino de vuelta al pueblo.

AMO.—Jacques, muy buena acción fue esa que hiciste.

JACQUES.—Una estupidez es lo que hice, por más que creáis lo contrario. No bien me había alejado cien pasos del pueblo, cuando así me lo dije; no estaba aún a medio camino, cuando me lo repetí con mayor convencimiento; y llegado que hube a casa de mi cirujano con la bolsa totalmente vacía, tuve la absoluta certeza.

AMO.—Bien podrías estar en lo cierto y mi elogio ser tan poco atinado como fuera de lugar tu compasión... Pero no, no, Jacques, persisto en mi primer parecer, y es el haberte olvidado de tus propias necesidades lo que hace el principal mérito de tu acción. Ya veo las consecuencias: te vas a ver expuesto a la inhumanidad de tu cirujano y de su mujer, te van a echar de su casa; pero aun cuando hubieras tenido que morir a su puerta o en un muladar, aun hundido en el estiércol, tú te habrías sentido satisfecho de ti mismo.

JACQUES.—Mi amo, carezco yo de tal entereza. Iba, pues, andando a trancas y barrancas, y he de confesar que echando de menos mis dos buenos escudos (que no por eso iba a recuperar) y desmereciendo al lamentarla la buena acción que acababa de hacer. Hallábame más o menos a la misma distancia de ambos pueblos, y ya el sol se había puesto por completo, cuando tres bandidos salen de entre la maleza que bordeaba el camino, se abalanzan sobre mí, me tiran al suelo, me registran y se extrañan del muy menguado peculio que llevaba. Habían contado hacer conmigo una buena presa: testigos de la limosna que había dado a la desdichada mujer, imaginaron que aquel que con tal facilidad se desprendía de medio luis es porque sin duda le quedaban una veintena más. Rabiosos por ver fallidas sus esperanzas y por exponerse a que les rompieran el pescuezo en una horca sólo por una poca calderilla, si yo los denunciaba, los capturaban y los reconocía, dudando estuvieron un momento si no sería mejor asesinarme. Por ventura para mí, oyeron ruido y salieron huyendo; escapé así del trance sin más menoscabo que unas contusiones que me hice al caer y que recibí mientras me vaciaban los bolsillos. Una vez que se alejaron aquellos malhechores, reemprendí el camino y llegué al pueblo como pude: en plena noche, hacia las dos, todo pálido, descaecido, el dolor de la rodilla atenazándome y sufriendo en varios lugares de mi cuerpo por los golpes recibidos. El doctor... Pero ¿qué tenéis, señor? Os veo apretar los dientes y agitaros como si estuvierais en presencia de un enemigo.

AMO.—Y lo estoy, efectivamente. Aquí me tienes con la espada desenvainada, caigo sobre tus ladrones y te vengo. Mas... dime... ¿Cómo es que el autor del gran rollo de allá arriba pudo escribir que tal había de ser la recompensa de una generosa acción? ¿Por qué yo, que no soy sino un miserable compuesto de defectos, tomo tu defensa, mientras que él te ha visto tranquilamente atacado, maltratado, derribado en tierra, pisoteado... él, ese de quien se dice que es la suma de todas las perfecciones...?

JACQUES.—Mi amo, tengamos la fiesta en paz: eso que acabáis de decir me huele endemoniadamente a herejía.

AMO.—¿Qué es lo que miras ahora?

JACQUES.—Miro si no hay nadie en torno que haya podido oíros... Bueno, pues el doctor me tomó el pulso y me encontró febroso. Me acosté sin decir palabra de mi aventura, y en mi camastro di en pensar que tenía que habérmelas con aquellas dos almas... ¡Y qué dos almas, Dios bendito! Sin tener un céntimo y sin la menor duda de que a la mañana siguiente, tan pronto me despertara, vendrían a exigirme el estipendio que por cada día habíamos convenido.

Al llegar a ese punto, el amo echó los brazos al cuello de su servidor, exclamando:

—¡Mi pobre Jacques! ¿Qué vas a hacer? ¿Qué va a ser de ti? Tu situación me

espanta.

JACQUES.—Podéis sosegaros, mi amo, ya veis que aquí estoy.

AMO.—No reparaba en ello... Yo estaba en la mañana siguiente... junto a ti, en casa del doctor, en el momento de tu despertar, cuando vienen a reclamarte el pago.

JACQUES.—Mi amo, en esta vida no sabemos nunca de qué hemos de alegrarnos ni de qué afligirnos. El bien nos trae el mal, y el mal viene como un bien. Vamos caminando en la noche por debajo de lo que está escrito allá arriba, igualmente insensatos en nuestros deseos, en nuestra dicha y en nuestra aflicción. Cuando lloro, más de una vez me parece que soy un necio.

AMO.—¿Y cuando ríes?

JACQUES.—Pues también me parece que soy un necio; y sin embargo, no puedo por menos de llorar y de reír: eso es, justamente, lo que me encorajina. Cien veces he intentado... En toda la noche no logré pegar ojo...

AMO.—No, no, dime primero qué es lo que cien veces has intentado.

JACQUES.—Burlarme de todo. ¡Ah, si hubiera podido lograrlo!

AMO.—¿De qué te habría servido?

JACQUES.—Me hubiera servido para librarme de mis preocupaciones, para no tener necesidad de nada, para ser completamente dueño de mí, para encontrarme igual de bien con la cabeza apoyada en un mojón de piedra, en la mismísima calle, que blandamente en una almohada. Así soy a veces; pero lo malo es que ese estado no perdura, y que si bien mantengo el ánimo recio y firme como una roca en las grandes ocasiones, me ocurre a menudo que un pequeño contratiempo, una nimiedad me descompone. Es como para darse de bofetadas. Ya he renunciado: he tomado el partido de ser tal como soy, y he comprobado que, a poco que se piense, viene a ser lo mismo con sólo añadir: ¿Qué importa cómo se sea? Es otra suerte de resignación más fácil y más cómoda.

AMO.—Ser más cómoda, lo es, a buen seguro.

JACQUES.—Así que, a la mañana siguiente, el cirujano descorrió las cortinas de mi cama y me dijo:

»—Vamos, amigo, vuestra rodilla, que tengo hoy que ir muy lejos.

»—Doctor —dije yo con tono quejumbroso— tengo sueño.

»—¡Tanto mejor! Es buen síntoma.

»—Dejadme dormir, no me preocupa ahora que me hagáis la cura.

»—No veo en ello gran inconveniente, seguid durmiendo.

»Dicho eso, vuelve a echar las cortinas de mi cama. Pero yo no me duermo. Una hora después, la mujer del doctor descorre a su vez las cortinas y me dice:

»—Vamos, amigo, tomad vuestra tostada con azúcar.

»—Señora doctora —respondo con tono lastimero—, me noto desgano.

»—Comed, comed, que no vais a pagar por eso ni más ni menos.

»—No quiero comer.

»—¡En buena hora! Será para mis hijos y para mí.

»Y así diciendo, vuelve a correr las cortinas, llama a sus hijos y ni cortos ni perezosos dan cuenta de mi tostada con azúcar.

Lector amigo, me gustaría saber qué opinaríais si yo hiciese aquí una pausa y reanudara la historia del hombre que no tenía más que una sola camisa porque no tenía más que un cuerpo a la vez. Ibais a pensar que me había extraviado en uno de esos *impasses*, por decirlo estilo Voltaire,^[14] o vulgo callejón sin salida, de donde no sé cómo salir, y que me lanzo a contar un cuento a propósito para ganar tiempo y buscar entretanto algún medio de llevar a buen fin el relato comenzado. Pues bien, lector, os equivocáis de medio a medio. Yo sé cómo va a salir Jacques de sus tribulaciones; y lo que voy a deciros de Gousse, el hombre de una sola camisa porque no tenía sino un solo cuerpo, no es ningún cuento.

Era un día de Pentecostés, por la mañana, cuando recibí yo una misiva suplicándome que fuese a visitarlo a una prisión donde estaba confinado. Mientras me vestía, no dejaba de pensar en su aventura, suponiendo que su sastre, su panadero, su tabernero o su hostelero habían obtenido contra él y llevado a ejecución una orden judicial de detención.

Llego, pues, a la cárcel y me lo encuentro en una celda común con otros personajes cuya catadura me pareció de mal agüero, y le pregunto quién es aquella gente.

—Ese hombre que veis ahí con unas antiparras es un hombre hábil, que sabe muchísimo de cálculo y que trata de que le cuadren los registros que copia con las cuentas. Tarea muy difícil, hemos hablado de ello, pero no dudo que llegue a conseguirlo.

—¿Y ese otro?

—Es un necio.

—¿Es decir...?

—Un tonto, que había inventado una máquina de hacer billetes falsos, una mala máquina viciosa que falla por veinte puntos.

—¿Y aquel otro? El tercero que va vestido con librea y toca un contrabajo.

—Sólo está aquí provisionalmente; quizá esta tarde o mañana por la mañana lo van a trasladar a Bicêtre,^[15] pues su asunto no es nada que lo valga.

—¿Y vos?

—¿Yo? Lo mío es menos importante todavía.

Tras aquella respuesta, se levanta, deja su gorro sobre el catre y al instante desaparecen sus tres compañeros de cárcel. Al entrar yo, había encontrado a Gousse en bata, sentado a una mesita, ocupado en trazar figuras geométricas, tan tranquilamente trabajando como si hubiera estado en su propia casa. Hallándonos ahora solos, le pregunto:

—¿Y vos, qué hacéis vos aquí?

—Estoy trabajando, como podéis ver.

—Pero ¿quién ha hecho que os metan aquí?

—Yo.

—¿Cómo que vos?

—Sí, señor, yo mismo.

—¿Y cómo os las habéis arreglado?

—Como hubiera actuado con cualquier otro. Me demandé a mí mismo; gané el proceso y a razón de la sentencia que obtuve contra mí y la orden subsiguiente he sido detenido y conducido a esta prisión.

—¿Estáis loco?

—De ninguna manera, os lo digo tal como ha ocurrido.

—¿No podríais entablaros otro proceso, ganarlo y, a tenor de otra sentencia, lograr que os pusieran en libertad?

—No, señor.

Tenía Gousse una linda fámula, que le hacía las veces de mujer propia más que su legítima esposa y esa desigual situación compartida había turbado la paz doméstica. Por más que aquel hombre fuese el menos dado del mundo a atormentarse ni hiciera el menor caso de los cotilleos, tomó el partido de abandonar a su mujer y vivir con la criada. Pero toda su fortuna consistía en muebles, máquinas, dibujos, herramientas y otros bienes mobiliarios, y más hubiera deseado dejar a su mujer desnuda que marcharse con las manos vacías, así es que concibió el siguiente plan: extender unas letras de pago a la sirvienta, la cual demandaría por el impago y obtendría el embargo y la venta de los enseres, que pasarían así del Puente Saint-Michel, a otra casa donde Gousse se proponía ir a vivir con ella. Encantado con su idea, firma las letras, se denuncia, nombra dos procuradores, y ahí le tenemos de casa del uno a la del otro, demandándose a sí mismo con todo el ardor posible, atacándose con habilidad, defendiéndose con torpeza, hasta que lo condenaron a pagar según las penas que señala la ley, y ya se veía sacando de su casa cuanto en ella hubiera. Pero no ocurrió exactamente así, pues no sabía él que se las jugaba con una bribona muy ladina que, en vez de pedir la ejecución sobre los bienes, le atacó a él en persona y logró que lo prendieran y lo encerraran. De tal suerte se sucedió el negocio, que por disparatadas que pareciesen las respuestas enigmáticas que aquel hombre me dio, no dejaban de ser veraces.

Y en tanto que yo os contaba esta historia que tomaréis por un cuento... «¿Y la del hombre aquel en librea que tocaba el contrabajo?» Os la prometo, lector, por mi honor que no os la perderéis, pero permitid que vuelva a Jacques y su amo. Jacques y su amo habían llegado al lugar donde iban a pasar la noche. Era hora tardía, la puerta de la villa estaba cerrada y se vieron obligados a quedarse en los arrabales. En esto, oigo un gran alboroto y... «¿Vos oís un alboroto? ¡Pero no estabais allí, no se trata de vos!» Verdad es. Bueno pues, Jacques, su amo... el caso es que se oye un jaleo tremendo y que veo a dos hombres... «No, vos no veis nada: no se trata de vos pues

que no estabais.» Es cierto. Había dos hombres charlando tranquilamente sentados a la mesa, junto a la puerta de la habitación que ambos ocupaban, y una mujer, puesta en jarras, les vomitaba un torrente de improperios. Jacques intentó aplacar a la furibunda mujer, que no prestaba a esas pacíficas reconvencciones más atención que los dos personajes a las invectivas que ella les dirigía:

—Vamos, vamos, buena mujer, tened paciencia, sosegaos. ¿De qué se trata? Estos caballeros me parecen ser honrados ciudadanos.

—¿Honrados hombres éstos? Son unos brutos, unos hombres despiadados, inhumanos, sin sentimientos. ¡Ay! ¿Qué mal les hacía esta pobre Nicole para así maltratarla? Puede que le cueste quedar lisiada para toda su vida.

—O puede que no haya tanto daño como vos imagináis.

—El golpe ha sido espantoso, os digo, se va a quedar lisiada.

—Hay que ver eso, hay que mandar a buscar un cirujano.

—Ya han ido.

—Conviene acostarla.

—Ya está en la cama y da unos gritos que parten el corazón. ¡Ay mi pobre Nicole!

A todo esto, en medio de tales lamentaciones, la llamaban por un lado, gritaban por otro: «¡Posadera, vino!». Ella respondía: «Ya va...». Pedían de otra habitación: «¡Patrona, sábanas...!», y ella contestaba: «¡Ya va!». «Las chuletas y el pato...» «Ya va.» «¡Una jarra de vino, un orinal!» «Ya va, ya va.» Y al otro lado de la posada, un hombre furioso gritaba como un poseso: «¡Maldito hablador! ¡Charlatán de todos los diablos! ¿Por qué te mezclas tú en eso? ¿Es que te has propuesto hacerme esperar hasta mañana? ¡Jacques! ¡Jacques!».

La posadera, un poco repuesta de su aflicción y de su furor, dijo a Jacques:

—Dejad, señor, sois demasiado bueno.

—¡Jacques! ¡Jacques!

—Acudid presto. ¡Ah, si supierais todas las desdichas de esta pobre criatura!

—¡Jacques! ¡Jacques!

—Vamos, id donde os llaman, creo que es vuestro amo el que os requiere.

—¡Jacques! ¡Jacques!

Era, en efecto, el amo de Jacques que se había desvestido solo, que se moría de hambre y que se impacientaba por no ser servido. Jacques subió donde era esperado y un momento después apareció la mesonera que traía realmente un aire muy apesadumbrado y se disculpó ante el amo:

—Señor, mil perdones... Es que hay cosas en la vida que no se pueden digerir. ¿Qué deseáis? Tengo pollos, pichones, un guiso estupendo de liebre, conejos... por aquí son muy buenos los conejos. A menos que preferáis un ave de río.

Jacques ordenó la cena de su amo como para él, según costumbre. Fueron servidos, y mientras devoraban, el amo decía a Jacques:

—¿Qué diablos hacías ahí abajo?

JACQUES.—Puede que un bien, puede que un mal; ¿quién sabe?

AMO.—¿Y qué bien o qué mal hacías ahí abajo?

JACQUES.—Impedir a esta mujer que diera lugar a que la zurrasen los hombres que ya han roto por lo menos un brazo a su sirvienta.

AMO.—¿Y si hubiera sido un bien para ella el dejarse zurrar?

JACQUES.—Diez razones puede haber para ello, a cual mejor. Una de las mayores venturas que me han acaecido en mi vida, a mí que os estoy hablando...

AMO.—¿Fue el haber recibido una paliza?... Sírveme de beber.

JACQUES.—Sí, señor, molido a palos me dejaron en un camino, por la noche. Al volver del pueblo, como os decía, después de haber hecho la necesidad, en mi opinión, y, según vos, la buena obra de dar mi dinero...

AMO.—Ya, ya recuerdo... Dame de beber... ¿Y cuál es el origen de la disputa que tratabas de apaciguar ahí abajo y de los malos tratos infligidos a la hija o la sirvienta de la posadera?

JACQUES.—A fe mía que lo ignoro.

AMO.—¡Ignoras el fondo de un negocio en el que te entrometes! Jacques, eso no obedece ni a la prudencia, ni a la justicia, ni a los principios... Dame de beber...

JACQUES.—No sé lo que son esos principios, sino reglas que se prescriben a los demás en favor de uno mismo. Yo pienso de una manera y no podría dejar de obrar de otra. Todos los sermones se parecen a los preámbulos de los edictos reales; todos los predicadores querrían que fueran practicadas sus lecciones, porque así nos sentiríamos mejor; los demás, tal vez, pero ellos a buen seguro que sí. La virtud...

AMO.—La virtud, Jacques, es una buena cosa: los malvados y los buenos se hacen lenguas de la virtud... Dame de beber...

JACQUES.—Porque a los unos y a los otros les trae cuenta.

AMO.—¿Y cómo es que fue para ti una gran ventura el ser molido a palos?

JACQUES.—Es tarde, habéis cenado bien y también yo, los dos estamos fatigados, lo mejor, creedme, es que nos acostemos.

AMO.—No es posible, y la posadera aún nos debe algo. Mientras tanto, anda, vuelve con la historia de tus amores.

JACQUES.—¿Por dónde iba? Os ruego, mi amo, por esta vez y todas las siguientes, que me pongáis de nuevo en el punto donde quedé.

AMO.—Corro con el encargo, y para comenzar mis funciones de apuntador, te pongo a ti en el lecho, sin un chavo, bastante impedido por tus males físicos, en tanto que la mujer y los hijos del doctor se comían tu tostada con azúcar.

JACQUES.—En esto se oye una carroza que se para a la puerta de la casa; entra un lacayo y pregunta: «¿No es aquí donde se aloja un pobre mozo, un soldado que va

con muletas, y que ayer por la noche volvía del pueblo vecino?». «Sí —respondió la doctora—, ¿qué le queréis?» «Meterlo en esta carroza y llevarlo con nosotros.» «Está acostado en esa cama, descorred las cortinas y hablad con él.»

En eso estaba Jacques cuando la ventera volvió a entrar e inquirió:

—¿Qué deseáis para postre,-señores?

Y contestó el amo:

—Lo que tengáis.

La buena mujer, sin molestarse en bajar, encargó gritando desde la habitación: «Nanon, trae fruta, bollos, confituras...».

Al oír el nombre de Nanon, Jacques dijo para sí: «¡Ah!, debe de ser su hija, esa a quien han maltratado y por lo que se encolerizó, no era para menos...», y el amo dijo a la mesonera:

AMO.—Muy enojada estabais cuando llegamos...

MESONERA.—¿Y quién no se hubiera enojado? La pobre criatura no les había hecho nada. No bien hubo entrado en la habitación de esos hombres, cuando la oigo dar unos gritos, ¡pero qué gritos! ¡Loado sea Dios! Ya estoy un poco más sosegada, el cirujano asegura que no será nada, aunque tiene dos enormes contusiones, una en la cabeza, otra en la paletilla.

AMO.—¿Hace mucho tiempo que la tenéis aquí?

MESONERA.—Un par de semanas a lo más, había sido abandonada en la casa de postas cercana.

AMO.—¿Cómo abandonada?

MESONERA.—¡Ay, Señor bendito, así es! Que hay gentes más duras que las piedras. A punto estuvo la pobrecita de perecer ahogada al pasar el río, ahí cerca, y llegó aquí casi de milagro, la recogí por caridad.

AMO.—¿Qué edad tiene?

MESONERA.—Yo le echo año y medio o poco más...

Ante estas palabras, Jacques se echa a reír y exclama:

—¡Es una perra!

MESONERA.—El animal más hermoso del mundo, no daría yo a mi *Nicole* ni por diez luises. ¡Mi pobrecita *Nicole*!

AMO.—Buen corazón tiene la señora.

MESONERA.—Vos lo habéis dicho, me encariño con mis animales y con mis sirvientes.

AMO.—Eso está muy bien. ¿Y quiénes son esos que así han maltratado a vuestra perra *Nicole*?

MESONERA.—Dos burgueses de la ciudad vecina. No paran de hablar al oído: se imaginan que no sabemos lo que se dicen y que ignoramos su aventura. No hace más de tres horas que están aquí y no se me escapa ya ni un pelo del negocio que se traen.

Un negocio que no deja de tener gracia, y si no tuvierais más prisa por acostaros de la que yo tengo, os lo contaría tal como su criado se lo ha contado a mi sirvienta que, por casualidad, es paisana suya; la chica se lo ha repetido a mi marido y mi marido me lo ha dicho a mí. La suegra del más joven pasó por aquí no hace ni tres meses: iba a entrar, bastante a pesar suyo, en un convento de provincia donde no ha durado mucho, se murió al poco y por eso los dos caballeros están de luto... Pero ahora caigo que, sin darme cuenta, estoy enhebrando la historia... Buenas noches, señores, que durmáis bien. ¿Os ha parecido bueno mi vino?

AMO.—Muy bueno.

MESONERA.—¿Habéis quedado satisfechos de la cena?

AMO.—Mucho. Un poquillo saladas las espinacas...

MESONERA.—A veces se me va la mano, sí... Buena cama vais a tener y con las sábanas bien limpias, que aquí no las ponemos nunca dos veces.

Dicho esto, la mesonera se retiró y Jacques y su amo se echaron a reír del malentendido que les había hecho tomar una perra por la hija o la criada de la casa, y de esa pasión que la buena mujer manifestaba por una perra perdida que tenía sólo desde hacía quince días. Mientras le sujetaba la redecilla y el gorro de noche, Jacques dijo a su amo: «Apostaría a que de todo bicho viviente en esta posada, la buena mesonera no le tiene cariño más que a su *Nicole...*». Y el amo respondió: «Bien puede ser, Jacques, pero ya es hora de dormir».

Mientras que Jacques y su amo descansan yo voy a cumplir mi promesa relatando la historia del hombre de la cárcel, el del contrabajo, o mejor dicho, por boca de su compañero, el señor Gousse. Díjome así:

—Ese tercero es un intendente de buena casa. Vino a enamorarse de una pastelera de la calle de la Universidad. El pastelero era un buen hombre que ponía más cuidado en su horno que en la conducta de su mujer: no eran ciertamente los celos lo que incomodaba a los dos amantes, sino más bien su asiduidad... ¿Qué hicieron para librarse la pastelera de tal obligación? El intendente presentó a su amo una demanda según la cual acusaba al pastelero de ser hombre de malas costumbres, un borracho que no salía de la taberna, un marido brutal que pegaba a su mujer, la más honesta y desgraciada de las mujeres. Con esa acusación logró contra él una orden del rey, y esa orden, que daba poder para disponer de la libertad del buen hombre, fue transmitida al oficial de policía para que sin demora se cumpliera. Ocurrió que el ejecutor de la justicia era casualmente amigo del pastelero, juntos iban de vez en cuando a la taberna, el pastelero llevaba unas empanadillas, el policía pagaba la botella. Así que cuando este último tuvo la orden de detención, pasó por delante del obrador y le hizo a su amigo una señal convenida habitual para que saliera. Sale, y ambos se van a tomar sus buenas empanadillas con el vino consabido. El agente de policía le pregunta a su amigo:

»—¿Cómo va el negocio?

»—Muy bien.

»—¿No hay ningún entuerto?

»—No, ninguno.

»—¿No tienes enemigos?

»—No, que yo sepa.

»—¿Qué tal te llevas con tus parientes, con tus vecinos, con tu mujer?

»—En paz y en gracia de Dios.

»—¿Pues de dónde puede venir la orden que tengo de detenerte? Si yo cumpliera con mi deber, te echaría mano al cuello, habría ahí un coche preparado y te conduciría al lugar prescrito en esta orden de arresto. Toma, lee esto...

»Palideció el pastelero al leer aquello. Su amigo le dijo:

»—Queda tranquilo, y pensemos juntos lo mejor que podemos hacer para mi seguridad y para la tuya. Vamos a ver: ¿quién frecuenta tu casa?

»—Nadie.

»—Tu mujer es lozana y coqueta.

»—Yo la dejo ir a su aire.

»—¿No anda alguno rondándola?

»—A fe mía, no creo, como no sea cierto intendente que viene algunas veces a cogerle las manos y contarle monsergas... Pero es en la pastelería, delante de mí, en presencia de los mancebos y no me parece que pueda haber entre ellos nada que no sea para bien y sin menoscabo para el honor.

»—¡Eres un bendito!

»—Puede ser; pero lo mejor que puede hacerse es creer honesta a la mujer propia y eso es lo que yo hago.

»—Y el intendente ese, ¿a qué casa pertenece?

»—A la del conde de Saint Florentin.

»—¿Y de qué gabinete crees tú que viene la orden real?

»—Acaso del gabinete del señor de Saint Florentin...

»—Tú lo has dicho.

»—¡Oh! ¡Comerse mis pasteles, besar a mi mujer y hacerme encerrar, eso es de tener el alma hartado negro y no puedo creerlo!

»—¡Qué buen hombre eres! ¿Cómo encuentras a tu mujer en estos últimos días?

»—Más bien triste que contenta.

»—Y al intendente, ¿hace mucho que no lo has visto?

»—Ayer, me parece... Sí, era ayer.

»—¿Y nada notaste?

»—No suelo fijarme; aunque sí me parece que al separarse se hacían seña con la cabeza, como cuando uno dice que sí y otro dice que no.

»—¿Cuál era la cabeza que decía sí?

»—La del intendente.

»—Pues una de dos: o son inocentes o son cómplices. Escucha, amigo mío, no vuelvas ahora a casa: escóndete en cualquier lugar donde estés en seguridad, vete al Temple, a la Abadía^[16] o donde quieras, y déjame a mí hacer entretanto. Sobre todo, ten bien presente...

»—No dejarme ver y callar.

»—Eso es.

»Desde aquel mismo momento, rodean la casa del pastelero espías, soplones disimulados con toda suerte de ropajes, que se dirigen a la pastelera y le preguntan por su marido. Al uno le responde que está enfermo; a otro que ha salido requerido para una fiesta; al siguiente que para una boda. ¿Cuándo ha de volver? Dice que no lo sabe.

»Al tercer día, serían las dos de la madrugada cuando van a avisar al ejecutor de policía que se ha visto a un hombre, embozado en una capa hasta la nariz, que abría quedamente la puerta de la calle y penetraba con sigilo en casa del pastelero. Inmediatamente se presenta el agente en el lugar, acompañado por un comisario, un cerrajero, un *fiacre* y algunos arqueros. Descerrajan la puerta, el policía y el comisario suben de puntillas con todo cuidado, llaman a la habitación de la pastelera: no hay respuesta. Vuelven a llamar: todo sigue en silencio. A la tercera vez, una voz pregunta desde dentro:

»—¿Quién es?

»—Abrid.

»—¿Quién es?

»—Abrid, en nombre del rey.

»—¡Bueno! —decía el intendente a la pastelera, con la que, en efecto, estaba encamado—. No hay nada que temer, es el ejecutor que viene a cumplir la orden de detención. Abrid: yo me daré a conocer, él se retirará y asunto concluido.

»Abre la pastelera, en camisa, y vuelve a meterse en la cama.

»EL EJECUTOR.—¿Dónde está vuestro esposo?

»PASTELERA.—No está aquí.

»EJECUTOR (descorriendo la cortina).—¿Y quién es, pues, este hombre?

»INTENDENTE.—Soy yo, el intendente del conde de Saint Florentin.

»EL EJECUTOR.—Mentís, sois el pastelero, pues sólo el pastelero se acuesta con la pastelera. Levantaos, vestíos y seguidme.

»Necesario fue obedecer —prosiguió Gousse— y aquí fue conducido. El conde, que era ministro, enterado de la felonía de su intendente, aprobó la conducta del agente de policía, quien por cierto debe venir esta tarde para sacarle de esta prisión y conducirlo a Bicêtre, donde gracias a la economía de los administradores, se

mantendrá a régimen de cuarterón de mal pan y onza de vaca, y de la mañana a la noche tendrá tiempo de darle al contrabajo...

Y ahora, ¿qué dirías, lector, si yo me fuese también a apoyar la cabeza en un almohadón, mientras esperamos a que Jacques y su amo se despierten?

A la mañana siguiente, Jacques se levantó muy temprano, se asomó a la ventana para ver qué tal tiempo hacía, vio que hacía muy malo, se volvió a acostar, y nos dejó dormir a su amo y a mí cuanto nos plugo.

Jacques, su amo y los demás viajeros que se hallaban en la misma posada, creyeron que el cielo se aclararía hacia el mediodía; pero no fue así. La lluvia torrencial había crecido el riachuelo que separaba los arrabales de la ciudad, hasta el punto de que hubiera sido peligroso cruzarlo; así es que todos aquellos que llevaban camino por aquel lado optaron por perder un día más y esperar. Los unos se pusieron a charlar; los otros iban y venían asomando la nariz por la puerta, miraban al cielo y volvían dentro jurando y pateando de impaciencia; algunos se pusieron a platicar y a beber; bastantes de ellos a jugar; los restantes a fumar, a dormir, a no hacer nada.

El amo dijo a Jacques:

AMO.—Espero que Jacques va a reanudar el relato de sus amores y que es el cielo, deseoso de que yo tenga la satisfacción de oír el final, el que nos retiene aquí con este tiempo de perros.

JACQUES.—¡Que el cielo así lo quiere! ¡Nunca se sabe lo que el cielo quiere o deja de querer y acaso ni él mismo lo sepa! Mi pobre capitán, que en gloria esté, me lo repitió cien veces; y cuanto más vivo, más reconozco que tenía razón... Os toca a vos, mi amo.

AMO.—Ya entiendo: estabas en lo de la carroza y el lacayo, a quien la mujer del cirujano decía que descorriera las cortinas del lecho y hablara contigo.

JACQUES.—El lacayo se acerca y me dice: «Vamos, compañero, en pie, vestíos y partamos». Por entre las cobijas y el cubrecama con que me había tapado hasta la cabeza, le contesté, sin verle ni ser visto: «Compañero, dejadme dormir y marchaos». A lo que él replica que tiene órdenes de su amo y que debe cumplirlas. Yo insisto: «Y vuestro amo, que dispone de un hombre a quien no conoce, ¿ha dispuesto también que se pague lo que yo debo aquí?». «Ése es asunto concluido. Daos prisa, todo el mundo os espera en el castillo, donde, a fe mía que estaréis mejor que aquí, si lo demás corresponde a la curiosidad que por vos muestran todos.»

»Yo me dejo convencer; me levanto, me visto, me ayudan sujetándome en volandas. Nos habíamos ya despedido de la doctora y me disponía a montar en el carruaje, cuando aquella mujer se acerca a mí, me tira de la manga y me ruega que me retire al fondo de la habitación porque tiene algo que decirme. He aquí lo que dijo:

»—Me parece, amigo nuestro, que no tendréis queja de nosotros; el doctor os ha salvado una pierna, yo os he cuidado bien, y espero que en ese castillo a donde vais no nos olvidaréis.

»—¿Y qué podría yo hacer por vos?

»—Pedir que sea mi marido quien vaya a haceros las curas. ¡Allí donde vais no falta gente de clase! Es la mejor parroquia de la comarca, el señor es un hombre generoso y paga muy bien, de vos sólo depende nuestra fortuna. Más de una vez ha intentado mi marido introducirse allí, sin lograrlo.

»—Pero, señora doctora, ¿no va a haber un cirujano en el castillo?

»—¡A buen seguro que sí!

»—Y si ese otro médico fuese vuestro marido, ¿os gustaría que le privaran de su cargo y que lo expulsaran?

»—Ese cirujano es hombre a quien nada le debéis, paréceme que a mi marido sí que le debéis algo: si seguís andando con los dos pies como antes, obra suya es.

»—¿Y porque vuestro esposo me ha hecho un bien habré yo de hacer un mal a otro? Si al menos el puesto estuviera vacante...

Iba Jacques a proseguir cuando entró en la habitación la posadera llevando en sus brazos a *Nicole* bien arropada, y la besaba, la acariciaba, la consolaba, le hablaba como si de un hijo suyo se tratase:

—Mi pobrecita *Nicole*, que se ha pasado la noche en un grito... ¿Y vos, caballeros, habéis dormido bien?

AMO.—Muy bien.

MESONERA.—El tiempo está nublado por todas partes.

JACQUES.—Lo que nos incomoda no poco.

MESONERA.—¿Van muy lejos los señores?

JACQUES.—No lo sabemos.

MESONERA.—¿Acaso siguen a alguien?

JACQUES.—No seguimos a nadie.

MESONERA.—¿Van o se detienen según los negocios que tienen en ruta?

JACQUES.—No tenemos ningún negocio.

MESONERA.—¿Así los caballeros viajan por su propio placer?

JACQUES.—O por sus propias cuitas.

MESONERA.—Yo os deseo que sea por lo primero.

JACQUES.—Vuestros buenos deseos no cambiarán ni un ápice lo que haya de ser: será lo que está escrito allá arriba.

MESONERA.—¡Ah, se trata de una boda!

JACQUES.—Puede ser que sí, puede ser que no.

MESONERA.—Señores, andad con cuidado. Ese hombre que está ahí abajo, el que

ha tratado con tanta rudeza a mi pobrecita *Nicole*, hizo una boda de lo más extraño... Ven, animalito, ven que te bese tu ama, te prometo que lo ocurrido no se repetirá. Veán, caballeros, cómo tiembla todo su cuerpo.

AMO.—¿Y qué es lo que de tan singular tiene la boda de ese hombre?

A esta pregunta del amo de Jacques, la mesonera dice:

—Oigo ruido por allá abajo, voy a ordenar lo que haya que hacer y vuelvo a contaros todo eso...

El posadero, harto de llamarla gritando: «¡Mujer mía, mujer...!», sube en ese momento, y a la zaga, sin verle, su compadre. Se dirige el posadero a su mujer: «¡Eh! ¿Qué diablos haces aquí?». Luego, volviéndose, y reparando en el compadre, inquiere:

—¿Me traéis dinero?

COMPADRE.—No, compadre, harto sabéis que carezco por completo.

MESONERO.—¿Conque no tienes un céntimo? Ya sabré yo sacarlo de tu arado, de tus caballos, tus bueyes y tu cama. ¡Vaya con el bellaco zarramplín!

COMPADRE.—Yo no soy un bellaco.

MESONERO.—¿Pues qué eres entonces? Estás en la miseria, no sabes de dónde sacar con qué sembrar tus campos; el propietario, harto de hacerte adelantos, no quiere ya prestarte nada. Vienes a mí, esta mujer intercede en tu favor, esta maldita charlatana que es la causa de todos los entuertos de mi vida me convence de que te haga un préstamo, tú prometes devolvérmelo; por diez veces me fallas la promesa. ¡Ah, pero yo te prometo a ti que no voy a fallarte, no! ¡Largo de aquí!...

Jacques y su amo se disponían a intervenir en defensa del pobre infeliz; pero la mesonera les hizo seña, con el dedo en los labios, de que guardaran silencio.

MESONERO.—¡Salid de aquí!

COMPADRE.—Todo cuanto decís, cierto es; no lo es menos que los alguaciles están en mi casa y que dentro de un momento quedaremos reducidos a pedir limosna mi hija, mi chico y yo...

MESONERO.—Es la suerte que mereces. ¿Qué viniste a hacer aquí esta mañana? Cuando dejo la tarea de llenar las botellas, subo de la bodega y no te encuentro. Largo de aquí, os digo.

COMPADRE.—Vine a vuestra casa, temí vuestra manera de recibirme y me volví atrás; y ahora ya me voy.

MESONERO.—Es lo mejor que puedes hacer.

COMPADRE.—¡Ay, mi pobre Margarita, tan linda y buena como es, que tendrá que irse a París y ponerse a servir!

MESONERO.—¿A servir en París? ¿Es que quieres hacer de ella una desdichada?

COMPADRE.—No soy yo quien así lo quiere, sino el hombre duro a quien estoy hablando.

MESONERO.—¡Hombre duro yo! No lo soy ni lo fui jamás y tú bien lo sabes.

COMPADRE.—No tengo ya los medios de dar de comer a mi hija ni a mi hijo. Margarita se pondrá a servir y el mozo se irá de soldado.

MESONERO.—¡Y habría yo de ser el causante! Pues no ha de ser así. Cruel eres conmigo y mientras viva tú serás mi tormento. Ea, veamos lo que necesitas.

COMPADRE.—No necesito nada. Me aflige tener que deberos algo, y no os deberé nada más en mi vida. Mayor es el daño que me hacéis con vuestras injurias que el bien con vuestros favores. Si yo tuviera dinero, os lo arrojaría a la cara; pero no tengo un chavo. Mi hija correrá la suerte que Dios disponga, a mi chico lo matarán si así ha de ser; yo pediré limosna, pero no será a vuestra puerta. No, basta de obligaciones con un malvado como vos. Guardad lo que saquéis de mis bueyes, de mis caballos y de mis aperos: que os aprovechen. Habéis nacido para ir haciendo ingratos, yo no quiero ser uno más. Adiós.

MESONERO.—¡Mujer mía, que se va, deténlo!

MESONERA.—Ea, compadre, veamos por qué medio podemos socorreros.

COMPADRE.—No quiero esos socorros, resultan muy caros...

El mesonero repetía en voz baja a su mujer: «No le dejes que se vaya, échale mano. ¡Su hija sirviendo en París, su chico en el ejército, él pidiendo a la puerta de la parroquia! ¡Ah, no seré yo quien consienta eso!».

Mientras tanto, la posadera hacía inútiles esfuerzos, pero el campesino, que era hombre de pundonor, no quería aceptar nada y se resistía terco. El mesonero, con lágrimas en los ojos, se dirigía a Jacques y a su amo suplicándoles: «Señores, a ver si podéis vos ablandarlo...».

Jacques y su amo tomaron parte en el asunto, los cuatro a la vez invocaban argumentos para hacerle entrar en razón. Nunca había yo visto tan... «¿Qué nunca habíais visto vos? ¡Pero si no estabais allí! Decid más bien: *no se había visto nunca...*» Bien, sea como queráis, lector: Nunca se había visto un hombre más confuso por ver desairados sus ofrecimientos, más tenazmente insistiendo en que aceptaran su dinero, que aquel pobre posadero. Abrazaba a su mujer, abrazaba a su compadre, abrazaba a Jacques y a su amo, sin dejar de gritar:

—¡Presto, presto, que alguien vaya a echar de casa de este hombre a esos funestos alguaciles!

COMPADRE.—Habéis de convenir...

MESONERO.—Convengo en que lo estropeo todo; pero ¿qué quieres compadre? Soy tal como soy, la Naturaleza me hizo el hombre más duro y el más tierno: no sé ni

conceder ni rehusar.

COMPADRE.—¿Y no podríais ser de otra guisa?

MESONERO.—He llegado a una edad en que no puede uno corregirse; pero si los primeros que a mí se dirigieron me hubieran puesto en mi lugar con ruda franqueza como tú lo has hecho, puede que yo fuese mejor. Compadre, gracias te doy por la lección, quizá saque de ella algún provecho. Anda, mujer, date prisa, baja y dale lo que necesite. ¡Por todos los diablos, muévete! ¡Vas a bajar, pardiez! Mujer mía, te estoy rogando que te apresures, que no le hagas esperar. ¡Tiempo tendrás luego de reanudar palique con estos señores, pues paréceme que con ellos muy bien te hallas!

Descendieron la mujer y el compadre, quedándose todavía un ratito el mesonero; así que se marchó, Jacques dijo a su amo:

—¡He aquí un hombre bien singular! Y el cielo, que había ordenado este tiempo de perros que nos retiene aquí por desear que escucharais mis amores, ¿qué va a querer ahora?

El amo, arrellanándose cómodamente en un sillón, bostezando y manoseando su tabaquera, respondió:

—Jacques, nos quedan muchos días por vivir juntos, a menos que...

JACQUES.—Es decir, que por hoy quiere el cielo que me calle o que sea la posadera quien hable: parlanchina como es, nada podría complacerla más; sea, pues, ella quien hable.

AMO.—Parece que eso te enoja.

JACQUES.—Es que a mí también me gusta hablar.

AMO.—Ya te llegará tu turno.

JACQUES.—O no me llegará.

Os estoy viendo venir, lector; estáis diciendo: aquí tenemos el verdadero desenlace de *El huraño bienhechor*,^[17] y así lo creo. De haber sido yo el autor, hubiera introducido en esa comedia un personaje que pareciera episódico y que en realidad no lo fuera. El tal personaje se mostraría de vez en cuando y su presencia estaría motivada: la primera vez, vendría a pedir clemencia; mas el temor de ser mal acogido le haría salir antes de la entrada de Geronte. Acuciado por la irrupción de los alguaciles en su casa, la segunda vez habría tenido ánimo para esperar a Geronte, pero éste rehusaría verle. Al final, lo habría hecho participar en el desenlace, donde haría exactamente el papel de campesino en la escena con el posadero: como aquél, tendría una hija que iba a colocar con una sombrerera, un hijo al que habría de sacar de la escuela para entrar a servir, y él aparecería abocado a la mendicidad hasta que la vida le pesara demasiado. Se habría visto al Huraño a los pies de ese hombre; se habría oído la merecida reprimenda que recibía; habríase sentido forzado a recabar la ayuda de toda la familia

en torno suyo para que su deudor cediera y obligarlo a aceptar nuevos socorros. Habría sido el Huraño castigado, habría prometido corregirse, pero en el último minuto, llevado por su carácter, habría perdido la paciencia con los personajes presentes en escena porque se hacían cumplidos para entrar en la casa y habría exclamado: «¡Que el diablo se lleve las ceremo...! —parándose en medio de la frase y dirigiéndose a sus sobrinas con tono de nuevo suavizado—: Vamos, sobrinas mías, dadme la mano y entremos». «Y para que ese personaje hubiera estado implicado en la trama, ¿habrías hecho de él un protegido del sobrino de Geronte?» ¡De muy buen grado! «¿Y hubiera sido a ruegos del sobrino por lo que el tío habría prestado su dinero?» ¡Encaja de maravilla! «¿Y ese préstamo sería luego un agravio del tío contra el sobrino?» Eso mismo. «Y el desenlace de esa agradable comedia, ¿no habría sido un ensayo general, con toda la familia en pleno, de lo que antes hiciera él con cada uno en particular?» Razón tenéis. «Pues si por ventura llego a conocer algún día al señor Goldoni, le recitaré la escena de la posada.» Y haréis muy bien. Goldoni es hombre de sobrada habilidad para sacar de ello buen partido.

Subió de nuevo la mesonera, todavía con la perrita en los brazos, y dijo:

—Espero que hagáis buena cena, el cazador furtivo del pueblo acaba de llegar... No tardará en caer por aquí el guarda del señor...

Y así hablando, tomó una silla. Una vez sentada, comenzó su relato.

MESONERA.—Hay que desconfiar de los criados, son los peores enemigos de los amos.

JACQUES.—No sabéis, señora, lo que decís. Los hay buenos y los hay malos, y acaso podrían contarse más criados buenos que buenos amos.

AMO.—Mal os conocéis, señor Jacques, y cometéis precisamente la misma indiscreción que acaba de chocaros.

JACQUES.—Es que los amos...

AMO.—Es que los criados...

Y bien, lector, ¿de qué depende que yo no suscite aquí una violenta disputa entre estos tres personajes? Que Jacques no agarre a la posadera por los hombros y la saque de la habitación; que el amo no coja a Jacques y lo eche; que no se vaya cada uno por su lado y que no os veáis privado de la historia de la mesonera y de la continuación de los amores de Jacques... Quedad tranquilo, no haré nada de eso. La mesonera, pues, prosiguió:

—Hemos de reconocer que si hay hombres hartos malvados, tampoco faltan las mujeres malvadas.

JACQUES.—Y que no es necesario ir muy lejos para toparse con alguna.

MESONERA.—¿Y quién sois vos para meteros en esto? Yo soy mujer y puedo permitirme decir de las mujeres cuanto me plazca, no necesito para nada vuestra aprobación.

JACQUES.—Mi aprobación vale tanto como cualquier otra.

MESONERA.—¡A fe mía, señor, que tenéis un criado que se las da de sabihondo y que os falta al respeto. También yo tengo domésticos, pero ya querría ver si se les ocurriera...!

AMO.—Jacques, callad la boca y dejad hablar a la señora.

Envalentonada por las palabras del amo, la mesonera se levanta, se encara con Jacques, poniéndose en jarras, olvida que lleva en brazos a *Nicole*, la suelta y he aquí a la perra por el suelo hecha un rebujo y debatiéndose en sus faldones, maltrecha, ladrando a más no poder, la mesonera mezclando sus gritos a los ladridos de *Nicole*, Jacques mezclando sus risotadas a los ladridos de la perra y los gritos de la mesonera, y el amo de Jacques abriendo su tabaquera, tomando su rapé y sin poder contener la hilaridad. De tal guisa que todo el mesón se soliviantó.

—Nanon, Nanon, pronto, pronto, trae la botella de aguardiente... ¡Mi pobre *Nicole* es muerta...! Quitadle los faldones... ¡Qué torpe eres!

—Hago lo mejor que puedo.

—¡Ay, cómo aúlla! Quítate de ahí, déjame hacer a mí... ¡Ay, ay, muerta es! ¡Ríete tú, badulaque, la cosa es como para reírse...! ¡Mi pobrecita *Nicole* está muerta!

—No, señora, tengo para mí que saldrá de ésta, se está moviendo.

Y he aquí a Nanon frotándole el hocico a la perra con aguardiente, haciéndole tragar algún sorbo; y la mesonera lamentándose y emprendiéndole desaforada contra los criados impertinentes; y Nanon diciéndole:

—¿Veis, señora? Ya abre los ojos, os está mirando...

—¡Animalito! ¡Sólo le falta hablar! ¿Quién no se sentiría conmovido?

—Señora, acariciadla un poco, decidle algo...

—Ven, mi pobrecita *Nicole*, aúlla, hijita mía, aúlla si esto te alivia. Hay un sino para los animales como lo hay para las personas; así, le tocan venturas a los haraganes desabridos, vocingleros y golosos, y desventuras a la criatura más buena de la tierra.

—La señora tiene razón, en este mundo no hay justicia.

—Cállate, envuélvela bien otra vez, llévala a mi cuarto y échala en mi almohada, y ten por seguro que al primer grito que vuelva a dar me las vas a pagar. Ven, mi pobre perrita, ven que te abrace otra vez antes de que te lleven. Pero acércamela, so boba, que pareces tonta... ¡Ah, estos perros son tan buenos! Más valen que...

JACQUES.—Que padre, madre, hermanos, hermanas, hijos, criados, esposo...

MESONERA.—Y tanto que sí, no hay por qué burlarse. Son inocentes, fieles, nunca

os hacen daño, mientras que todos los demás...

JACQUES.—¡Vivan los perros! No hay nada más perfecto bajo la capa del cielo.

MESONERA.—Si algo más perfecto hay, a fe que no es el hombre. Ya me gustaría que conocierais al perro del molinero, es el galán de mi *Nicole*: ni uno habría entre todos vosotros, con tantos como sois, que no se sonrojara de vergüenza al compararse. Aquí se viene, en cuanto clarea el alba, desde más de una legua; se planta delante de esta ventana, y no deja de dar suspiros, unos suspiros que parten el alma. Haga el tiempo que haga, ahí se está, la lluvia le empapa todo, el cuerpo se le hunde en el barro, que apenas si se le ven las orejas y el hocico. ¿Qué, haríais vos otro tanto por la mujer amada?

AMO.—Muy galante es eso.

JACQUES.—Pero también, ¿dónde hay una mujer tan digna de las atenciones de vuestra *Nicole*?

Hemos de decir que la pasión de la mesonera por los animales no era, como cabría imaginar, su pasión dominante. No; era la de hablar. Y valoraba los méritos del prójimo según la mayor o menor paciencia que se pusiera en escucharla. Así pues, no se hizo de rogar para reanudar la interrumpida historia de aquella boda tan singular; sólo puso como condición que Jacques se estuviera callado. Prometió el amo el silencio de Jacques; éste se repantingó indolente en un rincón, con los ojos cerrados, el gorro caído sobre las orejas y volviéndole casi la espalda a la mesonera. El amo tosió, escupió, se sonó los mocos, sacó el reloj, miró qué hora era, sacó su tabaquera, dio los acostumbrados golpecitos y tomó su porción de rapé. La mesonera se aprestaba con fruición a la deliciosa obligación de perorar, cuando de nuevo oye gemir a la perrita.

—Nanon, ve a ver qué le pasa a ese pobre animal... Eso me trastorna, ya no sé por dónde iba.

JACQUES.—No habéis dicho nada todavía.

MESONERA.—Aquellos dos hombres con quienes andaba yo a la greña cuando vos entrabais, señor...

JACQUES.—Decid: señores.

MESONERA.—¿Y por qué?

JACQUES.—Porque con esa deferencia hemos sido tratados hasta ahora, y me he hecho a ello. Mi amo me llama Jacques, los demás señor Jacques.

MESONERA.—Pues yo no os digo ni Jacques, ni señor Jacques, no os hablo a vos... («Señora...» «¿Qué hay?» «La nota del número cinco.» «Mirad encima de la chimenea.») Esos dos hombres son buenos hidalgos, vienen de París y van a las tierras del más viejo de ambos.

JACQUES.—¿Eso quién lo sabe?

MESONERA.—Ellos, que lo dicen.

JACQUES.—¡Buena razón es ésa!

El amo hizo señas a la mesonera indicando que Jacques tenía la sesera trastornada. Dándose por enterada, correspondió la mujer al gesto del amo con un ademán que expresaba compasión y añadió: «¡A su edad! Es una lástima...».

JACQUES.—¡Muy penoso es no saber nunca adónde se va!

MESONERA.—El de más edad de los dos hombres se llama marqués de los Arcis. Era un hombre dado a los placeres, amable y donoso, que no creía mucho en la virtud de las mujeres.

JACQUES.—Razón tenía.

MESONERA.—Señor Jacques, me estáis interrumpiendo.

JACQUES.—Mi señora la hostelera del Gran Ciervo, no os hablo a vos.

MESONERA.—El señor marqués encontró, sin embargo, una; dama asaz singular para hacerle frente: se llamaba la señora de La Pommeraye. Era una viuda de buenos principios, ilustre cuna, fortuna y orgullo. El marqués de los Arcis rompió con todas sus amistades, se consagró únicamente a la señora de La Pommeraye, le hizo la corte con la mayor asiduidad, trató por todos los medios imaginables mostrarle que la amaba, le propuso incluso casarse con ella; mas esa dama había sido tan desgraciada con un primer marido que... («Señora...» «¿Qué hay?» «La llave del arca de la avena.» «Mira en la alcayata, si no está colgada ahí estará puesta en el arca.»)... que antes hubiera preferido exponerse a toda suerte de infortunios que a los riesgos de un segundo matrimonio.

JACQUES.—¡Ah, si eso hubiera estado escrito allá arriba!...

MESONERA.—Vivía la dama muy retirada. El marqués era un antiguo amigo de su marido, en tiempos lo recibía en su casa, así es que seguía recibéndole. Si se le perdona su gusto afeminado por las galanterías, era lo que se llama un hombre de honor. La constancia del marqués, bien servida por sus cualidades personales, su juventud, su apostura, la apariencia de la pasión más verdadera; y luego la soledad, la inclinación a la ternura, en una palabra, todo lo que nos hace sensibles a la seducción de los hombres... («Señora...» «¿Qué hay?» «El correo.» «Dale la habitación verde y sírvele como de costumbre»)... hizo su efecto y la señora de La Pommeraye, al cabo de varios meses de luchar contra la pasión del marqués, contra sí misma, y luego de haber exigido, como se debe, los más solemnes juramentos, colmó con sus favores al marqués, quien hubiera gozado de la más dulce dicha de haber podido conservar por su amante los sentimientos que le juró y que ella mantuvo por él. Verdad es, señor, que sólo las mujeres saben amar; los hombres no entienden de eso...

(«Señora...» «¿Qué hay?» «El hermano limosnero» «Dale doce sueldos por cuenta de estos señores que están aquí, otros seis por mi cuenta y que vaya por las demás habitaciones.») Pasaron así algunos años, el marqués empezó a encontrar la vida de la señora de La Pommeraye hartamente monótona. Le propuso mostrarse en sociedad: ella consintió recibir a algunas damas y caballeros: consintió en ello; invitar con regularidad a cenar: consintió en ello. Luego, poco a poco, pasó uno o dos días sin verla; poco a poco faltó a tal o cual comida que él había organizado; poco a poco fue abreviando sus visitas; le surgieron negocios que le requerían; cuando llegaba, decía una palabra, se arrellanaba en un sillón, tomaba un libro, lo tiraba, hablaba a su perro o se dormía. Por la noche, su salud cada vez más quebrantada, exigía que se retirase temprano: tal era la opinión del doctor Tronchin. «¡Qué gran hombre este Tronchin! A fe que no dudo de que salve a nuestra amiga, aun cuando los demás médicos la hayan desahuciado...» Y así diciendo, tomaba su bastón y su sombrero y se iba, olvidando a veces besar a la señora de La Pommeraye. («Señora...» «¿Qué hay?» «Es el tonelero.» «Que baje a la cueva y examine las dos barricas de vino.») La señora de La Pommeraye presentía que el marqués ya no la amaba y quiso asegurarse, ahora veréis cómo se las compuso. («Señora...» «Ya voy, ya voy.»)

Bajó la posadera, harta de tantas interrupciones, y al parecer puso los medios necesarios para que cesaran, pues no tardó en subir y proseguir:

MESONERA.—Un día, después de la comida, la señora de La Pommeraye dijo al marqués:

»—Amigo mío, estáis pensativo.

»—También vos lo parecéis, marquesa.

»—Es cierto, y aun mis pensamientos son tristes.

»—¿Qué tenéis?

»—Nada.

»—Eso no es verdad. Vamos, marquesa —dijo bostezando—, me lo vais a contar y eso os servirá para distraeros, y a mí también.

»—¿Acaso os aburrís?

»—No, es que hay días...

»—En que uno se aburre...

»—Os engañáis, amiga mía; os juro que os engañáis...sólo que, en efecto, hay días que... No se sabe por qué...

»—Amigo mío, hace largo tiempo que tentada estoy de haceros una confidencia, pero temo afligiros.

»—¿Podrías vos afligirme?

»—Tal vez sí; mas el cielo es testigo de mi inocencia... («Señora, señora...» «Para quienquiera que sea y lo que fuere, os he prohibido volver a llamarme; preguntad a mi marido.» «No está.») Señores, os pido disculpas, en un minuto estoy

con vos.

Vuelta la posadera a bajar, a subir y a reanudar el hilo de su relato:

—... «Esto acontece sin mi consentimiento, a pesar mío, por una maldición a la que toda especie humana parece tener que rendirse, puesto que ni yo misma he podido librarme de ella.

»—¡Ah! De vos misma se trata... ¡No temáis! ¿Qué es ello?

»—Marqués, se trata... Desolada me veis y sé que voy a causaros pena... Bien mirado, más vale que me calle.

»—No, amiga mía, hablad. ¿Guardaríais en el fondo de vuestro corazón algún secreto para mí? ¿No fue la primera de las condiciones que convinimos que nuestras almas se abrirían la una a la otra sin reservas?

»—Verdad es, y por eso me pesa aún más. Es un reproche que pone colmo a otro mucho más grave que me hago a mí misma. ¿No habéis notado que ya no tengo la misma alegría? He perdido el apetito, no bebo ni como sino obligándome, no puedo dormir. Nuestras relaciones más íntimas me desagradan. Por la noche me interrogo: ¿Acaso es él menos digno de afecto? No. ¿Me ha dado algún motivo de descontento? No. ¿Se le podría reprochar alguna aventura sospechosa? No. ¿Ha menguado su ternura? No. ¿Por qué, entonces, siendo el caro amigo de siempre, mi corazón ha cambiado? Pues cambiado ha: no puedo engañarme. Ya no lo espero con igual impaciencia que antes, no siento al verle el mismo placer de siempre, ni la misma inquietud cuando tarda en venir; ni aquella dulce emoción al oír el ruido de su carruaje y cuando me lo anunciaban, y cuando aparecía... No, ya no experimento nada de eso.

»—¡Cómo, señora...!

»Aquí la marquesa de La Pommeraye se cubrió los ojos con las manos, bajó la cabeza y guardó silencio un momento, tras lo cual añadió:

»—Marqués, yo me esperaba vuestra sorpresa y cuantos amargos cargos vayáis a hacerme. ¡Dispensadme, pues...! Mas no, no me paséis nada, decidme todo cuanto sentís, os escucharé con resignación, puesto que lo merezco. Sí, mi querido marqués, es cierto... Sí, soy una... Pero ¿no es ya bastante desventura el que esto haya ocurrido para tener que añadir aun la vergüenza, el desprecio de mi falsedad, si os lo disimulara? Vos seguís siendo el mismo, pero vuestra amiga ha cambiado. Vuestra amiga os venera, os estima tanto y más que antes; pero... una mujer, acostumbrada como ella está a examinar de cerca lo que hay en los repliegues más secretos de su alma, a no hacerse vanas ilusiones, no puede engañarse: el amor ha desertado de su corazón. Atroz descubrimiento que no por cruel es menos real. La marquesa de La Pommeraye, yo, ¡yo inconstante, ligera!... Montad en cólera, marqués, buscad para mí los más odiosos calificativos, ya me los he aplicado yo antes que vos, tachadme de cuanto queráis, dispuesta estoy a aceptarlo todo... todo excepto la acusación de mujer

falsa, espero que de ésa me haréis gracia, pues no, no soy falsa... (*“Mujer mía...” “¿Qué hay?” “Nada.” “No tiene una momento de reposo en esta casa, ni siquiera los días en que apenas hay gente y no parece que haya nada que hacer. ¡Ay, qué digna de compasión es una mujer en mi condición, sobre todo cuando tiene un bruto por marido!”*) Dicho eso, la señora de La Pommeraye se dejó caer en un sillón y prorrumpió en llanto. El marqués se precipitó hacia ella y, cayendo de hinojos, le dijo:

»—Sois una mujer encantadora, una mujer adorable, una mujer como no las hay. Vuestra sinceridad, vuestra honestidad me confunden y debería morir de vergüenza. ¡Ah, qué superioridad sobre mí os confiere este trance! ¡Cuán grande os veo y qué mezquino me siento yo a vuestro lado! Sois vos la primera en hablar habiendo sido yo el primero en ser culpable. Mi buena amiga, vuestra franqueza me arrastra a sincerarme yo también, sería un monstruo de no hacerlo, y he de confesaros que la historia de vuestro corazón es punto por punto la historia del mío. Todo cuanto os habéis dicho a vos misma, me lo he dicho yo; pero callaba, sufría y no sé cuándo hubiera tenido el valor de hablar.

»—¿De veras, amigo mío?

»—Nada más cierto. Y no nos resta sino felicitarnos recíprocamente por haber perdido al mismo tiempo el sentimiento frágil y engañoso que nos unía.

»—En efecto, ¡qué desventura hubiera sido que mi amor durase aun cuando ya el vuestro hubiera cesado!

»—O que hubiera cesado antes en mí.

»—Tenéis razón, bien lo veo...

»—Jamás me parecisteis más amable, más bella que en este momento, y si la experiencia del pasado no me hiciera precavido, creería amaros ahora más que nunca.

»Y así diciendo, el marqués le tomaba las manos y se las besaba... (*“Mujer mía...” “¿Qué hay?” “El hombre que trae la paja.” “Mira en el registro.” “¿Y el registro dónde...? Deja, deja, ya lo tengo.”*) La señora de La Pommeraye, ahogando en lo más hondo de su alma el mortal despecho que la desgarraba, tomó de nuevo la palabra:

»—¿Qué hacer entonces, marqués? ¿Qué va a ser de nosotros?

»—Ni el uno ni el otro nos hemos faltado nunca al respeto; vos tenéis derecho a toda mi estima y no creo haber perdido por completo el derecho que yo tenía a la vuestra: seguiremos viéndonos y nos entregaremos a la confianza de la más tierna amistad. Nos habremos así librado de todos los pesares, las pequeñas perfidias, los reproches, de todos los enojos que suelen acompañar a las pasiones que agonizan: seremos únicos en nuestra especie. Vos recobraréis toda vuestra libertad y me devolveréis la mía; viajaremos por el mundo; yo seré el confidente de vuestras conquistas y no os ocultaré nada de las mías, si es que todavía hago alguna, lo que

pongo muy en duda, pues vos me habéis hecho exigente... ¡Será delicioso! Vos me ayudaréis con vuestros consejos, yo no os rehusaré los míos cuando creáis poder necesitarlos, si estáis en trance de peligrar. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!

JACQUES.—Nadie lo sabe.

MESONERA.—El marqués seguía diciendo: «Es muy probable que cuanto más viva yo, más ganaréis vos al compararos, y puede ser que vuelva a vos más apasionado, más tierno, más convencido que nunca de que la señora de La Pommeraye era la única mujer en el mundo capaz de hacerme feliz, y de ser así bien podemos apostar que seré vuestro hasta el final de mi vida.»

»—¿Y si ocurriera que al desear volver a mí no me encontraseis? Porque, al fin y al cabo, marqués, no siempre se obra justamente y no sería imposible que me prendase, o incluso me enamorase con pasión de otro que valiera menos que vos.

»—Tened por seguro que tal cosa me desolaría, mas no podría quejarme; sólo me dolería del sino que nos habría separado cuando estábamos unidos y que nos volvía a acercar cuando ya no podríamos estarlo más...

»Tras esta conversación se pusieron a moralizar acerca de la inconstancia del corazón humano, de la frivolidad de los juramentos, de los vínculos del matrimonio... (“Señora...” “¿Qué pasa?” “La diligencia.”) Señores —dijo la mesonera—, tengo que dejaros. Esta noche, cuando haya terminado todos mis quehaceres, volveré por aquí y acabaré de contaros esta aventura, si sentís la curiosidad... (“Señora...” “Mujer mía...” “Ama...” “Ya voy, ya voy...”)

Así que salió la mesonera, el amo dijo a su criado:

—¿Jacques, has parado mientes en una cosa?

JACQUES.—¿Qué cosa?

AMO.—Que esta mujer sabe contar mucho mejor de lo que cabe esperar en una posadera.

JACQUES.—Verdad es. Las frecuentes interrupciones de la gente de esta casa me han impacientado más de una vez.

AMO.—También a mí.

Y vos, lector, hablad ahora sin disimulos, pues ya veis que estamos en buena vena de franqueza. ¿Queréis que dejemos aquí a esa elegante y prolija charlatana de mesonera y que volvamos a los amores de Jacques? Por mí que no quede. Cuando suba otra vez la mujer, Jacques el parlanchín estará deseando recobrar su papel y le cerrará la puerta en las narices, sin costarle más que decir por el ojo de la cerradura: «Buenas noches, señora, mi amo está durmiendo y yo voy a acostarme; dejemos el resto para cuando volvamos a pasar por aquí».

«El primer juramento que se hicieron dos seres de carne y hueso fue al pie de una roca que se deshacía en polvo; pusieron por testigo de su constancia a un cielo que no es el mismo ni un solo instante; todo pasaba en ellos y en torno a ellos y creían sus corazones libres de vicisitudes. ¡Oh, niños, siempre niños...!»

No sé bien a quién atribuir estas reflexiones, si a Jacques, a su amo o a mí mismo; lo cierto es que son de uno de los tres y que estuvieron precedidas y seguidas de muchas otras que nos habrían conducido, a Jacques, a su amo y a mí, hasta la hora de la cena, hasta la sobremesa de la cena, hasta el regreso de la mesonera, si Jacques no hubiera dicho a su amo:

—Pues mirad, señor, todas esas grandes sentencias que acabáis de endilgarme sin venir a cuento, no valen lo que una antigua fábula que contaban los artesanos bauleros de mi pueblo.

AMO.—¿Y qué fábula es ésta?

JACQUES.—Es la fábula de la Vaina y el Cuchillo. Un día, la Vaina y el Cuchillo se pelearon y el Cuchillo dijo a la Vaina: «Vaina, amiga mía, eres una bribona, pues a diario recibes a otros Cuchillos...». La Vaina respondió al Cuchillo: «Mi amigo Cuchillo, tú eres un bribón, pues todos los días cambias de Vaina...». «Vaina, no es eso lo que me habías prometido...» «Cuchillo, tú me has engañado el primero...» Esta disputa la habían emprendido durante la comida y el compañero Cil, que estaba sentado entre la Vaina y el Cuchillo, tomó la palabra para decirles: «Tú, Vaina, y tú, Cuchillo, bien hicisteis en cambiar pues que el cambio os complacía; pero mal hicisteis en prometeros que no cambiaríais. Cuchillo, ¿no veías tú que Dios te hizo para entrar con facilidad en muchas Vainas; y tú, Vaina, para recibir a más de un Cuchillo? Ambos tomabais por locos a ciertos Cuchillos que hacían votos de prescindir de todas las Vainas, y por locas a ciertas Vainas que hacían promesa de cerrarse a todo Cuchillo, y no se os alcanzaba que vosotros estabais casi tan locos cuando jurabais, tú, Vaina, atenerte a un solo Cuchillo; y tú, Cuchillo, contentarte con una sola Vaina».

En esto, el amo dijo a Jacques:

—Tu fábula no es muy moral que digamos, pero es divertida. No te puedes figurar la idea tan peregrina que se me pasa por las mientes: casarte con nuestra mesonera y tratar de imaginar qué hubiera hecho un marido muy hablador con una mujer que no para de hablar.

JACQUES.—Pues lo que yo hice durante los doce primeros años de mi vida, que pasé en casa de mis abuelos.

AMO.—¿Quiénes eran? ¿Cómo se llamaban, cuál era su oficio?

JACQUES.—Eran chamarileros. Mi abuelo Jason tuvo varios hijos; todos en la familia eran muy serios: se levantaban, se vestían, se iban a sus negocios; volvían, comían, salían de nuevo sin decir palabra. Al terminar el trabajo por la tarde, se apanarraban cada uno en una silla, la madre y las hijas hilaban, cosían, hacían media sin decir ni pío; los mozos descansaban, el padre leía el Antiguo Testamento.

AMO.—¿Y tú, qué hacías tú?

JACQUES.—Yo correteaba por la habitación con una mordaza.

AMO.—¡Con una mordaza!

JACQUES.—Sí, con una mordaza, y a esa maldita mordaza le debo mi rabiosa manía de hablar. La semana entera transcurría a veces sin que nadie hubiera abierto la boca en casa de los Jason. Durante toda su vida, que fue larga, mi abuela no dijo sino: «*Sombreros, se venden sombreros*», y mi abuelo, que asistía siempre a los inventarios muy tieso él, las manos bajo la levita, no había dicho otra cosa que: «*un céntimo*». Más de un día estuvo tentado de no creer en la Biblia.

AMO.—¿Y eso por qué?

JACQUES.—Pues porque las machaconas repeticiones le parecían verborrea indigna del Espíritu Santo. Decía que quienes mucho se repiten son necios que toman por necios a quienes los escuchan.

AMO.—Jacques... ¿y si para desquitarte del largo silencio que guardaste durante los doce años amordazado en casa de tu abuelo y mientras estuvo hablando la posadera...?

JACQUES.—¿Qué? ¿Que reanude la historia de mis amores?

AMO.—No, esa otra historia que me dejaste a medias, la del compañero de tu capitán.

JACQUES.—¡Diantre, mi amo! ¡Qué cruel memoria tenéis!

AMO. ¡Ay, Jacques de mi alma! ¡Mi buen Jacques!

JACQUES.—¿De qué os reís?

AMO.—De lo que más de una vez seguiré haciéndome reír: imaginarte de rapaz en casa de tu abuelo con la mordaza puesta...

JACQUES.—Mi abuela me la quitaba cuando no había nadie, pero si mi abuelo se daba cuenta, no le gustaba nada y gruñía: «*Sigue, sigue así y este chico será el más desaforado charlatán que haya existido jamás*». Su predicción se ha cumplido.

AMO.—Vamos, Jacques, mi querido Jacques, sigue con la historia del amigo de tu capitán.

JACQUES.—No me esquivaré de la tarea, pero vos no vais a creerlo.

AMO.—¡Tan maravillosa es!

JACQUES.—No, es que ya le había ocurrido a otro, a un militar francés llamado, me parece, señor de Guerchy.

AMO.—¡Pues bien! Diré como aquel poeta francés que había hecho un epigrama

bastante bueno y, sabiendo que alguien, en presencia suya, se lo atribuía, dijo así: «¿Por qué no podría haberlo hecho este señor si yo mismo escribí uno?». Yo digo: ¿Por qué la historia que cuenta Jacques no había de ocurrirle al compañero de su capitán, puesto que ya le había acaecido al militar de Guerchy? Ahora, al contármela a mí, matarás dos pájaros de un tiro, pues ignoro la aventura de ambos personajes.

JACQUES.—¡En buena hora! Pero juradme...

AMO.—Te lo juro.

Lector, bien tentado estoy aquí de exigir el mismo juramento; mas voy a contentarme con señalar algo extraño en el carácter de Jacques, algo que le venía, al parecer, de su abuelo Jason, el chamarilero silencioso: es que Jacques, al contrario de tantos parlanchines, tenía aversión a las repeticiones, de ahí que muchas veces dijera a su amo:

—Señor, me estáis preparando el más triste porvenir: ¿qué va a ser de mí cuando no tenga ya nada más que contar?

—Volverás a empezar.

—¡Volver Jacques a empezar! Allá arriba está escrito lo contrario y si por desdicha se me antojara recomenzar, no podría por menos de exclamar: «¡Ah, si tu abuelo te oyera...!», y echaría de menos la mordaza.

—Quieres decir la mordaza que él te ponía...

Dejemos que Jacques continúe su relato:

JACQUES.—Por aquel tiempo, cuando había juegos de azar en las ferias de Saint-Germain y de Saint-Laurent...

AMO.—Pero eso es en París y el compañero de tu capitán era comandante de una plaza fronteriza...

JACQUES.—¡Por Dios, señor, dejadme hablar! Entraron varios oficiales en una tienda y se encontraron allí con otro oficial charlando con la tendera. Uno de ellos propuso a éste que jugaran al pasadiez, pues preciso es que sepáis que tras la muerte de mi capitán, su amigo, al hacerse rico con la hijuela, se había hecho también jugador. Así, pues, él —o el otro, el señor de Guerchy— aceptó la partida. Quiso la suerte que le tocara echar los dados a su adversario y que éste pasara, pasara, pasara, aquello no acababa nunca. La partida se iba acalorando, y ya se habían jugado el no va más, el todo por el todo, las pequeñas mitades, las grandes mitades, el gran total, el total del todo, cuando a uno de los presentes se le ocurrió decir al señor de Guerchy —o al compañero de mi capitán— que mejor haría en quedarse donde estaba y retirarse del juego, ya que estaba visto que le podían. Al oír tal, que no era sino una broma, el compañero de mi capitán —o el señor de Guerchy— pensó que se las había con un fullero, sacó sutilmente una aguda navaja bien afilada y cuando su antagonista fue a agarrar los dados para meterlos al cubilete, le plantó la cuchilla en la mano,

clavándosela en la mesa y diciéndole de esta suerte: «Si los dados están marcados, vos sois un bellaco; y si no lo están, soy yo quien cae en falta». Los dados eran buenos y el señor de Guerchy convino: «Mucho me duele el lance y ofrezco la reparación que gustéis...». Pero no tuvo la misma reacción el amigo de mi capitán, que respondió así: «He perdido mi dinero, he traspasado la mano de un buen hombre, pero en cambio he recobrado el placer de batirme tanto como me plazca...». El oficial clavado se retira y va a que lo curen. Cuando hubo sanado, va en busca del que lo clavó y le pide reparación; el oficial —o el señor de Guerchy— encuentra justa la demanda, y el otro, el compañero de mi capitán hace aún más: le echa los brazos al cuello y le dice: «Os estaba esperando con una impaciencia que no podría describiros...». Y van a batirse a una pradera: el agresor que clavó la mano —es decir, el señor de Guerchy, o el compañero de mi capitán— recibe una buena estocada que le atraviesa el cuerpo; el otro lo levanta, se ocupa de que lo lleven a su casa y le previene: «Caballero, volveremos a vernos...». El señor de Guerchy no contestó nada, el compañero de mi capitán sí que respondió: «Señor mío, así lo espero». Y se batieron por segunda vez, por tercera, hasta ocho o diez veces, y todas ellas el ofensor daba en tierra. Eran ambos oficiales distinguidos, hombres de mérito; su aventura dio mucho que hablar y el ministerio tomó cartas en el asunto. Destinaron al uno a París y dejaron al otro en su puesto y plaza.

»El señor de Guerchy se sometió a las órdenes de la corte, el compañero de mi capitán experimentó gran desconsuelo: tal es la diferencia entre esos dos hombres, bravos y honestos ambos por carácter, pero ejemplo de cordura el uno y algo desatinado el otro.

»Hasta aquí, es común la aventura del señor de Guerchy y del compañero de mi capitán: son los mismos hechos y ésa es la razón por la que he nombrado a los dos, ¿comprendéis, mi amo? A partir de ahora, voy a separarlos y no os hablaré sino del amigo de mi capitán, pues sólo a él pertenece lo que resta. ¡Ah señor! Es ahora cuando vais a ver cuán poco dueños de nuestro destino somos todos y cuántas cosas extrañas hay escritas en el rollo de allá arriba.

»Sucede que el compañero de mi capitán —vamos, el que había clavado la mano al otro— solicita licencia para dar una vuelta por su provincia natal, y la obtiene. Su camino pasaba por París. Habiendo tomado asiento en una diligencia, a las tres de la madrugada esa diligencia para delante de la ópera: justamente era la salida del sarao. Tres o cuatro jóvenes atolondrados que iban con antifaz tienen la ocurrencia de ir a desayunarse con los viajeros y llegan todos, al despuntar el alba, a un ventorro. Se miran unos a otros y ¿quién se lleva la gran sorpresa?: el de la mano clavada que reconoció a su clavador. Le tiende éste la diestra, lo abraza y le da muestras de cuánto le complace tan inesperado encuentro; de inmediato se retiran y... una vez más el compañero de mi capitán es el que cae herido. Su adversario va en busca de socorro,

vuelve luego a sentarse a la mesa con sus amigos y los viajeros de la diligencia, y come y bebe tan ricamente.

Y en el punto en que unos se disponían a proseguir su viaje y los otros a regresar a la capital con caballos de posta, he aquí que reaparece la mesonera y pone fin al relato de Jacques.

Una vez que ha vuelto con ellos, os prevengo, lector, que no está en mi mano despedirla. «¿Y por qué no?» Es que viene con dos botella de vino de Champagne, una en cada mano, y que está escrito allá arriba que todo orador que se dirija a Jacques con tal exordio, será necesariamente escuchado.

Entra, pues, pone las dos botellas en la mesa y dice: «Ea, señor Jacques, hagamos las paces...». No estaba la posadera en plena juventud; era una mujer alta y entrada en carnes, ágil de piernas y semblante saludable, la boca un poco grande pero con bellos dientes, llenos los carrillos, los ojos saltones, la frente despejada, una piel de lo más lindo, la fisonomía abierta, viva y alegre, los brazos un tanto rollizos pero las manos soberbias, dignas de ser pintadas o modeladas. Jacques la ciñó por el talle y la abrazó con fuerza. Su rencor no había nunca resistido a un buen vino y una hermosa mujer: eso estaba escrito allá arriba para él, para vos, lector, y para mí y para muchos otros. «Señor —dijo la mesonera al amo—, no nos dejaréis solos en este empeño... Aunque tengáis cien leguas por hacer, os aseguro que no beberéis nada mejor en todo el camino.» Y así diciendo, había colocado una de las botellas entre sus rodillas y tiraba del tapón; con tan singular maña cubrió el gollete con el pulgar, que no dejó que se saliera ni una gota de vino. «Vamos —dijo dirigiéndose a Jacques—, aprisa, aprisa, vuestro vaso.» Jacques acerca su vaso, la mesonera separa un poco el dedo dejando entrar aire en la botella, y ahí tenemos al buen Jacques con toda la cara empapada de espuma. Jacques se había prestado a esa travesura y la mesonera reía de buena gana, y Jacques y su amo rieron a su vez. Bebieron unos cuantos tragos seguidos para asegurarse de las excelencias del vino, y dijo luego la mesonera: «A Dios gracias que ya están todos acostados, nadie me volverá a interrumpir y así podré continuar mi relato».

Jacques, mirándola con unos ojos que el vino de Champagne había puesto aún más chispeantes, le dijo a ella o a su amo:

—Nuestra dama ha debido ser más hermosa que un sol; ¿qué pensáis vos, señor?

AMO.—¡Ha sido! ¡Ha sido! ¡Pardiez, Jacques, paréceme que lo sigue siendo!

JACQUES.—Razón tenéis, señor; es que no la comparo yo con ninguna otra mujer, sino con ella misma cuando era joven.

MESONERA.—Poco valgo ahora, pero teníais que haberme visto cuando se me podía abarcar entre los dos primeros dedos de cada mano. Viajeros había que daban un rodeo de cuatro leguas para alojarse aquí. Pero dejemos las buenas o malas cabezas que yo haya podido trastornar, y volvamos a la señora de La Pommeraye.

JACQUES.—¿Y si bebiéramos primero un trago por las malas cabezas que habéis trastornado, o a mi salud?

MESONERA.—De buena gana. Las hubo que valían la pena, sin contar la vuestra. ¿Sabéis que he sido durante diez años el recurso de los militares? Con los mejores propósitos, ¿eh?, las cosas como son... A cuántos no habré yo sacado de apuros, que malamente habrían hecho sin mí sus campañas... Son buena gente, no tengo queja de ninguno, ni ellos de mí, por supuesto. Nunca mediaron pagarés escritos, y más de una vez me hicieron esperar; pero al cabo de dos, de tres, de cuatro años, volvía a recuperar mi dinero...

Y ahí se enreda a enumerar los oficiales que le habían hecho el honor de servirse de su escarcela, el señor Tal, coronel del regimiento de ***, y el señor Cual, capitán del regimiento de ***, y he aquí que Jacques interrumpe con un grito:

—¡Mi capitán, mi pobre capitán! ¿Lo habéis conocido?

MESONERA.—¿Que si lo he conocido? Un hombre alto, bien parecido, un poco seco, de porte noble y severo, buenas pantorrillas, dos puntitos rojos en la sien derecha... ¿Así que habéis servido en el ejército?

JACQUES.—¡Y tanto que he servido!

MESONERA.—Por ello os aprecio aún más, a buen seguro que os quedan cualidades de vuestro primer estado. Bebamos a la salud de vuestro capitán.

JACQUES.—Si es que vive todavía.

MESONERA.—Muerto o vivo, ¿qué más da? ¿Acaso un militar no está hecho para que lo maten? ¿Es que no ha de darle rabia, después de diez asedios y cinco o seis batallas, ir a morir en medio de esa gentuza enlutada?... Pero volvamos a nuestra historia y bebamos aún otro trago.

AMO.—A fe mía, bella mesonera, que no os falta razón.

MESONERA.—Cuánto me place que así penséis.

AMO.—Es que vuestro vino es excelente.

MESONERA.—¡Ah! ¿Conque es de mi vino de lo que habláis? Bueno, pues también en eso tenemos razón. ¿Os acordáis por dónde estábamos?

AMO.—Sí, en la conclusión de la más pérfida de las confidencias.

MESONERA.—El marqués de los Arcis y la señora de La Pommeraye se abrazaron, encantados el uno del otro, y se separaron. Si mucho había sido el esfuerzo de la dama por contenerse, tanto más violento fue el dolor, luego que el marqués se hubo marchado. «¡Así que todo es cierto —exclamaba sollozando— ya no me ama!» No voy a contaros con detalle las extravagancias de las mujeres cuando nos abandonan, os pondríaís harto vanidosos. Os dije que aquella mujer era orgullosa, pero también era, aún más, vindicativa. En cuanto se le calmaron los primeros furores y pudo gozar

plenamente de su indignación, pensó en vengarse, pero vengarse de cruel manera, una venganza que espantara a todos aquellos que en el futuro estuvieran tentados de seducir y engañar a una mujer honesta. Y se vengó, muy duramente que se vengó. Su venganza produjo escándalo y no sirvió para que nadie se enmendara; no por eso hemos sido menos vilmente seducidas y engañadas desde entonces.

JACQUES.—Pase por las demás, ¡pero vos!

MESONERA.—¡Ay, también yo la primera, por desgracia! ¡Cuán necias somos las mujeres! ¡Y si aun esos malvados hombres salieran ganando con el cambio! En fin, dejemos eso... Piensa la marquesa qué va a hacer, vacila, no lo ha decidido, lo cavilará, lo está cavilando ya...

JACQUES.—¿Y si mientras está cavilando...?

MESONERA.—Decís bien. Pero las dos botellas están ya vacías... («¡Jean!...» «Señora...» «¡Dos botellas de las que están reservadas al fondo del todo, detrás de los leños!» «Ya, ya entiendo.») A fuerza de pensar, vais a ver lo que se le ocurrió a la señora de La Pommeraye. Había conocido antaño a una mujer provinciana, obligada por un proceso a trasladarse a París con su hija, muchacha bella y bien educada; vino a saber que dicha mujer, arruinada por haber perdido el pleito, había acabado por poner un garito donde se jugaba, se cenaba y, por lo común, uno o dos de los clientes se quedaban a pasar la noche con la madre o la hija, a elegir.

»La marquesa puso a uno de sus domésticos en busca de aquellas desdichadas. Una vez que las encontraron, fueron invitadas a visitar a la señora de La Pommeraye, de quien apenas se acordaban. No se hicieron de rogar aquellas mujeres, que se habían ahora dado el nombre de señora y señorita D'Aisnon: al día siguiente, la madre fue a ver a la marquesa. Tras los primeros cumplidos, la señora de La Pommeraye preguntó a la D'Aisnon qué era de ella y qué hacía desde que perdiera su proceso, a lo cual contestó ésta:

»—Para hablaros con toda sinceridad, ejerzo un oficio peligroso, infame, poco lucrativo y que me repugna, pero la necesidad fuerza incluso la ley. Yo estaba casi decidida a meter a mi hija en la Ópera, sólo que tiene una vocecita de cámara y nunca ha pasado de ser una mediocre bailarina. Por todas partes la llevé después de mi pleito, a casa de magistrados, de nobles, de prelados, de financieros, que se avenían a tenerla por un tiempo y luego la dejaban plantada. No es que mi hija no sea bella como un ángel y que no tenga finura y gracia, pero no posee ningún sentido del libertinaje ni la menor de esas particulares prendas capaces de reanimar la dejadez de los hombres hastiados. En mi casa recibo a jugar y a cenar, y por la noche el que quiere quedarse, se queda. Lo que más nos ha perjudicado es que mi hija se encalabrino con un curita impío, incrédulo, disoluto, hipócrita, antifilósofo, cuyo nombre no he de deciros; os diré sólo que es el último venido de todos esos que, para llegar al episcopado, han tomado el camino más seguro y también el que requiere

menos talento. Yo no sé qué podría contarle a mi hija, todas las mañanas venía a leerle las páginas que le iban a valer el almuerzo, la cena, las destinadas a la rapsodia... ¿Llegará o no llegará a ser obispo? Por fortuna se enfadaron, una vez que mi hija le preguntó si conocía a aquellos contra quienes escribía, y el abate le contestó que no; si él tenía otros sentimientos diferentes de aquellos que ridiculizaba en sus panfletos, y el curita contestó que no. Mi hija se dejó llevar por su temperamento vivo y le hizo ver que estaba comportándose como el más falso y malvado de los hombres.

»La señora de La Pommeraye inquirió si eran ellas muy conocidas, y la D'Aisnon respondió:

»—Demasiado conocidas, por desgracia.

»—Así, pues, según veo no estáis muy satisfecha de vuestra situación.

»—No lo estoy en absoluto, en cuanto a mi hija todos los días se lamenta que la más desdichada de las condiciones le parece preferible a la suya, y ha cobrado una melancolía que contribuye a que se alejen de ella...

»—¿Y si yo me propusiera proporcionaros a la una y a la otra una suerte de las más brillantes, aceptaríais?

»—Y menos que eso también.

»—Pero tengo que saber con seguridad si podréis prometerme que acataríais rigurosamente los consejos que yo os diera.

»—Sean cuales fueren, tenedlo por seguro.

»—¿Y estaréis a mis órdenes cuando me plazca?

»—Con impaciencia las esperaremos.

»—Eso me basta. Volved a vuestra casa, no tardaréis en recibir las primeras instrucciones. Entretanto, deshacedos de vuestros muebles, vendedlo todo, no os quedaréis ni con vuestros vestidos si es que son llamativos, pues eso se avendría mal con las miras que tengo.

Jacques, que empezaba a prestar atención, dijo a la posadera:

—¿Y si bebiéramos a la salud de la marquesa de La Pommeraye?

MESONERA.—Con mucho gusto.

JACQUES.—Y a la salud de la señora D'Aisnon.

MESONERA.—Hecho.

JACQUES.—Y no me rehusaréis un brindis por la señorita D'Aisnon, que posee una bonita voz de cámara, escaso talento para la danza y una melancolía que la tiene reducida a la triste necesidad de aceptar un nuevo amante cada noche.

MESONERA.—No os burléis, que no hay nada más atroz. ¡Si supierais el suplicio que eso significa cuando no hay amor!...

JACQUES.—Por la señorita D'Aisnon y a causa de su suplicio...

MESONERA.—Ahí va.

JACQUES.—Señora nuestra huéspedea, ¿amáis vos a vuestro marido?

MESONERA.—No mucho...

JACQUES.—Pues bien digna sois de compasión, que vuestro marido parece muy rozagante.

MESONERA.—No es oro todo lo que reluce...

JACQUES.—Bebamos por la buena salud de nuestro posadero.

MESONERA.—En eso, bebed solo.

AMO.—Jacques, Jacques, amigo mío, vas muy aprisa en tus brindis...

MESONERA.—No temáis, señor, es un vino leal y mañana estaréis como si tal cosa.

JACQUES.—Puesto que mañana no hemos de notarlo, y que esta noche yo no hago gran caso a mi razón, mi amo, mi bella mesonera, un trago más a la salud de alguien, de alguien que me preocupa mucho: el curita de la señorita D'Aisnon.

MESONERA.—Eso sí que no, señor Jacques, un hipócrita, un ambicioso, un ignorante, un calumniador, un intolerante... Pues así es, creo, como se los llama a quienes degollarían de buena gana a cualquiera que no piense como ellos.

AMO.—Es que no sabéis, posadera, que Jacques, aquí presente, es una especie de filósofo y que hace infinito caso a esos imbéciles de poca monta que se deshonran a sí mismos y a la causa que tan mal defienden. Dice Jacques que su capitán los llamaba el antídoto de los Huet, de los Nicole, de los Bossuet... No entendía nada de eso, ni vos tampoco... ¿Vuestro marido se ha acostado?

MESONERA.—Buen rato hace ya.

AMO.—¿Y os deja charlar así como así?

MESONERA.—Los maridos se acostumbran... Bueno, pues la señora de La Pommeraye monta en su carroza, recorre los arrabales más alejados del barrio de la D'Aisnon, alquila un pisito en una casa honesta, cerca de la parroquia, la hace amueblar con la mayor sencillez posible, invita a la madre y a la hija a cenar, y las instala en la casa el mismo día o pocos días después, no sin dejarles un manual de la conducta que han de observar.

JACQUES.—Señora, hemos olvidado beber a la salud de la señora de La Pommeraye y a la del marqués de los Arcis. ¡Eh!, eso no es decente.

MESONERA.—Bebed, bebed, señor Jacques, la bodega no está vacía... He aquí en qué consistía ese manual, al menos lo que yo recuerdo:

»No frecuentar los paseos públicos, pues hay que impedir que os descubran.

»No recibir a nadie, ni siquiera a vuestros vecinos y vecinas, porque es necesario que aparentéis el mayor recato.

»Vestir, desde mañana mismo, hábitos de devotas, pues conviene que se os tome por tales.

»No tener en vuestra casa más libros que los de devoción, que nada ha de haber

en torno vuestro que pueda traicionaros.

»Seguir con la mayor asiduidad los oficios de la parroquia, tanto los días festivos como los laborables.

»Intrigar cuanto haga falta para tener entrada en el locutorio de algún convento: el cotilleo de las reclusas no dejará de seros útil.

»Trabar estrechas relaciones con el párroco y con todos los sacerdotes de la parroquia, porque podremos tener necesidad de su testimonio.

»No recibir habitualmente a ninguno de ellos.

»Confesar y comulgar por lo menos dos veces al mes.

»Volver a usar vuestro apellido verdadero, porque es honrado y porque, tarde o temprano, se harán averiguaciones en vuestra provincia.

»Dar de vez en cuando pequeñas limosnas, pero no recibir ninguna, bajo ningún pretexto: conviene que no se sepa si sois pobres o ricos.

»Hilar, coser, tejer punto, bordar, y dar a vender vuestras labores a las damas de la caridad.

»Vivir con la mayor sobriedad, dos comidas ligeras y nada más.

»Vuestra hija no saldrá nunca sin vos, ni vos sin ella. No desdeñar ningún medio para ganar en consideración con el menor dispendio posible. Sobre todo, lo repito, que no haya nunca en vuestra casa ni curas, ni frailes, ni beatas.

»Iréis por la calle con los ojos bajos, y en la iglesia no miraréis sino a Dios. Comprendo que esta vida es austera, pero no ha de prolongarse y os prometo a cambio la más singular recompensa. Reflexionad, consultaos las dos: si estas obligaciones os parecen desmedidas para vuestras fuerzas, no dudéis en decírmelo, no por ello me voy a sorprender ni a ofender. ¡Ah! Olvidaba deciros que sería muy atinado que os familiarizarais con el vocabulario del misticismo y que la historia del Antiguo y el Nuevo Testamento llegara a seros familiar, con el fin de que se os tome por devotas de siempre. Podéis haceros jansenistas o molinistas, como os plazca, lo mejor será seguir la opinión de vuestro párroco. No dejéis nunca, en cualquier ocasión y venga o no a cuento, de despotricar contra los filósofos; proclamad que Voltaire es el Anticristo, aprendeos de memoria el libro de doctrina del abate aquel que me dijisteis y, si es preciso, llevadlo encima...

Aún añadió la señora de La Pommeraye: «Yo no he de veros en vuestra casa, pues no soy digna del trato de tan santas mujeres; pero no tengáis la menor inquietud: vendréis aquí clandestinamente de vez en cuando y nos desquitaremos, en la intimidad, de vuestro régimen de penitentes. Mas no vayáis, fingiendo la devoción, a enredaros en ella. En cuanto a vuestros pequeños gastos domésticos, correrán de mi cuenta. Si mi proyecto sale bien, no tendréis ya necesidad de mí; si fallara sin que tengáis culpa ninguna de las dos, soy lo bastante rica para aseguraros un estado honesto y mejor que aquel que sacrificasteis por mí. Pero ante todo, sumisión,

sumisión absoluta, ilimitada, a mi voluntad, de no ser así, no respondo de nada en el presente ni me comprometo a nada para el futuro».

AMO.—(*Sirviéndose de su tabaquera y mirando en su reloj qué hora es.*)
¡Tremenda mentalidad la de esa mujer! ¡Dios me guarde de encontrar una que se le parezca!

MESONERA.—Paciencia, paciencia, que todavía no la conocéis bien.

JACQUES.—Mientras esperamos, hermosa mía, ¿y si le dijéramos algo a la botella?

MESONERA.—Señor Jacques, a lo que veo, mi vino de Champagne me embellece a vuestros ojos.

AMO.—Me acucia desde hace tan largo rato el deseo de haceros una pregunta, quizá indiscreta, que ya no puedo aguantar más.

MESONERA.—Haced vuestra pregunta.

AMO.—Tengo por seguro que vos no habéis nacido en un mesón.

MESONERA.—Es cierto.

AMO.—Que, siendo de un rango más elevado, os habéis visto obligada por circunstancias extraordinarias...

MESONERA.—Lo reconozco.

AMO.—¿Y si suspendiéramos por un momento la historia de la señora de La Pommeraye y...?

MESONERA.—No puede ser. Yo cuento de buena gana las aventuras de los demás, pero no las mías. Contentaos con saber que fui educada en Saint-Cyr,^[18] donde leí poco el Evangelio y mucho de novelitas. De la abadía real a esta posada que ahora tengo, hay largo trecho.

AMO.—Con eso me basta. Considerad que nada os dije.

MESONERA.—En tanto que nuestras dos devotas se entregaban a las prácticas más edificantes, y que se extendía por doquier el olor de su santidad y de sus piadosas costumbres, la señora de La Pommeraye observaba para con el marqués las demostraciones exteriores de la estima, de la confianza más perfecta. Siempre bien recibido, nunca reconvenido ni tratado con despego, incluso tras largas ausencias; él le contaba a ella todas sus afortunadas aventurillas y la marquesa parecía divertirse sinceramente al escucharlas. En ocasión de alguna conquista difícil, le daba buenos consejos; de vez en cuando dejaba caer alguna palabra acerca de boda, pero en un tono tan desinteresado que nadie hubiera podido sospechar que hablase por ella misma. Si el marqués le dirigía algunas de esas frases tiernas o galantes que no se pueden evitar con una mujer a quien se ha conocido íntimamente, ella ora sonreía, ora hacía como si no las oyera. A lo que parecía, su corazón estaba muy apacible y, cosa que jamás hubiera imaginado, sentía que un amigo como él bastaba para hacerla feliz. Y luego, no era ya muy joven y sus gustos y apetencias se habían mitigado mucho. El marqués la instaba:

»—¿Qué, no tenéis nada que confiarme?

»—Pues no...

»—¿Y aquel condesito, amiga mía, que tan vivamente os acosaba en tiempos de mi reinado?

»—Le he cerrado mi puerta y ya no le veo.

»—¡Qué extravagancia! ¿Y por qué haberle alejado?

»—Es que no me place.

»—¡Ah, señora! Creo adivinaros: todavía me amáis.

»—Bien pudiera ser.

»—Contáis con que yo vuelva.

»—¿Por qué no?

»—Y os reserváis todas las ventajas de una conducta irreprochable.

»—Así lo creo.

»—Y si yo tuviera la dicha o la desdicha de volver, vos tendríais al menos el mérito del silencio que guardaríais sobre mis faltas.

»—Muy delicada y generosa me creéis.

»—Amiga mía, después de lo que habéis hecho, no hay ninguna clase de heroísmo del que no seáis capaz.

»—No me disgusta que así lo penséis.

»—A fe mía que junto a vos corro el mayor peligro, por bien seguro lo tengo.

JACQUES.—Y también yo.

MESONERA.—Hacía unos tres meses que en tal punto estaban cuando la señora de La Pommeraye creyó que había llegado el momento de poner en juego sus grandes recursos. Un día de verano que hacía muy buen tiempo y que esperaba al marqués para comer, hizo avisar a la D'Aisnon y a su hija que fuesen al Jardín del Rey. Llegó el marqués, almorzaron temprano y no sin buen humor, y así que hubieron terminado, la señora de La Pommeraye propuso al marqués salir a dar un paseo, si no tenía nada más agradable que hacer. Aquel día no había ópera ni comedia, fue el marqués quien lo advirtió y, para resarcirse, a falta de un espectáculo divertido, con otro de índole útil, quiso el azar que fuese el propio marqués quien invitase a la marquesa a ver el Gabinete del Rey. Ya podéis imaginar que la invitación no fue rehusada. Enganchados los caballos al carruaje, salen; llegan al Jardín del Rey, se mezclan con la muchedumbre, mirándolo todo sin ver nada, como cada cual.

Lector, se me había olvidado describiros la situación en que se hallan mis tres personajes: Jacques, su amo y la mesonera. Faltando a esa atención, habéis estado oyéndolos hablar, pero no los habéis visto. Más vale tarde que nunca. El amo está a la izquierda, en bata y gorro de dormir, repantingado a sus anchas en un gran sillón tapizado, el pañuelo echado sobre el brazo del sillón y su tabaquera en la mano. La mesonera, hacia el fondo, enfrente de la puerta y cerca de la mesa, con el vaso delante

de ella; y Jacques, destocado, a su derecha, con los dos codos apoyados en la mesa y la cabeza inclinada entre dos botellas. Hay otras dos vacías en el suelo, a su lado.

—Al salir del Gabinete del Rey, el marqués y su buena amiga pasaron por el jardín. Según iban por la primera avenida a mano derecha de la entrada, cerca de la escuela de botánica, la señora de La Pommeraye exclama de pronto con sorpresa: «No me equivoco, pareceme que son ellas... Sí, no cabe duda, ellas son».

»Y así diciendo, se separa del marqués y va al encuentro de nuestras dos devotas. La hija estaba preciosa con su sencillo atavío que, al no atraer la mirada, dejaba centrar toda la atención en su persona.

»—¡Ah! ¿Sois vos, señora?

»—Sí, yo soy.

»—¿Y cómo estáis? ¿Qué es de vos? Hace una eternidad que no nos vemos.

»—Ya sabéis nuestras desdichas; necesario fue resignarse y vivir retiradas cual convenía a nuestra menguada fortuna: salir del mundo ya que no puede una seguir mostrándose con decoro.

»—¡Pero vamos, dejarme a mí! Bien sabéis que no soy mundana y que siempre tuve la cordura de encontrar la mundanería tan aburrida como en realidad es.

»—Uno de los inconvenientes del infortunio es la desconfianza que inspira: los indigentes temen ser inoportunos.

»—¡Inoportunas vos para mí! Tan sólo sospecharlo es un agravio.

»—Señora —dijo la hija—, yo soy por completo inocente, diez veces os he traído a la memoria de mi madre, mas ella me aseguraba: la señora de La Pommeraye, ni ella ni nadie, hija mía, se acuerda ya de nosotras.

»—¡Qué injusticia! Sentémonos y hablaremos un poco. Os presento al marqués de los Arcis, que es mi amigo, su presencia no nos incomodará. ¡Cómo ha crecido esta señorita! ¡Y qué linda se ha puesto desde que no nos vemos!

»—Nuestra actual posición tiene la ventaja de privarnos de todo lo que perjudica a la salud: mirad su rostro, mirad sus brazos: gracias a la vida frugal y regular, al sueño, al trabajo, a la buena conciencia... Menos mal que algo vale eso...

»Se sentaron, charlaron amistosamente. La D'Aison madre habló bien, la D'Aison hija habló poco. El tono de la una y de la otra fue el de la devoción, pero con naturalidad, sin gazmoñería. Mucho antes de que cayera la noche, las dos devotas se levantaron y, aunque les hicieron notar que era temprano, la madre dijo al oído de la marquesa, pero bastante alto, que tenían un ejercicio piadoso que cumplir y por eso les era imposible demorarse por más tiempo. Se hallaban ya a alguna distancia, cuando la señora de La Pommeraye se reprochó no haberles preguntado sus señas y no haberles dado las suyas. “Falta es ésa que no hubiera yo cometido antaño.” Corrió el marqués para repararla: ellas aceptaron el recado de la señora de La Pommeraye, pero el marqués no logró, por más que insistió, obtener su dirección, y no se atrevió a

ofrecerles su coche, aunque le confesó a la marquesa que tentado estuvo de hacerlo.

»Por descontado que el marqués no tardó en preguntar a la señora de La Pommeraye quiénes eran aquellas dos mujeres.

»—Son dos criaturas más venturosas que nosotros. ¡Ved de qué buena salud gozan! ¡La serenidad que impregnan sus rostros! ¡La inocencia, la decencia que dictan sus palabras! No se ven casos así, no se oye hablar de tal suerte en nuestros círculos. Nosotros compadecemos a quienes sienten tanta devoción, pero los devotos nos compadecen a nosotros y, bien mirado, me inclino a creer que son ellos los que tienen razón.

»—Pero, marquesa, ¿acaso os sentís tentada de haceros devota?

»—¿Y por qué no?

»—Tened cuidado, por favor, yo no querría que nuestra ruptura, si así puede llamarse, os llevara a tal extremo.

»—¿Preferiríais que volviera a abrir mi puerta al condesito?

»—Eso sería mucho mejor.

»—¿Y vos me lo aconsejaríais?

»—Sin dudarlo...

»La señora de La Pommeraye contó al marqués cuanto sabía acerca del nombre, la provincia, la primera condición y el proceso de las dos piadosas mujeres, y luego añadió, poniendo todo el interés y el patetismo de que fue capaz:

»—Son dos mujeres de un raro mérito, la hija sobre todo. Ya podéis imaginar que con un palmito como el suyo, no les habría faltado de nada si hubieran querido explotarlo... Pero ellas han preferido una honesta modicidad a una holgura deshonestas. Lo que les queda es tan poca cosa que no sé, en verdad, cómo se las componen para subsistir. Las dos trabajan día y noche. Soportar la indigencia, cuando en ella se ha nacido, eso saben hacerlo multitud de personas; pero pasar de la opulencia a la mayor estrechez y ser capaz de contentarse, de encontrar incluso felicidad en ello, eso es lo que no acierto a comprender. Ahí tenéis para lo que sirve la religión. Por más que se empeñen nuestros filósofos en lo contrario, la religión es una buena cosa.

»—Sobre todo para los desdichados.

»—¿Y quién no lo es, en mayor o menor grado?

»—¡Que me aspen si no os estáis volviendo devota!

»—¡Pues sí que sería gran desgracia! Esta vida es tan poca cosa comparada con la eternidad que nos aguarda...

»—Pero habláis ya como una misionera.

»—Hablo como una mujer convencida. A ver, marqués, respondedme sinceramente: ¿no aparecerían a nuestros ojos todas las riquezas que poseemos como pobres harapos si estuviéramos más persuadidos de la esperanza de otros bienes y del

temor de muchas penalidades en otra vida? Corromper a una doncella o una mujer amante de su marido, estando en la creencia de que es posible morir entre sus brazos y caer por ello en suplicios eternos, habéis de convenir que sería el más increíble de los delirios.

»—Cosa es, sin embargo, que se hace todos los días.

»—Es que ya carecemos de fe, se vive en el desvarío.

»—Porque nuestras creencias religiosas influyen poco en nuestras costumbres. Pero os juro, amiga mía, que vais derechita al confesonario.

»—Pues no podría hacer nada mejor.

»—Vamos, vamos, estáis loca; os queda todavía una veintena de años para cometer lindos pecados: no los desperdiciéis; siempre podréis luego arrepentiros y hacer gala de ello arrodillada ante el cura, si os viene en gana... Mas nuestra conversación está tomando un cariz harto serio, vuestra imaginación se vuelve tremendamente sombría y eso es a causa de la abominable soledad en que os estáis sumergiendo. Creedme, amiga mía, haréis bien en llamar cuanto antes al condesito, ya no veréis ni diablo, ni infierno, y volveréis a ser tan encantadora como antes. Teméis que yo os lo vaya a reprochar, si es que algún día nos unimos de nuevo, pero puede ser que no nos arreglemos nunca más, y por una aprensión bien o mal fundada os priváis del más dulce de los placeres; y en verdad que el honor de valer más que yo no merece tal sacrificio.

»—Decís bien, y en verdad no son esas consideraciones las que me cohíben...

Y se dijeron aún muchas otras cosas, de las que yo no me acuerdo.

JACQUES.—Querida mesonera, bebamos un trago: eso refresca la memoria.

MESONERA.—Bebamos ese trago... Al cabo de unas vueltas por las avenidas del jardín, la señora de La Pommeraye y el marqués volvieron al carruaje y dijo ella:

»—¡Qué vieja me hace! Cuando vino a París no levantaba así del suelo.

»—¿Os referís a la hija de esa dama que hemos encontrado en el paseo?

»—Sí. Ocurre como en un vergel: las rosas marchitas dejan lugar a los capullos. ¿La habéis mirado bien?

»—No me he privado de ello.

»—¿Y cómo la encontráis?

»—Es la cabeza de una madona de Rafael con el cuerpo de su Galatea; y además, ¡una dulzura de voz!

»—¡Una modestia en la mirada!

»—¡Un recato en los modales!

»—Una decencia en las palabras que nunca advertí en ninguna muchacha como en ésta. Ésos son los efectos de la educación.

»—Cuando se ejerce en un buen terreno natural.

»El marqués dejó a la señora de La Pommeraye a la puerta de su casa, y la dama

se apresuró a comunicar a las dos devotas cuán satisfecha estaba por la forma en que habían representado sus papeles.

JACQUES.—De seguir tal como han comenzado, así fueseis el diablo, señor marqués de los Arcis, apuesto a que no vais a salir bien librado...

AMO.—Me gustaría saber cuáles son sus proyectos.

JACQUES.—Pues a mí me enojaría saberlo, eso lo estropearía todo.

MESONERA.—A partir de aquel día, el marqués se hizo más asiduo en casa de la señora de La Pommeraye, la cual no dejó de notarlo, aunque no le preguntó el motivo. Nunca era ella la primera en sacar el tema de las dos devotas: esperaba a que él lo abordase, cosa que hacía siempre el marqués con impaciencia y mal disimulada indiferencia.

»MARQUÉS.—¿Habéis visto a vuestras amigas?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—No.

»MARQUÉS.—Pues eso no está nada bien... Vos sois rica, ellas se encuentran necesitadas y ¡ni siquiera las invitáis de vez en cuando a comer!

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Yo creía que me conocía mejor mi amigo el marqués: antaño, el amor me prestaba virtudes, hogaño la amistad me pone defectos. Diez veces las he invitado a venir, ni una sola he conseguido que vengan. Invocan muy singulares ideas para rehusar venir a mi casa, y cuando voy yo a visitarlas, tengo que dejar mi carroza a la entrada de la calle, y debo ir vestida con traje de andar por casa, sin afeites ni joyas. No hay que extrañarse demasiado de tanta circunspección: un informe falso bastaría para alienar el juicio de ciertas personas bienhechoras y las privaría de sus socorros. ¡Ay, marqués! Al parecer, mucho cuesta hacer el bien.

»MARQUÉS.—Y más a los devotos.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Puesto que el más mínimo pretexto basta para dispensarlos de ello. Si se supiera que yo me intereso por esas buenas mujeres, no tardaría en correrse la voz: la señora de La Pommeraye las protege, no carecen de nada... y no faltaría más para suprimirles las limosnas.

»MARQUÉS.—¡Las limosnas!

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Sí, señor, las limosnas!

»MARQUÉS.—¿Son conocidas vuestras y están viviendo de la caridad?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Una vez más, marqués, veo que no me amáis y que una parte de vuestra estima se esfumó con vuestra ternura. ¿Quién os dice que si esas mujeres estuvieran en la extrema necesidad de las limosnas de la parroquia, había de ser por mi culpa?

»MARQUÉS.—Perdón, señora, mil perdones, reconozco mi torpeza. Mas ¿qué razón puede haber para rechazar la generosidad de, una amiga?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Ah marqués! ¡Qué lejos estamos nosotros, las gentes de mundo, de conocer los delicados escrúpulos de las almas recatadas! Esas

personas no creen poder aceptar socorro indistintamente de cualquier bienhechor.

»MARQUÉS.—Pues es privarnos del mejor medio para expiar nuestras locas disipaciones.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—De ninguna manera. Supongamos, por ejemplo, que el marqués de los Arcis se sintiera movido a compasión por esas mujeres: ¿por qué no habría de hacer pasar sus socorros a través de manos más dignas?

»MARQUÉS.—Y menos seguras.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Pudiera ser.

»MARQUÉS.—Decidme, si yo les enviara una veintena de luisas, ¿creéis que me las rechazarían?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Segura estoy de que así sería. ¿Y esa negativa os parecería fuera de lugar en una madre que tiene tan encantadora hija?

»MARQUÉS.—¿Sabéis que tentado estuve de ir a verlas?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Sí que lo creo. Marqués, marqués, cuidado con lo que hacéis... Vuestro movimiento de compasión me parece hartamente súbito y sospechoso.

»MARQUÉS.—Sea como fuere, ¿me habrían recibido?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Ciertamente que no! Con lo espléndido de vuestro carruaje, de vuestros atavíos, de vuestros lacayos, y con los encantos de la joven, no habría faltado más para fomentar las habladurías de vecinos y vecinas, y eso las perdería.

»MARQUÉS.—Me afligís, amiga mía, pues no era ciertamente ésa mi intención. ¿Habrá, pues, que renunciar a socorrerlas y a verlas?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Me temo que sí.

»MARQUÉS.—¿Y si yo les hiciera llegar mis socorros por vuestra intercesión?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—No creo que esos socorros sean lo suficientemente puros para encargarme del menester.

»MARQUÉS.—¡Qué crueldad!

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Sí, crueldad es la palabra.

»MARQUÉS.—¡Qué suposición! Marquesa, os burláis de mí. Una muchacha a la que no he visto sino una sola vez...

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Pero que es de las pocas que, en habiéndolas visto, ya no pueden olvidarse.

»MARQUÉS.—Verdad es que rostros como ése os persiguen...

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Andad con cuidado, marqués, andad con cuidado! Os estáis preparando pesares, y antes prefiero tener que advertiros ahora que consolaros luego. No vayáis a confundir a esta doncella con las mujeres que habéis conocido: no se parecen en nada. A ésta no se la puede abordar, ni tentar, ni seducir, no presta oídos, nada se obtiene de ella.

»Tras esta conversación, el marqués recordó de improviso que tenía algo que hacer urgente, se levantó bruscamente y se marchó preocupado.

»Durante bastante tiempo, no pasó casi un solo día sin que el marqués fuera a ver a la señora de La Pommeraye, mas cuando llegaba se limitaba a sentarse y guardar silencio; sólo ella hablaba; al cabo de un cuarto de hora, el marqués se levantaba y se iba. Se eclipsó luego durante casi un mes, pasado el cual reapareció, pero todo triste, melancólico, descompuesto. Al verlo, díjole la marquesa:

»—¡Qué mal aspecto tenéis! ¿De dónde salís? ¿Es que habéis estado todo este tiempo dedicado a citas galantes en una *petite maison*?^[19]

»MARQUÉS.—A fe mía, que más o menos así ha sido. Por desesperación me he precipitado al libertinaje más desenfrenado.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Cómo! ¿Por desesperación?

»MARQUÉS.—Sí, por desesperación...

»Y tras aquella confesión se puso a deambular arriba y abajo, sin decir palabra. Iba hasta los ventanales, miraba al cielo, se detenía ante la señora de La Pommeraye; se dirigía a la puerta y llamaba a sus lacayos sin tener nada que decirles; los despedía; volvía a entrar; se acercaba de nuevo a la marquesa, que hacía labor sin prestarle atención; intentaba hablar pero no se atrevía. Por fin, la señora de La Pommeraye se apiadó y le dijo:

»—¿Qué os sucede? Ha pasado un mes sin veros, reaparecéis con un semblante de desenterrado y no hacéis sino dar vueltas como alma en pena.

»MARQUÉS.—Ya no puedo más, tengo que decíroslo todo. La hija de vuestra amiga me ha causado una fuerte impresión; he hecho todo, lo que se dice todo, por olvidarla y cuanto más he hecho, más he pensado en ella. Esa criatura angelical me tiene obsesionado. Hacedme un favor grandísimo.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¿Qué favor?

»MARQUÉS.—Es absolutamente necesario que la vuelva a ver y que a vos os lo deba. He puesto a mis espías en acción y me traen esto: todas sus idas y venidas se reducen a ir de su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa. Diez veces me he presentado a pie en su camino, y ni siquiera repararon en mí; me he plantado a su puerta y ha sido inútil. Primero me volvieron lúbrico como un mono; luego, devoto como un ángel. Desde hace quince días no he faltado a misa ni una sola vez. ¡Ah, amiga mía, qué rostro el suyo! ¡Qué bella es!

»La señora de La Pommeraye estaba al corriente de todo eso, y respondió así al marqués:

»—¿Es decir, que luego de haberlo intentado todo para curaros, no habéis omitido nada para enloquecer, y es esto último lo que ha prevalecido?

»MARQUÉS.—Y de tal suerte, que no sabría yo deciros hasta qué punto. ¿No vais a

apiadaros de mí y no os deberé a vos la dicha de volver a verla?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Difícil empeño es éste, pero acepto ocuparme con una condición: que dejéis en paz a esas infortunadas y ceséis de atormentarlas. No he de ocultaros que me han escrito amargamente acerca de vuestra persecución, aquí está su carta...

»La carta que dio a leer al marqués había sido concertada entre ellas. Era la hija quien parecía haberla escrito a instancias de la madre, y habían puesto en la misiva honestidad, dulzura, sentimiento, elegancia e ingenio, todo cuanto pudiera trastornar la cabeza del marqués; así es que éste acompañaba cada palabra de una exclamación. No hubo frase que no relejera el marqués, lloraba de júbilo y le decía a la señora de La Pommeraye:

»—Habéis de reconocer, señora, que no se puede escribir mejor.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Lo reconozco.

»MARQUÉS.—Y que a cada línea se siente uno penetrado de admiración y de respeto por mujeres de tanto carácter.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Así debiera ser.

»MARQUÉS.—Yo mantendré mi palabra, mas cuidado vos, os lo suplico, de no faltar a la vuestra.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—En verdad, marqués, que debo estar tan loca como vos mismo. Mucho ascendiente habéis tenido que conservar sobre mí, y eso me espanta.

»MARQUÉS.—¿Cuándo volveré a verla?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—No lo sé. Hay que ocuparse primero de los medios que hemos de poner para ese negocio y para evitar toda sospecha. Ellas no pueden ignorar vuestras pretensiones, así que buen cariz iba a tener mi complacencia ante sus ojos si llegaran a imaginar que actúo de consuno con vos... Pero, marqués, entre nosotros, ¿qué necesidad tengo yo de esta incumbencia? ¿Qué puede importarme que améis o que dejéis de amar, que os extraviéis? Desenredad vos mismo vuestro enredo. El papel que pretendéis hacerme representar es también harto singular...

»MARQUÉS.—¡Amiga mía, si vos me abandonáis, perdido estoy! No os hablaré de mí, pues sería ofenderos; pero he de suplicaros por esas interesantes y dignas criaturas a las que tanto apreciáis. Ya me conocéis, marquesa, ahorrades todas las locuras de que me sabéis capaz. Iré a su casa, sí, iré, os lo advierto; forzaré su puerta, entraré aunque me lo prohíban, me sentaré allí y no sé lo que diré ni lo que haré... ¿Es que no teméis nada del violento estado en que me hallo?

»Habréis notado, caballeros —dijo la mesonera—, que desde el comienzo de la aventura hasta aquel momento, el marqués de los Arcis no había pronunciado una palabra que no fuese una puñalada asestada en el corazón de la señora de La Pommeraye. La dama se ahogaba de indignación y de rabia; por eso, respondió al

marqués con voz temblorosa y entrecortada:

»—Razón tenéis. ¡Ay, si yo hubiera sido amada de tal suerte, quizá entonces...! Mas dejemos eso... No voy a hacerlo por vos; mas espero al menos, marqués, que me daréis tiempo para actuar.

»MARQUÉS.—El más corto, el tiempo más corto posible.

JACQUES.—¡Ah, señora posadera, qué endemoniada mujer! Lucifer no puede ser peor. Me hace temblar y tengo que beber un trago para tranquilizarme... ¿Me dejaréis beber solo?

MESONERA.—Yo no tengo miedo alguno... La señora de La Pommeraye decía: «Yo sufro, pero no soy la única en sufrir. ¡Hombre cruel! Ignoro cuánto va a durar mi tormento, pero haré que el tuyo sea eterno». Le tuvo al marqués cerca de un mes en espera de la entrevista que había prometido, lo que quiere decir que le dejó sobrado tiempo para padecer y para embriagarse bien, y, so pretexto de endulzar la larga tardanza, le permitió que le hablara de su pasión.

AMO.—Y que así hablando se avivara.

JACQUES.—¡Qué mujer! ¡Qué demonio de mujer! Mesonera, mi espanto redobla.

MESONERA.—Iba, pues, el marqués a diario para hablar con la señora de La Pommeraye, que acababa de irritarlo, de empecinarlo y perderlo con los más artificiosos discursos. Le informaba del lugar de nacimiento, familia, educación, fortuna e infortunio de aquellas mujeres; una y otra vez insistía el marqués sin darse nunca por suficientemente informado ni bastante conmovido. La marquesa no dejaba de señalarle los progresos que hacían sus sentimientos y al socaire de pintarle los pavorosos extremos, de hecho le familiarizaba con ellos. «Andad con cuidado, marqués —le decía—, que ya vais demasiado lejos y puede llegar el día en que mi amistad, de la que hacéis tan insólito abuso, no encuentre excusa ni a mis propios ojos ni a los vuestros. No sería la primera vez que se cometieron aun mayores locuras. Marqués, mucho me temo que no podáis obtener a esa muchacha sino bajo unas condiciones que no han sido hasta ahora las de vuestro agrado.»

»Cuando la señora de La Pommeraye estimó que ya estaba el marqués a punto para el éxito de su maquinación, se puso de acuerdo con las dos mujeres para que fueran a almorzar a su casa, y con el marqués para que se presentara como por sorpresa, vestido en ropa de campo a fin de no levantar sospechas; y así lo hicieron.

»Estaban en el segundo plato cuando anunciaron al marqués. Éste, la señora de La Pommeraye y las dos D'Aison interpretaron magistralmente el papel de la turbación. «Señora —dijo el marqués—, acabo de llegar de mis tierras, se me ha hecho demasiado tarde para ir a mi casa, donde no me esperan hasta la noche, y quiero creer que me aceptaríais a almorzar.» Y así diciendo, cogió una silla y se sentó a la mesa. Se había dispuesto el cubierto de modo que el marqués se encontrara junto a la madre

y enfrente de la hija; detalle delicado que agradeció con un guiño a la señora de La Pommeraye. Pasada la confusión embarazosa, del primer momento, nuestras dos devotas se tranquilizaron. Se habló en la mesa, reinó incluso la alegría. El marqués dio muestras de la mayor deferencia para con la madre y de la más reservada cortesía para con la hija. Era una secreta diversión para las tres mujeres el escrúpulo del marqués por no permitirse la menor palabra que pudiera atemorizarlas. Hasta tuvieron la crueldad de hacerle hablar de devoción durante tres horas seguidas. La señora de La Pommeraye le decía: “Vuestras palabras honran maravillosamente a vuestros padres, las primeras lecciones son las que nunca se olvidan. Comprendéis todas las sutilezas del amor divino, se diría que no os hubierais nutrido más que de san Francisco de Sales. ¿Acaso habéis sido un poco quietista?”. Y el marqués contestaba: “Ya no me acuerdo”.

»Huelga decir que las dos devotas pusieron en la conversación todo su caudal de gracia, ingenio, seducción y finura. Aludieron de paso al capítulo de las pasiones y la señorita Duquênnoi (tal era su verdadero apellido) pretendió que tan sólo una era realmente peligrosa. El marqués abundó en esa opinión. Entre las seis y las siete, ambas mujeres se retiraron sin que fuera posible retenerlas. La señora de La Pommeraye y la Duquênnoi arguyeron que primero era cumplir con la obligación, sin lo cual no pasaría día, por dulce que fuera, sin que la conciencia se alterase por el remordimiento. Así es que se marcharon, con gran sentimiento del marqués, y quedaron a solas él y la señora de La Pommeraye.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Bueno, marqués, no diréis que no extremo con vos mis bondades! No encontraríais en París una mujer que hiciera otro tanto.

»MARQUÉS (*arrojándose a sus pies*).—Lo reconozco, amiga mía, no hay quien os pueda comparar. Vuestra bondad me confunde: sois la única verdadera amiga que existe en el mundo.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¿Estáis seguro de que siempre valoraréis el precio de mis desvelos?

»MARQUÉS.—Un monstruo de ingratitud sería si lo menguara.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Cambiemos de tema. ¿Cómo se encuentra vuestro corazón?

»MARQUÉS.—Si he de ser sincero, os diré: o logro a esa muchacha, o perezco.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Sin duda la conseguiréis, pero hay que saber en calidad de qué.

»MARQUÉS.—Ya veremos.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Marqués, marqués, os conozco y las conozco a ellas: todo está visto.

»El marqués estuvo casi dos meses sin aparecer por casa de la señora de La Pommeraye y vais a ver cuáles fueron sus maniobras durante ese intervalo. Trabajó

conocimiento con el confesor de la madre y la hija (un amigo del joven abate de quien os hablé), y el cura, luego de oponer todas las hipócritas dificultades que pueden aducirse a una intriga deshonesta y vendiendo al más alto precio la santidad de su ministerio, se prestó a todos los manejos que quiso el marqués.

»La primera perversidad de aquel ministro del Señor fue neutralizar la benevolencia del cura párroco y persuadirle de que aquellas dos protegidas de la señora de La Pommeraye obtenían de la parroquia una limosna de la que privaban a otros indigentes más necesitados que ellas. Sus intenciones eran atraerlas a lo que se proponían haciéndolas vulnerables por la miseria.

»Se dedicó luego, desde el tribunal de la confesión, a sembrar la discordia entre madre e hija. Cuando la madre se dolía del comportamiento de la hija, agravaba los yerros de ésta y acuciaba el resentimiento de aquélla. Si era la hija la que se quejaba de su madre, insinuaba que la autoridad de los padres y madres sobre los hijos tiene un límite, y que si la persecución de la madre llegaba a cierto punto, tal vez no fuera imposible sustraerla a tan tiránica autoridad. Luego, les imponía por penitencia que volvieran a confesarse.

»En otra ocasión le hablaba a la muchacha de sus encantos, pero lo hacía sin pudor, insinuando que era uno de los más peligrosos regalos que Dios puede hacerle a la mujer. Le hablaba también de la impresión que ella había causado a un honesto caballero que no queda nombrar, pero no le sería difícil adivinar quién era. Y de ahí pasaba a la infinita misericordia divina y a su indulgencia para ciertas faltas impuestas por determinadas circunstancias; se refería a la debilidad de la naturaleza humana, para la que cada cual encuentra excusa en su propia conciencia; a la violencia de ciertas inclinaciones generalizadas, de las que ni los más sensatos varones se libran. Le preguntaba también si sentía ella malos deseos, si su temperamento no se manifestaba en sueños, si no la turbaba la presencia de los hombres. Esgrimía luego la cuestión de si una mujer debe o no ceder a la pasión de un hombre, dejando morir y condenarse a aquel por quien también fue derramada la sangre de Jesucristo, aunque él no se atrevía a dirimir. Y acababa dando profundos suspiros, levantando los ojos al cielo y rezando por el eterno descanso de las almas en pena... La muchacha lo dejaba hacer; su madre y la señora de La Pommeraye, a quienes ella daba fielmente cuenta de las palabras del confesor, le sugerían confidencias encaminadas a darle alas.

JACQUES.—Esa señora de La Pommeraye es una malvada mujer.

AMO.—Jacques, eso se dice pronto, pero ¿de dónde proviene su maldad? Del marqués. Pon que éste fuera tal como había jurado y como debiera ser, y dime si entonces encuentras un solo defecto a la señora de La Pommeraye. Cuando estemos de camino, tú harás de acusador contra ella y yo me encargaré de defenderla. En cuanto a ese sacerdote, vil y seductor, lo dejo de tu cuenta.

JACQUES.—Tan abyecto me parece que de esta hecha creo que no iré más a confesarme. ¿Y vos, mesonera?

MESONERA.—Por lo que a mí respecta, seguiré haciendo mis visitas a mi viejo párroco que no es curioso y no oye más de lo que se le dice.

JACQUES.—¿Y si bebiéramos a la salud de vuestro cura?

MESONERA.—Esta vez sí que os doy razón, pues se trata de un buen hombre; los domingos y los días de fiesta deja que bailen los muchachos y las muchachas y permite a los hombres y a las mujeres que vengan por aquí con tal que no salgan borrachos. ¡A la salud de mi párroco!

JACQUES.—¡A su salud!

MESONERA.—Nuestras damas no dudaban de que aquel siervo del Señor no iba a tardar en arriesgarse a entregar una carta a su joven penitente; y así lo hizo, pero ¡con cuánto tacto y miramientos! No sabía de quién era la misiva; no dudaba que venía de alguna alma bondadosa y caritativa que habría tenido conocimiento de su miseria y les ofrecía su socorro. No era la primera vez que le confiaban esta suerte de mensajes. «Por otra parte —decía—, sois dócil y vuestra madre es prudente, exijo que abráis la carta en su presencia.» La señorita Duquênnoi aceptó y entregó la misiva a su madre, la cual inmediatamente le hizo llegar a la señora de La Pommeraye. Ésta, provista del escrito, mandó llamar al eclesiástico, lo abrumó con los reproches que merecía y amenazó con denunciarlo a sus superiores si volvía a oír hablar de él.

»En aquella carta, el marqués se deshacía en elogios sobre sí mismo y sobre la señorita Duquênnoi, describía su pasión tan violenta como era, y hacía proposiciones comprometidas, incluso de llegar al rapto.

»Luego de haber amonestado al sacerdote, la señora de La Pommeraye llamó al marqués y le hizo ver cuán indigna de un caballero había sido su conducta y hasta qué punto la había a ella comprometido. Le mostró la carta y le aseguró que, a pesar de la tierna amistad que los unía, no podría por menos de presentarla ante un tribunal de justicia o ponerla en manos de la señora Duquênnoi si alguna aventura escandalosa le acontecía a su hija. “¡Ah, marqués! —le dijo—. El amor os corrompe, no sois digno de vuestra cuna, pues el supremo hacedor de las grandes acciones no os inspira a vos sino envilecedoras. ¿Qué os han hecho esas pobres mujeres para añadir la ignominia a la miseria? ¿Es preciso que por ser esa doncella hermosa y querer seguir siendo virtuosa, hayáis de perseguirla? ¿Con qué derecho vais a hacerla detestar uno de los más preciosos regalos del cielo? ¿Y qué hice yo para merecer haberme convertido en vuestra cómplice? Vamos, marqués, arrojaos a mis pies, pedidme perdón y jurad que dejaréis en paz a mis desdichadas amigas...”. El marqués prometió que no volvería a tomar ninguna iniciativa sin su consentimiento, pero confesó que aquella muchacha había de ser suya al precio que fuera.

»Sin embargo, el marqués no cumplió en absoluto su palabra. La madre estaba enterada, así es que no vaciló en dirigirse a ella. Le confesó su criminal propósito, ofreció una suma considerable y formuló esperanzas que, con el tiempo, podrían realizarse. Su carta iba acompañada de un estuche con ricas alhajas.

»Las tres mujeres celebraron consejo. Madre e hija se inclinaban a aceptar, pero no era tal el cálculo de la señora de La Pommeraye. Les recordó el compromiso que con ella habían contraído y amenazó con revelarlo todo. Muy a pesar de las dos devotas, y más de la joven, que desabrochó de sus orejas unas arracadas que la favorecían mucho, estuche y misiva fueron devueltos con una respuesta llena de orgullo e indignación.

»La señora de La Pommeraye se dolió ante el marqués del escaso crédito que podía darse a sus promesas. El marqués se disculpó invocando la imposibilidad de proponerle a ella tan indecente encargo. “Marqués, marqués, ya os previne y ahora os lo repito: no estáis donde quisierais. Pero sobran los sermones, cuanto os predicara serían palabras perdidas, no queda ya recurso posible...”. Confesó el marqués que también él así lo pensaba y le pidió permiso para hacer un último intento: asegurar algunas rentas considerables a nombre de ambas mujeres, compartir su fortuna con ellas y legarles en propiedad vitalicia una de sus casas de la ciudad y otra en el campo. “Intentadlo —dijo la marquesa—; sólo os he de prohibir la violencia, pero creedme, amigo mío, el honor y la virtud cuando son auténticos no tienen precio para aquellos bienaventurados que los poseen. Vuestros nuevos ofrecimientos no tendrán más fortuna que los anteriores: conozco a esas mujeres y apostarí a sin temor a equivocarme”.

»Hace el marqués sus nuevas proposiciones. Se reúnen las mujeres en nuevo conciliábulo. Madre e hija esperaban en silencio la decisión de la señora de La Pommeraye, quien se pasó un rato sin decir palabra. “No, no —dijo al fin—; eso no basta para curar mi corazón herido...”. Y al punto pronunció su negativa; al instante también las otras dos prorrumpieron en llantos, se postraron a sus pies y trataron de hacerle comprender cuán doloroso era para ellas rechazar una fortuna inmensa que podían aceptar sin ninguna consecuencia desagradable. La marquesa les respondió secamente: “¿Acaso imagináis que todo lo que hago lo estoy haciendo por vos? ¿Quiénes sois? ¿Qué os debo? ¿De qué depende que no os mande a la una y a la otra a vuestro garito? Si lo que os ofrecen es mucho para vos, es bien poco para mí. Escribid, señora, la respuesta que os voy a dictar y que la vea yo salir para su destino...”. Las dos mujeres se volvieron a casa más asustadas que afligidas.

JACQUES.—¡Esa mujer tiene el diablo en el cuerpo! ¿Pero qué pretende? ¡Pardiez! Que por un amor que se enfría, ¿no es bastante castigo sacrificar la mitad de una gran fortuna?

AMO.—Jacques, vos nunca fuisteis mujer, y menos mujer honesta, juzgáis las

cosas según vuestro modo de ser, que no es precisamente el de la señora de La Pommeraye. ¿Quieres que te diga? Mucho me temo que esté escrito allá arriba la boda del marqués de los Arcis con una ramera.

JACQUES.—Si escrito está allá arriba, habrá boda.

MESONERA.—El marqués no tardó en aparecer de nuevo por casa de la señora de La Pommeraye, y ésta inquirió:

»—Bien, ¿qué hay de vuestros ofrecimientos?

»MARQUÉS.—Presentados y rechazados. Desesperado estoy. Quisiera arrancarme del corazón esa funesta pasión; quisiera arrancarme el corazón, el corazón, sí, y no podría. Miradme bien marquesa, ¿no encontráis que entre esa doncella y yo hay algunos rasgos de semejanza?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—No os dije nada antes, pero sí que me había dado cuenta. Mas no se trata ahora de tal parecido: ¿qué habéis decidido?

»MARQUÉS.—No puedo decidir nada. Ganas me dan a veces de meterme en una silla de posta y dejarme llevar hasta el fin de mis días. Un momento después, desfallezco; me siento como anonadado, mi cabeza se embota, me vuelvo estúpido y no sé lo que va a ser de mí.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—No os aconsejo que viajéis; no vale la pena ir hasta Villejuif para tener que regresar.

»Al día siguiente escribió el marqués a la marquesa que salía para sus tierras y que permanecería allí cuanto le fuera posible, y suplicaba que le ayudara cerca de sus amigas si la ocasión se presentaba. Corta fue su ausencia: volvió con la resolución de casarse.

JACQUES.—Ese pobre marqués me da lástima.

AMO.—Pues a mí no tanta.

MESONERA.—Descendió de su carruaje a la puerta de la señora de La Pommeraye. Había salido ésta, y al volver se encontró al marqués tumbado en un sillón, con los ojos cerrados y absorto en el más profundo ensueño.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¡Ah, marqués! ¿Vos por aquí? No parece que el campo haya tenido para vos mucho atractivo...

»MARQUÉS.—No, en ninguna parte me hallo bien y vengo decidido a cometer la mayor necedad que un hombre de mi edad y condición pueda cometer. Pero mejor es casarme que sufrir: me caso.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—El asunto es grave y requiere reflexión.

»MARQUÉS.—Ya lo hice y una sola reflexión me basta, que es de peso: nunca podré sentirme más desdichado de lo que soy ahora.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Acaso os equivoquéis.

Jacques no pudo contenerse:

—¡Traidora!

MESONERA.—Y dijo el marqués: «He aquí, por fin, amiga mía, una negociación que puedo, me parece, encargáros honestamente. Hablad con la madre y con la hija; interrogad a la madre, sondead el corazón de la hija y comunicadles mi propósito».

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Vayamos despacio, marqués. Para lo que yo las trataba, creí conocerlas suficientemente, mas ahora que se trata de la felicidad de mi amigo, permitidme que me entere un poco mejor. Pediré informes en su tierra natal y os prometo seguir todos sus pasos desde que llegaron a París hasta hoy.

»MARQUÉS.—Precauciones son ésas que me parecen harto superfluas. Unas mujeres que encontrándose en la miseria resisten a los tentadores cebos que yo les tendí, no pueden ser sino criaturas de raro valor. Con todo lo que les ofrecí, hubiera yo podido conseguir a una duquesa. Además, ¿no me dijisteis vos misma...?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Sí, dije todo lo que queríais; pero aun así, permitid que pueda llegar a darme por satisfecha.

JACQUES.—¡Perra! ¡Bribona! ¡Fiera! ¿Y por qué tuvo que haber mantenido relaciones con semejante mujer?

AMO.—Y también, ¿por qué seducirla y dejarla luego?

MESONERA.—¿Por qué dejar de amarla sin ton ni son?

JACQUES (*señalando el cielo con el dedo*).—¡Ah, mi señor!

MESONERA.—Y él preguntó: «¿Por qué no habríais de casaros también vos, marquesa?».

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¿Y con quién, queréis decirme?

»MARQUÉS.—Con el condesito; es hombre de buenas luces, de alta cuna y no menguada fortuna.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—¿Y quién me garantiza su fidelidad? ¡No seréis vos, por cierto!

»MARQUÉS.—No, pero creo que fácilmente puede prescindirse de la fidelidad de un marido.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—De acuerdo; pero tal vez yo sería lo bastante extravagante como para ofenderme por ello, y soy vengativa.

»MARQUÉS.—¡Bueno, pues os vengaríais, ni que decir tiene! Se me ocurre que podríamos instalar en común un buen hotel particular y formaríamos entre los cuatro la más agradable sociedad.

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Todo eso suena muy bien, pero no, no me caso. El único hombre con quien hubiera estado tentada de casarme...

»MARQUÉS.—¿Soy yo?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—Os lo puedo confesar ahora que ya no tiene consecuencias.

»MARQUÉS.—¿Y por qué no habérmelo dicho?

»SEÑORA DE LA POMMERAYE.—A juzgar por los acontecimientos, bien hice

callando. La que vais a tener por esposa os conviene de todo punto más que yo.

»La señora de La Pommeraye puso en recabar informes toda la celeridad y exactitud que le vino en gana y le mostró al marqués los testimonios más halagüeños, procedentes tanto de París como de provincias. Le exigió entonces otros quince días para que de nuevo hiciera examen de conciencia, quincena que al marqués le pareció eterna. Por fin, la marquesa se vio obligada a ceder a su impaciencia y a sus ruegos.

»La primera entrevista tuvo lugar en casa de sus amigas; se pusieron de acuerdo en todo, se publicaron las amonestaciones, se firmó el contrato, el marqués le regaló a la señora de La Pommeraye un magnífico diamante, y he aquí el matrimonio consumado.

JACQUES.—¡Qué intriga y qué venganza!

AMO.—Es incomprendible.

JACQUES.—Salvo que nos preocupe lo que pudiera ocurrir la noche de bodas, no veo que hasta ahora haya sido mucho el daño.

AMO.—Cállate, bobo.

MESONERA.—La noche de bodas transcurrió muy bien.

JACQUES.—Yo creía...

MESONERA.—Creed lo que vuestro amo acaba de deciros... —y mientras hablaba sonreía, y sonriendo pasaba la mano por el rostro de Jacques y le tiraba de la nariz—. Pero fue al día siguiente cuando...

JACQUES.—¿No fue al día siguiente como la víspera?

MESONERA.—No exactamente. Al día siguiente, la señora de La Pommeraye escribió al marqués una esquelita rogándole que fuese a verla para un asunto importante. El marqués no se hizo esperar.

»Lo recibió con un semblante en el que se pintaba la más violenta indignación, y no fueron muchas las palabras que le dirigió. Helas aquí: “Marqués, aprended a conocerme. Si las demás mujeres se tuvieran en suficiente estima como para sentir el rencor que yo siento, habría menos hombres de vuestra calaña. Os habíais ganado una mujer decente que no supisteis conservar: esa mujer era yo. Ahora se ha vengado haciendo que os caséis con otra que es digna de vos. Salid de mi casa, id a la calle Traversière, al hotel de Hamburgo y allí podréis enteraros del sucio menester que vuestra mujer y vuestra suegra han ejercido durante diez años con el nombre de D’Aisnon”.

»La sorpresa y la consternación de aquel pobre marqués no son para ser descritas. No sabía qué pensar; pero no duró su incertidumbre sino el tiempo que tardó en ir de un extremo a otro de la ciudad. En todo el día no volvió a su casa, anduvo vagando por las calles. Su suegra y su mujer empezaron a sospechar lo sucedido. Al primer aldabonazo, la suegra corrió a su aposento y se encerró con llave, su mujer lo esperó sola. Acercóse a su esposo y al punto leyó en su rostro que venía presa de un gran

furor. Sin decir palabra, se arrojó a sus pies, con el rostro pegado al suelo. “¡Retiraos, infame! —dijo el marqués—. ¡Fuera de mi vista!” Quiso ella levantarse, pero volvió a caer de bruces, con los brazos abiertos, a los pies del marqués. “Señor —dijo—, podéis pisotearme, aplastarme, pues merecido lo tengo; haced conmigo lo que os plazca, pero perdonad a mi madre...” “¡Fuera de aquí! —replicó el marqués—. Ya es bastante con la infamia que sobre mí habéis hecho caer, ahorradme un crimen.” La desdichada criatura siguió en la misma actitud y no respondió nada. El marqués se había sentado en un sillón, con la cabeza escondida entre los brazos y el cuerpo derrumbado hacia los pies de la cama, y de vez en cuando repetía sin mirarla: “¡Fuera de aquí!”. El silencio y la inmovilidad de la desventurada le sorprendieron y repitió con voz aún más fuerte: “¡He dicho que os retiréis! ¿Es que no me oís?”. Se agachó luego y la empujó con dureza, mas viendo que estaba sin sentido y casi sin vida, la cogió por el talle, la tumbó en un sofá y por un momento la miró con ojos en los que se leían alternadas la conmiseración y la ira.

»Llamó a los criados, hicieron venir a las doncellas y dijo a éstas: “Ocupaos de vuestra señora que se encuentra mal; llevadla a sus habitaciones y ayudadla...”. Poco tardó en mandar a preguntar discretamente cómo estaba: le dijeron que había vuelto en sí del primer desvanecimiento, pero que los desmayos se sucedían cada vez más prolongados, con tal frecuencia e intensidad que nadie podría responder de nada. Una o dos horas después envió de nuevo secretamente a saber si se encontraba mejor: le dijeron que se ahogaba y que le había dado una especie de hipo que hasta en el patio se oía. A la tercera vez, era ya de madrugada: le informaron que había llorado mucho, que el hipo se había calmado y que parecía haberse quedado adormilada.

»Al día siguiente, el marqués hizo enganchar los caballos en su carruaje y desapareció durante quince días, sin que se supiera qué había sido de él. No obstante, antes de partir había provisto de todo lo necesario para la madre y la hija, y dado órdenes de que se obedeciera a la señora como si de él mismo se tratase.

»Durante ese intervalo, ambas mujeres permanecieron una frente a otra sin apenas dirigirse la palabra; la hija, sollozando, gritando a veces, mesándose los cabellos, retorciéndose los brazos sin que la madre se atreviera a acercarse a ella y consolarla. Una mostraba el semblante de la desesperación; la otra el semblante de la dureza. Veinte veces dijo la hija a su madre: “Mamá, salgamos de aquí, huyamos”. Y otras tantas la madre se opuso, respondiendo: “No, hija mía, tenemos que quedarnos, hay que ver en qué para todo esto, ese hombre no nos va a matar...”. La hija contestaba: “¡Ay, quisiera Dios que ya lo hubiera hecho!”. Y replicaba la madre: “Mejor harías en callar en vez de hablar como una necia”.

»A su regreso, el marqués se encerró en su gabinete y escribió dos cartas, una dirigida a su mujer, la otra a su suegra. Partió ésta el mismo día para entrar en un convento de carmelitas de la ciudad vecina, ese donde ha muerto hace unos días. En

cuanto a la hija, se vistió y se arrastró hasta los aposentos de su marido, según parece que había éste ordenado. Ya desde la puerta se postró de hinojos. “Levantaos”, le dijo el marqués. Mas en lugar de levantarse, avanzó hacia él de rodillas. Temblándole todo el cuerpo, el cabello desmelenado, inclinado el busto hacía delante, alzada la cabeza y los brazos extendidos en dirección del marqués, la mirada prendida en sus ojos y el rostro inundado de lágrimas, comenzó a hablar.

»—Paréceme —y los sollozos entrecortaban sus palabras— que vuestro corazón, justamente irritado, se ha ablandado y acaso con el tiempo pueda yo obtener misericordia. Pero os suplico, señor, que no os apresuréis a perdonarme. Tantas honestas doncellas se han tornado mujeres malas, que tal vez sea yo un ejemplo de lo contrario. No soy digna todavía de que os acerquéis a mí; aguardad, dejadle al menos la esperanza del perdón. Mantenedme lejos de vos, observaréis mi conducta y la juzgaréis: ¡dichosa yo, mil veces dichosa si de vez en cuando os dignáis llamarme! Indicadme el rincón más oscuro de vuestra casa donde me permitiríais que viviera y allí me quedaré sin una queja. ¡Ah, si me fuera dado arrancarme el título y el apellido que me obligaron a usurpar y morir luego! En este mismo instante os daría satisfacción. Me dejé llevar a tan infame acción por debilidad, por seducción, por autoridad, por amenazas: mas no creáis, señor, que sea yo una malvada; no lo soy, pues no dudé en comparecer ante vos cuando me llamasteis y me atrevo ahora a miraros a los ojos y a hablaros. ¡Si pudierais leer en el fondo de mi corazón! Veríais cuán lejos de mí están los pasados extravíos, y qué ajenas me parecen las costumbres de las mujeres de mi condición. En mí se posó la corrupción, pero no prendió. Me conozco y sé que puedo en justicia hacer esta afirmación: por mis gustos; por mis sentimientos y por mi carácter nací digna del honor de perteneceros. ¡Ay! De haber sido yo libre de veros y hablaros, hubiera bastado una palabra y creo que, habría tenido el valor suficiente para decíroslo. Señor, disponed como gustéis, llamad a vuestros criados, que me despojen de todo y me echen a la calle esta misma noche: a todo me conformaré, sea cual fuere el destino que me preparéis, a él me someto: un rincón perdido en el campo, la oscuridad de un claustro pueden sustraerme para siempre a vuestra mirada: no tenéis más que ordenarlo y obedeceré. Vuestra felicidad no está irremisiblemente perdida, y podréis olvidarme.

»El marqués contestó con dulzura:

»—Levantaos... os he perdonado. Ya en el mismo instante de la injuria, supe respetar a mi esposa en vos; ni una palabra ha salido de mi boca que pudiera humillarla, o por lo menos me arrepiento si alguna dije y os aseguro que jamás volverá a oír nada que la humille si tiene presente que no se puede hacer desgraciado al esposo sin serlo también ella al propio tiempo. Sed honesta, sed feliz y haced que yo lo sea. Levantaos, os lo ruego, esposa mía, levantaos y abrazadme. Señora marquesa, levantaos, no es ése vuestro lugar; señora de los Arcis, levantaos...

»Mientras así hablaba, ella había permanecido con el rostro oculto entre las manos y la cabeza apoyada en las rodillas del marqués, pero al oír “esposa mía”, “señora de los Arcis”, se levantó bruscamente y se precipitó hacia el marqués, abrazándole medio ahogada por el dolor y la alegría. Luego, separándose de él, se arrojó al suelo y le besó los pies.

»—Os he dicho que estáis perdonada, pero veo que no me creéis —decía el marqués.

»—Por más cierto que eso sea, no habré de creerlo jamás —respondía ella.

»Y añadía el marqués:

»—En verdad creo que no me arrepiento de nada, y que la tal Pommeraye, en lugar de vengarse me ha hecho un favor. Id a vestiros, querida esposa, mientras hacen vuestro equipaje. Nos iremos a mis fincas donde nos quedaremos hasta que podamos regresar a París sin menoscabo para vos ni para mí.

»Estuvieron ausentes de la capital casi tres años seguidos.

JACQUES.—Yo apostaría a que esos tres años se les pasaron como un solo día y que el marqués fue uno de los mejores maridos y tuvo una de las mejores esposas que en el mundo han sido.

AMO.—También yo apostaría contigo, aunque a decir verdad no sé muy bien por qué, pues esa muchacha no ha sido en absoluto de mi agrado durante todos los tejemanejes que se trajeron su madre y la señora de La Pommeraye. Ni sintió temor, ni dio el menor signo de incertidumbre o de remordimiento; la hemos visto prestarse sin repugnancia alguna a tan prolongado horror. Hizo sin vacilar todo cuanto de ella quisieron; iba a confesarse, comulgaba, haciendo caso omiso de la religión y de sus ministros. Me ha parecido tan falsa, tan despreciable, tan malvada como las otras dos... Señora mesonera, muy lindo don tenéis para narrar, pero no estáis todavía muy ducha en el arte dramático. Si queráis que esa señorita suscitara interés, tendríais que haberle prestado sinceridad y mostrárnosla víctima inocente y forzada de su madre y de La Pommeraye; preciso hubiera sido que con los más crueles tratos la obligaran a participar, muy a pesar suyo, en toda esa serie de vilezas durante un año, y de ese modo preparar la reconciliación final entre marido y mujer. Cuando se introduce en escena un personaje, ha de dársele al papel cierta unidad. Pues bien, cabría preguntaros, encantadora mesonera, si esa muchacha que secunda en sus intrigas a dos infames, puede ser la misma mujer suplicante que nos habéis descrito a los pies de su esposo. Habéis pecado al infringir las leyes de Aristóteles, de Horacio, de Vida y de Le Bossu.

MESONERA.—No conozco a ningún jorobado ni gallardo,^[20] Os he contado la historia tal como sucedió, sin omitir ni añadir nada. ¿Quién sabe lo que esa muchacha sentía en lo más profundo de su corazón y si en los momentos en que nos parecía que obraba sin escrúpulos no estaba secretamente devorada de pesadumbre?

JACQUES.—Mesonera, por esta vez he de abundar en la opinión de mi amo, quien habrá de perdonármelo, pues es cosa que rara vez acontece: de acuerdo estoy con su Bossu, a quien no conozco, y con todos esos señores a quienes ha citado, que me son igualmente desconocidos. Si la señorita Duquênnoi, antes D'Aison, hubiera sido una buena chica, en algo se habría notado.

MESONERA.—Buena chica o no, el caso es que resulta ser una excelente esposa, que su marido está con ella más contento que un rey y que no la cambiaría por ninguna otra.

AMO.—Por ello le felicito, más venturoso ha sido que sensato.

MESONERA.—Y yo os doy las buenas noches. Se ha hecho tarde y siempre; tengo yo que ser la última que me acueste y la primera que me levante. ¡Maldito trabajo! Buenas noches, caballeros, buenas noches. Os prometí, no recuerdo ahora a santo de qué, la historia de un insólito matrimonio y creo haber cumplido mi palabra. Me parece, señor Jacques, que no os costará mucho conciliar el sueño, tenéis los ojos casi cerrados. Buenas noches, señor Jacques.

AMO.—¡Vamos, señora mesonera! ¿No habría medio de conocer algo de vuestras aventuras?

MESONERA.—No.

JACQUES.—¡Tenéis, señor, una desafortada afición a los cuentos!

AMO.—Es cierto, me instruyen y me divierten. Un buen narrador es un hombre de raras cualidades.

JACQUES.—Por esa razón, precisamente, no me gustan a mí los cuentos, a menos que sea yo quien los enhebre.

AMO.—Antes prefieres hablar mal que estarte callado.

JACQUES.—Verdad es.

AMO.—Y yo prefiero oír hablar, aunque sea mal, antes que no tener nada que escuchar.

JACQUES.—Lo cual a los dos nos hace buen avío.

No sé dónde se les había ido el juicio a la mesonera, a Jacques y a su amo, para no haber hallado ni una sola de las atenuantes que podían haber invocado en favor de la señorita Duquênnoi. ¿Acaso aquella muchacha había comprendido cabalmente los manejos de la señora de La Pommeraye antes de llegar al desenlace? ¿No le hubiera sido preferible aceptar los presentes, mejor que la mano del marqués, y tenerlo por amante en vez de por esposo? ¿No estuvo constantemente supeditada a las amenazas y al despotismo de la marquesa? ¿Se le puede reprochar el sentir aversión por su anterior condición? Y si se toma el partido de estimarla por ello aún más, ¿podría exigírsele muchos escrúpulos y delicadezas cuando se le presentan los medios para librarse de su vil situación?

¿Y creéis, lector, que sería más difícil hacer la apología de la señora de La Pommeraye? Tal vez os habría sido más grato oír perorar a Jacques y a su amo sobre el particular, pero tenían tantas otras cosas interesantes de las que poder hablar, que sin duda habrían descuidado ésta. Habéis de permitir, pues, que sea yo quien me ocupe por un momento de la cuestión.

Os enfurecéis al solo nombre de señora de La Pommeraye, y exclamáis: «¡Ah, qué horrible mujer! ¡Hipócrita, infame!». Cesen las exclamaciones, la indignación, la parcialidad, y razonemos. Todos los días se cometen acciones más tenebrosas y sin el menor talento... Podéis odiar a la señora de La Pommeraye, podéis juzgarla temible, mas no cabe despreciarla. Atroz fue su venganza, mas no la mancilla ningún motivo interesado. No os he contado que había arrojado a la cara del marqués el hermoso diamante que él la había regalado, pero lo hizo: lo sé de buena tinta. No trató ni de aumentar su fortuna ni de adquirir títulos de nobleza. ¡Cómo! Si esa mujer hubiera hecho otro tanto por obtener para un esposo la recompensa de sus servicios: si se hubiera prostituido con un ministro o incluso con cualquier jerarca para conseguir una condecoración o una coronela,^[21] cuando no con el depositario de los Beneficios^[22] por una prebenda abacial, os parecería la cosa más natural, lo veríais como una costumbre. Pero cuando se venga de una perfidia, os subleváis contra ella, en lugar; de comprender que su resentimiento sólo os indigna en la medida en que sois incapaz de sentirlo con igual fuerza, o porque menguada importancia dais a la virtud de las mujeres. ¿Os habéis parado a pensar en los sacrificios que la señora de La Pommeraye había hecho por el marqués? No he de deciros que su bolsa estuvo abierta para él en toda ocasión, y que durante varios años no tuvo él otra casa ni otra mesa que las de ella: todo eso os traería sin cuidado. Pero habéis de saber qué se había sometido a todas sus fantasías, a todos sus gustos; por complacerle había trastornado su forma de vida. Gozaba antes de la más alta consideración de la buena sociedad por su pureza, y se había rebajado al nivel común. Se dijo de ella, cuando aceptó al marqués de los Arcis: «Por fin esta maravillosa señora de La Pommeraye se ha portado como una de nosotras». Había advertido a su alrededor las sonrisas irónicas, había oído las bromas que más de una vez le hicieran sonrojar y bajar los ojos; había apurado el cáliz de la amargura que les está reservado a mujeres cuya conducta ordenada sirvió durante harto tiempo de sátira a las malas costumbres habituales de su entorno; había soportado la vindicta escandalosa que se esgrime como venganza contra las imprudentes gazmoñas que hacen gala de honestidad. Era mujer altiva, y antes habría muerto de dolor que mostrar al mundo, tras la vergüenza de la virtud perdida, el ridículo de ser abandonada. Había llegado al punto en que la pérdida de un amante resulta irreparable, y dado su carácter, semejante situación la condenaba al tedio y a la soledad. Un hombre puede apuñalar a otro por un gesto, un desaire, ¿y no habrá de serle permitido a una honesta mujer perdida, deshonrada,

traicionada, que arroje al traidor en brazos de una cortesana? ¡Ah, lector, qué ligeros somos en el elogio y cuán severos en la reprobación! Pero me vais a objetar que no es tanto el hecho en sí como los medios empleados lo que le reprocháis a la marquesa; que no pasáis por un resentimiento tan prolongado, por toda esa maraña de engaños y trapacerías que duran cerca de un año. Tampoco yo, ni Jacques, ni su amo, ni la mesonera. Pero sí que excusáis un primer pronto, y os diré que si el primer pronto de los demás suele ser corto, el de la señora de La Pommeraye y de las mujeres de su temperamento es de larga duración. Su alma puede permanecer toda la vida igual que en el primer momento de la injuria; y siendo así, ¿qué inconveniente, qué injusticia hay en ello? No veo en eso sino una forma de traición más excepcional, y aprobaría de buen grado una ley que condenase a apechar con cortesanas a todo aquel que hubiera seducido y abandonado a una mujer honesta: al hombre común le daría mujeres de su común calaña.

Mientras así diserto, el amo de Jacques ronca como si me hubiera estado escuchando; y Jacques, cuyos músculos rehúsan el buen uso de las piernas, ronda por la habitación, en camisón y descalzo, dando traspiés y derribando todo cuanto se le pone por delante. Al cabo, despierta a su amo y éste le dice entre las cortinas:

—Jacques, estás ebrio.

—O poco me falta.

—¿A qué hora piensas acostarte?

—En seguida, señor, es que... es que hay...

—¿Qué es lo que hay?

—Un resto de vino en esa botella, que se echaría a perder. Me horrorizan las botellas a medio vaciar, volvería a pensar en ello y no me haría falta más para no pegar ojo. A fe mía que nuestra mesonera es una excelente mujer, y su vino de Champagne un excelente vino; sería una lástima dejar que se agriara... Lo voy a poner a cubierto y... así no se estropeará...

Y mientras decía balbuciendo en camisa de dormir y descalzo, Jacques se echó al colete dos o tres buenos tragos sin puntuación, tal como él decía, o sea, de la botella al vaso, del vaso a la boca. Luego, de lo sucedido tras haber apagado las velas, hay dos versiones: unos pretenden que buscó a tientas la cama por las paredes, sin poder dar con ella, y diciendo: «Por vida de... que ha desaparecido y si es que está aquí, tengo por escrito allá arriba que no la he de encontrar. Tanto en uno como en otro caso, tendré qué pasarme sin cama», y tomó el partido de tumbarse en unas sillas. Otros aseguran que estaba escrito en el cielo que se enredaría los pies entre las sillas, que se caería al suelo y que allí quedaría. De ambas versiones, mañana, pasado mañana, escogeréis con sosiego la que mejor os plazca.

Nuestros dos viajeros, que se habían acostado tarde y con la cabeza un tanto caldeada por el vino, durmieron hasta bien entrada la mañana; Jacques en el suelo o tumbado en unas sillas, según la versión que hayáis preferido, su amo más a sus anchas, en la cama. La mesonera subió y les anunció que el día se presentaba feo, pero que aun cuando el tiempo les permitiera ponerse en camino, se jugarían la vida o se verían impedidos de seguir adelante por la crecida del torrente que obligatoriamente debían cruzar, y añadió que varios hombres a caballo que no habían querido hacer caso, estuvieron forzados a volverse atrás. El amo le preguntó a Jacques: «¿Qué podemos hacer, Jacques?». Y éste respondió: «Por de pronto, desayunaremos con la posadera, eso nos despabilará», y la mesonera juró que era ésa una decisión muy cuerda. Sirvieron el desayuno. La posadera estaba siempre dispuesta a mostrarse alegre; el amo de Jacques se hubiera prestado a ello de buena gana, pero Jacques empezó a sentirse mal, comió con desgana, bebió poco y permaneció callado. Esto significaba, sobre todo, barrunto de mal agüero. Todo aquello era consecuencia de la mala noche que había pasado y del pésimo lecho que había tenido. Se quejaba de que le dolían todos los miembros y la voz enronquecida anunciaba un catarro. Su amo le aconsejó que se acostara, pero se negó a hacerlo; la mesonera le propuso una sopa de cebolla. Jacques pidió que le encendieran la chimenea en la habitación, pues sentía escalofríos, que le preparasen una tisana y le llevasen vino blanco; y en el acto fue complacido. Salió luego la mesonera y Jacques quedó a solas con su amo. Éste se acercaba a la ventana y decía: «¡Qué tiempo de perros!», miraba la hora en su reloj (el único en que tenía confianza), tomaba su rapé consabido, y así, de hora en hora, repitiendo; a cada vez: «¡Qué tiempo de perros!», volviéndose hacia Jacques y añadiendo: «Nunca mejor ocasión para proseguir y terminar la historia de tus amores... Pero mal se habla; de amor ni de cosa alguna cuando se está malo. Anda, haz un intento; si puedes continuar, continúa, y si no, tómate la tisana y duerme».

Aseguró Jacques que el silencio le era perjudicial, que él era un animal hablador y que la principal ventaja de su condición, la que más le llegaba al alma, era la libertad de desquitarse de los doce años de mordaza que había pasado en casa de su abuelo, a quien Dios tenga en gloria.

AMO.—Habla, pues, ya que eso nos place a los dos. Te habías quedado en no sé qué proposición deshonesta de la mujer del cirujano; se trataba, si mal no recuerdo, de expulsar al médico que atendía el castillo para instalar a su marido en ese puesto.

JACQUES.—Allá voy. Pero, un instante, por favor... Humedezcamos.

Jacques llenó de tisana un jarrilla, añadió un poco de vino blanco y se lo tragó. Era una receta que había aprendido de su capitán y que el doctor Tissot,^[23] a quien Jacques se la había dado, la recomienda en su tratado de las enfermedades más comunes. El vino blanco, decían Jacques y el doctor Tissot, hace orinar, es diurético,

corrige la insipidez de la tisana y tonifica el estómago y los intestinos. Así que hubo apurado su vaso de tisana, Jacques prosiguió:

—Aquí me tenéis que salgo de casa del cirujano, monto en la diligencia, llego al castillo y me veo rodeado de todos los que allí vivían.

AMO.—¿Acaso te conocían?

JACQUES.—¡Sí, por cierto! ¿Os acordáis de aquella mujer con la cántara de aceite?

AMO.—Lo recuerdo muy bien.

JACQUES.—Pues era la mandadera del intendente y de la servidumbre. Jeanne había pregonado en el castillo la acción caritativa que tuve para con ella y mi buena obra había llegado a oídos del señor: no se le habían ocultado los puntapiés y los puñetazos con que mi comportamiento fue recompensado aquella noche por el camino de regreso, y había dado órdenes para que me buscaran y me trasladaran a su mansión. Y allí estoy ahora. Me miran, me interrogan, me admiran. Jeanne me abrazaba y me daba las gracias. «Que sea alojado con toda comodidad, y qué no le falte de nada», recomendaba el señor a sus criados; y al cirujano de la casa: «Lo visitaréis con asiduidad».

Todo fue cumplido punto por punto. Ya veis, mi amo, ¿quién sabe lo que está escrito allá arriba? Que se diga ahora si está bien o mal hecho el desprenderse de su dinero, que es una desventura sufrir una tunda... Sin esos dos acontecimientos, el señor Desglands no habría nunca oído hablar de Jacques.

AMO.—¿Desglands, el señor de Miremont! ¿Te encuentras en el castillo de Miremont, en casa de mi viejo amigo, el padre del señor Desforges, el intendente de la provincia?

JACQUES.—Exactamente, Y la joven morena, de fino talle y ojos negros...

AMO.—¿Es Denise, la hija de Jeanne?

JACQUES.—La misma.

AMO.—Razón tienes, es una de las más bellas y más honestas criaturas que pueda haber en veinte leguas a la redonda. Yo, lo mismo que la mayor parte de los que frecuentaban el castillo de Desglands, habíamos puesto en juego todos los medios para seducirla, pero en balde, no había uno solo entre nosotros que no estuviera dispuesto a hacer por ella el mayor dislate, a cambio de que la doncella hiciese siquiera uno pequeño.

Habiendo dejado Jacques de hablar, su amo le preguntó:

—¿En qué estás pensando? ¿Qué haces?

JACQUES.—Rezo mis oraciones.

AMO.—¿Pero tú rezas?

JACQUES.—A veces.

AMO.—¿Y qué dices?

JACQUES.—Digo así: «Tú que hiciste el gran rollo, quienquiera que seas, tú que con tu mano has trazado todo lo que está escrito en el cielo, has sabido siempre lo que mejor me convenía. Hágase tu voluntad. Amén».

AMO.—¿Y no harías igualmente bien si te callaras?

JACQUES.—Puede que sí, puede que no. Por si acaso, yo rezo, y ya puede acontecerme lo que fuere, que no habría de alegrarme ni quejarme siempre que estuviera en mis cabales; pero como soy un inconsecuente y un irascible, echo en olvido las lecciones de mi capitán, así es que río y lloro como un majadero.

AMO.—¿Y tu capitán nunca se reía ni lloraba?

JACQUES.—Muy rara vez... El caso es que Jeanne me trajo a su hija una mañana y, dirigiéndose primero a mí, dijo: «Caballero, os halláis en un hermoso castillo, donde habéis de sentirnos algo mejor que en casa de vuestro cirujano. Al principio, sobre todo, os atenderán a pedir de boca; pero conozco a los criados, pues no en balde también yo lo soy desde hace largo tiempo; poco a poco disminuirá el celo en el servicio, los señores dejarán de pensar en vos, y si vuestra enfermedad se prolonga, seréis olvidado, tan completamente olvidado que si se os antojara morir de hambre, lo conseguiríais...». Luego, volviéndose hacia su hija, le dijo así: «Escucha, Denise, quiero que visites a este honrado caballero cuatro veces al día: por la mañana, a la hora del almuerzo, hacía las cinco de la tarde y a la hora de cenar. Y quiero que le obedezcas como a mí misma. Téntelo por dicho y no dejes de cumplirlo».

AMO.—¿Sabes lo que le sucedió al pobre Desglands?

JACQUES.—No, señor; mas si los buenos deseos que formulé por su prosperidad no se han cumplido, no habrá sido por falta de sinceridad. Fue él quien me puso al servicio del comandante de La Boulaye, que pereció al pasar por Malta; y el comandante de La Boulaye me recomendó a su hermano mayor, el capitán, quien acaso haya a estas horas fallecido de una fístula; es ese capitán quien me pasó a su hermano menor, fiscal de Toulouse, que se volvió loco y la familia le hizo encerrar. El tal señor Pascal, fiscal, como digo, del tribunal de Toulouse, me había mandado al conde de Tourville, pero éste prefirió dejarse crecer la barba bajo el hábito de capuchino antes que ir a jugarse la vida; del conde de Tourville pasé a la marquesa de Belloy, que se fugó a Londres con un extranjero; de la marquesa fui a casa de uno de sus primos, que se arruinó con las mujeres y tuvo que irse a las islas; ese primo es quien me recomendó a un tal señor Hérissant, usurero de profesión, que hacía inversiones para el señor de Rusai, doctor en la Sorbona, el cual me hizo entrar en casa de la señorita Isselin, vuestra protegida, quien me colocó con vos mismo, a quien deberé el pan de mi vejez, pues así me lo habéis prometido si sigo fielmente con vos, y no hay motivo para pensar que hayamos de separarnos. Jacques fue hecho para vos y vos fuisteis hecho para Jacques.

AMO.—¡Pues sí que has recorrido tú casas en tan poco tiempo!

JACQUES.—Cierto es, y también que más de una vez me despidieron.

AMO.—¿Por qué?

JACQUES.—Porque nací charlatán y toda esa gente quería que me estuviera callado. No eran como vos, que mañana mismo me pondríais en la calle si dejara de hablar. Yo tengo exactamente el vicio que os convenía. Pero ¿qué es lo que le sucedió al señor Desglands? Contadme eso mientras que me preparo un poco de tisana.

AMO.—¿Has residido en su castillo y nunca oíste hablar de su emplasto?

JACQUES.—No.

AMO.—Dejaremos esa aventura para el camino; la otra es más corta. Desglands había hecho fortuna en el juego. Se enamoró de una mujer a la que sin duda habrás visto en el castillo, una dama discreta pero seria, taciturna, extravagante y dura. La tal señora le dijo un día: «O me queréis más que el juego, y en ese caso habréis de darme palabra de honor de que no volveréis a jugar nunca más; o preferís el juego, y entonces no me habléis más de vuestra pasión y jugad cuanto os plazca...». Desglands dio su palabra de honor de que no jugaría más.

JACQUES.—¿Y no jugó ni a lo poco ni a lo mucho?

AMO.—Ni a lo poco ni a lo mucho. Hacía unos diez años que vivían juntos en el castillo que conoces, cuando Desglands tuvo que ir a la ciudad por un asunto de sus intereses y quiso el azar que para desgracia suya encontrase en el despacho de su notario a uno de sus antiguos conocidos de timba, quien le arrastró a cenar a un garito en el que perdió en una sola sesión todo cuanto poseía. Su amante fue inflexible: era rica, dejó a Desglands una módica pensión y se separó de él para siempre.

JACQUES.—¡Cuánto lo lamento! Era un amable caballero.

AMO.—¿Cómo va tu garganta?

JACQUES.—Mal.

AMO.—Eso es porque hablas demasiado y no bebes bastante.

JACQUES.—Es qué la tisana no me gusta y sí me gusta hablar.

AMO.—¡Bien, Jacques! Ya estás en casa de Desglands, cerca de Denise y Denise autorizada por su madre a hacerte al menos cuatro visitas al día. ¡La muy pícara! ¡Preferir a un Jacques!

JACQUES.—¡Un Jacques! Un Jacques, señor, es un hombre como cualquier otro.

AMO.—Jacques, te equivocas, un Jacques no es en modo alguno un hombre como otro cualquiera.

JACQUES.—A veces incluso mejor que otro.

AMO.—Jacques, faltáis a la corrección. Proseguid la historia de vuestros amores y recordad que sólo sois y nunca seréis más que un Jacques.

JACQUES.—Pues si en el tugurio aquel donde encontramos a los malandrines no hubiera valido Jacques un poco más que su amo...

AMO.—Jacques, sois un insolente, abusáis de mi bondad. Si cometí la necedad de sacaros de donde estabais, bien sabré volver a poneros en vuestro lugar. Jacques, tomad la botella y el perol y bajad.

JACQUES.—Diréis lo que os plazca, señor; yo me encuentro bien aquí y no voy a irme abajo.

AMO.—Yo te digo que vas a bajar.

JACQUES.—Seguro estoy que no lo decís en serio. ¿Cómo es eso, señor, después de haberme acostumbrado durante diez años a vivir como un par de buenos compañeros...?

AMO.—Se me antoja acabar con eso.

JACQUES.—Luego de haber soportado todas mis impertinencias...

AMO.—Ya no quiero seguir soportándolas.

JACQUES.—Tras haberme hecho sentar a la mesa a vuestro lado y haberme llamado vuestro amigo...

AMO.—Vos sabéis lo que significa el nombre de amigo cuando se lo da un superior a un subalterno.

JACQUES.—Cuando es sabido que todas vuestras órdenes no eran más que agua de borrajas si no las ratificaba Jacques; después de haber unido tan cabalmente vuestro nombre al mío que nunca va el uno sin el otro y que todo el mundo dice «Jacques y su amo», ¡ahora de golpe se os antoja separarlos! No, señor, no ocurrirá tal. Está escrito en el cielo que mientras viva Jacques y todo el tiempo que viva su amo, e incluso cuando ambos hayan muerto, se seguirá diciendo «Jacques y su amo».

AMO.—Y yo digo, Jacques, que habrás de bajar, y que bajarás inmediatamente porque yo te lo ordeno.

JACQUES.—Señor, ordenadme cualquier otra cosa si es que queréis que os obedezca.

Entonces, el amo de Jacques se levantó, lo agarró por las solapas y le dijo con gravedad:

—Baja.

Jacques le respondió con frialdad:

—No voy a bajar.

El amo, sacudiéndole violentamente, repitió:

—¡Que bajes, zoquete! Obedéceme.

Jacques replicó con mayor frialdad todavía:

—Tan zoquete como queráis, pero este zoquete no bajará. Mirad, señor, lo que se me pone entre ceja y ceja, no se me pone en los pies, como suele decirse. Os acaloráis en vano, Jacques se quedará donde está y no bajará.

Y luego, Jacques y su amo, que habían estado moderados hasta ese momento, se

dispararon ambos a la vez y se pusieron a gritar desaforadamente:

—Vas a bajar.

—No bajaré.

—Bajarás.

—No bajaré.

Al oír aquella disputa, la mesonera subió y se enteró de lo que ocurría, aunque no la respondieron en el primer momento: ambos continuaban gritando: «Bajarás», «No bajaré», «Bajarás», «No bajaré». El amo, que tenía encogido el corazón, se paseaba por la habitación refunfuñando entre dientes: «¡Habrás visto nada semejante!». La mesonera, pasmada y de pie, preguntando: «Pero bueno, caballeros, ¿de qué se trata?». Jacques, sin inmutarse, a la mesonera:

—Es mi amo, que ha perdido la cabeza, se ha vuelto loco.

AMO.—Estúpido, querrás decir.

JACQUES.—Como gustéis.

AMO (*a la mesonera*).—¿Le habéis oído?

MESONERA.—No sabe lo que dice; pero que haya paz, por favor. Hablad el uno o el otro, para que sepa yo de qué se trata.

AMO (*a Jacques*).—Habla tú, granuja.

JACQUES (*a su amo*).—Hablad vos mismo.

MESONERA (*a Jacques*).—Vamos, señor Jacques, hablad, vuestro amo os lo ordena; al fin y al cabo, un amo es un amo...

Jacques explicó la cuestión a la mesonera y luego que le hubo escuchado, díjoles ésta:

—Caballeros ¿queréis aceptarme como árbitro?

JACQUES Y SU AMO (*al mismo tiempo*).—Con mucho gusto, con mucho gusto, señora.

—¿Y os comprometéis por vuestro honor a acatar mi sentencia?

JACQUES Y SU AMO.—Por nuestro honor, por nuestro honor...

Entonces, sentándose en una mesa y adoptando el tono y la pose de un grave magistrado, la mesonera dijo así:

—Oída la declaración del señor Jacques y habida cuenta de los hechos tendentes a demostrar que su amo es un amo bueno, un muy buen, un demasiado buen amo, y que Jacques no es ni mucho menos un mal criado, aunque un tanto inclinado a confundir la posesión absoluta e inamovible con la concesión pasajera y gratuita, anulo la igualdad que por un tiempo se había establecido entre ambos y vuelvo a dictarla de inmediato. Jacques bajará, y cuando haya bajado, subirá, recobrando al punto todas las prerrogativas de que ha gozado hasta hoy. Su amo le tenderá la mano y amistosamente le dirá: «Jacques, hola, Jacques, me complace volver a veros...», a

lo que Jacques responderá: «Y yo, señor, encantado estoy de encontraros nuevamente...». Y prohíbo que en el futuro se vuelva a suscitar entre ellos esta cuestión y que se discuta la prerrogativa de amo y criado. Queremos que uno ordene y otro obedezca, cada cual lo mejor que pueda, y que se deje entre lo que uno puede y lo que otro debe la misma ambigüedad que hasta el presente.

Así que hubo acabado de pronunciar aquella sentencia, sin duda tomada de algún escrito publicado con ocasión de una controversia similar, por cuya causa pudo oírse de un extremo a otro del reino cómo un amo gritaba a su criado: «¡Bajarás!» y al criado chillar: «¡No bajaré!», dijo la mesonera a Jacques:

—Vamos, dadme el brazo sin más regateos...

Jacques exclamó tristemente:

—Así pues, escrito estaba que hoy habría yo de bajar...

MESONERA.—Estaba escrito en el cielo que desde el momento en que se toma amo, hay que bajar, y subir, y avanzar, y retroceder, y quedarse quieto, y todo eso sin que los pies sean libres de negarse a obedecer las órdenes de la cabeza. Dadme el brazo y que mis órdenes sean cumplidas.

Le dio Jacques el brazo a la mesonera, pero no bien hubieron cruzado el umbral del aposento, cuando ya el amo se precipitaba hacia Jacques para abrazarlo y dejó a éste para abrazar a la mesonera, y mientras abrazaba al uno y al otro decía: «Está escrito allá arriba que no he de librarme de este chiflado y que mientras esté en vida él será mi amo y yo su criado...». La mesonera añadió: «Y que vayáis donde vayáis, en todo el país a la redonda no por eso lo vais a librar mal ni el uno ni el otro».

Una vez apaciguada la querrela, que la mesonera tomó por la primera y que no era la centésima de tal especie, y luego que hubo dejado a Jacques en su lugar, se fue a sus quehaceres y el amo dijo a Jacques:

—Ahora que hemos recobrado nuestra sangre fría y que nos hallamos de nuevo en estado de juzgar con sano entendimiento, ¿no reconoces que...?

JACQUES.—Reconozco que cuando se ha dado palabra de honor, hay que mantenerla; y puesto que hemos prometido al juez bajo palabra que no volveríamos a tratar de esta cuestión, no hay más que hablar de ello.

AMO.—Razón tienes.

JACQUES.—Pero, aun sin volver al tema, ¿no podríamos prevenir otras cien discusiones mediante algún arreglo razonable?

AMO.—Lo acepto.

JACQUES.—Estipulemos: primero, visto que está escrito allá arriba que soy para vos esencial y que yo percibo, yo sé que no podéis prescindir de mí, abusaré de esas prerrogativas todas y cada una de las veces que la ocasión se presente.

AMO.—Pero, Jacques, nunca se ha estipulado nada semejante.

JACQUES.—Estipulado o no, eso se ha hecho siempre, se hacía y se hará mientras el mundo sea mundo. ¿Acaso creéis que los demás no han intentado, como vos, sustraerse a ese decreto y que vais a ser más hábil que todos ellos? Quitaos esa idea de la cabeza y someteos a la ley de una necesidad de la que no está en vuestra mano el poder libraros. Estipulemos: segundo, visto que tan imposible le resulta a Jacques ignorar su ascendiente y su fuerza sobre su amo, como a su amo desconocer su debilidad y despojarse de su indulgencia, preciso es que Jacques sea insolente y que, en aras de la buena concordia, su amo no se dé por enterado. Todo esto ha sido dispuesto sin nuestra intervención, todo fue firmado y sellado allá arriba cuando la naturaleza hizo a Jacques y a su amo. Fue decretado que vos llevaríais el título y yo poseería la cosa en sí. Y si quisierais oponeros a la voluntad de la naturaleza, no conseguiríais sino vanos efectos ilusorios.

AMO.—Pero, según ese entendimiento, tu parte sale mejor que la mía.

JACQUES.—¿Y quién os dice lo contrario?

AMO.—Pues en ese caso no tengo sino ocupar tu lugar y ponerte a ti en el mío.

JACQUES.—¿Y sabéis lo que ocurriría? Que perderíais el título sin lograr la cosa. Quedémonos como estamos, que así los dos estamos muy bien, y sea el resto de nuestra vida empleado en hacer un proverbio.

AMO.—¿Qué proverbio?

JACQUES.—Éste: «Jacques lleva a su amo». Seremos los primeros de quienes tal se haya dicho, aunque se habrá de repetir de otros mil que valen más que vos y que yo.

AMO.—Eso me parece duro, muy duro.

JACQUES.—Mi amo, mi querido amo, vais a toparos contra un aguijón que ha de picaros aún con mayor fuerza. Así es que convenido queda eso entre nosotros.

AMO.—¿Y de qué ha de servir nuestro consentimiento a una ley necesaria?

JACQUES.—De mucho. ¿Creéis que es inútil saber, de una vez por todas, neta y claramente, a qué atenerse? Todas nuestras disputas han sido hasta ahora provocadas porque no nos habíamos dicho todavía bien a las claras que vos os llamaríais mi amo y que yo sería el vuestro. Ahora que ya es sabido, no nos resta sino obrar en consecuencia.

AMO.—Pero ¿dónde diablos has aprendido tú todo eso?

JACQUES.—En el gran libro. ¡Ah, mi amo! Ya puede uno reflexionar, meditar y estudiar en todos los libros de este mundo, que no se pasará de modesto escolar si no se ha leído en el gran libro...

Después del almuerzo se aclaró por fin el tiempo. Algunos viajeros aseguraron que se podía vadear el arroyo. Jacques bajó, su amo pagó a la mesonera con largueza. A la puerta del mesón se reúne gran número de viandantes que el mal tiempo había

obligado a detenerse, y se preparan para continuar su camino; entre ellos, Jacques y su amo, el hombre del matrimonio insólito y su compañero. Los caminantes de a pie han tomado su bastón y sus alforjas; otros se acomodan en sus tartanas y coches; los que van a caballo han montado ya y beben el trago del estribo. La mesonera, con una botella en la mano, ofrece amablemente los vasos y los va llenando, sin olvidar el suyo; le dicen cumplidos y responde a ellos con deferencia y alegre buen humor. Al fin pican espuelas, se cambian saludos y parten.

Y sucedió que Jacques y su amo, el marqués de los Arcis y su compañero de viaje habían de seguir el mismo camino. De estos cuatro personajes, sólo os falta por conocer al último, un joven que frisaba apenas en los 22 o 23 años. Era de una timidez que se pintaba en su rostro; llevaba la cabeza un poco echada sobre el hombro izquierdo, iba silencioso y se notaba que tenía menguado conocimiento de los usos y costumbres mundanos. Si hacía una reverencia, inclinaba la parte superior del cuerpo sin mover las piernas; cuando estaba sentado, tenía la manía de levantar los faldones de su levita y cruzarlos sobre los muslos, de meter las manos por las aberturas y de escuchar a quien hablara con los ojos casi cerrados. Ante guisa tan singular, Jacques lo descifró y, acercándose al oído de su amo, le dijo:

—Apuesto a que este mozo ha llevado el hábito de fraile.

—¿Y eso por qué, Jacques?

—Ya lo veréis.

Nuestros cuatro viajeros fueron juntos, charlando acerca de la lluvia, del buen tiempo, de la mesonera y del mesonero, de la disputa del marqués de los Arcis a propósito de la perra *Nicole*. La tal perrita, hambrienta y sucia, no cesaba de restregarse en sus medias; después de haber intentado en vano ahuyentarla con la servilleta, perdió el marqués la paciencia y le propinó una patada bastante violenta... Y de ahí derivó la conversación al singular apego que sienten las mujeres por los animales. Cada cual dio su opinión, y el amo de Jacques, dirigiéndose a éste, inquirió:

—Y tú, Jacques, ¿qué opinas de esto?

Jacques preguntó a su amo si no había reparado en que, por grande que fuese la miseria de la gente modesta, aun sin tener pan para ellos mismos, todos tenían perro; si no había notado que esos perros, amaestrados siempre para dar volteretas, bailar, andar en dos patas, traer lo que se les arroja, saltar por el rey, por la reina, hacer el muerto, esa educación había hecho de ellos los animales más desdichados de la creación. De donde concluyó que todo hombre desea mandar sobre otro, y que como el animal se sitúa inmediatamente por debajo de la clase de los últimos ciudadanos mandados por las demás clases, éstos se hacían con algún animal para poder también tener a quien mandar.

—Así es que —añadió Jacques— cada cual tiene su perro. El ministro es el perro del rey; el funcionario es el perro del ministro; la mujer es el perro del marido, o el

marido el perro de la mujer; *Favorito* es el perro de ésta y *Thibaud* es el perro del hombre de la esquina. Cuando mi amo me hace hablar, queriendo yo estar callado —lo cual, a decir verdad, rara vez me ocurre— o cuando me hace callar queriendo yo hablar —lo que es muy difícil—, cuando me pide que le cuente la historia de mis amores, prefiriendo yo hablar de otra cosa; cuando, una vez comenzada la historia de mis amores, él me interrumpe, ¿acaso soy otra cosa que su perro? Los hombres débiles son los perros de los hombres fuertes.

AMO.—Sin embargo, Jacques, el cariño por los animales no lo advierto sólo entre la gente pobre; conozco grandes damas que viven rodeadas de una jauría de perros, sin contar gatos, loros y pajaritos.

JACQUES.—Eso es su propia sátira y la de su entorno. No quieren a nadie, nadie las quiere a ellas, y ponen en los perros un sentimiento con el que no saben qué hacer.

MARQUÉS.—Amar a los animales o echar su corazón a los perros, he ahí una consideración muy singular.

AMO.—Lo que se les da a esos animales bastaría para alimentar a dos o tres desventurados.

JACQUES.—¿Es ahora cuando os sorprende?

AMO.—No.

El marqués de los Arcis volvió los ojos hacia Jacques y sonrió de las cosas que se le ocurrían; luego, dirigiéndose al amo, le dijo:

—Tenéis un criado que no es nada corriente.

AMO.—¡Un criado decís! Mucho favor me hacéis, antes soy yo el suyo, y esta mañana, sin ir más lejos, poco ha faltado para que me lo demostrara en debida forma.

Así charlando, llegó la hora de pernoctar, y tomaron en la posada una habitación en común. El amo de Jacques y el marqués de los Arcis cenaron juntos, a Jacques y al joven les sirvieron aparte. En cuatro palabras, el amo esbozó al marqués la historia de Jacques y su cacumen fatalista. El marqués habló del muchacho que le servía: había estado de fraile en la abadía de Prémontré y tuvo que salirse a causa de una curiosa aventura. Unos amigos se lo habían recomendado y lo tomó como secretario en espera de que encontrara algo mejor. El amo de Jacques exclamó:

—¡Es gracioso!

MARQUÉS.—¿Y qué gracia le encontráis a eso?

AMO.—Me refiero a Jacques. Apenas habíamos entrado en el albergue que hemos dejado atrás, cuando Jacques me advirtió en voz baja: «Señor, fijaos bien en ese joven, apostaría a que ha sido fraile».

MARQUÉS.—Pues acertó, aunque no se me alcanza por qué. ¿Os acostáis

temprano?

AMO.—No, habitualmente no; y por lo que hace a esta noche, no estoy cansado, ya que sólo hemos hecho media jornada.

MARQUÉS.—Si no tenéis nada más útil o más agradable que hacer, os contaré la historia de mi secretario, que no es por cierto nada común.

AMO.—La escucharé con sumo gusto.

Ya os estoy oyendo, querido lector; me estáis diciendo: «¿Y los amores de Jacques?». ¿Creéis que no siento yo tanta curiosidad como vos? ¿Habéis olvidado acaso que a Jacques le gusta hablar, y hablar sobre todo de sí mismo, manía general entre las gentes de su condición, medio por el que escapan a su abyección y se colocan en la tribuna, transformándose de golpe y porrazo en personajes interesantes? ¿Cuál es, en vuestra opinión, el motivo que atrae al populacho a las ejecuciones públicas? ¿La inhumanidad? Os equivocáis: el pueblo no es inhumano, si pudiera, arrancararía de las manos de la justicia al desgraciado en torno a cuyo patíbulo se agolpa. Lo que va a buscar en la plaza de Grève^[24] es una escena que poder contar cuando regrese a su arrabal, sea ésa u otra cualquiera, le da lo mismo con tal de que le haya tocado representar algún papel, que ello le dé pie para reunir a sus vecinos y que éstos le presten atención. Que se celebre en los bulevares una fiesta, y veréis que la plaza de las ejecuciones se queda vacía. El pueblo está ávido de espectáculos por lo que se divierte cuando los disfruta y porque sigue disfrutando luego cuando los cuenta. El pueblo es terrible en su furor, mas éste dura poco. Su propia miseria le ha hecho compasivo, y aparta la vista del horror que fue a buscar, se enternece y regresa llorando... Cuanto os estoy aquí diciendo se lo debo a Jacques; os lo confieso, pues no me gusta hacer gala del ingenio ajeno.

Jacques ignoraba hasta el nombre de vicio y de virtud y pretendía que uno nace fausta o infaustamente. Cada vez que oía hablar de recompensas o castigos, se encogía de hombros. A su entender, la recompensa es el estímulo de los buenos, y el castigo, el miedo de los malvados. «¿Qué otra cosa puede ser —decía— puesto que no hay libre albedrío y nuestro destino está escrito allá arriba?» Bien convencido estaba de que un hombre se encamina tan necesariamente a la gloria o a la ignominia como una piedra que tuviera conciencia de sí misma rueda por la pendiente de una montaña; y que si nos fuera dado conocer de antemano el encadenamiento de causas y efectos que forman la vida de un hombre desde el primer instante hasta su postrer suspiro, quedaríamos que cada cual no ha hecho sino aquello que necesariamente debía hacer. No pocas veces le llevé la contraria, pero sin resultado ni beneficio. En verdad, ¿qué se le puede replicar a quien os dice: «Sea cual fuere la suma de elementos de que estoy compuesto, yo soy uno; ahora bien, una causa única tiene un solo efecto: yo he sido siempre una causa única, por tanto no he tenido que producir

más que un efecto; luego lo que yo haya de durar no será sino una serie de efectos necesarios»? Jacques razonaba de esta suerte, según las enseñanzas de su capitán. Hacer distingos entre un mundo físico y otro moral, le parecía totalmente vacío de sentido. Su capitán le había metido en la cabeza todas esas opiniones, sacadas de las lecturas de, Spinoza, que había llegado a saberse de memoria.

Según tal sistema, pudiera creerse que Jacques ni se alegraba ni se afligía por nada; lo cual, sin embargo, no era cierto: se comportaba más o menos como vos, lector, o como yo. Daba las gracias a su bienhechor para que siguiera portándose bien con él; se encolerizaba contra el hombre injusto, y cuando se le objetaba que parecía entonces un perro mordiendo la piedra que le ha herido, replicaba: «Nada de eso, la piedra mordida por el perro no se corrige, mientras que el hombre injusto cambia con el palo». Era a menudo inconsecuente, como vos, como yo, y proclive a olvidar sus principios, excepto en algunas circunstancias en que su filosofía lo dominaba por completo. Era entonces cuando decía: «Tenía que ser así, pues estaba escrito allá arriba». Intentaba prevenir el mal; era prudente sin dejar de sentir el mayor desprecio por la prudencia y, acaecido el accidente, repetía su estribillo y así se consolaba. Por lo demás, era buen hombre Jacques, franco, honrado, animoso, fiel, muy testarudo, más todavía charlatán, y desconsolado como vos y como yo por haber comenzado la historia de sus amoríos sin apenas esperanzas de terminarla. Por eso, lector, os aconsejo que os resignéis y que, a falta de los amores de Jacques, os avengáis a escuchar las tribulaciones del secretario del marqués de los Arcis. Además, que veo al pobre Jacques con el cuello envuelto en un gran pañuelo, con su cantimplora, llena antes de buen vino y ahora de tisana, y tosiendo y despotricando contra la mesonera y su vino de Champagne. Nada de lo cual haría si recordara que todo está escrito en el cielo, incluso su resfriado.

Y luego, querido lector, siempre historias de amor... una, dos, tres, cuatro historias de amor llevo contadas, tres o cuatro más que aún quedan por oír, son muchas historias de amor. Cierto que, si bien se mira, como escribo para vos, o bien tengo que prescindir de vuestro aplauso, o bien servirlos a vuestro gusto, y es así que claramente habéis optado por las historias de amor. Todas las novelas, en verso o en prosa, son historias de amor; casi todos los poemas, elegías, églogas, idilios, canciones, epístolas, comedias, tragedias, óperas, son historias de amor; casi todas las pinturas y esculturas no son otra cosa que historias de amor. Os estáis nutriendo de amor desde que nacisteis y aún no os habéis saciado. Vais a seguir ese régimen por mucho tiempo todavía, hombres y mujeres, grandes y chicos, y no habréis de cansaros. En verdad que es algo maravilloso. Yo quisiera que la historia del secretario del marqués de los Arcis también fuese una historia de amor; pero mucho me temo que no lo sea y que lleguéis a aburriros. ¡Qué le vamos a hacer! Lo lamentaré por el marqués de los Arcis, por el amo de Jacques, por Jacques, por vos, lector, y por mí.

«Llega un momento en la vida de casi todos los muchachos y muchachas en que se ponen melancólicos, están como atormentados por una vaga inquietud que lo impregna todo y no hallan nada que pueda calmarla. Buscan la soledad, lloran; el silencio de los claustros despierta su emoción, la imagen de paz que parece reinar en las congregaciones religiosas llega a seducirlos. Toman por llamada de Dios hacia Él las primeras manifestaciones de un temperamento en pleno desarrollo, y es precisamente al apremiarlos la naturaleza cuando abrazan un género de vida contrario a lo que la naturaleza está reclamando. No suele durar mucho el error; las manifestaciones de la naturaleza se van haciendo más claras, las reconocen al fin, y el infeliz secuestrado se sume en las lamentaciones, la languidez, le dan vapores, llega a la desesperación o a la locura...»

Tal fue el preámbulo del marqués de los Arcis. Y prosiguió así:

—Hastiado del mundo a la edad de diecisiete años, Richard (ése es el nombre de mi secretario) se fugó de la casa paterna y tomó el hábito de premonstratense.

AMO.—¿De premonstratense? En buena hora. Son blancos como los cisnes y san Norberto, que fundó la orden, sólo una cosa omitió en la regla...

MARQUÉS.—Asignar una pareja a cada uno de sus frailes.

AMO.—Si no fuera la costumbre de los amorcillos el ir desnudos, se disfrazarían con el hábito de los premonstratenses. Reina en esa orden una singular política: se admite el trato con las duquesas, las marquesas, las condesas, las esposas de los presidentes y de los consejeros, incluso de los financieros, pero en modo alguno con las burguesas, y por muy bonita que sea la tendera, jamás veréis a un premonstratense entrar en un comercio.

MARQUÉS.—Eso mismo es lo que Richard me dijo. El muchacho habría pronunciado los votos, luego de dos años de noviciado, si sus padres no se hubieran opuesto. Exigió su padre que volviera al hogar y que allí le sería permitido poner a prueba su vocación, observando todas las reglas de la vida monástica durante un año; pacto que fue fielmente cumplido por ambas partes. Transcurrido aquel año de prueba bajo la tutela familiar, Richard pidió el beneplácito para ordenarse fraile. Su padre le respondió: «Te concedí un año para tomar la última determinación, espero que no habrás de negarme otro año a mí para hacer lo mismo; pero consiento en que vayas a pasar ese año donde mejor te plazca». En espera, pues, de que finalizara aquel segundo plazo, el prior de Prémontré lo tomó a su cargo, y fue durante ese intervalo cuando se vio a Richard implicado en una de esas aventuras que no ocurren más que en los conventos. Había a la sazón, al frente de una de las casas de la orden, un superior llamado el padre Hudson, de un carácter fuera de lo común y de un talante sumamente interesante: tenía la frente despejada, el rostro ovalado, la nariz aguileña, grandes ojos azules, anchas y lucias mejillas, bonita boca con hermosos dientes, la

más fina sonrisa, la cabeza cubierta por una espesa mata de pelo blanco que añadía dignidad al interés de su fisonomía. Poseía además otras prendas: aguda inteligencia, cultura, jovialidad porte y conversación de lo más discreto, gusto por el orden y amor al trabajo. Pero escondía asimismo las más fogosas pasiones, la más desenfrenada afición por el placer y las mujeres, el genio más exacerbado para la intriga, las costumbres más licenciosas y el más absoluto despotismo en la organización de su convento. Cuando le encomendaron la administración, la casa estaba infectada por un cerril jansenismo, los estudios se llevaban mal, los asuntos temporales se hallaban en desorden, los deberes religiosos habían caído en desuso, los oficios divinos se celebraban con indecencia y algunos aposentos superfluos estaban ocupados por pensionistas disolutos. El padre Hudson convirtió o se deshizo de los jansenistas, dirigió personalmente los estudios, reorganizó lo temporal, restableció la regla, expulsó a los pensionistas escandalosos, reanudó en la celebración de los oficios la regularidad y el decoro, y transformó su comunidad en una de las más edificantes. Sin embargo, aquella austeridad a que hacía someterse a los demás, no se la aplicaba a sí mismo: no era él tan incauto como para compartir el férreo yugo con que sojuzgaba a sus subalternos. Así es que no es de extrañar que todos sintieran contra el padre Hudson un resentimiento que, no por reprimido, dejaba de ser violento y peligroso... Todos y cada uno eran sus enemigos y sus espías, el que más y el que menos se dedicaba en secreto a penetrar en las tinieblas de su conducta, cada cual por su cuenta llevaba nota de sus ocultos desórdenes; todos habían decidido causar su pérdida. No daba un paso sin ser vigilado, apenas comenzaba a urdir una de sus intrigas, cuando ya era conocida.

»Contigua al monasterio tenía una casa el prior de la orden; casa con dos puertas, una que daba a la calle y otra al claustro. Hudson había forzado las cerraduras y aquella morada abacial se había convertido en el teatro de sus devaneos nocturnos y la cama del prior en lecho de placeres. Bien entrada la noche, introducía por la puerta de la calle a mujeres de toda condición y en las estancias del prior se celebraban exquisitas cenas íntimas. Y como Hudson era confesor, había sabido corromper a todas las feligresas que valían la pena, entre las cuales había una joven confitera que daba mucho que hablar en el barrio por su coquetería y sus encantos. Hudson, que no podía visitarla en casa de ella, la encerró en su serrallo. Esta suerte de rapto no se llevó a cabo sin infundir sospechas a los padres y al esposo de la dama, que fueron a visitarle. Hudson los recibió fingiendo consternación. Mientras aquellas buenas gentes le exponían cuán afligidos estaban por tal reclusión, he aquí que toca la campana: eran las seis de la tarde, la hora del Ángelus. Hudson impone silencio, se quita el chapeo, se pone en pie, se persigna y dice en tono fervoroso penetrado de unción: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ...* Ante lo cual, el padre de la confitera y sus hermanos, avergonzados de haber sospechado, iban diciendo al esposo al bajar por la

escalera: “Hijo mío, sois un necio... Hermano, ¿no os da vergüenza? ¡Un hombre que reza el Ángelus, un santo!”.

»Una noche de invierno, al recogerse el padre Hudson en su convento, fue abordado por una de esas mujerzuelas que requieren a los transeúntes. Le parece bonita, la sigue y no bien hubo entrado con ella, llega la ronda nocturna y lo descubre. Este incidente habría causado la pérdida de cualquier otro, pero Hudson era hombre de recursos y el hecho le sirvió, al contrario, para ganarse la benevolencia y la protección del corregidor. Conducido a su presencia, le dijo así: “Me llamo Hudson, soy el superior de un convento. Cuando en él entré, todo estaba en desorden: no había ciencia, ni disciplina ni buenas costumbres; lo espiritual se había descuidado hasta un extremo escandaloso, el deterioro de lo temporal amenazaba a la casa de pronta ruina. Yo restablecí todo; mas no dejo de ser hombre... He preferido dirigirme a una mujer corrompida, antes que acercarme a una mujer honesta. Ahora, podéis disponer de mí como os plazca...”. El corregidor le recomendó que usara de mayor prudencia en el futuro, le prometió guardar el secreto de aquella aventura y mostró deseos de conocerle más íntimamente.

»Entretanto, los enemigos que le rodeaban habían enviado al general de la orden, cada uno por su lado, memoriales en los que se exponía todo cuanto podía saberse de la mala conducta de Hudson. La confrontación de tales informes redoblaba su fuerza. El general de los premonstratenses era jansenista y, por consiguiente, se dispuso a vengarse de la persecución que Hudson había ejercido contra los adeptos del jansenismo. Le habría complacido poder hacer extensiva aquella acusación de costumbres licenciosas, dirigida contra uno solo, a todos ellos, a la secta entera de los defensores de la Bula y de la moral relajada.^[25] Así es que puso en manos de dos comisarios los distintos informes acerca de los hechos y desmanes de Hudson y los envió en secreto con orden de que procedieran a su comprobación y levantaran acta judicial, instándoles sobre todo a que actuaran con la mayor circunspección, único medio de confundir súbitamente al culpable y sustraerlo a la protección de la corte y del obispo Mirepoix, a cuyos ojos el jansenismo era el mayor de los crímenes y la sumisión a la Bula *Unigenitus* la primera de las virtudes. Richard, mi actual secretario —aclaró el marqués de los Arcis— fue uno de aquellos dos comisionados.

»Partieron los dos hombres del noviciado, y se instalaron en el convento de Hudson, procediendo de inmediato y con toda cautela a las averiguaciones. No tardaron en establecer una relación en la que se acumulaban más fechorías de las que hubieran sido necesarias para encerrar a cincuenta frailes en el *in pace*.^[26] Aunque su estancia fue bastante prolongada, la investigación se llevó con tal habilidad que nada trascendió, y Hudson, con todo lo agudo que era, corría a su perdición sin tener la más ligera sospecha. No obstante, lo poco que se preocuparon los recién llegados en hacerle la corte, lo secreto de aquel viaje, sus salidas, unas veces juntos y otras por

separado, sus frecuentes conversaciones con los demás frailes, la clase de gente que los visitaba y a quienes ellos visitaban; todo aquello acabó por inquietarle. Así es que los espió él, los hizo espiar por otros, y pronto vio el objeto de su misión. Lejos de desconcertarse, se ocupó a fondo no de escapar a la tormenta que sobre él se cernía, sino de desviarla hacia la cabeza de los dos comisarios, y he aquí el plan tan extraordinario que concibió.

»Había seducido a una joven, a la cual tenía escondida en un pequeño cobijo del arrabal de Saint Médard. Allí acudió rápidamente, y dirigió a la muchacha el siguiente parlamento:

»—Hija mía, todo ha sido descubierto, estamos perdidos, no pasarán ocho días sin que vengan a encerraros y no sé lo que harán de mí. Nada de llanto ni desesperación, reponeos de vuestro desconcierto. Escuchadme bien y haced cuanto os diga, cumplidlo exactamente y yo me encargo de lo demás. Mañana me marcharé al campo; durante mi ausencia, debéis ir en busca de dos religiosos cuyo nombre voy a deciros —y le nombró a los dos comisarios—; solicitud que os permitan hablarles en secreto. Una vez a solas con ellos, postraos a sus plantas, implorad su ayuda, implorad justicia, implorad su mediación cerca del general de la orden, sobre quien sabéis que tienen gran influencia. Llorad, gemid, mesaos los cabellos y así haciendo contadles toda nuestra historia, pero de la manera más adecuada para inspirar conmiseración hacia vos y horror hacia mí.

»—¿Cómo, señor, voy a decirles...?

»—Sí, sí, decidles quién sois y a quién pertenecéis, explicad que yo os seduje usando de la confesión, que os arrebaté de brazos de vuestros padres y os relegué en esta casa donde moráis. Decid que, luego de haberos robado la honra y precipitaros en el vicio, os he abandonado en la miseria; decid que no sabéis qué va a ser de vuestra vida...

»—Pero, padre...

»—O cumplís lo que aquí os prescribo y cuanto me queda por prescribiros, o aceptáis vuestra perdición y la mía. Esos dos frailes no dejarán de apiadarse de vos, de aseguraros su ayuda y de pedir os una segunda cita. Se informarán sobre vos y vuestros familiares y, como no les habréis dicho nada que no sea cierto, no les despertaréis sospechas. Después de la segunda entrevista, os prescribiré lo que habéis de hacer en la tercera. Pero poned sumo cuidado en cumplir vuestro cometido lo mejor posible.

»Todo sucedió tal como Hudson había planeado. Hizo un segundo viaje; los dos comisarios avisaron a la muchacha y ella volvió al convento. De nuevo le pidieron que relatara su desdichada historia y, mientras que se la contaba al uno, el otro tomaba nota en sus cuadernos. Se compadecieron, en efecto, de su infortunio, la informaron de la desolación en que estaban sumidos sus padres, que era hartos cierta,

y le prometieron seguridad para su persona y pronta venganza para su seductor; mas había de ser a condición de que firmara una declaración. No quedaba sino fijar el día, la hora y el lugar en que se levantaría acta, lo cual requería tiempo y acomodo... “Aquí donde nos hallamos, no es posible; si viniera el prior y llegara a verme... En mi casa, ni a proponérselo me atrevería...” En fin, que la muchacha y los dos comisarios se separaron concediéndose recíprocamente un cierto tiempo para resolver esa dificultad.

»Aquel mismo día fue Hudson informado de todo tal como había ocurrido, y eso le colmó de gozo: se acercaba el momento de su triunfo, pronto iban a aprender aquellos mocosos con quién tenían que habérselas. “Tomad la pluma —dijo a la muchacha— y dadles cita en el lugar que voy a indicaros. Seguro estoy de que esa cita ha de ser de su agrado. La casa es decente, y la mujer que allí vive goza en el vecindario y entre la gente del barrio de la mejor reputación.”

»Por el contrario, aquella mujer era una de esas intrigantes secretas que simulan devoción, que saben introducirse en las mejores casas, que hablan con dulce tono, cariñoso, zalamero, y que sorprenden la buena fe de madres e hijas para conducir las al extravío. Tal era el uso que Hudson hacía de ella: era su alcahueta. ¿Puso o no puso en antecedentes de su secreto plan a la intrigante cómplice? Eso es lo que ignoro.

»El caso es que los dos mandatarios del general de la orden aceptaron, en efecto, la cita. Ya están al habla con la muchacha; la intrigante se retira. Empieza la conversación, cuando se oye un gran alboroto en la casa.

»—Caballeros ¿a quién buscáis?

»—Buscamos a la señora Simion —era el apellido de la alcahueta.

»—A su puerta estáis.

»Llaman entonces golpeando más violentamente. La muchacha pregunta a los frailes:

»—¿Debo responder?

»—Responded.

»—¿Debo abrir?

»—Abrid.

»El que intimaba desde fuera para que abrieran era un comisario de policía con el cual tenía Hudson relación y confianza, pues, ¿a quién no conocería él?; le había revelado el peligro en que se hallaba y le había dictado el papel que había de jugar en el plan que tramaba. Así, dijo al entrar el comisario:

»—¡Vaya, vaya! Dos frailes a solas con una fulana... Y que no está nada mal...

»La muchacha se había vestido de modo tan indecente que no era posible equivocarse en cuanto a su condición y a lo que era de presumir que se traía con los frailes aquellos, el mayor de los cuales no llegaría a los treinta años. Protestaron éstos de su inocencia. El comisario se reía con sorna mientras acariciaba la barbilla a la

joven, que se había arrojado a sus pies y solicitaba perdón.

»—Estamos en un lugar honrado —decían los frailes.

»—Sí, sí, honradísimo —respondía el comisario. Y cuando ellos aseguraban que habían ido allí por un asunto importante—: El asunto importante que trae aquí a la gente es harto conocido. Señorita, hablad.

»—Señor comisario, lo que estos caballeros aseguran es la pura verdad.

»Mientras tanto, el comisario levantaba acta y como en su atestado no constaba sino la expresión pura y simple de los hechos, los dos frailes se vieron obligados a firmar. Al bajar se encontraron con todo el vecindario que había salido a los rellanos; en el portal, con un gran gentío; en la calle, con un coche esperando y unos alguaciles que les hicieron subir al coche entre insultos y abucheos. Ambos se habían cubierto el rostro con el manteo y se mostraban tremendamente acongojados. El pérfido comisario les reconvenía:

»—¡Vaya, queridos padres! ¿Por qué frecuentar estos lugares y esta clase de mujeres? Pero no pasará nada; tengo orden de la policía para dejaros en manos de vuestro superior, que es un gentil e indulgente caballero y no ha de darle al asunto más importancia de la que tiene. No creo que en vuestros conventos se usen los métodos que emplean en la orden de los crueles capuchinos. A fe mía que si tuvierais que habéros las con los capuchinos, os compadecería.

»Así hablando el comisario, el carruaje se dirigía al convento, en torno suyo crecía la muchedumbre, lo rodeaba, lo precedía y lo seguía a todo correr. Se oía por un lado: “¿Qué pasa?...”. Por otro lado: “Son unos frailes...”. “¿Qué han hecho?” “Los han pillado en una casa de putas.” “¡Unos premonstratenses con las putas!” “Pues ya veis, parece que les hacen la competencia a los carmelitas y a los franciscanos...”

»Llegan al convento; baja el comisario del coche y llama a la puerta; vuelve a llamar, llama por tercera vez y abren al fin. Van a avisar al superior Hudson, que se hace esperar más de media hora, con objeto de dar al escándalo mayor ostentación. Se digna por fin aparecer. El comisario le habla al oído, simulando interceder; Hudson hace como si rechazara con dureza sus ruegos y declara al cabo, adoptando una expresión severa y un tono firme: “No tengo en mi casa un solo religioso disoluto; estos dos son forasteros a quienes no conozco, acaso se trate de dos bribones disfrazados, con los que podéis hacer lo que os plazca”.

»Dichas estas palabras, el portón se cierra, el comisario sube de nuevo al coche y dice a los dos pobres diablos, que están más muertos que vivos:

»—He hecho cuanto ha sido posible, nunca pensé que el padre Hudson pudiera ser tan duro. Pero ¿por qué diablos habéis ido a una casa de putas?

»Ellos responden:

»—Si puta es esa con quien nos habéis encontrado, no fue el libertinaje lo que nos

indujo a ir a verla.

»—¡Vamos, padres, venir con ésas a un viejo comisario! ¿Quiénes sois?

»—Somos religiosos y el hábito que llevamos es el nuestro.

»—Pensad que mañana tendrá que ponerse en claro vuestro caso... Decidme la verdad, a lo mejor puedo ayudaros.

»—Hemos dicho la verdad... Pero ¿adónde nos lleváis?

»—Al Petit Châtelet.

»—¡Al Petit Châtelet! ¡A la cárcel!

»—Lo siento en el alma.

»Y allí, efectivamente, fueron internados Richard y su compañero; pero no tenía Hudson intención de que se quedaran. Por su parte, había tomado la silla de posta, había llegado a Versalles y, puesto al habla con el ministro, le refirió el asunto del modo que a él le convenía, concluyendo así:

»—Ya veis, monseñor, a lo que uno se expone cuando se intenta reformar un convento disoluto y se expulsa a los herejes. Un minuto más y me hubiera perdido, deshonorado. Y no terminará ahí la persecución: todos los horrores con que sea posible manchar a un hombre de bien, tengo por seguro que habréis de oírlos; mas espero, monseñor, que no olvidaréis que nuestro general es...

»—Ya sé, ya sé, y os compadezco. Los servicios que habéis prestado a la Iglesia y a vuestra orden no caerán en el olvido. En todo tiempo los elegidos del Señor han estado expuestos al infortunio y siempre han sabido soportarlo. Debemos imitar su valor. Contad con la benevolencia y la protección del rey... ¡Esos frailes, esos frailes...! También yo lo he sido y sé por experiencia de lo que son capaces.

»—Dando por hecho que para ventura de la Iglesia y del Estado quisiera Dios que vuestra Eminencia me sobreviviera, no dudaría yo en perseverar sin temor.

»—No tardaré en sacaros de todo esto. Id en paz.

»—No, monseñor, no. Yo no me retiraré de aquí sin una orden expresa...

»—Una orden que deje en libertad a ese par de frailes indignos... Ah, ya veo que el honor de la religión y de vuestro hábito os afecta hasta el punto de olvidar las ofensas personales; eso es perfectamente cristiano y me siento por ello edificado, aunque no me sorprende viniendo de un hombre como vos. Este asunto no trascenderá.

»—¡Ah, monseñor! Me colmáis de júbilo. En este momento, eso es lo que más me temía.

»—Voy a ocuparme de ello.

»Aquella misma tarde obtuvo Hudson la orden de liberación para los frailes y a la mañana siguiente, al despuntar el día, Richard y su compañero estaban ya a veinte leguas de París, bajo custodia de un exento que les condujo a la casa principal de la orden. Asimismo era portador de una carta para el prior general conminándole a cesar

en tales intrigas e imponiendo la pena de clausura a nuestros dos religiosos.

»La dicha aventura sembró la consternación entre los enemigos de Hudson; no había en el convento un fraile que no temblara ante su mirada. Unos meses más tarde, le fue atribuida una rica abadía, y el general de la orden sintió por ello mortal despecho. Era éste de avanzada edad y todo hacía temer que el prior Hudson le sucedería. El anciano profesaba tierno cariño a Richard y un día le dijo: “¡Pobre amigo mío! ¿Qué sería de ti si cayeras bajo la autoridad del depravado Hudson? Me espanta pensarlo. Todavía no has sido ordenado, si me hicieras caso dejarías los hábitos...”. Richard siguió ese consejo y volvió a la casa paterna, que no distaba mucho del priorato de Hudson. Era imposible que no se encontraran, puesto que Hudson y Richard frecuentaban las mismas mansiones amigas, y efectivamente se encontraron. Estaba Richard un día de visita con la dama de un castillo situado entre Châlons y Saint Didier, más próximo a Saint Didier que a Châlons y a un tiro de fusil de la abadía de Hudson. La dama comentó:

»—Tenemos por aquí a vuestro antiguo prior, es muy amable, pero, en el fondo, ¿qué clase de hombre es?

»—El mejor de los amigos y el más peligroso de los enemigos.

»—¿No os agradaría verlo?

»—En absoluto.

»Apenas había dado esa respuesta, cuando se oyó el ruido de un cabriolé que entraba en el patio, y se vio bajar a Hudson acompañado por una de las mujeres más bellas de la comarca.

»—Pues lo vais a ver, mal que os pese, porque ahí lo tenemos.

»La señora del castillo y Richard van al encuentro de Hudson y la dama del cabriolé; las señoras se abrazan; Hudson, acercándose a Richard y reconociéndole, exclama:

»—¡Ah! Sois vos, mi querido Richard. Quisisteis perderme y os lo perdono; perdonadme vos la visita al Petit Châtelet, y no se hable más de ello.

»—Habréis de admitir, padre prior, que os portasteis como un gran bellaco.

»—Es posible.

»—Y que si se hubiera hecho justicia, la visita al Petit Châtelet la hubierais hecho vos y no yo.

»—Es posible. Creo que es al peligro que entonces corrí a lo que debo mis nuevas costumbres. ¡Ah, mi querido Richard! ¡Cuánto me hizo reflexionar todo aquello, y qué cambiado estoy!

»—Esa dama con la que habéis venido es encantadora.

»—Ya no tengo ojos para esa clase de atractivos.

»—¡Qué talle!

»—Eso me es del todo indiferente.

»—¡Qué turgencias!

»—Más pronto o más tarde está uno de vuelta de un placer que no podemos gozar sino en situación precaria, en la cima de un tejado y con peligro de rompernos la crisma al menor movimiento.

»—Tiene las más bellas manos del mundo.

»—He renunciado al uso de las bellas manos. Una mente equilibrada vuelve a la cordura de su condición, a la única auténtica ventura.

»—Y esos ojos que a hurtadillas vuelve hacia vos, habréis de reconocer, vos que sois un experto en la materia, que no os habéis prendado en la vida de otros más brillantes y dulces. ¡Qué gracia, qué donaire en su andar, qué nobleza en su porte!

»—Ya no pienso en esas vanidades; ahora leo las sagradas escrituras, medito sobre los santos padres.

»—Y de vez en cuando en las perfecciones de esa dama. ¿Vive lejos del Moncetz? ¿Es joven su esposo?

»Hudson, irritado por aquellas preguntas y convencido de que Richard no le tomaba por ningún santo, le espetó bruscamente:

»—Mi querido Richard, os estáis cach... en mis barbas... tenéis razón.

Perdonad, querido lector, la crudeza de esta expresión y reconoced que aquí, como en una infinidad de buenos cuentos (por ejemplo en aquella conversación entre Piron y el difunto abate Vatri) el vocablo decente lo echaría todo a perder. «¿Y qué conversación es ésta?»^[27] Id a preguntárselo al editor de sus obras, que no se atrevió a escribirla, pero que no se hará mucho de rogar para referíroslo.

Nuestros cuatro personajes se reunieron en el castillo; almorzaron bien, reinó el buen humor, y por la tarde se separaron con la promesa de volver a verse... Pero mientras el marqués de los Arcis charlaba con el amo de Jacques, éste, por su lado, no estaba callado con el señor secretario Richard, que lo encontraba hombre franco cuanto original, lo cual acontecería más a menudo entre los hombres si la educación primero y luego los usos y costumbres mundanos no los desgastaran, al igual que esas monedas de plata que, a fuerza de circular, pierden el cuño. Se hizo tarde; el reloj advirtió a amos y criados que había llegado la hora de retirarse a descansar, y todos siguieron ese consejo.

Mientras desvestía a su amo, Jacques le dijo:

JACQUES.—Señor, ¿os gustan las pinturas?

AMO.—Sí, pero descritas, pues en color y sobre la tela, aunque las juzgue con la firmeza de un experto, te confesaré que no entiendo ni jota; y en buen apuro estaría si hubiera de distinguir una escuela de otra. Me darían un Boucher por un Rubens o un Rafael; tomaría una mala copia por un sublime original; evaluaría en mil escudos un

mamarracho de seis francos, y daría seis francos por una pieza de mil escudos. Nunca he comprado cuadros sino en el puente de Notre Dame, en el almacén de cierto Tremblin, que era en mis tiempos el recurso de la miseria o del libertinaje, y también la ruina del talento de: los jóvenes discípulos de Vanloo.

JACQUES.—¿Y eso por qué?

AMO.—¿A ti qué más te da? Cuéntame tu cuadro y procura ser breve, que me caigo de sueño.

JACQUES.—Situaos delante de la fuente de los Inocentes o cerca de la puerta de Saint-Denis: son dos accesorios que enriquecerán la composición.

AMO.—Ya estoy.

JACQUES.—Ved en mitad de la calle un coche volcado de lado y rotas las correas de suspensión.

AMO.—Ya lo veo.

JACQUES.—Un fraile y dos muchachas de vida airada han salido del coche. El fraile huye a todo correr. El cochero se apresura a bajar del pescante. Un caniche que iba en el coche corre persiguiendo al fraile y lo alcanza agarrándolo por los faldones; el fraile se esfuerza por librarse del perro. Una de las chicas, desaliñada y despechugada no puede tenerse de risa; la otra, que se ha hecho un chichón en la frente, está apoyada en la portezuela y se aprieta la cabeza con las manos. Entretanto, el populacho se ha agolpado, la chiquillería corre armando griterío, los tenderos y tenderas salen al umbral de sus comercios y otros espectadores se asoman a las ventanas.

AMO.—¡Por vida de...! Jacques, tu composición está bien ordenada, es rica, divertida, variada y llena de movimiento. A nuestro regreso llévale ese tema al pintor Fragonard y verás lo que sacará de él.

JACQUES.—Después de lo que me habéis confesado acerca de vuestros talentos en materia de pintura, puedo aceptar vuestro elogio sin sonrojo.

AMO.—Apuesto algo a que se trata de una de las aventuras del padre Hudson.

JACQUES.—Es cierto.

Lector, mientras esas buenas gentes duermen, os propongo ahora una pequeña cuestión digna de que la consultéis con vuestra almohada: ¿Cómo hubiera sido un hijo nacido del padre Hudson y de la marquesa de La Pommeraye? «Quizá un honesto caballero. Tal vez un sublime bribón.» Ya me lo explicaréis mañana por la mañana.

Llegada es esa mañana y nuestros viajeros se han separado, pues el marqués de los Arcis no seguía ya el mismo camino que Jacques y su amo. «¿Así pues, vamos a reanudar los amores de Jacques?» Eso espero; y es bien cierto que el amo sabe ya la

hora, ha tomado su porción de tabaco y le ha dicho a Jacques: «Bueno, Jacques, ¿qué hay de tus amores?».

En lugar de contestar a esa pregunta, Jacques iba diciendo:

—¡Qué extraña cosa! De la mañana a la noche no dejan de echar pestes de la vida, y luego no pueden decidirse a perderla... ¿Será porque la vida presente no es, al fin y al cabo, tan mala cosa, o bien porque temen otra peor vida futura?

AMO.—Es lo uno y lo otro. A propósito, Jacques, ¿crees tú en otra vida futura?

JACQUES.—Ni creo ni dejo de creer, no pienso en ello. Disfruto cuanto puedo en ésta que nos ha sido concedida como anticipo de hijuela.

AMO.—Pues yo me veo cual una crisálida, y me place persuadirme de que la mariposa o mi alma llegará un día a romper el capullo y volará en pos de la justicia divina.

JACQUES.—¡Vuestra imagen es encantadora!

AMO.—No es mía, la he leído, me parece, en un poeta italiano llamado Dante, que escribió una obra titulada: *La Comedia del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso*.

JACQUES.—Singular asunto es ése para una comedia.

AMO.—Tiene, pardiez, muy lindas cosas, sobre todo en lo del infierno. Encierra a los heresiarcas en tumbas de fuego, cuyas llamas se propagan haciendo estragos hasta muy lejos; a los ingratos los mete en unos nichos y allí dentro derraman lágrimas que se les hielan en el rostro; y a los perezosos en otros nichos, y de los últimos dice que la sangre mana de sus venas y la recogen gusanos asquerosos... Pero ¿a qué viene tu invocación contra nuestro desprecio por una vida que tememos perder?

JACQUES.—A propósito de lo que me contó el secretario del marqués de los Arcis sobre el marido de la hermosa dama del cabriolé.

AMO.—¿Es viuda?

JACQUES.—Perdió a su marido durante un viaje que ella hizo a París, y el diablo de hombre no quería ni oír hablar de los sacramentos. Fue la señora del castillo aquel donde Richard encontró al padre Hudson, quien se encargó de reconciliarlo con el capillo.

AMO.—¿Qué quieres decir con eso del capillo?

JACQUES.—El capillo es el gorro que se les pone a los recién nacidos.

AMO.—¿Y cómo se las arregló para encapillarle?

JACQUES.—Se reunieron en torno al hogar. El médico, luego de haber tomado el pulso al enfermo, que por cierto encontró muy débil, fue a sentarse entre los demás. La dama en cuestión se acercó al lecho e hizo al moribundo varias preguntas, pero sin levantar la voz más de lo necesario para que aquel hombre no perdiese palabra de lo que querían hacerle oír, tras lo cual se entabló entre la dama, el doctor y algunos de los presentes una conversación tal como voy a relatarla.

»DAMA.—Díganos, doctor, ¿hay alguna novedad sobre la señora de Parma?

»DOCTOR.—Vengo ahora de una casa en la que me han asegurado que estaba tan mal que ya no quedaba esperanza alguna.

»DAMA.—Esa princesa ha dado siempre muestras de piedad. Tan pronto como se sintió enferma, pidió confesarse y recibir los santos sacramentos.

»DOCTOR.—El párroco de Saint-Roch le lleva hoy una reliquia a Versalles, pero es de temer que llegue demasiado tarde.

»DAMA.—No es la infanta la única en dar buen ejemplo. El duque de Chevreuse, que ha estado muy malo, no esperó a que le propusieran recibir los sacramentos: él mismo los solicitó, lo que causó gran alivio a su familia.

»DOCTOR.—Y también a él; ya está mucho mejor.

»UNO DE LOS PRESENTES.—Cierto es que eso no causa la muerte, sino todo lo contrario.

»DAMA.—En verdad que en cuanto hay síntomas graves, deberían cumplirse esos deberes religiosos. Los enfermos no pueden comprender cuán penoso resulta para sus deudos y cuán indispensable es, sin embargo, el hacerles tal proposición.

»DOCTOR.—He estado visitando a un enfermo que me dijo hace un par de días: “Doctor, ¿cómo me encontráis?”. “Señor, la fiebre es alta y los accesos frecuentes.” “¿Creéis que no va a tardar en darme uno?” “No, me parece que no es de temer hasta la noche.” “Siendo así, voy a mandar llamar a cierto personaje con el que tengo un pequeño asunto privado, a fin de despacharlo mientras conservo la lucidez...” Se confesó, recibió la santa unción. Yo volví por la noche: ni el menor acceso de fiebre. Ayer estaba mejor, hoy está fuera de peligro. He visto no pocas veces, en el curso de mi práctica, que los sacramentos producen ese mismo efecto.

»EL ENFERMO (a su criado).—Tráeme el pollo.

»Se lo sirven, intenta cortarlo y le fallan las fuerzas; le trinchan un ala en trocitos pequeños; pide pan, se abalanza sobre un pedazo, hace esfuerzos por masticar un bocado que no puede tragar y que vomita en la servilleta, pide vino puro, sólo se moja el borde de los labios y dice: “Me encuentro bien...”. En efecto, pero media hora después ya era muerto.

AMO.—Sin embargo, aquella dama se había dado buena maña... ¿Y a todo esto tus amores?

JACQUES.—¿Qué hacéis de la condición que habéis aceptado?

AMO.—¡Ah, es verdad!... Estás instalado en el castillo de Desglands y la vieja mandadera Jeanne ha dado orden a su joven hija Denise de que te visite cuatro veces al día y que te cuide. Pero antes de seguir adelante, dime: ¿era Denise doncella virgen?

JACQUES (*tosiendo*).—Así lo creo.

AMO.—¿Y tú?

JACQUES.—Mi virginidad, hacía ya bastante que se soltó por ahí...

AMO.—¿Entonces no estabas en tus primeros amores?

JACQUES.—¿Por qué no?

AMO.—Porque se ama a aquella que recibe las primicias, del mismo modo que se es amado por aquella de quien se desflora la virginidad.

JACQUES.—Hay veces que sí, hay veces que no.

AMO.—¿Y tú cómo la perdiste?

JACQUES.—No la perdí, hice un trueque como es debido.

AMO.—Cuéntame algo de ese trueque.

JACQUES.—Será el primer capítulo de San Lucas, una letanía de *genuit* de nunca acabar, desde la primera hasta Denise, que es la última.

AMO.—Y que creyó recibir tu virginidad y no la tuvo en absoluto.

JACQUES.—Pero antes de Denise hubo las dos vecinas de nuestra casa.

AMO.—Que creyeron recibirla y no la tuvieron tampoco.

JACQUES.—No.

AMO.—Dejarse escapar una virginidad entre dos, no es ésa mucha habilidad.

JACQUES.—Mirad, mi amo, adivino por la manera como se levanta la comisura derecha de vuestros labios y como se crispa la aleta izquierda de vuestra nariz, que tanto da que yo haga las cosas con buena voluntad o que me haga de rogar. Y además, noto que se recrudece mi dolor de garganta, que la continuación de mis amores será larga y que apenas tengo ánimo para uno o dos cuentos breves.

AMO.—Si Jacques quisiera hacerme un gran favor...

JACQUES.—¿Qué habría de hacer?

AMO.—Empezaría por la pérdida de su virginidad. Mira, si he de decirte la verdad, siempre he sido aficionado al relato de ese gran acontecimiento, que escucho con fruición.

JACQUES.—¿Y eso por qué, si puede saberse?

AMO.—Porque entre todas las cosas de ese género, es la única que tiene chispa; todas las demás no son sino insulsas y vulgares repeticiones. De todos los pecados de una linda penitente, tengo por seguro que el confesor no presta atención sino a ése.

JACQUES.—Mi amo, mi amo, paréceme que tenéis la mente corrompida y pudiera ser que en vuestra agonía se os apareciese el diablo en la misma forma de paréntesis que se apareció a Ferragus.^[28]

AMO.—Puede ser. Pero apuesto a que tú te estrenaste con alguna vieja impúdica de tu pueblo.

JACQUES.—No apostéis, pues perderíais.

AMO.—¿Fue con el ama del cura?

JACQUES.—No apostéis, que perderéis de nuevo.

AMO.—¿Pues entonces con su sobrina?

JACQUES.—La sobrina estaba henchida de hosquedad y de devoción, dos cualidades que suelen correr parejas, pero que mal se avienen conmigo.

AMO.—Me parece que ahora voy a dar con ello.

JACQUES.—Pues a mí me parece que no.

AMO.—Un día de feria o de mercado...

JACQUES.—No era ni de feria ni de mercado.

AMO.—Fuiste a la ciudad.

JACQUES.—No fui para nada a la ciudad.

AMO.—Estaba escrito en el cielo que encontrarías en una taberna a una de esas criaturas complacientes, que te emborracharías y...

JACQUES.—Estaba sin una gota en el cuerpo; y lo que está escrito en el cielo es que hoy por hoy habríais de agotaros en falsas conjeturas y que adquiriríais un defecto del que a mí me habéis corregido: el prurito de adivinar y siempre al revés. Aquí donde me veis, señor, un día fui bautizado.

AMO.—Si te propones empezar lo de la pérdida de tu virginidad por la pila del bautismo, vamos a tener para largo.

JACQUES.—Me dieron, pues, un padrino y una madrina. Maese Bigre, el carrero más famoso del lugar, tenía un hijo: Bigre padre fue mi padrino y Bigre hijo era mi amigo. A la edad de dieciocho o diecinueve años nos enamoramos los dos de una costurerita llamada Justine. No es que fuera demasiado despegada, pero se le antojó dárselas de presumida con un primer desdén, y fui yo el elegido.

AMO.—Es ésa una extravagancia de las mujeres que no hay quien comprenda.

JACQUES.—Toda la vivienda de maese Bigre consistía en un taller y un sotabanco en alto; su lecho estaba en el fondo del taller, mientras que Bigre hijo dormía en el altillo, al que se subía por una escalera colocada más o menos a igual distancia de la cama de su padre y de la puerta.

»Cuando Bigre, mi padrino, dormía profundamente, Bigre, mi amigo, abría la puerta con todo sigilo y Justine subía al sotabanco. De mañanita, apenas clareaba el día, antes de que Bigre padre se despertara, Bigre hijo bajaba del altillo, abría la puerta y Justine se evadía del mismo modo que había entrado.

AMO.—Para correr luego a otra buhardilla, propia o ajena.

JACQUES.—¿Y por qué no? La intimidad entre Bigre y Justine transcurría muy grata, mas hubo de ser turbada, pues que en el cielo estaba escrito; así que turbada fue.

AMO.—¿Por el padre?

JACQUES.—No.

AMO.—¿Por la madre?

JACQUES.—No, la madre había muerto.

AMO.—Por un rival.

JACQUES.—¡Pues no, no, por todos los diablos, no! Mi amo, escrito está allá arriba, que no habréis de cejar hasta el fin de vuestros días; mientras viváis estaréis haciendo conjeturas, os lo repito, y adivinaréis al revés.

»Una mañana en que mi amigo Bigre, más cansado que de costumbre por el trabajo de la víspera o por los placeres de la noche, reposaba dulcemente en brazos de Justine, hete aquí que se deja oír una voz tonante al pie de la escalerilla: “¡Bigre, Bigre, maldito holgazán! ¡Han tocado al Ángelus, son cerca de las cinco y media y tú todavía en la cama! ¿Es que piensas quedarte ahí hasta mediodía? ¿O voy a tener que subir yo para hacerte bajar más aprisa de lo que quisieras? ¡Bigre, Bigre!”. “Sí, padre...” “¿Y ese eje que encargó el viejo mastuerzo del aparcerero? ¿Acaso quieres que tenga que venir otra vez y vuelva a armarnos un escándalo?” “El eje está listo y lo tendrá antes de un cuarto de hora...” Dejo a vuestro criterio la zozobra de Justine y de mi pobre amigo Bigre hijo.

AMO.—Seguro estoy de que Justine se prometió no volver a subir al sotabanco, pero que subiría otra vez aquella misma noche. Mas, entretanto, ¿cómo va a salir esta mañana?

JACQUES.—Si os empeñáis en querer adivinarlo, me callo... Pues entretanto, Bigre hijo había salido precipitadamente de la cama, con las piernas desnudas, el calzón en la mano y la chaqueta bajo el brazo. Y mientras que se viste, Bigre padre refunfuña entre dientes: «Desde que se ha encalabrinado con esa bribonzuela, todo anda manga por hombro. Esto se va a acabar, no puede seguir así, ya empiezo a cansarme. Si al menos fuera una chica que valiera la pena, ¡pero con esa desvergonzada de Dios sabe qué condición! ¡Ay si mi pobre difunta viera esto! Honesta como ella era hasta la punta del cabello, ya haría tiempo que le habría dado de estacazos al uno y le habría sacado los ojos a la otra, al salir de misa mayor, en el atrio, delante de todo el mundo, pues no se arredra por nada. Pero si he sido hasta ahora demasiado indulgente y se imaginan que lo voy a seguir siendo, se equivocan».

AMO.—¿Y Justine estaba oyendo tales palabras desde el atilillo?

JACQUES.—No me cabe la menor duda. Mientras, Bigre hijo se iba con el eje a cuestras y Bigre padre se había puesto a trabajar. Tras unos golpes de escoplo, la nariz le reclama un poco de tabaco; busca su tabaquera en los bolsillos, en la cabecera de la cama, y no logra encontrarla. «Es ese bribón —se dice— que la habrá cogido como de costumbre. Vamos a ver si la ha dejado allá arriba...» Y ahí lo tenéis subiendo al sotabanco, pero en cuanto hubo bajado advierte que le falta la pipa y el cuchillo, y vuelve a subir.

AMO.—¿Y Justine?

JACQUES.—Justine había recogido su ropa a toda prisa y se había metido debajo de la cama, tendida boca abajo, más muerta que viva.

AMO.—¿Y tu amigo Bigre?

JACQUES.—Una vez el eje entregado, bien colocado y pagado, Bigre vino a mi casa y me contó el tremendo apuro en que se hallaba. Primero me divertí un poco a costa suya y luego le dije: «Escucha, Bigre, vete a pasear por el pueblo, o adonde te venga en gana, yo te sacaré de este aprieto. Sólo una cosa te pido, que me des algún tiempo...». Veo que os reís, señor, ¿qué es ello?

AMO.—No, nada...

JACQUES.—Mi amigo Bigre se va; yo me visto, pues no me había aún levantado, y me persono en casa de su padre, el cual, no bien me vio, exclamó dando un grito de sorpresa y de contento: «¡Hombre, ahijado!, ¿tú por aquí? ¿De dónde sales y a qué vienes tan de mañana?». Mi padrino Bigre me tenía verdadero cariño, así es que le respondí con el tono de la mayor franqueza: «El problema no es de dónde salgo, sino cómo voy a entrar en mi casa». «Vaya, vaya, ahijado, te estás volviendo un tunante, y mucho me temo que el hijo Bigre y tú sois un par de pillos tal para cual. Seguro que has pasado la noche fuera de casa...» «Y mi padre no se aviene a razones en tocante a eso.» «Razón tiene tu padre, ahijado, en no avenirse a razones. Anda, empecemos por desayunar, la botella nos aclarará las ideas.»

AMO.—Jacques, aquel hombre tenía buenos principios.

JACQUES.—Yo le respondí que no tenía ni necesidad ni ganas de beber o de comer, y que me estaba cayendo de cansancio y de sueño. El viejo Bigre, que en sus buenos tiempos no le iba a la zaga al más pintado, añadió zumbón: «Conque era bonita la chica, ahijado, y tú no has querido desmerecer... Mira, el chico ha salido, sube al sotabanco y tumbate en su cama... Pero, espera, una palabra antes de que él vuelva: sois amigos, cuando estéis a solas dile que estoy muy disgustado con él, muy disgustado. Es una tal Justine, seguro que tú la conoces (¡qué mozo del pueblo no la conoce!), quien me lo ha descarriado... Me harías un inmenso favor si lograras apartarlo de esa mala criatura. Antes era lo que se dice un buen chico, pero desde que se enredó en esa desdichada relación... No me escuchas, Jacques, se te están cerrando los ojos... Anda, anda, sube y échate a dormir».

»Subo, me desnudo, levanto el cobertor y las sábanas, tiento por todas partes: ni rastro de Justine. Y en ésas, mi padrino Bigre que decía: “¡Estos chicos, estos malditos chicos! Ya tenemos aquí otro más, dispuesto a dar disgustos a su padre...”. Al no estar Justine en la cama no dudé que había de estar debajo. El cuchitril estaba totalmente a oscuras. Me agacho, busco a tientas, doy con uno de sus brazos, la agarro, la atraigo hacia mí; sale la moza temblando de debajo de la cama. La abrazo, la calmo, le hago señas de que se acueste; ella junta las manos en súplica, se arroja a mis plantas, se abraza a mis rodillas. Tal vez no habría yo resistido a aquella escena muda de haber sido a plena luz, pero cuando las tinieblas no intimidan, prestan audacia. Además, que aún tenía yo sus pasados desdenes clavados en el corazón. Así

es que por toda respuesta, la empujé hacia la escalerilla que daba al taller, lo que le hizo dar un chillido de terror. Bigre que lo oyó, dijo: “Está soñando...”. Justine desfallece, se le doblan las piernas, en su delirio murmura con voz apagada: “Va a venir... ya viene, le oigo que sube... ¡perdida soy!”. Y yo le respondo con tono igualmente apagado: “No, no, reportaos, callad y acostaos...”. Persiste ella en su negativa; yo me mantengo firme, acaba por resignarse y allí nos tenéis el uno junto al otro.

AMO.—¡Traidor! ¡Bellaco! ¿Sabes qué clase de crimen vas a cometer? Vas a violar a esa muchacha, si no por la fuerza, al menos por el terror. De ser demandado ante los tribunales, serías juzgado con todo el rigor que se reserva a los raptos.

JACQUES.—No sé si la violé, pero lo que sé muy bien es que no le hice daño alguno ni ella me lo hizo a mí. Al principio, esquivando su boca a mis besos, la acercó a mi oído y me dijo bajito: «No, no, Jacques, no...». Al oír eso, hice como que salía de la cama y me dirigía a la escalera. Me retuvo ella entonces murmurando: «Nunca hubiera creído que fuereis tan malvado, ya veo que no puedo esperar de vos la menor compasión; pero al menos habéis de prometerme... juradme...». «¿Qué?» «Que Bigre no sabrá nada de esto.»

AMO.—Tú prometiste, juraste y todo fue la mar de bien.

JACQUES.—Y siguió siendo requetebién.

AMO.—¿Y luego mejor aún?

JACQUES.—Parece como si hubierais estado allí presente. Entretanto, mi amigo Bigre, impaciente, preocupado y harto de vagar en torno a mi casa sin hallarme, vuelve a donde su padre y éste lo acoge con mal humor: «Mucho has tardado para tan corto negocio...». Bigre hijo responde con peor talante todavía: «Es que tuve que afinar por los dos extremos ese maldito eje que quedaba demasiado grueso». «No será porque no te lo advertí, pero tú nunca haces caso a nadie.» «Es que más fácil resulta quitar que poner.» «Toma esa llanta y ve a terminarla a la puerta.» «¿Por qué a la puerta?» «Porque el ruido de la herramienta podría despertar a tu amigo Jacques.» «¡Jacques!» «Sí, Jacques, está ahí arriba en el altillo echando un sueño. ¡Ay, cuán dignos de compasión somos los padres, si no es por una cosa es por otra! Bueno, qué, ¿vas a querer moverte? Si te quedas ahí como un pasmarote, cabizbajo, con la boca abierta y los brazos caídos, el trabajo no se va a hacer sólo...» Mi amigo Bigre se lanza furioso hacía la escalerilla; mi padrino Bigre lo sujeta diciendo: «¿Adónde vas? Deja dormir a ese pobre infeliz, qué está rendido de cansancio. Si tú estuvieras en su lugar, ¿acaso te gustaría que turbaran tu reposo?».

AMO.—¿Y Justine oía todo eso?

JACQUES.—Como vos me estáis oyendo.

AMO.—¿Y tú qué hacías?

JACQUES.—Yo me reía.

AMO.—¿Y Justine?

JACQUES.—Se había quitado la cofia, se tiraba de los cabellos, levantaba los ojos al cielo, al menos eso supongo, se retorcía los brazos...

AMO.—Jacques, eres un bárbaro, tienes un corazón de piedra.

JACQUES.—No, señor, no; yo tengo mi sensibilidad, pero la reservo para mejor ocasión. Quienes acostumbran a dilapidar esa riqueza, la prodigan tanto cuando tenían que haberla ahorrado, que luego ya no les queda cuando convendría ser pródigos... Bueno, ahora ya me visto y bajo; Bigre padre me dice:

»—Buena falta te hacía, ese rato te ha sentado bien. Al llegar traías una cara de desenterrado, y ahora estás sonrosado y fresco como un niño que acabara de mamar. ¡Qué gran cosa es el sueño! Bigre, baja a la bodega y tráete una botella para desayunar. Ahora sí que desayunarás de buen grado, ¿eh, ahijado?

»—De muy buena gana.

»Llega la botella, la coloca encima del banco de trabajo, nosotros estamos de pie alrededor, Bigre padre llena su vaso y el mío, Bigre hijo aparta el suyo y dice con tono huraño:

»—Yo no tengo sed tan temprano.

»BIGRE PADRE.—¿No quieres beber?

»BIGRE HIJO.—¡No!

»BIGRE PADRE.—¡Ah, ya sé por qué! Si te digo, ahijado, que esto me huele a que Justine tiene algo que ver... Habrá pasado por su casa y no la habrá encontrado, o la habrá sorprendido con otro... Hacerle ascos así a la botella no es natural, te lo digo yo.

»Yo. Pues bien pudiera ser que hubierais dado en el clavo.

»BIGRE HIJO.—Jacques, basta de bromas; vengan o no vengan a cuento, no me gustan.

»BIGRE PADRE.—Puesto que él no quiere beber, que eso no nos prive a nosotros de hacerlo. A tu salud, ahijado.

»Yo. A la vuestra, padrino. Bigre, amigo mío, bebe con nosotros. Mucho te disgustas tú por tan poca cosa.

»BIGRE HIJO.—Ya he dicho que no bebo.

»Yo. ¡Pero bueno! Si tu padre está en lo cierto, ¡qué diablo!, volverás a verla, os explicaréis y reconocerás tu yerro.

»BIGRE PADRE.—¡Déjale que haga lo que quiera! Al fin y al cabo, ¿acaso no sería justo que él sufriera el castigo de esa lagarta por la pena que a mí me causa?... Bueno, otro traguito y vamos contigo. Me parece que voy a tener que llevarte a tu casa, pero ¿qué quieres que le diga a tu padre?

»Yo. Cuanto queráis, todo eso que tantas veces le habéis oído decir cuando él os ha traído a vuestro hijo.

»BIGRE PADRE.—Vamos para allá...

»Sale mi padrino, yo le sigo, llegamos a la puerta de mi casa y dejo que entre él solo. Sintiendo curiosidad por la conversación entre Bigre y mi padre, me escondo en un rincón detrás de un tabique, desde donde no pierdo ni una palabra.

»BIGRE PADRE.—Vamos, compadre, por esta vez todavía habrás de perdonarle...

»MI PADRE.—¿Perdonarle? ¿Y por qué?

»BIGRE PADRE.—Te haces el ignorante...

»MI PADRE.—No me lo hago, es que ignoro...

»BIGRE PADRE.—Estás enfadado, y razón tienes para estarlo.

»MI PADRE.—No estoy enfadado.

»BIGRE PADRE.—Te digo que sí lo estás.

»MI PADRE.—Si quieres que lo esté, pues bueno: sea; pero que me entere antes de qué tontería ha cometido.

»BIGRE PADRE.—De acuerdo. Mira, tres veces, cuatro veces, no crean hábito... Se juntan un grupo de mozos y mozas, beben, ríen, bailan; las horas se les pasan sin darse cuenta y mientras, la puerta de casa se cierra... (Bajando la voz, añadió): Ahora que no nos oyen, seamos sinceros: ¿acaso fuimos nosotros más comedidos a su edad? ¿Sabes quiénes son los malos padres? Aquellos que olvidan sus pecados de juventud. Dime si nosotros no hemos pasado nunca la noche fuera de casa.

»MI PADRE.—Y tú, Bigre, compadre, dime si no hemos tenido escarceos que desagradaron a nuestros padres.

»BIGRE PADRE.—Por eso grito más de lo que en realidad padezco. Haz tú lo mismo.

»Mi padre, Pero Jacques no ha pasado la noche fuera de casa, al menos por esta vez estoy seguro.

»BIGRE PADRE.—Bien, pues si no ha sido ésta habrá sido otra. Sea como fuere, ¿no tienes nada contra tu chico?

»MI PADRE.—No.

»BIGRE PADRE.—¿Y no lo vas a maltratar cuando yo me marche?

»MI PADRE.—De ninguna manera.

»BIGRE PADRE.—¿Me das tu palabra?

»MI PADRE.—Te la doy.

»BIGRE PADRE.—Tu palabra de honor.

»MI PADRE.—Mi palabra de honor.

»BIGRE PADRE.—Pues no hay más que hablar, así que me voy...

»No había llegado mi padrino al umbral, va mi padre y le dice dándole palmaditas en la espalda:

»—Bigre, amigo mío, aquí hay gato encerrado; tu chico y el mío son dos redomados bribones y mucho me temo que hayan hecho hoy una buena trastada de la

que tengamos que acordarnos. Pero ya se descubrirá con el tiempo. Adiós compadre.

AMO.—¿Y cómo terminó la aventura de tu amigo Bigre y Justine?

JACQUES.—Como tenía que terminar: él se enfadó, ella se enfadó más todavía; lloró ella, se enterneció él; Justine le juró que yo era el mejor amigo que Bigre tenía; yo, por mí parte, le juré que ella era la moza más honrada del pueblo. Nos creyó, nos pidió perdón, y aún nos quiso y nos estimó más por ello a los dos. Y así fue, de cabo a rabo, el comienzo, la continuación y el final de la pérdida de mi virginidad. Ahora, señor, quisiera yo que me mostraraís cuál es la moraleja de esta historia impertinente.

AMO.—La de conocer mejor a las mujeres.

JACQUES.—¿Y teníais necesidad de tal lección?

AMO.—Y el conocer mejor a los amigos.

JACQUES.—¿Y vos creéis que haya jamás existido uno solo que opusiera rigor a vuestra mujer o a vuestra hija si ella se hubiera propuesto hacerle pecar?

AMO.—Y el conocer a los padres y a los hijos.

JACQUES.—Vamos, señor, desde siempre han sido y por los siglos de los siglos seguirán siendo engañados los unos por los otros, cada cual a su turno.

AMO.—Cuanto dices son verdades eternas, pero acerca de las cuales nunca se insistirá bastante. Sea cual fuere el relato que me has prometido después de éste, ten por seguro que sólo para un necio estaría vacío de enseñanzas. Y ahora, prosigue.

Siento aquí, lector, un pequeño escrúpulo: es el haber honrado a Jacques o a su amo con algunas reflexiones que por estricto derecho os pertenecen. Si así fuera, no hay más que retirarlas y ellos no han de ofenderse por ello. Me ha parecido notar que la palabra *Bigre*^[29] os molestaba, y me pregunto por qué. Tal es el verdadero apellido de la familia de mi carrero. Cada fe de bautismo, cada partida de defunción, los contratos matrimoniales, todo está firmado Bigre; los descendientes de Bigre que ocupan hoy el taller, Bigre se llaman. Cuando sus hijos, que son unos críos muy monos, pasan por la calle, la gente dice: «Ahí van los pequeños Bigre». Cuando pronunciáis el nombre de *Bouille*^[30] os viene a las mientes el mayor ebanista que haya habido; pues no se pronuncia hoy en la comarca el nombre de Bigre sin traer a la memoria el más famoso carrero que ha quedado en los anales. El Bigre que aparece al final de todos los libros piadosos de comienzos de siglo, fue uno de sus parientes. Si alguna vez un descendiente de Bigre se señala por una gran acción, el nombre de Bigre no os sonará menos relevante que el de César o el de Condé. Es que hay Bigre y Bigre, como hay Guillaume y Guillaume. Si digo Guillaume a secas, no será ni el conquistador de la Gran Bretaña ni el mercader de telas del *Abogado Patelin*:^[31] el nombre de Guillaume, así sin más, no será ni heroico ni burgués. Pues lo mismo sucede con Bigre. Bigre a secas no es ni el famoso carrero Bigre ni ninguno de sus vulgares antepasados o descendientes. Con toda buena fe, ¿acaso un nombre de

persona puede ser de bueno o mal gusto? Las calles están llenas de majaderos que se llaman Pompeyo. Así, pues, deponed vuestra falsa delicadeza si no queréis que yo haga con vos como milord Chatham^[32] hizo con los miembros del Parlamento. Les dijo simplemente: «Azúcar, azúcar, azúcar, ¿qué hay de ridículo en ello?». Yo os diré: «Bigre, Bigre, Bigre, ¿por qué no había de llamarse alguien Bigre?». Pues es el caso que, como le decía un oficial a su general, el Gran Condé, hay un altivo Bigre, como el Bigre carrero, un buen Bigre, como vos y como yo, y Bigres cualquiera, como infinidad de gentes.

JACQUES.—Fue un día de bodas; el hermano Jean había casado a la hija de uno de nuestros vecinos y yo hacía de paje de la ceremonia y me habían sentado a la mesa, entre los dos guasones de la parroquia. Por mi aspecto, parecía yo un palurdo ignorantón aunque no lo fuese tanto como ellos creían. Me hicieron algunas preguntas sobre la noche de bodas, respondí con bastante torpeza y prorrumpieron en carcajadas, a lo cual las mujeres de los dos bromistas se pusieron a gritar desde el otro extremo: «¿De qué se trata? ¡Muy divertidos andáis por ahí!». «Tan divertido es que ya te lo contaré esta noche», respondió uno de ellos a su mujer. La otra, que no era menos curiosa, inquirió a su vez, y recibió análoga respuesta. La comida continúa, y también las preguntas, y mis lerdas patochadas, y las risotadas, y la curiosidad de las mujeres. Tras la comida, viene el baile; tras el baile el festejo de acostarse los novios, la ofrenda de la liga; yo me voy a mi cama y los graciosos a la suya, a contarle a sus mujeres algo incomprensible, increíble: que a los veintidós años, alto y robusto como era, de buen ver, ágil, vivo y nada tonto, yo estaba tan nuevo, pero que tan nuevecito como al salir del vientre de mi madre. Y las dos mujeres se maravillaron tanto como sus maridos. Mas así que nos vimos al día siguiente, Suzanne me hizo una seña y me dijo:

»—Jacques, ¿no tienes nada que hacer?

»—No, vecina, ¿en qué puedo servirlos?

»—Yo querría, querría... —y diciendo “querría” me apretaba la mano y me miraba de un modo muy singular—, querría que cogieras nuestra hachuela y que vinieras conmigo al bosque para ayudarme a cortar dos o tres brazadas de leña, pues trabajo es ése muy penoso para mí sola.

»—Con mucho gusto, señora Suzanne.

»Tomo la hachuela y nos vamos. Según íbamos de camino, Suzanne dejaba caer la cabeza sobre mi hombro, me cogía la barbilla, me tiraba de las orejas, me pellizcaba la cintura. Llegamos. El lugar hacía pendiente. Suzanne se tumba en el suelo todo lo larga que era, en la parte más elevada, con los pies separados y los brazos debajo de la cabeza. Yo estaba más abajo, cortando leña en los matorrales, y Suzanne doblaba las piernas, acercando los talones a las nalgas, así que al levantar las rodillas, se le quedaban cortas las sayas; y yo dale que te dale a los matojos, sin mirar

mucho adonde daba y dando más de una vez en balde. Por fin Suzanne me dice:

»—Jacques, ¿no acabarás pronto?

»—Cuando queráis, señora Suzanne.

»Y ella luego, a media voz:

»—¿Es que no ves que estoy deseando que acabes...?

»Así es que acabé, tomé aliento y terminé también lo demás. Y Suzanne...

AMO.—¿Te arrebató una virginidad que ya no tenías?

JACQUES.—Verdad es; mas Suzanne no se dejó engañar y no paraba de sonreír y de decirme: «Le has hecho una buena jugada a nuestro hombre, y eres un pillastre». Y yo contestaba: «¿Qué queréis decir, señora Suzanne?». «Nada, nada, tú ya me entiendes. Engáñame aún unas cuantas veces del mismo modo, que yo te lo perdono...». Lié las chamizas de leña, me las cargué a la espalda y regresamos, ella a su casa y yo a la mía.

AMO.—¿Sin hacer una pausa durante el camino?

JACQUES.—No.

AMO.—¿Es que no había mucho trecho del bosque del concejo al pueblo?

JACQUES.—El mismo que del pueblo al bosque.

AMO.—¿No valía ella la pena?

JACQUES.—Acaso valiera más para otro, o para otro día... Cada momento tiene su precio. Al poco tiempo de esto, doña Marguerite, la mujer del otro guasón, tenía que llevar grano a moler y no disponía de tiempo para ir al molino, con lo que vino a pedir a mi padre si uno de sus chicos no podría hacerle ese mandado. Como yo era el mayor, no tenía duda que mi padre me designaría a mí, y efectivamente así fue. Sale doña Marguerite, yo la sigo, cargo el saco en el asno y lo llevo al molino. Ya está su grano molido, y nos volvíamos el asno y yo, bastante tristes, pues pensaba que no iba a sacar nada más que la trabajera. Me equivocaba. Entre el pueblo y el molino había que atravesar un bosquecillo, y allí fue donde encontré a doña Marguerite, sentada a orilla del sendero. Empezaba a caer la tarde.

»—Jacques, ¡por fin has llegado! ¿Sabes que llevo más de una hora mortal esperándote? —me dijo.

(Sois demasiado puntilloso, lector. De acuerdo, la «hora mortal» es eufemismo de las damas de la ciudad; pongamos que la de Marguerite fue «hora larga».)

Yo respondí:

»—Es que venía poca agua, el molino iba despacio y el molinero estaba borracho, así es que por más que quise darme prisa no he podido hacerlo antes.

»—Siéntate aquí y charlemos un ratito.

»—De buena gana, señora Marguerite.

»Me siento junto a ella para hablar y, sin embargo, los dos guardábamos silencio.

»Así es que le dije al cabo:

»—Pero, señora Marguerite, nada decís y no charlamos...

»MARGUERITE.—Es que me hace cavilar lo que mi marido me dijo de ti.

»JACQUES.—No creáis una sola palabra de lo que os dijera, vuestro marido es un guasón.

»MARGUERITE.—Me aseguró que nunca has estado enamorado.

»JACQUES.—¡Ah! Si es eso, verdad dijo.

»MARGUERITE.—¡Cómo! ¿Nunca en toda tu vida?

»JACQUES.—En toda mi vida.

»MARGUERITE.—¿Es posible? ¡A tu edad y no has conocido mujer!

»JACQUES.—Con todos mis respetos, doña Marguerite.

»MARGUERITE.—Vamos a ver: ¿cómo es una mujer?

»JACQUES.—¿Una mujer?

»MARGUERITE.—Sí, una mujer.

»JACQUES.—Esperad... Una mujer es un hombre con unas sayas, una cofia y dos buenas tetas.

AMO.—¡Ah, sinvergonzón!

JACQUES.—La otra no se había llamado a engaño, pero se me antojó que ésta se engañara. Al oír mi respuesta, soltó la carcajada y no podía contenerse; y yo, haciéndome el pasmado, le pregunté qué le hacía reír tanto. Doña Marguerite contestó que se reía de mi candor.

»MARGUERITE.—¡Cómo es posible! Con lo mayor que ya eres; ¿de veras que no sabes más que eso?

»JACQUES.—No, señora Marguerite.

»En esto, ella se calló y yo también. Luego insistí:

»—Pero, señora Marguerite, nos habíamos sentado aquí para charlar y vos no decís palabra, y no charlamos. ¿Qué tenéis, señora Marguerite? Estáis soñando.

»MARGUERITE.—Sí, sueño... sueño... sueño...

»Y así diciendo se hinchaba su pecho, se apagaba su voz, temblaban sus miembros, los ojos se le cerraban y la boca se le quedaba entreabierta. Dio un profundo suspiro y se desvaneció; yo hice como si creyera que estaba muerta y me puse a gritar con tono de espanto:

»—¡Señora Marguerite! ¡Señora Marguerite! ¡Habladme, os lo ruego! Señora Marguerite, ¿es que os encontráis mal?

»MARGUERITE.—No, hijo mío, déjame que descance un ratito. No sé qué me ha pasado... Me ha dado de repente...

AMO.—Era mentira.

JACQUES.—Sí, mentía.

»MARGUERITE.—Es que estaba soñando.

»JACQUES.—¿Soñáis así por la noche, cuando estáis con vuestro marido?

»MARGUERITE.—A veces.

»JACQUES.—Pues debe asustarse.

»MARGUERITE.—Ya está acostumbrado...

»Marguerite se reanimaba poco a poco de su soponcio y dijo al cabo:

»—Cavilaba que en la boda, hace ocho días, mi hombre y el de la Suzanne se burlaron de ti; eso me afligió y me ha puesto así no sé cómo...

»JACQUES.—¡Qué buena sois!

»MARGUERITE.—No me gustan esas burlas. Y pensaba que a la primera ocasión volverían a la carga y eso me desconsolaría aún más.

»JACQUES.—Pues sólo de vos dependería que no hubiera motivo de aflicción.

»MARGUERITE.—¿Y cómo no?

»JACQUES.—Instruyéndome...

»MARGUERITE.—¿Instruirte, sobre qué?

»JACQUES.—Sobre lo que yo ignoro, lo que tanto hacía reír a vuestro marido y al de Suzanne, así ya no se reirían más.

»MARGUERITE.—¡Oh, no, no! De sobra sé que eres un buen chico y que no se lo dirías a nadie, pero no me atrevería.

»JACQUES.—¿Y por qué?

»MARGUERITE.—Porque no, no me atrevería.

»JACQUES.—¡Ah, señora, enseñadme! Os lo ruego, os quedaré por ello sumamente agradecido, enseñadme...

»Y suplicándole de tal guisa estrechaba sus manos y ella me las estrechaba a mí, le besaba los ojos y ella me besaba en la boca. Entretanto se había hecho completamente de noche. Entonces le dije:

»—Ya veo, doña Marguerite, que no sentís por mí bastante cariño como para instruirme, y esto me aflige profundamente. Vamos, lo mejor es levantarnos y regresar...

»Doña Marguerite guardó silencio, pero tomó de nuevo una de mis manos y no sé adónde la dirigió, el caso es que exclamé:

»—¡No hay nada, no hay nada ahí!

AMO.—¡Pérfido, más que pérfido!

JACQUES.—El hecho es que ella estaba bastante desvestida y yo no menos que la dama. El hecho es que mi mano seguía allí donde ella no tenía lo que tenía yo y que había colocado su propia mano allí donde en mí no era exactamente igual. El hecho es que me encontré debajo de ella y, por consiguiente, ella encima de mí. El hecho es que, no aliviándola yo de ninguna fatiga, preciso fue que toda le tocara a ella. El hecho es que se entregaba a mi instrucción de tan buena gana, que llegó un instante en que creí que se iba a morir. El hecho es que, tan turbado como ella y sin saber lo que me decía, exclamé: «¡Ay, doña Suzanne, cómo me colmáis!».

AMO.—Querrás decir doña Marguerite.

JACQUES.—No, no, el hecho es que confundí un nombre con el otro y en lugar de decir Marguerite, dije Suzanne. El hecho es que acabé confesando a doña Marguerite que esto que creía estarme enseñando aquel día, ya me lo había enseñado doña Suzanne, aunque bien es verdad que con algunas diferencias, tres o cuatro días antes. El hecho es que me dijo: «¡Cómo! ¿Es la Suzanne y no yo quien...?». El hecho es que yo le respondí: «Ni la una ni la otra». El hecho es que burlándose de sí misma, de Suzanne, de los dos maridos, y dirigiéndome tiernos insultos, me encontré encima de ella y, por consiguiente, ella debajo de mí, y que habiéndome confesado que así le había producido gran placer aunque no tanto como de la otra manera, volvió a ponerse encima de mí y, por consiguiente, yo debajo de ella. El hecho es que al cabo de un rato de descanso y de silencio, no nos encontramos ni ella debajo y yo encima, ni yo encima y ella debajo, sino ambos de costado, ella con la cabeza inclinada hacia adelante y las dos nalgas pegadas a mis muslos. El hecho es que de haber sabido yo menos, doña Marguerite me habría enseñado cuanto aprender se puede. El hecho es que nos costó no poco regresar al pueblo. El hecho es que ahora mi dolor de garganta ha aumentado considerablemente y me parece que no voy a poder hablar en quince días.

AMO.—¿Y no volviste a estar con aquellas mujeres?

JACQUES.—Con perdón, más de una vez.

AMO.—¿Y con las dos?

JACQUES.—Con las dos.

AMO.—¿Y ellas no riñeron?

JACQUES.—Prestándose ayuda la una para cubrir a la otra, se apreciaron aún más que antes.

AMO.—Nuestras esposas habrían hecho otro tanto, cada una con su cada cual... Te estás riendo...

JACQUES.—Cada vez que me acuerdo de aquel hombrecillo que gritaba, blasfemaba, echaba pestes y espumarajos, se debatía con cabeza, pies y manos, con todo su cuerpo, dispuesto a arrojarse desde lo alto del henil, con riesgo de romperse la crisma, no puedo contener la risa.

AMO.—¿Y ese hombrecillo quién es? ¿El marido de doña Suzanne?

JACQUES.—No.

AMO.—¿El marido de doña Marguerite?

JACQUES.—No...: Y dale con la misma, genio y figura hasta la sepultura.

AMO.—Pero bueno, ¿quién es?

No respondió Jacques a la pregunta y el amo añadió: «Dime tan sólo quién era el hombrecillo».

JACQUES.—Un día, un niño sentado junto al mostrador de una lencera, chillaba con todas sus fuerzas. La tendera, importunada por sus chillidos, le dijo: «Amiguito, ¿por qué gritas?». «Porque me quieren hacer decir A.» «¿Y por qué no quieres decir A?». «Porque no bien haya dicho A, querrán que diga B...» No bien os haya dicho el nombre del hombrecillo, tendré que deciros lo demás.

AMO.—Posiblemente.

JACQUES.—Seguro.

AMO.—Vamos, Jacques, amigo mío, dime cómo se llamaba el hombrecillo. Te mueres de ganas de decirlo, ¿a que sí? Pues no te quedes con ellas.

JACQUES.—Era una especie de enano, jorobado, encorvado, tartamudo, tuerto, celoso, rijoso, enamorado y acaso amante de Suzon. Era el vicario del pueblo.

(Se parecía Jacques al niño de la lencera como una gota de agua a otra gota, pero con una diferencia: que con su dolor de garganta, costaba hacerle decir A, pero una vez que arrancaba, ya iba solo hasta el final del alfabeto.)

—Estaba yo una vez en el granero de Suzon, solos los dos...

AMO.—¡Y por algo estarías...!

JACQUES.—Claro. Llega en éstas el vicario, se enfada, refunfuña, pregunta autoritariamente a Suzon qué hace allí a solas con el más libertino de los mozos del pueblo y en el lugar más recóndito de la casa...

AMO.—Por lo que veo, ya tenías buena fama.

JACQUES.—Y bastante merecida. El vicario estaba realmente incomodado, a las anteriores palabras añadió aún algunas otras menos amables. Yo también me enfado; de insulto en insulto, llegamos a las manos; cojo un bieldo, se lo paso entre las piernas y, bieldo por aquí, bieldo por allá, lo lanzo a lo alto del pajar, ni más ni menos que si fuera una gavilla.

AMO.—¿Y estaba alto el pajar?

JACQUES.—A diez pies por lo menos, y el hombrecillo no habría podido bajar sin romperse la cabeza.

AMO.—¿Y luego?

JACQUES.—Luego, aparto la pañoleta de Suzon, le cojo los pechos, los acaricio; ella se resiste sin resistir... Había allí una albarda de mula cuya comodidad ya conocíamos; la empujo hacia la albarda.

AMO.—Levantas sus sayas.

JACQUES.—Levanto sus sayas.

AMO.—¿Y el vicario veía todo eso?

JACQUES.—Como os estoy viendo ahora.

AMO.—¿Y no decía nada?

JACQUES.—¡Que si decía! Sin poder contenerse de rabia, se puso a gritar:

«¡Soco... rro! ¡Al ase... asesino! ¡Fue... fue... fuego! ¡Al la... la... la... ladrón!». Y en esto, el marido, al que creíamos lejos, acude a los gritos.

AMO.—Cuánto lo deploro: no me gustan los curas.

JACQUES.—Y os hubiera encantado que ante los mismísimos ojos de aquel...

AMO.—Lo reconozco.

JACQUES.—Suzon tuvo tiempo de levantarse; yo me ato los calzones, salgo corriendo, y es Suzon quien me contó luego lo que sigue. El marido, al ver al vicario encaramado en el pajar, se echa a reír. El vicario dice: «Ri... ríete gra... grandísimo necio...». Y el marido, como obedeciendo, se ríe a más y mejor, y le pregunta quién lo ha colocado allí arriba. El vicario: «Ba... ba... bájame al suelo». El marido sin parar de reír, le pregunta cómo ha de hacerlo. El vicario: «Co... co... como subí, con... con el biel... bi... bieldo». «Por la sangre de Cristo, que razón tenéis, ¡hay que ver lo que vale el tener estudios!» Agarra el marido la horquilla, se la alcanza al vicario, éste se la pone a horcajadas, como yo le había ahorcado antes; el marido le da dos o tres vueltas por el granero así enganchado en el apero de corral, acompañando el paseo con una especie de cantinela en falsete, y el vicario gritando: «Ba... ba... bájame, ma... majadero... ¿me... me... ba... bajarás de una vez?». Y el marido respondiendo: «¿Y por qué no habría de pasearos así por todas las calles del pueblo, eh señor vicario? Nunca se habría visto una procesión tan lúcida...». Por fin, el vicario salió bien librado sin más menoscabo que el miedo, y el marido lo dejó por fin en el suelo. No sé lo que entonces le diría al marido, pues entre tanto Suzon se había escapado, pero yo sí que oí: «Des... desgraciado. Me... me... meterte con un sacerdote... te... te... exco...comulgaré...; te... te... con... condenarás». El hombrecillo hablaba y el marido lo perseguía a golpes de bieldo. En esto, llego yo con algunos otros, y así que me ve el marido, dice dejando quieta la horquilla: «Acércate, acércate».

AMO.—¿Y Suzon?

JACQUES.—Salió del trance.

AMO.—¿Mal?

JACQUES.—No; las mujeres se las arreglan siempre bien mientras no hayan sido sorprendidas en flagrante delito... ¿De qué os reís?

AMO.—De lo que me hará reír, lo mismo que a ti, cada vez que me acuerdo del ridículo cura montado en el bieldo del marido.

JACQUES.—Poco tiempo después de esta aventura, que llegó a oídos de mi padre, quien también se rió lo suyo, fue cuando me alisté en el ejército, como os dije...

Tras unos instantes de silencio, o de tos por parte de Jacques, según dicen unos; o luego de haber seguido aún riendo, según dicen otros, el amo se dirigió de nuevo a Jacques: «¿Y la historia de tus amoríos?». Jacques meneó la cabeza y no contestó.

¿Cómo es que un hombre sensato, de buenas costumbres, que se las da de filósofo, puede divertirse relatando cuentos tan obscenos? En primer lugar, lector, no son cuentos, es una historia, de modo que cuando escribo las bobadas de Jacques, no me siento más culpable, y acaso menos, que Suetonio cuando nos transmite las depravaciones de Tiberio. Sin embargo, leéis a Suetonio sin hacerle reproche alguno. ¿Por qué no fruncís el ceño al leer a Catulo, a Marcial, a Horacio, a Juvenal, a Petronio, a La Fontaine y a tantos otros? ¿Por qué no le decís al estoico Séneca: «¿Qué necesidad tenemos de las crapulosas orgías de aquel esclavo, el de los espejos cóncavos?»^[33] ¿Por qué sólo dais prueba de indulgencia con los muertos? Si reflexionáis un instante acerca de esta parcialidad, veréis que nace de algún vicio de principio. Si sois inocente no me leeréis, y si estáis corrompido, me leeréis sin consecuencias. Y, además, si cuanto os digo no llega a satisfaceros, no tenéis más que abrir el prefacio de Jean-Baptiste Rousseau y en él encontraréis mi apología. ¿Quién se atrevería entre vosotros a reprochar a Voltaire el haber escrito *La Pucelle d'Orléans*?^[34] Nadie. ¿Tendríais acaso dos balanzas para pesar las acciones de los hombres? Claro que me diréis: «¡*La Pucelle* es una obra maestra!». Pues peor todavía, porque siendo así será más leída. «Y vuestro *Jacques* no es sino una insulsa retahíla de hechos reales e imaginarios, escritos sin gracia y distribuidos sin orden ni concierto» ¡Pues tanto mejor! Mi *Jacques* será así menos leído. Digáis lo que digáis, no tenéis razón. Si mi libro es bueno, os producirá placer, y si es malo, no hará ningún daño. No hay libro más inocente que un libro malo. Me divierte escribir, con nombres supuestos, las necedades que todos vosotros hacéis; a mí, vuestras necedades me hacen gracia, a vos, en cambio, mi escrito os pone de mal humor. Pues si he de hablaros con sinceridad, lector, me parece que no soy yo el peor de los dos. ¡Cuán satisfecho estaría si me fuera tan fácil preservarme de vuestra perfidia como a vos de lo fastidioso, de lo peligroso de mi obra! ¡Dejadme en paz, ruines hipócritas! Por mí, podéis foll... como pollinos sin albarda, pero dejadme que diga foll... Yo os tolero el acto, toleradme vos la palabra. Pronunciáis sin inmutaros: matar, robar, traicionar, y lo otro no osáis decirlo sino entre dientes. ¿Acaso cuanto menos exhaláis esas pretendidas obscenidades de palabra, más os quedan en el pensamiento? ¿Qué os ha hecho la función genital, tan necesaria, tan natural y tan justa, para excluir su signo de vuestra conversación? ¿Os figuráis que vuestra boca, vuestros ojos y vuestros oídos quedarían con ello mancillados? Buena es ésa, que las expresiones menos usadas, menos escritas, las que más se callan, sean las mejor sabidas y las más generalmente conocidas. Así ocurre con esto: la palabra *futuo* no es menos familiar que la palabra *pan*; es un término del que ningún idioma carece, que ninguna época ha ignorado, que tiene mil sinónimos en todas las lenguas, en todas se menciona sin ser específicamente expresado, carece de voz y de figura, y el sexo que más lo practica es el que suele callarlo más. Os estoy oyendo de nuevo, que gritáis: «¡Quita

allá cínico! ¡Fuera el impúdico, el sofista...!». Vamos, tened el valor de insultar a un autor estimable que constantemente tenéis entre las manos y del cual yo no soy aquí sino el traductor. La licencia de su estilo casi me garantiza la pureza de sus costumbres: me refiero a Montaigne. *Lasciva est nobis pagina, vita proba.* ^[35]

Jacques y su amo pasaron el resto del día sin abrir boca. Jacques tosía y su amo decía: «¡Qué tos más mala!»; miraba luego la hora en su reloj, sin enterarse, abría su tabaquera sin darse cuenta y aspiraba su porción de tabaco sin sentirlo. La prueba de esa distracción es que lo repetía tres o cuatro veces seguidas y por ese mismo orden. Un rato después, Jacques volvía a toser, y el amo volvía a decir: «¡Demonio de tos! Así te pimplaste tú el vino de la mesonera hasta el gargabero... y anoche, con el secretario, tampoco te anduviste con chiquitas: al subir ibas tambaleándote y no sabías lo que decías, y en el día de hoy has hecho diez paradas, apuesto a que no queda una gota de vino en tu cantimplora». Luego murmuraba entre dientes, miraba su reloj y daba un poco de gusto a su nariz.

Olvidé decir, lector, que Jacques no salía nunca sin una cantimplora llena del mejor vino; la llevaba colgada del arzón de su silla. Cada vez que el amo interrumpía su relato con alguna pregunta un poco premiosa, Jacques desataba su cantimplora, bebía un trago a chorro y no la dejaba en su sitio hasta que su amo había terminado de hablar. También olvidé que en cuantos casos requerían reflexión, el primer movimiento de Jacques era consultar con su cantimplora; y si había que resolver una cuestión de moral, discutir sobre un hecho, preferir un camino a otro, iniciar, proseguir o abandonar un negocio, sopesar las ventajas y desventajas de una operación política, de una especulación comercial o financiera, el acierto o desacierto de una ley, el desenlace de una guerra, la elección de alojamiento y, en la posada, la elección de habitación, y, en la habitación, la elección de un lecho, sus primeras palabras eran: «Consultemos con la cantimplora». Y su última opinión: «Es el parecer de la cantimplora y el mío». Cuando el destino se quedaba mudo en su cabeza, se explicaba por medio de su cantimplora: era una especie de pitonisa portátil, que guardaba silencio tan pronto como se vaciaba. En Delfos, la pitonisa, con las faldas remangadas, sentada con el culo desnudo en el trípode, recibía su inspiración de abajo a arriba; Jacques, a caballo, la cabeza levantada hacia el cielo, la cantimplora destapada con el gollete inclinado sobre su boca, recibía la inspiración de arriba abajo. Y tanto la sibila como Jacques pronunciaban sus oráculos cuando estaban embriagados. Pretendía Jacques que el Espíritu Santo había descendido sobre los apóstoles en una cantimplora, y al día de Pentecostés lo llamaba «la fiesta de las cantimploras». Ha dejado, por cierto, un breve tratado sobre toda suerte de adivinaciones; tratado profundo en el que da preferencia a la adivinación a través de Bacbuc o a través de la cantimplora, y tacha de falsario, pese a toda la veneración que

le profesaba, al cura de Meudon,^[36] que consultaba a Bacbuc por medio de los ruidos de la panza. «Me gusta Rabelais —dice—, mas prefiero la verdad a Rabelais», y lo llama *herético Engastremita*, probando con cien argumentos, a cual mejor, que los verdaderos oráculos de Bacbuc o de la cantimplora no se dejaban oír sino por el gollete. Cuenta entre los más distinguidos seguidores de Bacbuc, los auténticos inspirados de la cantimplora en estos últimos siglos, a Rabelais, La Fare, Chapelle, Chaulieu, La Fontaine, Molière, Panard, Gallet, Vadé. En cambio. Platón y Jean-Jacques Rousseau, que celebraron el vino sin beberlo, son, en su opinión, falsos cofrades de la cantimplora. Tuvo antaño la cantimplora algunos santuarios célebres: La Pomme de Pin, el Temple y la Guinguette, cuya historia describe Jacques por separado. También hace una magnífica descripción del entusiasmo, fervor y ardor que se apoderaba, y se sigue apoderando, de los bacbucianos y perigurdinos^[37] cuando, al finalizar el ágape, con los codos apoyados en la mesa, se les aparecía la divina Bacbuc o la cantimplora sagrada, depositada en medio de ellos y, profiriendo silbidos, arrojaba a lo lejos su cofia y cubría a sus adoradores con la espuma profética. El manuscrito está ilustrado con dos retratos, al pie de los cuales puede leerse: *Anacreonte y Rabelais, uno entre los antiguos, otro entre los modernos, soberanos pontífices de la cantimplora.*

«¿Y decís que Jacques utilizó el término *engastremita*?» ¿Por qué no, lector? Su capitán fue un bacbuciano y pudo haber conocido esa expresión; y como a Jacques no se le escapaba nada de cuanto decía su capitán, bien pudo venirle a las mientes. Mas en verdad he de deciros que lo de *engastremita* es de mi cosecha, en el texto original se lee simplemente: *ventrílocuo*. «Todo esto es muy hermoso, decís, pero ¿y los amores de Jacques?» Los amores de Jacques, sólo Jacques los conoce y por ahora lo veo atormentado por un dolor de garganta que ha dejado a su amo reducido al reloj y a la tabaquera; indigencia que le aflige tanto como a vos mismo. «¿Y qué va a ser de nosotros?» A fe mía que no lo sé. Ésta sería buena ocasión para interrogar a la divina Bacbuc o a la cantimplora sagrada; pero su culto ha decaído mucho, sus templos están desiertos. Así como al nacer nuestro divino Salvador cesaron los oráculos del paganismo, a la muerte de Gallet enmudecieron los oráculos de Bacbuc. Por eso se acabaron los grandes poemas, se acabaron aquellas estrofas de sublime elocuencia, aquellas creaciones marcadas con el sello de la embriaguez y del genio. Ahora todo es razonado, acompasado, académico y anodino. ¡Oh, divina Bacbuc! ¡Oh, cantimplora sagrada! ¡Oh, deidad de Jacques! ¡Volved entre nosotros...! Tentado estoy, querido lector, de relatar el nacimiento de la divina Bacbuc, los prodigios que acompañaron y aun siguieron a tan notable acontecimiento, las maravillas de su reinado y los desastres de su retirada y si perdura el dolor de garganta de nuestro amigo Jacques y su amo se empeña en guardar silencio, habréis de contentaros con este episodio, que yo intentaré alargar hasta que Jacques se reponga y, con el habla,

recupere la historia de sus amoríos.

Hay aquí una laguna verdaderamente deplorable en la conversación de Jacques y su amo. Tal vez algún día pueda colmarla cualquier descendiente de Nodot, del presidente de Brosses, de Freinshemius, o del padre Brottier; y los descendientes de Jacques o de su amo, que serán los propietarios del manuscrito, no dejarán de reírse a sus anchas.

Parece ser que Jacques, reducido al silencio a causa de su dolor de garganta, suspendió la historia de sus amores, y que el amo comenzó la narración de los suyos. Pero esto no es sino pura conjetura que me limito a dar aquí, valga lo que valga. Tras unas cuantas líneas de puntos que indican la ausencia de texto, se lee lo siguiente: «Nada hay más triste en este mundo que ser un necio...». ¿Es el propio Jacques quien profiere ese apotegma? ¿O acaso su amo? Esto sería motivo para una larga y espinosa disertación. Pues si Jacques era lo bastante insolente para dirigir tales palabras a su amo, éste era suficientemente franco como para aplicárselas a sí mismo. Sea como fuere, es evidente, muy evidente, que quien continúa es el amo.

AMO.—Era la víspera de su santo y yo no tenía dinero. El caballero de Saint Quin, íntimo amigo mío, que jamás se arredra ante ninguna situación, me dijo:

»—¿No tienes dinero?

»—No.

»—Pues entonces habrá que inventárselo.

»—¿Y tú sabes cómo se hace?

»—Claro que sí.

»Se viste, salimos, me conduce a través de tortuosas calles apartadas hasta una casucha oscura, subimos por una escalerilla sucia al tercer piso, entramos en un aposento bastante espacioso y curiosamente amueblado. Había, entre otras cosas, tres cómodas puestas de frente, las tres de distintas formas, y detrás de la que estaba en medio, un gran espejo de cornucopia, demasiado alto para el techo de la casa, de modo que un buen medio pie quedaba tapado por la cómoda. Encima de las cómodas se veían trastos de todas clases y por la sala, dos tableros de juego de damas, varias sillas bastante buenas pero todas desaparejadas; a los pies de una cama sin cortinas, una espléndida poltrona; junto a una de las ventanas, una pajarera sin pájaros, pero completamente nueva; en la otra ventana, una araña de cristal colgada de un mango de escoba apoyado por ambos extremos a sendas sillas de enea; y, acá y allá, cuadros colgados en las paredes o amontonados en el suelo.

JACQUES.—Eso huele a usurero a la legua.

AMO.—Lo has adivinado. Y ahí tienes al caballero y al señor Le Brun (que así se llamaba el chamarilero y usurero prestamista) echándose el uno en brazos del otro:

»—¡Ah, pero si sois vos, señor de Saint Quin!

»—Ya veis que soy yo, mi querido Le Brun.

»—¿Qué ha sido de vos? Hace una eternidad que no se os ve por ninguna parte. Malos tiempos corren, ¿no es verdad?

»—Muy malos, querido Le Brun. Pero no se trata de eso ahora; escuchadme, tengo algo que deciros...

»Yo me siento, mi amigo y Le Brun se retiran a un rincón para hablar. No puedo contarte de su conversación sino alguna que otra palabra suelta que cogí al vuelo. “... ¿Y es bueno?” “Excelente.” “¿Es mayor de edad?” “Muy mayor.” “¿Es el hijo?” “El hijo.” “¿Sabéis que nuestros dos últimos negocios...?” “Hablad más bajo.” “¿Y el padre?” “Rico.” “¿Muy viejo?” “Caduco...” Luego, alzando la voz: “No, no, mi señor caballero de Saint Ouin, no quiero mezclarme en nada más, todo eso trae siempre funestas consecuencias. ¿Que es amigo vuestro? ¡En buena hora sea! Tiene todo el aspecto de un hombre discreto, pero...” “¡Querido Le Brun!” “No estoy en fondos.” “Pero tenéis buenas relaciones.” “Son todos unos bribones, unos redomados pícaros. Decidme, caballero, ¿no estáis harto de pasar por esas maniobras?” “Necesidad es ley.” “Esa necesidad que os acucia será una placentera necesidad, una partida de juego o de lotería, algún asunto galante...” “¡Mi caro amigo!” “Y siempre tengo que ser yo, soy más débil que un niño, y luego es que, en tratándose de vos ¡a quién no le haríais faltar a su juramento! Vamos, llamad... que enviemos a ver si está Fourgeot en casa... O mejor, no, no llamemos. Fourgeot os llevará a casa de Merval.” “¿Por qué no llevarme vos mismo?” “¡Yo! Me he jurado que ese abominable Merval no trabajaría ya nunca más ni para mí ni para mis amigos. Preciso será que respondáis por vuestro amigo, que es sin duda, que es con toda seguridad, un hombre honesto; y que yo responda por vos a Fourgeot, y que Fourgeot responda por mí a Merval...”

»Entretanto, había entrado la sirvienta preguntando: “¿Aviso al señor Fourgeot?”. A lo que Le Brun contesta: “No, no hay que ir a avisar a nadie...”. Y a continuación: “Señor de Saint Ouin, no puedo, no, de veras que no puedo hacerlo”. Mi amigo le abraza, le hace carantoñas: “¡Mi querido Le Brun! ¡Mi entrañable Le Brun!”. Y Le Brun se deja al fin convencer.

»La fámula, que sonreía ante toda aquella comedia, se va y en un abrir y cerrar de ojos vuelve de nuevo con un hombrecillo cojo que se apoyaba en un bastón, vestido de negro, el rostro seco y arrugado, la mirada viva, el habla tartaja. El caballero de Saint Ouin se vuelve hacia él y le dice:

»—Vamos, señor Mathieu de Fourgeot, no tenemos un minuto que perder, conducidnos lo antes posible.

»Fourgeot, sin aparentar escucharle, abría una bolsita de gamuza. Mi amigo de nuevo a Fourgeot:

»—¿Os estáis burlando de nosotros? Es asunto que nos importa...

»Yo me acerco, saco un escudo que le paso directamente al caballero, quien se lo

da a la sirvienta haciendo como que la barbillea, en tanto que Le Brun le dice a Fourgeot:

»—Os lo prohíbo, no llevéis allí a estos señores.

»Y Fourgeot exclamaba:

»—¿Y por qué no, señor Le Brun?

»—Porque es un bribón, un miserable.

»—Ya, ya sé que el señor de Merval... pero todo pecado merece perdón... Además, que no sé de nadie más que disponga de dinero...

»—Haced lo que os plazca, señor de Fourgeot. Caballeros, yo me lavo las manos.

»—Señor Le Brun, ¿no vais a venir con nosotros?

»—¿Yo? Líbreme Dios. Es un infame y me he jurado no volver a verlo en mi vida.

»—Pero si no venís, nada conseguiremos.

»—Eso es cierto —añadía el caballero de Saint Ouin—. Vamos, querido Le Brun, se trata de hacerme un favor, de sacar de apuros a un galán caballero que se encuentra en un aprieto. No podéis negaros... Vendréis con nosotros...

»—¡Ir a casa de Merval! ¡Yo, yo!

»—Sí, vos; hacedlo por mí...

»A fuerza de ruegos. Le Brun se deja llevar, y ahí nos tenéis en marcha Le Brun, el caballero de Saint Ouin, y Mathieu de Fourgeot, mi amigo dándole a Le Brun amistosas palmaditas en la mano y diciéndome:

»—Es el hombre más bueno que existe, el más servicial del mundo, el mejor de los amigos...

»Y Le Brun dejándose querer:

»—El señor de Saint Ouin siempre consigue de mí cuanto quiere... Creo que hasta me haría fabricar moneda falsa...

»Llegamos a casa de Merval.

JACQUES.—Mathieu de Fourgeot...

AMO.—¿Qué hay? ¿Qué quieres decir?

JACQUES.—Mathieu de Fourgeot... Quiero decir que el caballero de Saint Ouin conocía a esa gente por sus nombres y apellidos y que es un bribón que se las entiende con toda esa canalla.

AMO.—Podrías estar en lo cierto... Imposible sería encontrar un hombre más dulce, más correcto, más honrado, más cortés, más humano, más compasivo y desinteresado que el señor de Merval. Una vez que hubo comprobado mi mayoría de edad y mi solvencia, adoptó una compostura de lo más afectuosa y entristecida para decirnos, con un tono de perfecta compunción, que aquella misma mañana se había visto en la obligación de socorrer a uno de sus mejores amigos acuciado por perentoria necesidad, y que se había quedado sin blanca. Luego, dirigiéndose a mí,

añadió:

»—No os pese, señor, el no haber venido antes; me hubiese dolido mucho tener que negarme, pero no hubiera podido por menos: la amistad tiene primacía...

»Nos quedamos atónitos. El caballero de Saint Ouin, Fourgeot y el propio Le Brun se pusieron de hinojos ante Merval, y Merval seguía diciendo:

»—Caballeros, ya me conocéis, siempre estoy dispuesto a complacer y procuro no desmerecer los favores que hago haciéndome de rogar. Os doy mi palabra de honor, no hay en casa ni cuatro luises...

»Yo, en medio de aquella gente, parecía un reo que hubiera oído su sentencia. Le dije a Saint Ouin:

»—Caballero, vámonos, ya que estos señores no pueden hacer nada...

»Y mi amigo, en un aparte:

»—De ninguna manera. Recuerda que mañana es su cumpleaños... ya la he avisado, te lo advierto, y ella espera de ti un obsequio. Ya la conoces, no es que sea interesada, pero es como todas, no le gusta verse defraudada cuando espera algo con ilusión. Seguro que habrá presumido de antemano con sus padres, sus tías, sus amigas y si luego no tiene nada que mostrarles, se sentirá ofendida y humillada...

»Y acercándose de nuevo a Merval, le instaba aun con mayor ahínco. Merval, después de haberse dejado implorar, dijo así:

»—Tengo el carácter más blando del mundo... no puedo ver a nadie apenado. Estoy pensando y se me ocurre una idea.

»SAINT OUIN.—¿Qué idea?

»MERVAL.—¿Por qué no llevaros mercancía?

»SAINT OUIN.—¿Tenéis vos aquí?

»MERVAL.—No, pero conozco a una mujer que os puede proporcionar cosas para vender, es una buena mujer, honrada si las hay...

»LE BRUN.—Sí, pero nos ofrecerá cuatro trapos por los que nos pedirá el oro y el moro y luego no sacaremos nada en limpio.

»MERVAL.—Nada de eso, se trata de buenos tejidos, alhajas de oro y de plata, bellos artículos de sedería, perlas, piedras preciosas... No se podrá perder gran cosa con tal negocio. Es una mujer agradecida y se contentará con poco, siempre y cuando tenga seguridades. Son mercancías de ocasión que consigue a muy buenos precios. Siempre podéis ir a verlas, eso no os va a costar un céntimo...

»Intenté hacer comprender a Merval y a Saint Ouin que mi situación no me permitía meterme en tales tráficos, y que aun cuando ese arreglo no me desagradara, me faltaría tiempo para sacarle partido. Los serviciales Le Brun y Fourgeot se ofrecieron al mismo tiempo:

»—No habéis de preocuparos, por eso que no quede, nosotros nos encargaremos de la reventa, será cuestión de medio día...

»Y la sesión fue aplazada hasta la tarde, en casa de Merval. Al despedirnos, éste me dio unas palmaditas en el hombro mientras me decía en tono obsequioso y de estar bien enterado:

»—Caballero, estoy encantado de poder servirlos, pero creedme: no os arriesguéis mucho a esta clase de préstamos, siempre acaban por arruinar. Milagro sería que en este país tuvierais la suerte de volver a tratar con gente tan honrada como los señores Le Brun y Fourgeot.

»Le Brun y Fourgeot de Mathieu o Mathieu de Fourgeot, le dieron las gracias con una reverencia y, a su vez, dijeron cuán bondadoso era al decir aquello, que ellos siempre habían hecho sus pequeños tratos con toda honestidad y no había razón ninguna para alabarlos. Pero Merval insistió:

»—Os equivocáis, señores: ¿quién todavía tiene conciencia en estos tiempos? Preguntad al caballero de Saint Ouin que algo sabe del asunto...

»Salimos de casa de Merval, que nos pregunta aún, desde lo alto de la escalera, si puede contar con nosotros para pasar aviso a su proveedora. Contestamos afirmativamente y nos dirigimos los cuatro a almorzar a una hostería próxima, donde hacemos tiempo hasta la hora de la cita.

»Se encargó Mathieu de Fourgeot de pedir la comida, y la pidió buena. A los postres, se acercaron a nuestra mesa dos muchachitas de esas saboyanas que van tocando la zanfonia. Le Brun las llamó para que se sentaran con nosotros, y las hicimos beber, charlotear, tocar la zanfonia. Mientras mis compañeros de mesa se divertían y metían mano a una de ellas, la que estaba a mi lado me dijo en voz baja: “En mala compañía estáis, señor, muy mala; esos tres tienen su nombre en el libro rojo de la policía”.

»Salimos de la hostería a la hora convenida y nos encaminamos a casa de Merval. Olvidaba decirte que ese almuerzo agotó la bolsa del caballero y la mía, y que por el camino Le Brun le dijo a Saint Ouin, y éste me lo repitió, que Mathieu de Fourgeot exigía diez luises de comisión, que era lo menos que podía dársele, que si le teníamos satisfecho podríamos obtener las mercancías a mejor precio y así recuperaríamos fácilmente el importe al hacer la reventa.

»Llegados a casa de Merval, ya la vendedora se nos había adelantado con su mercancía. La señorita Bridoie (tal era su nombre) nos abrumó de cortesías y reverencias y nos mostró piezas de pañería, telas, encajes, sortijas, diamantes, estuches de oro. Nos quedamos con algo de todo. Le Brun, Mathieu de Fourgeot y el caballero ponían precio a cada cosa y Merval iba anotando la cuenta. El total sumó diecinueve mil setecientos setenta y cinco libras. Iba yo a extender un pagaré, cuando la señorita Bridoie me dijo, haciéndome una reverencia (pues no se dirigía jamás a nadie sin antes inclinarse deferente):

»—Señor, ¿tiene usted intención de abonar los pagarés a medida que vayan

venciendo?

»—Por supuesto —respondí.

»—En ese caso, os dará lo mismo firmarme pagarés o letras de cambio.

»La palabra “letras de cambio” me hizo palidecer. El caballero de Saint Ouin se dio cuenta y exclamó:

»—¡Letras de cambio, señorita Bridoie! Para que corran por ahí y no se sepa nunca en qué manos pueden ir a caer...

»—Bromeáis, señor; sé muy bien los miramientos que hay que tener con personas de vuestro rango (una reverencia). Esos papeles se guardan en una cartera y no se ponen en circulación hasta llegado el momento. Mirad, aquí veréis... (una reverencia, y saca una cartera de su bolsillo para leernos una relación de nombres de toda clase y condición).

»El caballero se había acercado a mí y me decía:

»—¡Letras de cambio! Esto es tremendamente serio. Piensa bien lo que vas a hacer. Esta mujer parece honrada... y, además, para antes de los vencimientos ya tendrás fondos, o si no, los tendré yo...

JACQUES.—¿Y firmasteis las letras de cambio?

AMO.—Así fue.

JACQUES.—Es costumbre que los padres, cuando los hijos se van a la capital, les echen un pequeño sermón: «No vayas en malas compañías; hazte querer por tus superiores, cumpliendo escrupulosamente con tus obligaciones; conserva nuestra religión; huye de las mujeres de mala vida y de los desaprensivos caballeros de industria que saben de malas artes y, sobre todo, no firmes nunca letras de cambio».

AMO.—¡Qué quieres! Hice como tantos otros. Lo primero que olvidé, fue la lección de mi padre. Así que, ahí me tienes con un montón de cosas por vender, cuando era dinero lo que yo necesitaba. Había varios pares de puños de encaje, muy lindos, que se quedó el caballero al precio de costo, arguyendo: «Ya tienes una parte de tus compras en la que no vas a perder». Mathieu de Fourgeot escogió un reloj y dos estuches de oro, cuyo valor dijo que me aportaría de inmediato; y Le Brun se quedó con el resto en depósito. Yo me eché al bolsillo una preciosa guarnición de pasamanería y encaje, a juego con unos puños, que iba a ser uno de los florones del regalo que pensaba hacer. Mathieu de Fourgeot volvió en un abrir y cerrar de ojos con sesenta luises, se quedó para él los diez previstos y me entregó otros cincuenta. Dijo que no había vendido ni el reloj ni los estuchitos de oro, pero que los había empeñado.

JACQUES.—¿Lo empeñó?

AMO.—Sí.

JACQUES.—Ya sé dónde.

AMO.—¿Dónde?

JACQUES.—En casa de la señorita de las reverencias, la Bridoie.

AMO.—Verdad es. Con el par de puños y la guarnición puse también una bonita sortija y una cajita de lunares chapada en oro. Ahora, tenía yo en mi bolsa cincuenta luisas y tanto el caballero de Saint Ouin como yo estábamos del mejor humor.

JACQUES.—Eso sí que está bien. En todo este negocio sólo una cosa me intriga: es el desinterés del señor Le Brun. ¿No le tocó la menor parte del despojo?

AMO.—Vamos, Jacques, estás bromeando, tú no conoces al señor Le Brun. Le propuse recompensar sus buenos oficios y se enojó, me respondió que si es que le tomaba por un Mathieu de Fourgeot, que jamás él había tendido la mano. «¡Así es mi querido Le Brun —exclamó entonces el caballero de Saint Ouin—, siempre fiel a sí mismo! Pero nos avergonzaría que fuese más honrado que nosotros...» Y al punto tomó dos docenas de pañuelos y una pieza de muselina y le obligó a aceptarlo para su mujer y su hija. Le Brun examinó los pañuelos, que le parecieron muy lindos, y la muselina, que encontró finísima, y como todo eso se le ofrecía con tanta delicadeza y además no iba él a tardar en resarcirse a la recíproca con la venta de los artículos que aún le quedaban por pignorar, al fin se dejó convencer. Partimos luego en *fiacre* y nos encaminamos sin tardanza a casa de mi amada, a quien estaban destinados los puños, los adornos, la sortija. Mi obsequio hizo la mejor impresión, ella se mostró encantadora, se lo probó todo con júbilo, el anillo parecía estar hecho a su medida. Cenamos allí, con gran regocijo, como puedes suponer.

JACQUES.—¿Y también os acostasteis allí?

AMO.—Yo no.

JACQUES.—¿Acaso lo hizo el caballero?

AMO.—Me parece que sí.

JACQUES.—A ese tren de vida no debieron durar mucho vuestros cincuenta luisas.

AMO.—No, claro. Al cabo de ocho días fuimos a casa de Le Brun para ver lo que había producido el resto de las mercaderías.

JACQUES.—Que sería nada o muy poco. Seguro que Le Brun se mostró entristecido, que se desató contra Merval y la damisela de las reverencias, que los tachó de miserables, infames, bribones, que juró de nuevo que nunca más entraría en tratos con ellos y os entregó unos setecientos u ochocientos francos.

AMO.—Más o menos: ochocientas setenta libras.

JACQUES.—Así es que, si mis cálculos son exactos: ochocientas setenta libras de Le Brun, cincuenta luisas de Mathieu o Fourgeot, lo que valían la guarnición, los puños, la sortija... pongamos otros cincuenta luisas... y eso es todo lo que sacasteis de vuestras diecinueve mil setecientas setenta y cinco libras. ¡Por todos los diablos, vaya negocio honrado! Merval tenía razón, no es dado así como así el tratar todos los días con gente tan digna.

AMO.—Te olvidas de contar los puños que el caballero se llevó a precio de coste.

JACQUES.—Porque seguro que el caballero no volvió a hablaros de ello.

AMO.—Reconozco que así fue. ¿Y no dices nada de los dos estuches de oro y el reloj que empeñó Mathieu?

JACQUES.—Es que no sabría qué decir.

AMO.—Entretanto, llegaron los vencimientos de las letras de cambio.

JACQUES.—Pero no llegaron ni vuestros fondos ni los del caballero...

AMO.—Me vi obligado a ocultarme. Informaron a mis padres y un tío mío se vino a París. Presentó una denuncia a la policía contra todos aquellos tunantes; la denuncia fue remitida a un funcionario que era un protector a sueldo de Merval. La respuesta fue que el asunto estaba legalmente en regla y por tanto la policía no podía hacer nada. El prestamista a quien Mathieu había confiado los estuches denunció a Mathieu y yo hube de intervenir en el proceso. Las costas del juicio fueron tan elevadas que aun después de vender el reloj y los estuches de oro faltaban todavía quinientos o seiscientos lises que no pudieron ser pagados.

No vais a creerme, lector, si cuento que un tabernero de mi barrio falleció hace algún tiempo dejando dos pobres huerfanitos de corta edad. El comisario se persona en casa del difunto, cierra el establecimiento con los sellos oficiales. Cuando levantan el sello, se procede al inventario y se subastan los bienes; la venta produce unos ochocientos a novecientos francos, de los cuales hay que descontar las costas del trámite legal, de manera que no quedan más que dos tristes reales para cada huérfano; les ponen a cada uno su par de reales en la mano y los llevan al hospicio.

AMO.—Eso es horrible.

JACQUES.—Y así sigue ocurriendo.

AMO.—A todo esto, mi padre falleció y heredé, así es que pude pagar las letras de cambio y salí de mi escondrijo donde, debo confesarlo en honor del caballero de Saint Ouin y de mi amiga, ambos me hicieron fiel compañía.

JACQUES.—Y ya os estoy viendo tan empecatadamente rendido como antes con el caballero y vuestra dama, y seguro que ella se hacía de valer más que nunca.

AMO.—¿Y eso por qué, Jacques?

JACQUES.—¿Por qué? Pues porque, dueño ya de vuestros actos y en posesión de una saneada fortuna, tenía que hacer de vos el perfecto necio: un marido.

AMO.—A fe mía, creo que tal era su propósito; sólo que no les salió bien.

JACQUES.—O vos sois muy afortunado, o ellos fueron muy torpes.

AMO.—Me está pareciendo que tu voz no es ya tan ronca y que hablas con mayor facilidad.

JACQUES.—Os lo parece, pero no es así.

AMO.—¿Y no podrías reemprender la historia de tus amores?

JACQUES.—No.

AMO.—¿Y en tu opinión yo debo continuar con la historia de los míos?

JACQUES.—Lo que opino es que hagamos una pausa para levantar la cantimplora.

AMO.—¡Cómo! ¡Con lo que te duele la garganta y te has hecho llenar la cantimplora!

JACQUES.—Sí; pero por todos los diablos, llenarla de tisana. Por eso estoy falto de ideas y ando medio atontado, y mientras no haya en la cantimplora más que tisana, atontado seguiré.

AMO.—¿Qué haces?

JACQUES.—Estoy derramando la tisana en el suelo, temo que pueda traernos mala suerte.

AMO.—Estás loco.

JACQUES.—Cuerdo o loco, no ha de quedar en la cantimplora ni una gota de tisana.

En tanto que Jacques vacía su cantimplora, el amo mira su reloj, abre su tabaquera y se dispone a continuar con el relato de sus amores. Y yo, lector, tentado estoy de cerrarle la boca señalándole que a lo lejos viene un viejo militar a caballo, con la espalda encorvada, y que se aproxima a buen trote; o bien una joven campesina con un sombrero de paja y sayas rojas, haciendo el camino a pie o a lomos de un asno. ¿Y por qué el viejo militar no habría de ser el capitán de Jacques, o el compañero del capitán? «Pero si ha muerto...» ¿Así lo creéis? ¿Por qué la joven campesina no podría ser doña Suzon o doña Marguerite, o la simpática mesonera del Gran Ciervo, o la señora Jeanne o incluso su hija Denise? Un escritor de novelas no dejaría de hacerlo; pero a mí no me gustan las novelas, a menos que sean las de Richardson. Yo escribo historia; que esta historia interese o no interese no me preocupa lo más mínimo. Mi intención era ser veraz, y he cumplido. No haré; por tanto, que vuelva de Lisboa fray Jean, y ese obeso prior que viene hacia nosotros en un cabriolé al lado de una mujer joven y bonita, no va a ser el padre Hudson. «¿Pero el padre Hudson no había muerto?» ¿Vos que creéis? ¿Habéis asistido acaso a sus funerales? «No.» ¿No habéis visto, pues, cómo lo enterraban? «No.» Pues entonces estará muerto o vivo, como se me antoje. Sólo de mí dependería que el coche se parase y sacar, junto con el prior y su compañera de viaje, toda una serie de acontecimientos a consecuencia de los cuales os quedaríais sin saber tanto los amores de Jacques como los de su amo. Pero desprecio ese tipo de recursos, pues veo que con un poco de imaginación y de estilo, nada hay más fácil que enjaretar una novela. Quedémonos en la pura verdad, y en espera de que se le pase a Jacques su dolor de garganta, dejemos hablar a su amo.

AMO.—Una mañana, el caballero de Saint Ouin se me presentó todo triste. Era al día siguiente de una de nuestras escapadas campestres: habíamos ido el caballero y su amiga —o la mía, o tal vez de ambos—, su padre, su madre, sus tías, sus primas y yo. Me preguntó mi amigo si no había yo cometido alguna indiscreción que hubiera

puesto sobre aviso a sus familiares acerca de mi pasión, y me puso en antecedentes de que los padres de la doncella, alarmados por mis asiduidades, habían acosado a su hija a preguntas: que si yo iba con buenas intenciones, lo más sencillo era confesarlas; que en esas condiciones, sería un honor para ellos recibirme, pero que si en el plazo de quince días no me explicaba claramente, me rogarían que pusiera fin a unas visitas que llamaban la atención y daban lugar a comidillas, perjudicando a su hija, ya que alejaba de ella a otros partidos ventajosos que podrían presentarse sin temor a una negativa.

JACQUES.—¡Y bien, mi amo! ¿No se lo había oído Jacques?

AMO.—Mi amigo el caballero aún añadió: «¡Quince días! ¡Menguado es el plazo que tenéis! Vos la amáis, ella os ama, ¿qué vais a hacer dentro de esos quince días?». Le respondí sin ambages que me retiraría. «¡Retiraros! ¿Entonces es que no la amáis?» Afirmo yo que sí, y mucho, pero que tengo familia, un apellido, una condición social, ambiciones y no me encontraré de ninguna manera dispuesto a enterrar todos los privilegios en la tienda de una burguesita. «¿Y yo habré de decirles todo eso?» «Si os parece. Pero os confieso, amigo mío, que la súbita y escrupulosa delicadeza de esa gente me asombra. Permitieron que su hija aceptara mis regalos; más de veinte veces me dejaron a solas con ella; la damisela va a bailes, reuniones, espectáculos, paseos por el campo y la ciudad con el primero que le ofrece un buen coche; ellos duermen profundamente mientras que en los aposentos de la joven hacemos música o charlamos; uno frecuenta la casa cuanto quiere y, entre nosotros, caballero de Saint Ouin, en una casa donde se admite a uno, se puede admitir a cualquier otro. Su hija ya tiene fama... No voy a creer ni voy a negar todo lo que de ella se dice, pero estaréis de acuerdo conmigo en que esos padres podían haber pensado un poco antes en velar tan celosamente por el honor de su hija. ¿Queréis que os hable con toda sinceridad? Ellos me han tomado por una especie de bobalicón a quien creían poder llevar como un corderito ante el párroco. Pues se han equivocado. La señorita Agathe me parece encantadora, me tiene sorbido el seso, y creo que bien se echa de ver por los desmedidos dispendios que me está costando. No es que me niegue a continuar, pero ha de ser con la certeza de que no se mostrará tan severa conmigo de ahora en adelante. No tengo ninguna intención de perder eternamente a sus plantas un tiempo, una fortuna y unos suspiros que podría emplear con mayor utilidad en otra parte. Le diréis esto último a Agathe y todo lo anterior a sus padres... Nuestra relación habrá de terminar, a menos que se me permita en otras condiciones y que la señorita Agathe se porte conmigo mejor de lo que hasta ahora se ha portado. Habréis de reconocer, amigo, que cuando me presentasteis en su casa, me hicisteis concebir unas esperanzas que hasta ahora no se han visto justificadas. Caballero de Saint Ouin, me habéis engañado un poco.» «A fe mía, que fui el primero en hacerme ilusiones yo mismo. ¿Quién demonios hubiera podido imaginar que con sus maneras

provocativas, el tono libre y desenfadado de esa cabecita loca, iba luego a resultar tan celosa guardiana de su virtud?»

JACQUES.—¡Demonio, señor, ésa sí que es buena! ¿Así es que por una vez en vuestra vida reaccionasteis bravamente?

AMO.—Hay días en que uno se siente así. Me duraba aún la pesadumbre por la aventura de los usureros y mi obligado retiro en Saint-Jean-de-Latran^[38] para ponerme a salvo de la tal Bridoie, pero me dolían sobre todo los rigores de la señorita Agathe. Estaba ya cansándome de que me diera largas uno y otro día.

JACQUES.—Y después de tan animoso discurso dirigido a vuestro querido amigo el caballero de Saint Ouin, ¿qué hicisteis?

AMO.—Cumplí mi palabra: cesé mis visitas.

JACQUES.—¡Bravo, bravo mio caro maestro!

AMO.—Quince días transcurrieron sin que oyera hablar de ellos para nada, a no ser por el caballero que puntualmente me informaba del efecto que causaba mi ausencia en la familia, y que me animaba a seguir firme en mi decisión. Me decía así:

»—Empiezan a extrañarse, se miran, hablan entre ellos; se preguntan cuáles pueden ser los motivos de descontento que han podido darte. La damisela adopta un papel de dignidad y, con afectada indiferencia que deja traslucir su ofendido enojo, dice: “Ya no vemos por aquí a aquel caballero, seguramente que no quiere dejarse ver... pues sea en buena hora, él sabrá por qué...”. Y da luego un gracioso desplante, se pone a canturrear, va hasta la ventana, vuelve... pero con los ojos enrojecidos y todos comprendemos que ha llorado...

»—¡Que ha llorado!

»—Luego se sienta, coge una labor, intenta bordar, pero no puede. Hablamos los demás, ella permanece en silencio; la queremos alegrar, y se pone malhumorada; le proponemos un juego, un paseo, un espectáculo, y acepta, pero cuando todo está a punto, le gusta más hacer otra cosa que ya le disgusta un instante más tarde... ¡Oh, pero veo que te emocionas! No te diré nada más.

»—Entonces, amigo mío, crees que si yo volviera...

»—Lo que creo es que serías un necio. Hay que mantenerse firme, hay que tener valor. Si volvieras sin ser llamado, estás perdido. A esa gente de poca monta hay que enseñarles a vivir.

»—¿Y si no me llaman?

»—Te llamarán.

»—¿Y si tardan mucho en llamarme?

»—Te llamarán pronto. ¡Por vida de...! Un hombre como tú no se reemplaza tan fácilmente. Si vuelves por tu propia iniciativa, te pondrán mala cara, te harán pagar caro tu despegue, te impondrán las condiciones que quieran, y tendrás que someterte, hincar la rodilla. ¿Qué quieres ser, el amo o el esclavo, y aun el esclavo peor tratado?

Elige. Para hablarte con sinceridad, tu proceder ha sido un poco a la ligera, no sé puede decir que des la impresión de un hombre enamorado; pero, a lo hecho, pecho, y si todavía se puede sacar algún partido, no es cosa de renunciar.

»—¡Ella ha llorado!

»—Pues sí, ha llorado. Y más vale que sea ella quien llore, y no tú.

»—Pero ¿y si no me llama?

»—Te llamará, te lo digo yo. Cuando llego a su casa, no hablo nada de ti, como si no existieras. Empiezan con rodeos, yo les sigo la corriente, hasta que al fin preguntan si te he visto; yo respondo indiferentemente, unas veces que sí, otras que no; pasamos a hablar de otra cosa, pero no tardan en volver a tratar de tu eclipse. La primera palabra viene del padre, o de la madre, o de la tía, o del tío, que dicen, por ejemplo: “¡Después de todas las atenciones que con él tuvimos! ¡Con el interés que pusimos en aquel negocio suyo! ¡Tanta amistad como le ha mostrado mi sobrina! ¡Con las amabilidades de que le colmamos! ¡Tantas muestras de cariño como recibimos de su parte! Para que os fiéis de los hombres... Después de esto, abrid vuestra casa al primero que se presenta... ¡Como para creer en los amigos!”.

»—¿Y Agathe?

»—Reina allí la consternación, te lo aseguro.

»—¿Y Agathe?

»—Agathe me llama aparte y me pregunta: “Caballero, ¿concebís qué puede ocurrirle a vuestro amigo? Me habíais asegurado tantas veces que me amaba y así debíais creerlo. ¿Por qué no lo creeríais? También yo lo creí...”. Y se interrumpe, su voz se altera, sus ojos se empañan de lágrimas... Pero ¡cómo! si a ti te está pasando otro tanto. No te diré nada más, se acabó. Bien se me alcanza lo que estás deseando, pero no has de hacerlo, no, de ninguna manera. Ya que cometiste la necedad de retirarte sin ton ni son, no quiero que lo agraves echándote ahora en sus brazos. Hay que sacar partido del incidente para adelantar algo en tu relación con la señorita Agathe; conviene que vea que no te tiene tan cogido que no pueda perderte, a menos que se las componga mejor para conservarte. ¡Después de todo lo que has hecho por galantearla, estar aún en el besamanos! Pero, dime con toda sinceridad, somos amigos y puedes hablarme sin reservas, ¿de veras que nunca obtuviste nada de ella?

»—Nunca.

»—Me engañas, te haces el pundonoroso.

»—Acaso lo hiciera si motivos tuviese para ello, pero te aseguro que no tengo la dicha de mentirte.

»—¡Es inconcebible! Porque, vamos, tú no eres tan desmañado... ¿Es que no ha habido ni el menor momento de debilidad?

»—No.

»—Será que cuando debilidad hubo, tú no te diste cuenta y la ocasión se perdió.

Me temo que hayas sido un poco inocentón, es lo que suele ocurrirle a los hombres honestos, delicados y tiernos como tú.

»—Pero, vos, caballero —le dije a mi vez—, ¿qué os va en esto? ¿Por qué tanta insistencia?

»—Por nada.

»—¿Nunca habéis tenido con ella pretensiones?

»—Sí, por cierto y, con perdón, hartó duraron. Pero llegaste tú, viste y venciste. No tardé en percibir que a ti te miraba mucho y apenas si me veía a mí, y hube de darme por enterado. Seguimos siendo buenos amigos, me hace sus pequeñas confidencias, a veces sigue mis consejos y, a falta de algo mejor, acepté este papel de subalterno al que por ti quedé reducido.

JACQUES.—Dos cosas se me ocurren, señor: una, que jamás he podido proseguir mi historia sin que un diablo u otro la interrumpiera, en tanto que la vuestra va de corrido. Así es la vida: unos pasan entre los zarzales sin pincharse, otros por más que miren dónde ponen los pies, encuentran abrojos hasta en el mejor camino y llegan al cabo todos desollados.

AMO.—¿Es que has olvidado tu estribillo del gran rollo y la escritura que está allá arriba?

JACQUES.—La otra cosa es que persisto en la convicción de que vuestro caballero de Saint Ouin es un grandísimo tunante y que, después de haberse repartido vuestro dinero con los usureros Le Brun, Merval, Mathieu de Fourgeot o Fourgeot de Mathieu y la Bridoie está tratando ahora de endosaros a su amante, con las mejores intenciones, se entiende, ante cura y notario, a fin de compartir también con vos a vuestra esposa... ¡Ay mi garganta!

AMO.—¿Sabes que estás haciendo algo muy ordinario y muy impertinente?

JACQUES.—Soy muy capaz de ello.

AMO.—Después de tanto quejarte por haber sido interrumpido, eres tú el que interrumpes.

JACQUES.—Es la consecuencia del mal ejemplo que me habéis dado. Una madre admite ser galante, pero desea que su hija sea decente; un padre quiere ser despilfarrador, pero que su hijo sea parco; un amo quiere...

AMO.—Interrumpir a su criado, interrumpirle tanto como le plazca, pero que a él no le interrumpa...

¿No teméis aquí, lector, que vaya a repetirse aquella escena de la posada cuando uno gritaba: «¡Bajarás!», y el otro: «¡No bajaré!»? Poco faltaría para que os hiciera oír: «Interrumpiré», «No interrumpirás». Nada más cierto que a poco que yo hostigara a Jacques o a su amo, tendríamos trifulca; y si por una vez la emprendo, ¿quién sabe cómo terminaría? Pero en honor a la verdad debo decir que Jacques respondió a su

amo con modestia:

—Yo no os interrumpo, señor, es que hablo con vos tal como me habéis dado licencia para hacerlo.

AMO.—Por esta vez, pase; pero no es eso todo.

JACQUES.—¿Qué otra incongruencia puedo haber cometido?

AMO.—Te anticipas al narrador, robándole el placer que se ha prometido de sorprenderte; de modo que, por hacer gala de una sagacidad muy fuera de lugar, adivinas lo que iba a decir y no le queda más remedio que callárselo. Así es que me callo. Jacques. ¡Señor, amo mío!

AMO.—¡Malditos sean los sagaces de muchas luces!

JACQUES.—De acuerdo, pero no tendréis la crueldad de privarme...

AMO.—Reconoce, al menos, que bien merecido te lo tendrías.

JACQUES.—Lo reconozco; pero con todo esto no tenéis sino mirar la hora en vuestro reloj, tomar vuestra ración de tabaco, vuestro mal humor se disipará y podréis continuar vuestra historia.

AMO.—Este botarate hace de mí lo que quiere... Unos días después de aquella entrevista con el caballero de Saint Ouin, apareció éste de nuevo en mi casa con aire triunfal, y así me dijo: «Y bien, amigo mío, ¿creeréis la próxima vez en mis predicciones? Ya os lo anuncié, los fuertes somos nosotros y aquí os traigo una carta de la niña; sí, sí, una carta de ella...». La misiva era tierna: reproches, quejas y demás. Así es que ahí me tienes de nuevo en su casa.

Veo, lector, que suspendéis aquí la lectura. ¿Qué sucede? ¡Ah, sí, creo comprenderos!: madame Riccoboni^[39] no habría dejado de mostraros la misiva. Y seguro estoy de que echáis también de menos aquella carta que la marquesa de La Pommeraye dictó a sus dos devotas, mucho más difícil de redactar que la de Agathe. Aunque yo no presumo de gran talento, creo que no me habría salido del todo mal; mas nada hubiera tenido de original: habría sido como aquellas sublimes arengas de Tito Livio en su *Historia de Roma*, o las del cardenal Bentivoglio en sus *Guerras de Flandes*, que se leen con agrado pero destruyen la ilusión. Un historiador que pone en boca de sus personajes palabras que nunca pronunciaron, también podría atribuirles actos que nunca realizaron. Así, pues, os ruego, lector, que prosigáis la lectura prescindiendo de ambas cartas.

AMO.—Me preguntaron por la razón de mi ausencia, dije lo primero que se me ocurrió; se contentaron con mis explicaciones y todo continuó como antes.

JACQUES.—Es decir, que vos seguisteis con vuestros dispendios y que vuestro negocio amoroso no progresaba más por ello.

AMO.—El caballero me preguntaba si había novedad y daba muestras de

impaciencia.

JACQUES.—Es que acaso de verdad se impacientara...

AMO.—¿Y eso por qué?

JACQUES.—¿Por qué? Pues porque él...

AMO.—Acaba de una vez.

JACQUES.—Me guardaré muy bien de hacerlo, hay que dejar al narrador...

AMO.—Mis lecciones te sirven de provecho, eso me place... Un día me propuso el caballero dar un paseo a solas, y nos fuimos a pasar el día en el campo. Salimos temprano; almorzamos en una hostería; cenamos también; el vino era excelente y bebimos en abundancia, mientras charlábamos de buen gobierno, de religión y de galantería. Nunca el caballero me había mostrado tanta confianza, tanta amistad; llegó a contarme todas las aventuras de su vida con la más increíble franqueza, sin ocultarme ni lo bueno ni lo malo. Bebía, me abrazaba, lloraba de emoción; yo bebía, lo abrazaba, lloraba a mi vez. No había en toda su conducta anterior más que una sola acción que realmente se reprochara y de la que le pesaría el remordimiento hasta la tumba.

»—Caballero, confesadlo a vuestro amigo, eso os aliviará. Vamos, ¿de qué se trata? ¿De algún pecadillo que vuestra delicadeza exagera?

»—No, no —exclamaba el caballero hundiendo la cabeza entre las manos, cubriéndose el rostro de vergüenza—. Es una perfidia, una mancha imperdonable. ¿Lo creeréis? ¡Yo, el caballero de Saint Ouin, he engañado una vez, engañado, sí, engañado a un amigo!

»—¿Y cómo fue?

»—Ambos frecuentábamos, ¡ay!, la misma casa, como vos y yo ahora. Había una joven, tal Agathe; él estaba enamorado de ella, ella me amaba a mí; él se arruinaba en dispendios por ella, y era yo quien gozaba de sus favores. Nunca tuve el valor de confesárselo, pero si nos llegáramos a encontrar, se lo diría todo. Este espantoso secreto que me pesa en lo más hondo del corazón, me ahoga, es una penosa carga de la que necesito librarme.

»—Bien haréis, caballero.

»—¿Me aconsejáis que lo haga?

»—A buen seguro, os lo aconsejo.

»—¿Y cómo suponéis que lo tomará mi amigo?

»—Si es vuestro amigo, si es justo, encontrará vuestra excusa en sí mismo; le conmoverá vuestra sinceridad y vuestro arrepentimiento; os abrazará, hará en suma lo que yo haría en su lugar.

»—¿Así lo creéis?

»—Así lo creo.

»—¿Y eso es lo que vos haríais?

»—No me cabe la menor duda...

»Al instante el caballero se levanta, viene hacia mí, con los ojos arrasados en lágrimas y los brazos abiertos, y me dice:

»—Amigo mío, abrazadme pues.

»—¡Cómo caballero! ¿Sois vos? ¿Soy yo? ¿Es esa bribona de Agathe?

»—Sí, amigo mío, pero no os tomo la palabra, dueño sois de obrar conmigo a vuestra guisa. Si estimáis, como yo, que mi ofensa es imperdonable, no me excuséis; levantaos, dejadme, no volváis a verme sino con desprecio y abandonadme a mi dolor y a mi vergüenza. ¡Ah, amigo mío! ¡Si supierais cómo se había adueñado de mi corazón esa pérfida criatura! Honesto nací, vos mismo juzgaréis cuánto he debido sufrir por el indigno papel al que me ha rebajado. ¡Cuántas veces he apartado mis ojos de ella para miraros a vos, gimiendo por su traición y por la mía! Es inaudito que nunca lo hayáis advertido...

»Mientras tanto, yo permanecía inmóvil cual Término petrificado,^[40] apenas si oía el discurso del caballero. Sólo sabía exclamar:

»—¡Ah, la indigna! ¡Ah, caballero! ¿Vos, vos, mi amigo?

»—Sí, amigo era y lo sigo siendo, puesto que me sirvo de un secreto para libraros de las garras de esa vil criatura, un secreto que lo es más suyo que mío. Lo que me desespera es que no hayáis conseguido nada que pueda desquitaros de todo lo que por ella habéis hecho.

(Aquí Jacques se pone a reír y a silbar.)

¡Pero si esto es *La verdad en el vino*, de Collé! Lector, lector, no sabéis lo que decís; a fuerza de querer mostraros ingenioso, no sois más que un necio. Tampoco se trata de la verdad en el vino, que antes viene a ser, al contrario, la falsedad en el vino. Os he dicho una grosería, lo lamento y os pido por ello perdón.

AMO.—Mi cólera se fue apaciguando poco a poco. Abracé al caballero, que volvió a sentarse, con los codos apoyados en la mesa y los puños cerrados sobre los ojos: no se atrevía a mirarme.

JACQUES.—¡Estaba tan afligido!... ¿Y vos tuvisteis la bondad de consolarlo?...

(Y Jacques se pone de nuevo a silbar.)

AMO.—Me pareció que lo mejor era tomar la cosa a broma. A cada palabra divertida, el caballero, confuso, me decía:

»—No hay otro como vos, sois único; valéis cien veces más que yo. Dudo mucho que yo hubiera tenido la generosidad o la fuerza de perdonar tal injuria, y he aquí que vos os chanceáis. No cabe ejemplo semejante. Amigo mío, ¿qué podría yo hacer para repararlo...? ¡Pero, no, eso es irreparable! Nunca, nunca jamás olvidaré mi crimen y vuestra indulgencia: son como dos marcas que se me quedarán profundamente grabadas para siempre. Me acordaré de la una para detestarme, y de la otra para

admiraros, para acrecentar mi fiel afecto hacia vos.

»—Vamos, vamos, ¡qué ideas son ésas! Exageráis vuestro comportamiento tanto como el mío. Bebamos a vuestra salud. Bueno, pues bebamos a la mía, ya que no queréis que sea a la vuestra...

»El caballero fue poco a poco recobrando ánimo. Me contó todos los detalles de su traición, abrumándose a sí mismo con los más duros epítetos; puso de hoja de perejil a la hija, a la madre, al padre y a las tías, a toda la familia me la describió como un hato de canallas indignos de mí pero hartos dignos de él: tales fueron sus propias palabras.

JACQUES.—Por eso aconsejo yo a las mujeres que no se acuesten jamás con hombres que se emborrachan. No desprecio menos a vuestro caballero por su indiscreción en el amor que por su perfidia en la amistad. ¡Qué diablos! No tenía más que... que ser hombre cabal y hablaros antes de... Pero ¿sabéis, señor? Insisto en que es un miserable, un infame redomado. No sé cómo terminará todo esto, me temo que esté volviendo a engañaros al pretender desengañaros. Sacadme, salir pronto vos mismo, de aquella hostería y librémonos de la compañía de ese hombre...

En esto, Jacques tomó de nuevo su cantimplora, olvidando que no contenía ni tisana ni vino. El amo se echó a reír. Jacques estuvo tosiendo medio cuarto de hora sin parar. Su amo sacó el reloj y la tabaquera y continuó su historia que yo interrumpiré, si así lo deseáis, lector, aunque sólo sea por hacer rabiar a Jacques probándole que no estaba escrito en el cielo, como creía, que siempre sería él interrumpido y que su amo no lo sería nunca.

AMO (*prosiguiendo el relato de su conversación con el caballero*).—«Después de todo lo que acabáis de decirme, espero que no volveréis a ver a esa gente.»

»—¿Yo volver a verlos?... Pero lo que me enoja es irnos sin venganza. Haber traicionado, burlado, escarnecido a un hombre honesto; haber abusado de la pasión y de la debilidad de otro hombre honesto, pues todavía me atrevo a verme como tal, para comprometerle con tantos horrores; exponer a dos amigos a odiarse y acaso hasta darse muerte, pues confesad, mi caro amigo, que de haber descubierto mi indigna duplicidad, vos que sois valeroso, tal vez habríais sentido tanto resentimiento como para...

»—No, no habría llegado a ese punto. Al fin y al cabo, ¿por qué? ¿Y por quién? ¿Por un yerro que nadie está a salvo de cometer? ¿Es acaso mi esposa? ¡Y aun cuando así lo fuera!... ¿Es acaso mi hija? No, es una mísera desvergonzada, y ¿creeréis que por una bribona...? Vamos, amigo mío, dejemos eso y bebamos. Cierto que Agathe es joven, vivaz, blanca, rolliza y apetitosa, tiene las carnes más prietas, ¿no es verdad?, y la piel más suave que puedan darse. Cuán delicioso debe de ser el gozarla y bien me imagino que os sentiríais demasiado dichoso para pensar en vuestro amigo.

»—Cierto que si los encantos de la persona y el placer pudieran atenuar el pecado, no habría bajo la capa del cielo nadie menos culpable que yo.

»—¡Alto ahí, caballero! Retiro algo de lo que he dicho y de mi indulgencia, voy a poner una condición para olvidar vuestra felonía.

»—Hablad, amigo mío, ordenad, decid: ¿debo arrojarme por la ventana, ahorcarme, ahogarme, hundirme este cuchillo en el pecho?...

»Y uniendo la acción a la palabra, el caballero coge un cuchillo que había encima de la mesa, se desabrocha el cuello, abre su camisa y, con ojos extraviados, apoya la punta del cuchillo en el hueco de la clavícula izquierda, en actitud que parecía no esperar sino una orden mía para liquidarse al estilo antiguo.

»—No se trata de eso, caballero, dejad ese vil cuchillo.

»—No he de dejarlo, es lo que merezco: dad la señal.

»—Os digo que dejéis ese vil cuchillo, no pongo tan alto precio a vuestra expiación.

»A todo esto, seguía la punta suspendida sobre el hueco de su clavícula izquierda; le cogí la mano, le arranqué el cuchillo y lo arrojé lejos de mí, tras lo cual acercando su vaso a la botella lo llené hasta el borde y le dije:

»—Bebamos primero y luego sabréis cuál es la terrible condición que impongo a mi perdón. ¿Conque Agathe es tan succulenta, tan voluptuosa?

»—¡Ay, amigo mío! ¡Lástima que no podáis saberlo tan bien como yo!

»—Espera, espera: que nos traigan una botella de Champagne antes de que me cuentes una noche con ella. Traidor encantador, tu absolución te espera al final de ese relato. Vamos, empieza, ¿es que no me oyes?

»—Os oigo.

»—¿Te parece acaso mi sentencia demasiado dura?

»—No.

»—Estás cavilando.

»—Estoy cavilando.

»—¿Qué te he pedido?

»—El relato de una de mis noches con Agathe.

»—Eso es...

»Mientras así decía, el caballero me miraba midiéndome de pies a cabeza y diciéndome para sus adentros: “Es de la misma talla, más o menos de la misma edad, y aunque hubiera alguna diferencia, con la ausencia de luz y habiéndose de antemano imaginado que soy yo, ella no sospechará nada...”.

»—Pero, caballero ¿en qué piensas? ¡Tienes el vaso lleno y estoy esperando que empieces!

»—Pensando estoy, amigo mío, pensado está, decidido: abrazadme, seremos vengados, vaya si lo seremos. Es una infamia por mi parte; pero siendo indigna de

mí, no lo es de esa páfida casquivana. ¿No me pedís la historia de una de mis noches?

»—Sí, ¿es mucho exigir?

»—No, pero ¿y si en lugar del relato lo que os proporciono es la noche?

»—Pues todavía mejor.

(Jacques se pone a silbar.)

»Al punto saca el caballero dos llaves, una pequeña y otra grande.

»—La pequeña —me dijo— es la llave maestra de la calle, la grande es la del gabinete de Agathe. Aquí las tenéis, están las dos a vuestra disposición. He aquí cómo procedo todos los días, desde hace unos seis meses, vos no tenéis sino proceder de igual forma: sus ventanas dan a la calle, como sabéis; mientras las veo iluminadas, me paseo por la calle hasta que una maceta de albahaca por fuera de su ventana me da la señal convenida. Entonces me acerco al portal, abro, entro, cierro, subo con todo sigilo, tuerzo por el pequeño corredor a la derecha; la primera puerta a la izquierda de ese pasillo es la suya, como sabéis. Abro esa puerta con esta llave grande y me meto en el vestidor que hay a la derecha, donde hallo una vela y a su resplandor me desnudo con toda tranquilidad. Agathe deja la puerta de su alcoba entreabierta, así es que entro y me reúno con ella en su lecho. ¿Habéis comprendido?

»—¡Muy bien!

»—Como no estamos solos en la casa, permanecemos en silencio.

»—Y además supongo que tenéis algo mejor que hacer que charlar.

»—En caso de apuro, siempre puedo saltar de la cama y encerrarme en el ropero, pero nunca ha sucedido. Habitualmente solemos separarnos hacia las cuatro de la madrugada. Cuando el placer o el reposo nos entretienen hasta más tarde, nos levantamos al mismo tiempo, ella baja, y yo me quedo en el ropero, me visto, descanso un rato, espero a que se haga hora de dejarme ver. Entonces bajo, saludo, abrazo como si acabara de llegar de la calle.

»—¿Esta noche os espera?

»—Todas las noches me espera...

»—¿Y me cederíais vuestro lugar?

»—De todo corazón. Que prefiráis la noche de verdad al relato, eso no me inquieta mucho; pero lo qué yo desearía es que...

»—Acabad, ¡qué no haría yo por complaceros!

»—Quisiera que os quedarais entre sus brazos por la mañana para que yo pudiera entrar y sorprenderos.

»—¡Oh, no, caballero, no...! ¡Excesiva crueldad sería ésa!

»—¿Excesiva? No soy yo tan malvado como creéis. Antes de entrar, me habría desnudado en el vestidor...

»—Vamos, vamos, caballero, el diablo os anda en el cuerpo. Además, imposible

sería, si me dais a mí las llaves os quedaréis vos sin ellas.

»—¡Ay, amigo mío, qué bobo eres!

»—Paréceme que no tanto...

»—¿Y por qué no habríamos de entrar los dos al mismo tiempo? Vos iríais en busca de Agathe y yo me quedaría en el vestidor hasta que me avisarais con una señal que hubiéramos convenido.

»—A fe mía, eso es tan divertido, tan descabellado, que tentado estoy casi de acceder a ello... Aunque, pensándolo bien, más me gustaría reservar ese engañoso enredo para alguna de las noches siguientes.

¡Ah, ya entiendo, ya! Tenéis intención de que nos vengamos de esa suerte más de una vez...

»—Si os avenís a ello.

»—De buen grado.

JACQUES.—El caballero desbarata aquí todas mis certitudes. Yo imaginaba...

AMO.—¿Imaginabas qué?

JACQUES.—No, nada, podéis continuar, señor.

AMO.—Bueno, pues bebimos, dijimos mil locuras sobre la noche que nos esperaba y las que habrían de seguir, y sobre la que íbamos a elegir para que Agathe se encontrara entre nosotros dos. El caballero de Saint Ouin había recobrado un regocijante buen humor y hay que decir que el tema de nuestra conversación no era precisamente triste. Me prodigó sus consejos de actuación nocturna, no todos igualmente fáciles de seguir; pero como yo había pasado en mi vida buen número de noches bien empleadas, estaba en condiciones de mantener el honor del caballero en mi estreno con Agathe, por muy maravilloso que él se pretendiera. Y vengan detalles de nunca acabar acerca de los talentos, perfecciones y acomodos de la damisela. El caballero sumaba con arte increíble la embriaguez de la pasión a la del vino, y ya nos faltaba tiempo para que llegara el momento de la aventura y de la venganza. Al cabo, dejamos la mesa y pagó el caballero —primera vez que tal cosa hacía— subimos a nuestro carruaje y partimos. Estábamos borrachos, y más aún que nosotros lo estaban el cochero y los lacayos.

Y ahora, lector, ¿quién me iba a impedir que coche, caballos, cochero, criados y amos cayeran a un cenagal? Y si el barranco cenagoso os asusta, ¿quién me privaría de conducirlos, sanos y salvos, a la ciudad, donde haría que topara su coche con otro carruaje en el que irían otros jóvenes ebrios? Se cruzarían palabras injuriosas, se armaría una zaragata, saldrían a relucir las espadas, en fin una pendencia en toda regla. O bien, si no os gustan las peleas, ¿quién me iba a prohibir poner, en lugar de esos jóvenes pendencieros, a la señorita Agathe con una de sus tías? Pero no hubo nada de eso. A París llegaron con bien el caballero de Saint Ouin y el amo de Jacques; éste se puso la ropa de aquél. Ya es medianoche, ambos están bajo las

ventanas de Agathe, las luces se apagan, la maceta de albahaca está donde debe estar. Todavía dan una última vuelta de un cabo a otro de la calle, mientras el caballero recuerda a su amigo la lección de cómo ha de actuar. Se acercan al portal, el caballero abre la puerta, introduce al amo de Jacques, se queda con la llave maestra de entrada, le da al otro la llave del corredor, vuelve a cerrar el portal y se aleja.

Explicadas con laconismo esas minucias, el amo de Jacques tomó de nuevo la palabra y prosiguió así:

AMO.—Yo conocía la casa perfectamente. Subo de puntillas, abro la puerta del corredor, la cierro, entro en el vestidor, donde encuentro, en efecto, el candilillo; me desnudo, veo entreabierta la puerta del aposento, entro, me dirijo a la alcoba, donde espera Agathe despierta. Descorro las cortinas del lecho y al instante dos brazos desnudos me enlazan y me atraen a ella; me dejo llevar, me acuesto, me colma de caricias, a las que correspondo. Y me siento el más feliz mortal que en este mundo pueda haber; y sigo siéndolo aun cuando...

Cuando el amo de Jacques se da cuenta de que éste se ha dormido, o simula que duerme, exclama:

—Estás durmiendo, zopenco, duermes en el momento más interesante de mi historia...

Era ahí, en ese preciso momento, donde Jacques esperaba a su amo.

AMO.—¿Despertarás de una vez?

JACQUES.—No creo.

AMO.—¿Y por qué no?

JACQUES.—Porque si me despierto del todo también pudiera despertarse mi dolor de garganta y pareceme más sensato que ambos descansemos un rato...

Y así diciendo, Jacques dejó caer su cabeza hacia adelante.

AMO.—Te vas a romper la crisma.

JACQUES.—Con toda seguridad si es que está escrito allá arriba. ¿No estabais en brazos de la señorita Agathe?

AMO.—En efecto.

JACQUES.—¿No os halláis muy a gusto?

AMO.—Muy a gusto.

JACQUES.—Pues quedaos ahí.

AMO.—¡Que me quede! Lo dices como si tal cosa...

JACQUES.—Quedaos por lo menos hasta que me entere de qué pasó con aquello del emplasto de Desglands.

AMO.—¡Cómo te vengas, traidor!

JACQUES.—¡Y aunque tal fuere, mi amo! Después de que me habéis cortado el relato de mis amores con incesantes preguntas y no pocas fantasías, sin la menor queja por mi parte, ¿no habría, yo de poder suplicaros que interrumpáis la vuestra

para contarme lo del emplasto de aquel bueno de Desglands, a quien tantos favores debo, pues me sacó de casa del cirujano en el momento justo en que, desprovisto de todo peculio, no sabía qué iba a acontecerme, amén de que en su mansión conocí a Denise...? Denise, sin la cual no os habría dicho ni palabra en todo este viaje... Vamos, mi amo, mi querido amo, desembuchad la historia del emplasto de Desglands; seréis tan breve como gustéis y entretanto, esta modorra que no puedo evitar se irá disipando y podréis entonces contar con toda mi atención.

AMO (*encogiéndose de hombros*).—Había en el vecindario de Desglands una viuda encantadora que tenía algunas cualidades análogas a las de una célebre cortesana del siglo pasado.^[41] Sensata por raciocinio, libertina por temperamento, desconsolada cada mañana por los extravíos cometidos el día anterior, pasó toda su vida oscilando del placer al remordimiento y de la contrición al placer, sin que la práctica del placer acallara el pesar, ni la costumbre del pesar disipara el regusto de los placeres. Yo llegué a conocerla en sus últimos momentos; decía que al fin iba a poder escapar a sus dos grandes antagonistas. Su marido, indulgente para con el único defecto que hubo de reprocharle, la compadeció en vida y la echó de menos largo tiempo después de su muerte. Pretendía el buen señor que tan ridículo hubiera sido impedir a su mujer que amara como impedirle que bebiera, y la perdonaba su crecido número de conquistas en virtud de la delicadeza con que las elegía. Jamás aceptó las atenciones de un necio o de un malvado; los favores que prodigó fueron siempre recompensa del talento o de la probidad. Decir de un hombre que era o había sido amante suyo, era tanto como afirmar que se trataba de un hombre de mérito. Consciente de su propia inconstancia, nunca prometió fidelidad, y decía: «No he pronunciado en mi vida sino un solo falso juramento, el primero». Ya fuera porque se apagara el sentimiento que ella encendiera, o porque feneciera el que un amante le inspirase a ella, la amistad perduraba siempre. No se dio nunca más notable ejemplo de las diferencias que puede haber en la manera de ejercer la probidad y de entender los uso y costumbres. No se podía decir de ella que tuviese lo que se llama buenas costumbres, mas preciso era reconocer que difícilmente se encontraría más honesta criatura. El cura de su parroquia no la veía sino rara vez arrodillada ante los altares, mas en todo momento encontraba su bolsa abierta para los pobres. Decía burlonamente la dama en cuestión que las leyes y la religión eran un par de muletas que no convenía quitarles a quienes eran flojos de piernas. Las mujeres, que mucho temían el trato de la viuda con sus maridos, lo deseaban, en cambio, para sus hijos.

JACQUES (*tras haber murmurado entre dientes: «Ya me pagarás tú este maldito retrato»*).—¿Perdisteis vos la cabeza por esa mujer?

AMO.—La habría perdido, a ciencia cierta, si Desglands no se me hubiera adelantado. Pues Desglands se enamoró de ella...

JACQUES.—Señor, ¿acaso la historia de su emplasto y la de sus amoríos están de

tal modo ligadas que no sea posible separarlas?

AMO.—Se puede separarlas; lo del emplasto es un mero incidente, la historia es el relato de todo cuando aconteció mientras se amaron.

JACQUES.—¿Y acontecieron muchas cosas?

AMO.—Muchas.

JACQUES.—En tal caso, como le deis a cada una la misma extensión que al retrato de la heroína, tendremos historia de aquí a Pentecostés y habremos dado al traste con vuestros amores y con los míos.

AMO.—Pues entonces, Jacques, ¿por qué me hiciste cambiar de rumbo...? ¿No viste en casa de Desglands a un chiquillo?

JACQUES.—¿Un crío malo, terco, insolente y valetudinario? Sí que lo vi.

AMO.—Es un hijo natural de Desglands y de la hermosa viuda.

JACQUES.—Ese chico le va a dar no pocos disgustos. Es hijo único, buena razón para que sea un granuja; sabe que ha de ser rico, otra buena razón para no ser más que un granuja.

AMO.—Y como es valetudinario, no le enseñan nada, no le obligan, no le llevan nunca la contraria: tercera buena razón para que no sea sino un granuja.

JACQUES.—Una noche el muy loco empezó a dar unos gritos inhumanos. Toda la casa se alarma, acuden a ver qué le ocurre: quiere que su papá se levante.

»—Vuestro papá está durmiendo.

»—No importa, quiero que se levante, quiero que se levante, quiero, quiero...

»—Está malo.

»—No importa, tiene que levantarse, quiero que se levante...

»Despiertan a Desglands y echándose por los hombros una bata, llega a la cabecera del niño.

»—Bueno, hijito, ya estoy aquí, ¿qué quieres?

»—Quiero que vengan.

»—¿Quiénes?

»—Todos los que en el castillo están.

»Se les hace venir a todos: amos, criados, invitados, propios y extraños, Jeanne, Denise, yo mismo, con mi rodilla averiada; todos, menos una portera anciana e impedida a quien habían retirado en un chamizo a más de un cuarto de legua del castillo. Pues el niño ordenó que también fueran a buscarla,

»—Pero, hijo, si es medianoche.

»—Yo quiero que venga, lo quiero, lo quiero...

»—Bien sabes que vive muy lejos.

»—Yo quiero, yo quiero...

»—Que es muy viejecita y está tullida, no puede andar.

»—Quiero que venga, lo quiero...

»Y la pobre portera tuvo que ir, la llevaron, mejor dicho, que si hubiera tenido que valerse por sí sola, el camino se lo habría tragado a rastras... Una vez que todos estuvimos reunidos, el niño quiere que lo levanten y lo vistan. Ya está levantado y vestido; ahora se le antoja que pasemos todos al salón y que a él lo coloquen en medio, sentado en el gran sillón de su papá. Dicho y hecho. Ordena entonces que nos cojamos todos de la mano. Lo hacemos. Que bailemos todos en corro, y bailamos en corro. Pero lo más increíble es el final...

AMO.—Espero, Jacques, que me ahorrarás el resto.

JACQUES.—No, no señor, vais a oírlo. ¿Creéis que impunemente me habéis hecho de la madre un retrato de cuatro varas de largo...?

AMO.—Jacques, te consiento demasiado.

JACQUES.—Peor para vos.

AMO.—Me guardas rencor por el largo y aburrido retrato de la tal viuda, mas paréceme que ya te has desquitado con la prolija y fastidiosa historia de las fantasías de su hijo.

JACQUES.—Si tal es vuestra opinión, proseguid la historia del padre; pero basta de retratos, señor, me son odiosos los retratos.

AMO.—¿Y por qué odias los retratos?

JACQUES.—Pues porque son tan poco parecidos al modelo que si por ventura se encuentra uno con los originales, no los reconoce. Contadme los hechos, reproducir fielmente los dichos y no tardaré en saber con quién he de habérmelas. Una palabra, un gesto, me informaron a veces más que el chismorreó de toda una ciudad.

AMO.—Un día, Desglands...

JACQUES.—Cuando estáis ausente, entro algunas veces en vuestra biblioteca y tomo un libro, generalmente un libro de historia...

AMO.—Un día Desglands...

JACQUES.—Y leo muy por encima todos los retratos.

AMO.—Un día Desglands...

JACQUES.—Perdón, mi amo, una vez que la máquina estaba puesta en marcha preciso era que fuese hasta el final.

AMO.—¿Y ya ha llegado?

JACQUES.—Ha llegado.

AMO.—Un día, Desglands invitó a almorzar a la hermosa viuda con algunos nobles de por allí. El reinado de Desglands declinaba, y entre sus invitados había un caballero hacia el que la inconstancia de la dama había empezado a inclinarse. En la mesa, Desglands y su rival estaban sentados uno junto al otro y enfrente de la hermosa viuda. Desglands empleaba todo el ingenio de que era capaz para animar la conversación y dirigía a la dama los más galantes cumplidos, pero ella se mostraba distraída, sin prestar la menor atención a lo que decía, mientras no quitaba los ojos

del otro.

»En un momento dado, Desglands tenía un huevo crudo en la mano cuando, en un arrebato convulsivo producido por los celos, aprieta los puños y... el huevo sale disparado y va a despanzurrarse en la cara de su vecino de mesa; éste hace un ademán con la mano; Desglands detiene la bofetada cogiéndole por la muñeca, pero le dice al oído: “Caballero, la doy por recibida”. Se hace un profundo silencio, la hermosa viuda casi se desmaya... La comida fue triste y breve. Al levantarse de la mesa, llamó la dama a Desglands y a su rival para hablar en un aposento retirado; allí hizo por reconciliarlos cuanto puede decentemente hacer una mujer: suplicó, lloró, se desvaneció, pero todo muy en serio. Estrechaba las manos de Desglands, volvía hacia el otro sus ojos inundados de lágrimas; a éste le decía: “¡Y vos pretendéis amarme!”, y a aquél: “¡Y vos me amabais!...”, y a ambos: “¡Queréis perderme, queréis que sea la comidilla, el objeto del odio y el desprecio de toda la provincia! Sea cual sea el que de ambos quite la vida a su enemigo, yo no volveré a verle nunca jamás, no podrá ya ser ni mi amigo ni mi amante, y desde ahora le guardaré un odio que no se extinguirá sino con mi vida...”. Volvía luego a desfallecer y mientras desfallecía exclamaba: “¡Hombres crueles! Sacad vuestras espadas y clavadlas en mi pecho, si al expiar os veo abrazaros, moriré sin pesar...”. Desglands y su rival ora permanecían inmóviles, ora la prestaban socorro, y de vez en cuando se les saltaban las lágrimas. Empero, hubo al fin que retirarse, dejando a la hermosa viuda en sus aposentos, más muerta que viva.

JACQUES.—¡Ya veis, señor! ¿Qué necesidad tenía yo del retrato que me hicisteis de la tal dama? ¿Acaso no sabría ahora todo lo que antes me dijisteis acerca de ella?

AMO.—Fue al día siguiente Desglands a visitar a su encantadora infiel y la encontró con el rival. Pero los más sorprendidos fueron ellos, al ver que Desglands llegaba con la mejilla derecha cubierta por un gran parche redondo de tafetán negro. Inquirió la viuda:

»—¿Qué es eso?

»DESGLANDS.—No es nada.

»EL RIVAL.—¿Un poco de fluxión?

»DESGLANDS.—Ya se pasará...

»Luego de unos minutos de conversación, salió Desglands y al salir hizo a su rival una seña que éste comprendió muy bien. Bajó a su vez, y ambos fueron a encontrarse, uno por un lado de la calle, otro por el lado opuesto, detrás de los jardines de la viuda; allí se batieron y el rival de Desglands cayó gravemente herido, si bien no de muerte. En tanto que lo trasladan a su casa, Desglands vuelve al lado de la dama, se sienta, comentan todavía el incidente de la víspera. Ella le pregunta qué significa ese enorme y ridículo lunar que le cubre la mejilla. Se levanta él y va a mirarse al espejo, diciendo: “En efecto, lo encuentro un poco grande...”. Y tomando

unas tijeras, se quita el parche de tafetán, lo recorta todo alrededor unos milímetros, se lo vuelve á colocar y dice a la viuda: “¿Qué os parece ahora?”. Y contesta ella: “Pues un par de milímetros menos ridículo que antes”. “Algo es algo”, responde él.

»Sanó el rival de Desglands. Hubo un segundo duelo, en el que volvió a resultar Desglands vencedor, y así cinco o seis veces seguidas. A cada combate ganado, Desglands cortaba otra pizca el redondel de tafetán y volvía a colocarse el resto en la mejilla.

JACQUES.—¿Y cómo terminó esa aventura? Cuando me llevaron al castillo de Desglands juraría que ya no llevaba ese emplasto negro.

AMO.—No. El final de esta aventura no fue sino el de la hermosa viuda, pues el prolongado pesar que sufrió por esa situación acabó por agotar su salud, ya débil y quebrantada.

JACQUES.—¿Y Desglands?

AMO.—Un día que paseábamos juntos, recibe un mensaje, lo abre y dice: «Era un bravo y honesto caballero, pero no podría afligirme por su muerte...». Y al instante arranca de su mejilla el resto de su parche negro, reducido apenas al tamaño de un pequeño lunar, después de tantos duelos.

Y ésta es la historia de Desglands. ¿Ha quedado Jacques satisfecho y puedo esperar que preste atención al relato de mis amores o que reanude la historia de los suyos?

JACQUES.—Ni lo uno ni lo otro.

AMO.—¿Y por qué motivo?

JACQUES.—Porque hace calor, estoy cansado, este lugar es encantador, estaremos muy bien a la sombra deliciosa de esos árboles y podremos descansar tomando el fresco a la orilla de este arroyo.

AMO.—Sea como dices, pero ¿y tu catarro?

JACQUES.—Es de la calorina, y los médicos dicen que los contrarios se curan por los contrarios.

AMO.—Lo cual vale tanto para lo físico como para lo moral. Una cosa he notado asaz singular: que no hay muchas máximas de moral de las que no se saque un aforismo médico y, recíprocamente, pocos aforismos de medicina habrá que no se conviertan en máximas moralistas.

JACQUES.—Debe ser como decís.

Desmontan de los caballos y se tumban en la hierba. Jacques dice a su amo:

—¿Dormís o estáis despierto? Si vos veláis, yo dormiré; si dormís, velaré.

Como contestara el amo:

—Duerme, duerme...

Precisó Jacques:

—¿Puedo contar, pues, con que vos velaréis? Porque esta vez bien podríamos correr el riesgo de perder los dos caballos.

Sacó el amo su reloj y su tabaquera; Jacques se dispuso a dormir, pero se despertaba continuamente sobresaltado y dando palmadas en el aire. Su amo le preguntó:

—¿Contra quién diablos la emprendes?

JACQUES.—Contra las moscas y los mosquitos. Me gustaría que alguien me explicara para qué sirven estos incómodos bichos.

AMO.—¿Y porque tú lo ignoras crees que no sirven para nada? La naturaleza no ha hecho nada inútil ni superfluo.

JACQUES.—Lo creo; puesto que una cosa existe, preciso será que exista.

AMO.—Cuando tienes sangre de sobra o mala sangre, ¿qué haces? Llamas al cirujano para que te haga una sangría. Pues bien, esos bichitos de los que te quejas, son una nube de minúsculos cirujanos alados que vienen con sus diminutas lancetas a sacarte la sangre gota a gota.

JACQUES.—Sí, pero al buen tuntún, sin saber si tengo demasiada sangre o harto poca. Traed a un hético por aquí y ya veréis si los pequeños cirujanos alados se abstienen de picarle. Sólo piensan en ellos mismos, y todo es así en la naturaleza, cada cual obra para sí y nada más que para sí propio. Que esto o aquello perjudique a los demás, nada importa, con tal que uno haga a su gusto... —Y volviendo a palmear en el aire, seguía Jacques rezongando—: ¡Al diablo los pequeños cirujanos alados!

AMO.—¿Conoces, Jacques, la fábula de Garo?^[42]

JACQUES.—Sí.

AMO.—¿Qué te parece?

JACQUES.—Mala.

AMO.—Eso se dice pronto, pero...

JACQUES.—Más pronto se prueba. Si en lugar de bellotas, las encinas dieran calabazas, ¿acaso ese animal de Garo se habría echado a dormir debajo de una encina? Y de no haberse tumbado a la sombra de una encina, ¿qué podía importar para la integridad de su nariz el que cayeran bellotas o calabazas? Eso es lo que habéis de hacer leer a vuestros hijos.

AMO.—Un filósofo de tu mismo nombre no lo quiere así.^[43]

JACQUES.—Cada cual con su opinión; y de todas maneras, Jean-Jacques no es Jacques.

AMO.—Pues tanto peor para Jacques.

JACQUES.—¿Quién puede saberlo antes de haber llegado a la última línea de la página que ocupamos en el gran rollo?

AMO.—¿En qué piensas?

JACQUES.—Pienso que mientras vos me hablabais y yo os respondía, me estabais hablando sin querer y sin querer os respondía yo.

AMO.—¿Y bien?

JACQUES.—Pues que no éramos sino dos auténticas máquinas vivientes y pensantes.

AMO.—Pero ahora, ¿qué pretendes?

JACQUES.—A fe mía que volvemos a lo mismo. En ambas máquinas hay un solo resorte más en juego.

AMO.—¿Y el tal resorte...?

JACQUES.—Que el diablo me lleve si concibo un resorte que funcione sin causa. Decía mi capitán: «A una causa dada, sigue un efecto; de causa desmedrada, flojo efecto; de causa momentánea, efecto de un momento; de causa intermitente, efecto discontinuo; de causa contraria, efecto premioso; de causa que cesa, nulo efecto».

AMO.—Mas paréceme sentir en el fondo de mí mismo que soy libre, del mismo modo que también siento que pienso.

JACQUES.—Mi capitán diría: «Sí; ahora que nada deseáis; pero haced intención de desmontar precipitadamente del caballo».

AMO.—¡Pues bien, me precipitaría al suelo!

JACQUES.—¿Así, tan ricamente, sin reparo, sin esfuerzo, como cuando os viene en gana bajar a la puerta de una hostería?

AMO.—No exactamente igual; pero ¿Qué importa, con tal de que me precipite y me pruebe que soy libre?

JACQUES.—Mi capitán diría: «¡Cómo! ¿Acaso no veis que sin mi contradicción no se os habría antojado nunca romperos la crisma?». Soy yo en este caso quien os agarra por el estribo y os descabalga violentamente. Si vuestra caída prueba algo, no es desde luego que seáis libre, sino que estáis loco. Mi capitán decía también que disfrutar de una libertad que sin motivo alguno pudiera ejercerse, sería la verdadera idiosincrasia del maniático.

AMO.—Mucha sapiencia es ésa para mí. Pero mal que os pese a tu capitán y a ti, seguiré creyendo que quiero cuando quiero.

JACQUES.—Pues si sois y habéis sido siempre dueño de querer, ¿a que no deseáis ahora amar a una mona, y a que no habéis dejado de amar a Agathe cada vez que así lo habríais querido? Mi amo, nos pasamos tres cuartas partes de nuestra vida queriendo y no haciendo.

AMO.—Verdad es.

JACQUES.—Y haciendo sin quererlo.

AMO.—¿Esto me lo podrías demostrar?

JACQUES.—Si me dais permiso.

AMO.—Dado lo tienes.

JACQUES.—Ya le llegará el turno; entretanto, hablemos de otra cosa...

Tras estas frívolas elucubraciones y otras por el estilo, guardaron silencio y Jacques levantó las alas de su enorme sombrero, paraguas cuando hacía mal tiempo; sombrilla cuando hacía calor; cubrecabeza en todo tiempo; tenebroso santuario bajo el cual consultaba al destino una de las mejores seseras que en este mundo han sido, alas que, una vez alzadas, situaban el rostro más o menos a la mitad de su figura total y que, cuando estaban gachas, apenas le dejaban ver diez pasos delante de sí, por lo cual Jacques había tomado la costumbre de ir con la nariz muy levantada, y así podría decirse del sombrero:

*Os illi sublime dedit, coelumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.*^[44]

Jacques, digo, levantó su enorme sombrero y paseando su mirada por la lejanía, columbró a un labriego que estaba tundiendo a palos inútilmente a uno de los dos caballos de la yunta uncida al arado. La caballería, joven y vigorosa, se había tumbado en el surco y por más que el labrador la sacudía tirando de la brida, ni se meneaba; por más que lo acariciaba, le rogaba, le pegaba, lo amenazaba, lo insultaba blasfemando, el animal permanecía inmóvil y tozudamente se negaba a levantarse.

Luego de meditar un rato acerca de tal escena, Jacques dijo a su amo, que también había parado mientes intrigado:

JACQUES.—¿Sabéis, señor, lo que allí está ocurriendo?

AMO.—¿Y qué quieres que ocurra sino lo que estoy viendo?

JACQUES.—¿No lo adivináis?

AMO.—No. ¿Y tú qué es lo que adivinas?

JACQUES.—Adivino que ese estúpido, orgulloso y holgazán animal vivió antes en la ciudad y que, envanecido por su primera condición de caballo de montar, desprecia el arado. Para deciros todo en una palabra: que es la imagen de vuestro caballo, el símbolo de Jacques, aquí presente, y de tantos otros cobardes malandrines, que abandonaron el campo para irse a vestir librea en la capital y que aun preferirían mendigar el pan por las calles, o morirse de hambre, antes que volver a la agricultura, el más útil y noble de los menesteres.

El amo se echó a reír y Jacques, dirigiéndose al labriego que no podía oírle, decía: «Dale, dale cuanto quieras, desdichado; ya se ha hecho a ello y más de una tralla de tu látigo habrás de gastar antes que logres inspirar a ese vil jamelgo un poco de auténtica dignidad y de gusto por el trabajo...». El amo seguía riéndose. Jacques, movido tanto por la impaciencia como por la compasión, se levanta, se dirige hacia el

labriego y, no había dado aún doscientos pasos cuando, volviéndose, le grita a su amo:

—Venid, señor; venid presto. ¡Es vuestro caballo!

Y lo era, en efecto. Así que el animal reconoció a Jacques y a su amo, se levantó por sí solo, se sacudió las crines, relinchó, se encabritó y acercó tiernamente su belfo al de su compañero. Mientras tanto, Jacques gruñía, indignado, entre dientes: «¡Pillo, granuja, gandul! No sé cómo me retengo de darte veinte patadas...». El amo, en cambio, lo besaba, le pasaba una mano por los ijares, con la otra le palmeaba suavemente la grupa y casi llorando de alegría, exclamaba: «¡Mi caballo! ¡Mi pobre caballo, mira que haberte encontrado!».

El labriego, que no comprendía nada de nada, les dijo así: «Veo, caballeros, que este caballo os ha pertenecido, pero no por ello deja ahora de ser mío legítimamente: lo compré en la pasada feria. Si queréis llevároslo por dos tercios de lo que por él pagué, me haríais un gran favor, pues no hay quien le saque ningún provecho. Cada vez que hay que hacerle salir de la cuadra, se pone como un demonio; cuando hay que engancharlo, aún es peor; en cuanto llega al campo se tumba y más se dejaría moler a palos que tirar un minuto de la collera o soportar un costal en los lomos. Caballeros, por caridad ¿podríais libramme de este maldito animal? Es un caballo de buena estampa, sí, pero no sirve sino para piafar bajo un jinete, y no es ése el negocio que yo necesito...». Le propusieron un trueque con el que mejor le conviniera de los dos caballos que llevaban; aceptó el hombre y nuestros dos viajeros volvieron a paso lento al lugar en que habían descansado y desde allí pudieron comprobar, con satisfacción, cómo el caballo cedido al labrador se avenía sin hacerle ascos a su nuevo estado.

JACQUES.—Y bien, mi amo, ¿qué os parece?

AMO.—Nada más cierto que tú eres un iluminado. ¿Es Dios o es el demonio quien te inspira? Eso lo ignoro. Jacques, mi querido amigo, mucho me temo que tengáis el diablo en el cuerpo.

JACQUES.—¿Y por qué el diablo?

AMO.—Porque obráis prodigios y vuestra doctrina es harto sospechosa.

JACQUES.—¿Qué hay de común entre la doctrina que se profesa y los prodigios que se realizan?

AMO.—Ya veo que no habéis leído a Dom La Taste.

JACQUES.—¿Y qué dice ese dómine a quien, por supuesto, no he leído?

AMO.—Dice que tanto Dios como el demonio hacen milagros.

JACQUES.—¿Y cómo distinguir los milagros de Dios de los milagros del demonio?

AMO.—Por medio de la doctrina. Si la doctrina es buena, los milagros se deben a Dios; si es mala, los milagros vienen del diablo.

Jacques se puso aquí a silbar, antes de añadir:

—¿Y quién habrá de enseñarme a mí, pobre ignorante, si la doctrina del hacedor de milagros es buena o es mala? Ea, señor, montemos de nuevo en nuestras cabalgaduras. ¿Qué puede importarnos que sea por obra y gracia de Dios o que se deba a Belcebú el haber recobrado vuestro caballo? ¿Se va a desmedrar por ello?

AMO.—No. Sin embargo, Jacques, si estuvierais poseído por el demonio...

JACQUES.—¿Qué remedio habría para eso?

AMO.—El remedio sería, en espera de que venga el exorcismo, sería... poner os a régimen de agua bendita como única bebida...

JACQUES.—¡Agua yo, señor! ¡Jacques bebiendo agua bendita! Antes preferiría que se me quedaran en el cuerpo mil legiones de demonios a tener que beber una gota de agua, bendita o no bendita. ¿Es que todavía no habéis reparado en que soy hidrófobo?

¡Ah! ¡Hidrófobo! ¿Jacques ha dicho *hidrófobo*? No, lector, he de confesar que la palabra no es suya, Pero os desafío a leer, con tan exacerbado sentido crítico, cualquier escena de comedia o de tragedia, un solo diálogo por bien construido que esté, sin tropezar con la palabra del autor en boca de su personaje. Lo que Jacques dice es: «Señor ¿es que todavía no habéis reparado en que la sola vista del agua me pone rabioso...?». Pues bien, al decirlo de diferente manera que él, he sido menos verídico, pero más breve.

Montaron a caballo, pues, y Jacques dijo a su amo:

—En la historia de vuestros amores os habíais quedado cuando, luego de haber por dos veces gozado con Agathe, os disponíais quizá a una tercera...

AMO.—Cuando he aquí que se abre de repente la puerta del corredor. Se llena el aposento de un tropel de gentes que entra en tumulto, veo luces, oigo voces de hombres y mujeres hablando todos al mismo tiempo. Alguien descorre con violencia las cortinas del lecho, y percibo al padre, a la madre, a las tías, a los primos, a las primas y a un comisario que gravemente les decía: «Señores, señoras, nada de alborotos: es flagrante delito. Este señor es un caballero, sólo hay un medio de reparar el daño y el señor preferirá prestarse a cumplir de buen grado antes que verse obligado por las leyes...».

A cada palabra le interrumpían el padre y la madre, que me inundaban de reproches, y los primos y primas que dirigían los insultos menos delicados a Agathe, la cual se tapaba la cabeza con las sábanas. Yo me había quedado atónito y no acertaba a decir nada. El comisario, dirigiéndose a mí irónicamente, dijo: «Caballero, muy a gusto estáis ahí, mas preciso es que ahora tengáis por grato el levantar os y vestiros...». Y así lo hice, pero con mis propias ropas, que entretanto habían sido puestas en el lugar de las de mi amigo Saint Ouin. Acercaron una mesa y el comisario se dispuso a levantar acta. Mientras tanto, la madre parecía no poder contenerse ni

agarrada entre cuatro, para no matar a su hija, y el padre la apaciguaba: «Teneos, mujer mía, teneos, de nada serviría dar una tunda a vuestra hija. Todo se arreglará de la mejor manera...». Los demás se habían dispersado por las sillas de la habitación, adoptando las distintas actitudes del dolor, de la indignación, de la ira. El padre, de vez en cuando, reconvenía a su mujer: «Ya veis, ya veis lo que ocurre por no vigilar la conducta de una hija...». Y la mujer replicaba: «Con ese aspecto tan bondadoso y tan honesto, ¿quién hubiera podido pensarlo de este caballero!». El resto de la familia guardaba silencio. Una vez levantada el acta, me la leyeron, y como no contenía sino la verdad, la firmé y bajé con el comisario, quien muy cortésmente me rogó que subiera a un carruaje que aguardaba a la puerta, desde donde me condujeron, no sin nutrido cortejo, directamente a For-l'Évêque.

JACQUES.—¡A la prisión de For-l'Évêque!

AMO.—A la prisión. Y siguió un ignominioso proceso. Se trataba nada menos que de casarme con la señorita Agathe, los padres no querían avenirse a ninguna suerte de acomodo. La misma mañana que siguió a mi encarcelamiento, el caballero de Saint Ouin fue a verme, enterado de toda la situación: Agathe estaba desolada; sus padres furibundos; a él le abrumaban con los peores reproches por el pérfido amigo que había introducido en su casa, y le consideraban el primer causante de su infortunio y de la deshonra de su hija; aquella pobre gente daba lástima... Había él solicitado hablar con Agathe en privado, lo que al fin pudo obtener no sin dificultades. Agathe quería sacarle los ojos y le había dirigido los más odiosos insultos. De antemano él se lo esperaba, así es que dejó que se desahogaran sus furores para intentar luego hacerla entrar en razón; pero la razón que la joven aducía —explicaba el caballero— era tal que yo no sabría oponer réplica: «Mi padre y mi madre me han sorprendido con vuestro amigo: ¿hay qué enterarles también que al acostarme con él creía yo acostarme con vos?». A lo cual respondía el caballero: «Pero, con toda sinceridad, ¿creéis que deba mi amigo casarse con vos?», y la damisela contestaba: «No, sois vos el indigno, sois vos el infame, el que debería estar condenado a hacerlo». En éstas dije yo al caballero de Saint Ouin:

»—¡Pero si sólo de vos depende que yo salga de este malhadado entuerto!

»—¿Y cómo?

»—¡Cómo! Pues confesando la cosa tal como fue en verdad.

»—Así he amenazado a Agathe que lo haría, pero por cierto que no he de hacerlo. Es poco probable que tal medio nos fuera de utilidad y, en cambio, a buen seguro que nos cubriría de infamia. Además, culpa vuestra es.

»—¡Culpa mía!

»—Sí, culpa vuestra. Si hubierais aceptado la; travesura que yo os proponía, habríase visto Agathe sorprendida entre dos hombres y todo habría terminado, en pura irrisión. Pero no ha sido así, y de lo que se trata es de salir de este mal paso.

»—Bueno, vamos a ver, ¿podrías explicarme, caballero, un pequeño incidente? ¿Cómo mi traje fue sacado y el vuestro colocado en el vestidor? A fe mía que por más vueltas que le doy, tal misterio me conturba. Esto me da que sospechar de Agathe y se me ocurre que bien pudo percatarse de la superchería y que hubo entre ella y sus padres una cierta connivencia.

»—Acaso os vio alguien cuando subíais, lo cierto es que no bien os hubisteis desnudado, a mí me mandaron mi traje y me pidieron el vuestro.

»—Eso se ha de aclarar con el tiempo...

»Así estábamos el caballero de Saint Ouin y yo afligiéndonos, consolándonos y acusándonos, insultándonos y pidiéndonos perdón mutuamente, cuando entró el comisario. El caballero palideció y salió presuroso. Era aquel comisario un hombre de bien, de los que hay alguno que otro: al releer en su casa el acta levantada la noche anterior, recordó que había antaño estudiado con un joven que llevaba mi mismo apellido, y se le ocurrió que tal vez podía ser yo pariente o incluso hijo de aquel antiguo compañero de colegio y, mira por donde, estaba en lo cierto. Su primera pregunta fue para saber quién era el hombre que había salido huyendo al entrar él.

»—No salía huyendo, simplemente se iba. Es mi amigo íntimo, el caballero de Saint Ouin.

»—¡Amigo vuestro! ¡Pues valiente amigo tenéis! ¿Sabéis, señor, que él en persona vino a avisarme? Venía acompañado del padre y de otro pariente.

»—¡Él!

»—El mismo.

»—¿Estáis seguro de eso?

»—¡Y tan seguro! Mas ¿cómo lo habéis nombrado?

»—Caballero de Saint Ouin.

»—¡Ah, el caballero de Saint Ouin! No podía ser menos... ¿Pues sabéis quién es vuestro amigo íntimo el caballero de Saint Ouin? Un estafador, un hombre fichado por cientos de fechorías. Si la policía deja en libertad a esta clase de individuos es sólo porque a veces prestan algún servicio. Son malhechores y delatores de malhechores, y parece ser que resultan más útiles por los males que previenen o revelan que dañinos por el mal que ellos ocasionan.

»Le conté entonces al comisario mi triste aventura, tal como había sucedido, y no la vio con demasiado optimismo, pues cuanto podía absolverme no se podía alegar ni demostrar ante un tribunal. No obstante, se encargó de apelar al padre y a la madre, de someter a la hija a severo interrogatorio, de informar debidamente al magistrado, y de no descuidar la menor cosa que pudiera servir para mi justificación, pero sin dejar de advertirme que si aquella gente estaba bien asesorada, poco iba a poder ventilar la autoridad

»—¡Cómo, señor comisario! ¿Me voy a ver forzado al matrimonio?

»—¡El matrimonio! Muy duro sería eso, aunque no es lo que más me temo; pero habrá que indemnizar por daños y perjuicios y en un caso como éste la estimación es considerable...

»Mas ¿qué hay, Jacques? Parece que tienes algo que decirme.

JACQUES.—Sí, quería decir que vos fuisteis, en efecto, más desventurado que yo, que pagué y no me acosté. Por lo demás, creo que hubiera comprendido mejor vuestra historia si es que Agathe hubiera estado preñada.

AMO.—No desistas tan pronto de tu conjetura, que el comisario me hizo saber poco después de mi detención, que Agathe había ido a hacer ante él una declaración de embarazo.

JACQUES.—Y así os encontráis siendo padre de un niño...

AMO.—Al que no he perjudicado en nada.

JACQUES.—Pero al que tampoco habíais hecho.

AMO.—Ni la protección del magistrado ni todos los buenos oficios del comisario pudieron impedir que ese asunto siguiera el curso de la justicia; mas como la hija y los padres tenían mala reputación, no tuve que casarme en la misma prisión. Fui condenado a una multa considerable, a los gastos del parto y a costear la manutención y la educación de un niño que era fruto de los hechos del caballero de Saint Ouin, a quien, por otra parte, se parecía como un retrato en miniatura. Fue un chico, la señorita Agathe dio a luz un hermoso crío entre el séptimo y el octavo mes de la cuenta declarada; lo pusieron con una buena ama, cuyas mensualidades he venido pagando hasta ahora.

JACQUES.—¿Qué edad vendrá a tener vuestro señor hijo?

AMO.—Va para los diez años. Lo he dejado todo este tiempo en el campo, donde el maestro de escuela le ha enseñado a leer, a escribir y a contar. No está lejos del lugar a donde vamos, voy a aprovechar la ocasión para pagar a quienes lo cuidan, llevarme al chico y ponerlo a que aprenda un oficio.

Una vez más Jacques y su amo hicieron noche por el camino. Estaba ya demasiado próximo el término del viaje para que Jacques reanudara la historia de sus amores y, por otra parte, su dolor de garganta distaba mucho de haberse pasado. Al día siguiente llegaron a... «¿Adónde?» Palabra que no lo sé. «¿Y qué iban a hacer allí a donde iban?» Todo cuanto os plazca. ¿Acaso creéis, lector, que el amo de Jacques contaba sus asuntos a todo el mundo? Sea como fuere, no requerían una estancia más prolongada de una quincena. ¿Terminaron bien, terminaron mal aquellos negocios? Esto es lo que todavía sigo ignorando. Jacques sanó de su afección de garganta gracias a dos remedios que le resultaban antipáticos: la dieta y el reposo.

Una mañana, el amo dijo a su criado: «Jacques, ensilla y pon la brida a los caballos, y llena tu cantimplora, hemos de ir a donde ya sabes...». Dicho y hecho. Así

es que los tenemos de nuevo en ruta, encaminándose hacia el lugar donde se criaba, desde hacía diez años, a expensas del amo de Jacques, el hijo del caballero de Saint Ouin. A cierta distancia de la venta donde habían pernoctado, el amo se dirigió a Jacques con estas palabras:

—¿Qué opinas, Jacques, de mis amoríos?

JACQUES.—Que hay escritas en el cielo muy extrañas cosas. He aquí que nace un niño, y ¡Dios sabe en qué condiciones! ¿Quién podría predecir el papel que ese pequeño bastardo va a jugar en el mundo? ¿Quién sabe si no habrá nacido para hacer la ventura o la malaventuranza de un imperio?

AMO.—Te respondo que no ha de ser así. Haré de él un buen tornero o un buen relojero. Se casará, tendrá hijos que seguirán torneando a perpetuidad patas de sillas en este mundo nuestro.

JACQUES.—Sí, siempre y cuando eso esté escrito en el cielo. Mas ¿por qué no podría salir un Cromwell del taller de un tornero? Aquel que hizo cortar la cabeza a su rey, ¿no había salido de la tienda de un cervecero? ¿Y no se dice hoy que...?

AMO.—Dejemos eso. Ahora ya te encuentras bien y conoces la historia de mis amores; en conciencia, Jacques, no puedes negarte a reanudar el relato de los tuyos.

JACQUES.—Todo se opone a ello. En primer lugar, el menguado camino que nos queda por hacer; en segundo lugar, he olvidado en qué punto habíamos quedado; en tercer lugar, tengo un condenado presentimiento de que esta historia no debe concluirse, que ese relato nos ha de traer mala suerte y que no bien lo haya reemprendido, será interrumpido por una catástrofe dichosa o desventurada.

AMO.—Si ha de ser dichosa, tanto mejor.

JACQUES.—Por supuesto, pero tengo para mí que va a ser infortunada.

AMO.—¡Infortunada! Sea, pues; pero, que hables o guardes silencio, ¿dejará por eso de acontecer?

JACQUES.—¿Quién puede saberlo?

AMO.—Jacques, naciste con dos o tres siglos de retraso.

JACQUES.—No, señor, nací a tiempo, como todo el mundo.

AMO.—Habrías sido un buen augur.

JACQUES.—No sé con exactitud qué es eso de augur, ni me preocupa el saberlo.

AMO.—Es uno de los capítulos más importantes de tu tratado sobre la adivinación.

JACQUES.—Verdad es, pero hace ya tanto tiempo que fue escrito, que no recuerdo ni una palabra. Mirad, señor, ahí tenéis quien sabe más que todos los augures, las ocas fatídicas y las sagradas gallinas de la República: la cantimplora. Consultemos con la cantimplora.

Tomó Jacques la cantimplora y la estuvo consultando largo rato. Su amo sacó el reloj y la tabaquera, vio qué hora era, tomó su rapé acostumbrado, y Jacques dijo al cabo:

—Ahora me parece que veo menos negro el destino. Decidme dónde habíamos quedado.

AMO.—Estabas en el castillo de Desglands con tu rodilla un poco mejorada, y Denise encargada por su madre de cuidarte.

JACQUES.—Denise fue obediente. La herida de mi rodilla se había casi cerrado, incluso pude bailar en corro la noche aquella del dichoso niño; aunque, sin embargo, me acometían de vez en cuando unos dolores inauditos. Se le ocurrió al cirujano del castillo, que sabía bastante más que su colega anterior, que aquellos sufrimientos que tan pertinazmente se repetían, no podían ser causados sino por la permanencia de un cuerpo extraño que hubiese quedado en las carnes después de la extracción de la bala. Obrando en consecuencia, se presentó una mañana en mi habitación, hizo que arrimaran una mesa a mi cama y cuando descorrieron las cortinas vi aquella mesa llena de instrumentos cortantes, a Denise sentada a mi cabecera y llorando a lágrima viva, a su madre en pie, de brazos cruzados y con afligida expresión, al cirujano sin casaca, las mangas de la camisa remangadas, y la mano derecha armada con un bisturí.

AMO.—Me asustas.

JACQUES.—También yo me asusté. Pero el cirujano me dijo:

»—Amigo mío ¿no estáis ya cansado de tanto padecer?

»—Muy cansado.

»—¿Queréis acabar con los dolores y salvar vuestra pierna?

»—Sí, por cierto.

»—Pues sacadla por fuera de la cama y dejadme trabajar a mi guisa.

»Presento mi pierna, el cirujano sostiene el bisturí apretando el mango entre los dientes, pasa mi pierna por debajo de su brazo izquierdo, la sujeta con fuerza, toma el bisturí con la mano, introduce la punta en mi herida y me hace una incisión ancha y profunda. Yo ni pestañeeé siquiera, pero Jeanne volvió la cabeza y Denise dio un agudo grito y se mareó.

Hizo aquí Jacques un alto y consultó de nuevo con la cantimplora. Las consultas eran tanto más frecuentes cuanto cortas eran las etapas del camino o, como dicen los geómetras, en razón inversa a las distancias. Y tan exacto era en la medición, que llenándola siempre al salir, llegaba al final de la etapa cabalmente vacía. Los constructores de carreteras habrían hecho de la cantimplora de Jacques un excelente odómetro. Hay que decir que cada acometida a la cantimplora tenía, por lo general, su razón de ser; la de esta vez era para que Denise volviera en sí de su desmayo y poder

él mismo reponerse del dolor que la incisión del cirujano le había producido. Vuelta en sí Denise y él reconfortado, Jacques continuó.

—Aquella enorme sajadura dejó al descubierto el fondo de la herida, de donde extrajo el cirujano con sus pinzas un minúsculo jirón de mis calzones que allí había quedado y cuya presencia entre mis carnes era lo que causaba mis dolores e impedía la cicatrización. Desde esa operación, mi estado mejoró rápidamente gracias a los cuidados que Denise me prodigaba: se acabaron los dolores y la fiebre, recobré el apetito, el sueño, las fuerzas. Denise me hacía las curas con hábil precisión e infinita delicadeza. Había que ver la mano ligera y atenta con que levantaba el entablillado y los vendajes, su temor de causarme el menor daño, la habilidad con que limpiaba mi herida. Yo me sentaba en el borde de la cama, ella se ponía con una rodilla en tierra y extendía mi pierna encima de su muslo que yo, a veces, apretaba un poco; apoyándome con una mano en su hombro, la miraba hacer con una ternura que, si no me equivoco, también ella compartía. Terminada la cura, le cogía las manos, le daba las gracias, me quedaba sin saber qué decirle ni cómo testimoniarle mi gratitud; ella permanecía en pie junto a mi cama, con los ojos bajos, y me escuchaba en silencio. No pasaba buhonero por el castillo sin que yo comprase algo para ella: unas veces era una pañoleta, otras veces unas varas de indiana o de muselina, una cruz de oro, unas medias de algodón, una sortija, un collar de granates... Pero una vez hecha la compra, mi apuro era cómo ofrecérselo y el de ella aceptarlo. Primero se lo mostraba, lo que fuere, y si le gustaba, le decía: «Denise, lo he comprado para vos...». Cuando aceptaba, temblaba mi mano al presentárselo y la suya al recibirlo. Un día, no sabiendo qué ofrecerle, compré unas ligas de seda recamadas de blanco, rojo y azul, con un emblema. Por la mañana, antes de que ella llegara, las puse en el respaldo de la silla junto a mi cama. En cuanto llegó, exclamó Denise:

»—¡Oh! ¡Qué ligas tan bonitas!

»—Son para mi amada.

»—¿Tenéis una amada, señor Jacques?

»—Claro que la tengo, ¿no os lo había dicho?

»—No. Será sin duda muy amable...

»—Muy amable.

»—¿Y la amáis mucho?

»—Con toda mi alma.

»—¿Y ella también os quiere tanto como vos?

»—Eso no lo sé. Estas ligas son para ella y a su vez me ha prometido un favor que me va a volver loco, creo, si es que me lo concede por fin.

»—¿Y qué favor es ése?

»—Que de esas dos ligas, una la he de abrochar yo con mis manos.

»Denise se sonrojó, se dejó engañar por mis palabras y suponiendo que las ligas

estaban destinadas a otra, se entristeció y empezó a cometer torpeza tras torpeza. Buscaba cuanto necesitaba para hacerme la cura y, teniéndolo delante de los ojos, no lo encontraba; derramó el vino que había puesto a calentar; se acercó a mi lecho para curarme, me cogió la pierna con manos temblorosas, deshizo el vendaje de cualquier manera y cuando hubo de escaldar la herida, se le había olvidado todo lo necesario; fue por ello y procedió a la cura, pero mientras lo hacía vi que lloraba.

»—Denise, juraría que estáis llorando, ¿qué tenéis?

»—No, no me pasa nada.

»—¿Acaso alguien os ha disgustado?

»—Sí.

»—¿Y quién es el malvado que ha podido causaros pesar?

»—Sois vos.

»—¿Yo?

»—Sí, vos.

»—¿Y cómo he podido incurrir en eso?

»En lugar de responderme, Denise volvió la mirada hacia las ligas.

»—¡Ah, vamos! ¿Es eso lo que os hace llorar?

»—Sí...

»—Ea, Denise, no lloréis más, las he comprado para vos.

»—¿De veras, señor Jacques? ¿Es cierto lo que decís?

»—Y tan cierto que aquí las tenéis. Tomad.

»Y así diciendo, se las ofrecí las dos, pero retuve una; al instante se escapó una sonrisa entre sus lágrimas. La tomé por el brazo, la acerqué a mi cama, tomé uno de sus pies y lo apoyé en el borde, levanté sus faldas hasta las rodillas, donde se las sujetaba apretadas con ambas manos; besé su pierna, abroché la liga que me había quedado y, apenas se la hube puesto, he aquí que entra Jeanne, su madre.

AMO.—Una visita inoportuna.

JACQUES.—Puede que sí, puede que no. En lugar de reparar en nuestra turbación, no vio más que la liga que su hija tenía en la mano, y exclamó:

»—¡Qué liga tan preciosa!, pero ¿dónde está la otra?

»—En mi pierna —respondió Denise—. El señor Jacques me ha dicho que las había comprado para su amada, y yo he creído que eran para mí. Como ya me he puesto una, ¿no es verdad, madre, que debo quedarme con la otra?

»—¡Ah, señor Jacques! Denise tiene razón, una liga sola no hace el par y no iréis ahora a quitarle la que ya lleva puesta.

»—¿Por qué no habría de hacerlo?

»—Porque Denise no lo querría, ni tampoco yo.

»—Pues hagamos un convenio: le abrocharé la otra en vuestra presencia.

»—No, no, eso no es posible.

»—Entonces, que me las devuelva las dos.

»—Tampoco eso es posible.

Pero en esto, Jacques y su amo han llegado a la entrada del pueblo donde iban a ver al hijo y a los que criaban al hijo del caballero de Saint Ouin, de modo que Jacques interrumpió su relato, y su amo dijo:

—Desmontemos y hagamos aquí una pausa.

—¿Por qué?

—Porque según todas las apariencias estás llegando al cabo de tus amores.

—No del todo.

—Una vez que se ha llegado a la rodilla, poco trecho queda por hacer...

—Mi amo, Denise tenía el muslo más largo que cualquier otra.

—Sea como fuere, desmontemos.

Descabalgan, pues, primero Jacques y aprestándose diligente a sostener la bota de su amo; mas no bien hubo éste puesto el pie en el estribo, cuando se desatan las correas y el jinete volcándose hacia atrás hubiera ido a parar bruscamente al suelo de no haberlo recibido su criado en los brazos.

AMO.—¡Vamos, Jacques! ¿Es así como cuidas de mí? Poco ha faltado para que me rompiera las costillas, o un brazo, o que me abriera la cabeza, o acaso que me matara.

JACQUES.—¡Sí que hubiera sido esa gran desgracia!

AMO.—¡Cómo dices, deslenguado malandrín! Aguarda, aguarda, que voy yo a enseñarte a hablar...

Y el amo, luego de haberse dado dos vueltas en la muñeca al cordel de su látigo, se pone a perseguir a Jacques, y Jacques a correr alrededor del caballo, ríe que te ríe. El amo renegando, blasfemando, echando chispas de rabia, empieza también a dar vueltas detrás de Jacques, vomitando contra él un torrente de insultos. Duró la carrera hasta que ambos, empapados de sudor y agotados de cansancio, se detuvieron cada uno a un lado del caballo, Jacques jadeante y sin parar de reír, el amo jadeando y lanzándole miradas furibundas. Empezaban a recobrar el aliento cuando Jacques preguntó a su amo:

—¿Mi señor amo lo reconocerá ahora?

AMO.—¿Y qué quieres que reconozca, perro, bribón, infame, sino que eres el más malvado de los criados y yo el más desdichado de los amos?

JACQUES.—¿No ha quedado demostrado bien a las claras que siempre actuamos sin querer? Decidme, señor, con el corazón en la mano: de cuanto habéis dicho y hecho desde hace media hora, ¿hay algo que de verdad hayáis deseado? ¿No habéis sido un muñeco entre mis manos y no habríais seguido siendo mi polichinela durante un mes, si yo me lo hubiese propuesto?

AMO.—¡Cómo! ¿Era un juego?

JACQUES.—Un juego.

AMO.—¿Y sabías tú que se iban a romper las correas?

JACQUES.—Así lo había yo amañado.

AMO.—¿Y era eso el hilo que movías por encima de mi cabeza para hacerme agitar a tu fantasía?

JACQUES.—¡Cabalmente!

AMO.—¿Y tu insolente respuesta estaba premeditada?

JACQUES.—Premeditada.

AMO.—Eres un peligroso granuja.

JACQUES.—Decid que, gracias a mi capitán que un día se divirtió a mi costa con este pasatiempo, decid más bien que soy un sutil razonador.

AMO.—¿Y si a pesar de todo me hubiera herido?

JACQUES.—Estaba escrito allá arriba y en mis previsiones que no sucedería tal.,

AMO.—Bueno, pues sentémonos aquí, tenemos necesidad de un descanso.

Se sentaron, y Jacques exclamó:

—¡Mala peste de estúpido!

AMO.—Supongo que te refieres a ti mismo.

JACQUES.—Sí, a mí, que no he reservado otro trago más en la cantimplora.

AMO.—No lo lamentes demasiado, me lo habría bebido yo, estoy muerto de sed.

JACQUES.—¡Pues mala peste del doblemente estúpido por no haber guardado dos tragos!

El amo suplicándole que continuara su relato para engañar el cansancio y la sed; Jacques negándose; el amo poniéndose mohíno; Jacques dejándose poner mala cara, hasta que al fin, no sin haber protestado por la desgracia que aquello iba a acarrearles, se avino Jacques a reanudar la historia de sus amores, diciendo así:

—Un día de fiesta en que el señor del castillo estaba de cacería...

Tras estas breves palabras se interrumpió Jacques de pronto, para luego añadir:

—No, no podría, me es imposible seguir adelante; tengo la sensación de que la mano del destino me agarra por la garganta, y siento que me aprieta. Por Dios, señor, permitid que me calle.

—¡Bueno! Pues cállate y ve a preguntar a la primera casa del lugar, esa que ahí se ve, dónde vive la gente que buscamos...

Era la puerta de al lado, y allí se dirigen llevando cada uno su caballo por las riendas. De pronto, se abre el portillo y aparece un hombre, el amo de Jacques da un grito y se echa mano a la espada, y lo mismo hace el hombre en cuestión. Los dos caballos se espantan al entrechocar las espadas, el de Jacques rompe la brida y se

escapa en el instante mismo en que el caballero contra quien su amo se batía cae muerto en el suelo. Acuden los aldeanos, el amo de Jacques monta con presteza y se aleja a galope tendido. A Jacques lo prenden, le atan las manos a la espalda y lo conducen ante el juez del pueblo, que lo manda a la cárcel.

El hombre muerto a manos del amo era el caballero de Saint Ouin: el azar lo había conducido, precisamente aquel día, a casa de la nodriza de su hijo, junto con Agathe, quien se mesaba los cabellos sobre el cadáver de su amante. El amo de Jacques estaba ya lejos, se le había perdido de vista mientras Jacques, por el camino del juzgado a la prisión, se decía: «No podía por menos de suceder así, escrito estaba allá arriba».

Y yo, por mi parte, aquí me paro, pues ya he dicho de esos dos personajes todo cuanto sabía. «¿Y los amores de Jacques?» Cien veces dijo Jacques que escrito está allá arriba que él no habría de concluir su historia, y veo que Jacques tenía razón. Paréceme, lector, que eso os molesta; pues bien, reanudad el relato ahí donde él lo dejó, y proseguidlo a vuestro antojo, según vuestra fantasía, o bien id a visitar a la señorita Agathe y averiguad cuál es el lugar en donde Jacques está preso. Intentad ver a Jacques, preguntadle: no se hará mucho de rogar para daros satisfacción, hablar le distraerá de su enfadosa situación.

Según unas memorias —que buenas razones tengo para tomar por sospechosas— yo podría seguramente suplir lo que aquí faltara; mas ¿para qué? Tan sólo cabe interesarse por aquello que se cree cierto. Sin embargo, como sería temerario pronunciarse sin un sesudo examen sobre los coloquios entre Jacques el fatalista y su amo, la obra más importante que se haya publicado desde el *Pantagruel* de maese François Rabelais y la vida y aventuras del *Compadre Mathieu*,^[45] me dispongo a leer esas memorias con toda la circunspecta prudencia y toda la imparcialidad de que soy capaz, y al cabo de ocho días prometo dar mi juicio definitivo, a reserva de que tenga que retractarme si alguien más inteligente que yo viniera a demostrarme que me he equivocado.

El editor añade: pasó la octava, leí las memorias citadas. Respecto al manuscrito que obra en mi poder, hallo en aquél tres párrafos más, de los cuales el primero y el tercero me parecen originales, en tanto que el de en medio ha sido evidentemente intercalado. He aquí el primero, que supone una segunda laguna en la conversación de Jacques y de su amo.

Un día de fiesta en que el señor del castillo estaba de cacería y el resto de sus invitados habían ido a la misa de la parroquia, distante un buen cuarto de legua, Jacques estaba ya levantado y Denise sentada a su lado. Ambos guardaban silencio, parecían estar enfurruñados y, en efecto, lo estaban. Jacques había echado mano de

todos los recursos posibles para que Denise se decidiera a hacerle plenamente dichoso, pero Denise se había resistido con firmeza. Tras un largo silencio, Jacques le dijo en tono duro y amargo, llorando a lágrima viva:

—¡Es que vos no me amáis!

Al oír esto, Denise se levanta visiblemente contrariada, toma a Jacques por un brazo, lo lleva con brusquedad hasta el borde de la cama, se sienta y dice:

—¡Conque no os amo, señor Jacques! Pues bien, señor Jacques, haced con la desdichada Denise cuanto os venga en gana...

Y así diciendo, rompe en llanto y en sollozos que la ahogan.

Decidme ahora, lector, ¿qué hubierais hecho vos en lugar de Jacques? ¡Pues nada! Y nada, efectivamente, es lo que hizo. Dulcemente llevó a Denise de nuevo a su silla, se arrojó a sus pies, enjugó las lágrimas que de sus ojos fluían, le besó las manos, la consoló, la tranquilizó, se convenció de que ella le quería tiernamente, y a esa ternura se atuvo en tanto llegaba el momento en que Denise se dignara recompensarle de la suya. Tal comportamiento conmovió sensiblemente a la joven.

Se podría objetar que Jacques, si estaba a los pies de Denise, mal podía apañarse para enjugarle los ojos... a menos que la silla fuese en verdad muy baja. El manuscrito no lo precisa, pero es de suponer.

He aquí el segundo párrafo, copiado de la vida de *Tristram Shandy*, a menos que el coloquio de Jacques el fatalista y su amo sea anterior a dicho libro, en cuyo caso el plagiarlo sería el pastor Sterne, lo cual se me hace difícil de creer, y esto porque profeso particular estima al señor Sterne, a quien distingo de la mayor parte de los literatos de su país, que practican con harta frecuencia la costumbre de robarnos e insultarnos.

Otro día, entró Denise a curar a Jacques. Era por la mañana temprano, todo el castillo dormía aún, Denise se acercó temblorosa. Llegada a la puerta del cuarto de Jacques, se había detenido, indecisa, pensando si debía o no entrar. Entró al fin, toda trémula, y permaneció largo rato junto al lecho de Jacques sin atreverse a descorrer las cortinas. Luego, las entreabrió suavemente y dio a Jacques los buenos días con voz temblorosa, y temblando le preguntó cómo había pasado la noche y si se encontraba mejor. Jacques contestó que no había podido cerrar los ojos, que había sufrido, y todavía seguía sufriendo, de una molesta picazón en la rodilla. Denise se ofreció a aliviarle: tomó un trocito de franela mientras Jacques extendía su pierna fuera de la cama, y la joven empezó a frotar con la bayeta por debajo de la herida, primero con un dedito, luego con dos, con tres, con cuatro, con toda la mano. Jacques la miraba hacer y se embriagaba de amor. Se puso después Denise a frotar con la franela sobre la misma herida, cuya cicatriz se veía bastante enrojecida, primero con un dedito, luego con dos, con tres, con cuatro, con toda la mano. Pero no bastaba con haberle

calmado aquella comezón más abajo de la rodilla y la rodilla misma, había que rascar también más arriba, donde se manifestaba muy agudamente. Denise colocó la bayeta por encima de la rodilla y frotó con no poca firmeza, primero con un dedito, luego con dos, con tres, con cuatro, con toda la mano... Jacques no había dejado un instante de mirarla y su pasión crecía de tal modo que, sin poder resistir más, se precipitó sobre la mano de Denise y... la besó.

Ahora bien, lo que no deja ningún lugar a duda sobre el plagio es lo que sigue. El plagiario añade:

Si no estáis satisfecho con lo que yo os revelo acerca de los amores de Jacques, hacedlo vos, me avengo a ello. Sea cual fuere la manera en que lo tratéis, seguro estoy que habéis de darle el mismo fin que yo le doy. «Te equivocas, insigne calumniador, no lo acabaré como tú: Denise no sucumbió.» ¿Y quién dice lo contrario? Jacques se precipitó a cogerle la mano, y se la besó, besó esa mano. Sois vos quien tiene el espíritu impuro y entendéis lo que no se ha dicho. «¿Así, pues, no besó más que su mano?» Ciertamente: Jacques era demasiado sensato para abusar de aquella a quien deseaba tomar por esposa, se hubiera con ello despertado una desconfianza que habría podido emponzoñarle el resto de su vida. «Pero... en el párrafo anterior se dice que Jacques había intentado por todos los medios convencer a Denise para que le hiciera plenamente dichoso...» Es que al parecer no había decidido aún que fuera su mujer.

El tercer párrafo nos muestra a Jacques, nuestro pobre fatalista, con grilletes en pies y manos, tirado en la paja al fondo de una mazmorra oscura, acordándose de todo cuanto había aprendido de los principios filosóficos de su capitán, y no lejos de pensar que tal vez un día echaría de menos aquella morada infecta, tenebrosa, donde le tenían a pan negro y agua y donde estaba obligado a defenderse contra el ataque de los ratones y las ratas. Según ese relato, estaba Jacques sumido en sus meditaciones cuando las puertas de la prisión y las de su calabozo son de pronto derribadas, se ve puesto en libertad junto con una docena de bandidos y, de golpe, enrolado con ellos en la banda de Mandrin.^[46] Entretanto, los gendarmes que siguieron la pista del amo de Jacques le habían dado alcance, lo habían prendido y encerrado en otra prisión. Puesto en libertad gracias a los buenos oficios del comisario que tan bien se había portado con él cuando sus primeras tribulaciones, vivía retirado desde hacía un par de meses o tres en el castillo de Desglands. Así estaban las cosas y quiso entonces el azar devolverle un servidor que era casi tan esencial para su felicidad como su reloj y su tabaquera. No había vez que tomara su porción de rapé o que mirase la hora sin que suspirase: «¿Qué habrá sido de mi pobre Jacques?».

Mas he aquí que una noche, la banda de Mandrin asalta el castillo de Desglands;

Jacques reconoce la mansión de su bienhechor y de su amada; intercede y libra al castillo del pillaje. A renglón seguido, se lee la descripción conmovedora del reencuentro inesperado de Jacques, su amo, Desglands, Denise y Jeanne.

—¡Eres tú, amigo mío!

—¡Sois vos, mi querido amo!

—¿Cómo es que te encuentras tú entre esas gentes?

—¿Y vos, a qué debo el hallaros aquí?

—¿Sois vos, Denise?

—¿Sois vos, señor Jacques? ¡Ay, si supierais cuánto os he llorado!

Y mientras así se alborozaban, Desglands ordenaba:

—¡Que traigan vasos y buen vino, aprisa, aprisa! ¡Es él quién nos ha salvado la vida a todos!

Unos días después, el viejo guarda del castillo falleció; le dieron la plaza a Jacques y no tardó en casarse con Denise, con la cual anda ahora muy bien ocupado en hacer discípulos de Zenón y de Spinoza. Lo vemos bienquerido por Desglands, gozando del tierno cariño de su amo, adorado por su mujer; pues que así es como todo eso estaba escrito allá arriba.

Hay quien ha querido persuadirme de que el amo y Desglands se enamoraron ambos de Denise. No puedo asegurar lo que de verdad hay en ello; mas seguro estoy que por las noches Jacques se decía para sus adentros: «Si está escrito allá arriba que habías de ser cornudo, por más que hagas, Jacques, cornudo serás; y si, por el contrario, está escrito que no lo serás, ya pueden intentar lo que quieran, que no vas a serlo. Así, pues, duerme tranquilo, amigo...». Y Jacques se dormía.

Notas

[1] La frase es en realidad del escritor Laurence Sterne: en su libro *Tristram Shandy* la pone en boca del rey Guillermo, quien, convencido de que el destino está trazado de antemano, decía a sus soldados que cada bala tenía su billete. <<

[2] La localidad de Fontenoy (actualmente territorio belga) es célebre por la batalla en que el mariscal francés Mauricio de Sajonia venció a la coalición de ingleses, holandeses y austríacos (11 de mayo de 1745). <<

[3] Pierre Dufouart y Antoine Louis fueron realmente dos célebres cirujanos, el segundo colaborador de la famosa *Enciclopedia* de la que Diderot fue principal artífice. <<

[4] Diderot comete aquí un error: la frase citada —que, en efecto, ha pasado al lenguaje corriente— no la dice Harpagon (el Avaro) sino Geronte en *Les Fourberies de Scapin*. <<

[5] Alusión al Hotel Jaback, célebre almoneda de joyas, bisutería y objetos de lujo. Por extensión se daba el nombre de jaback a esos artículos y era de buen tono llevar «un auténtico jaback». <<

[6] Referencia a las hermanitas de la Caridad, que en Francia llevaban hábito azul agrisado. <<

[7] Se refiere a Historia de Cleveland, hijo natural de Cromwell, o el filósofo inglés, novela del abate Prévost. <<

[8] La pacotilla era cierta cantidad de mercancía que los pasajeros y la tripulación de un barco podían transportar sin pagar. <<

[9] Se refiere a los *gardes de la Ferme*, según el sistema de recaudación de impuestos que el rey encomendaba a particulares (los *Fermiers Généraux*) mediante una suerte de contrata. <<

[10] Referencia a Avellaneda, autor de una segunda parte del *Quijote*, y a Niccolò Forteguerri, autor de *Ricciardetto*, poema burlesco parodiando el *Orlando Furioso* de Ariosto. <<

[11] El *Jardin du Roi* fue creado por iniciativa de los médicos de Luis XIII, destinado principalmente a jardín botánico. Durante algún tiempo albergó cátedras de Farmacia, Anatomía y Cirugía, y se hacían demostraciones públicas y gratuitas; más tarde el naturalista Buffon lo convirtió en activo centro científico. Con el nombre de *Jardin des Plantes* engloba un Museo de Historia Natural, parque zoológico, biblioteca y parque público. <<

[12] Existió un célebre cirujano que entró en la orden de los fuldenses de San Bernardo con el nombre de fray Cosme, aunque también puede referirse a la cirugía en general, de cuya especialidad es patrón san Cosme. <<

[13] Libras y francos eran valores equivalentes: 20 sueldos (*sous*) de cobre. <<

[14] Voltaire pretendió abolirla denominación *cul-de-sac* (culo de saco), que le parecía grosera, por *impasse*. <<

[15] Bicêtre: localidad próxima a París donde había un vasto asilo que acogía, en pésimas condiciones, a vagabundos, enfermos mentales y delincuentes de poca monta. Modernizado y ampliado posteriormente, hoy es uno de los más grandes hospitales de París. <<

[16] El Temple, antiguo convento de templarios, lo mismo que la abadía de Saint-Germain-des-Prés, gozaban del derecho de asilo. <<

[17] Se refiere a la obra de Goldoni *Le bourru bienfaisant*, escrita en francés y estrenada en París. <<

[18] Establecimiento para la educación de jóvenes nobles sin fortuna, fundado por madame de Maintenon y Luis XIV. <<

[19] Término mundano para designar pequeñas mansiones retiradas que se destinaban, por lo general, a citas amorosas y residencia de entretenidas. <<

[20] El apellido Le Bossu, que significa en francés «el jorobado», permite un juego de palabras en la respuesta de la mesonera. <<

[21] Referencia a mando de una compañía en la jerarquía militar. <<

[22] Inventario de los beneficios eclesiásticos. <<

[23] Simón-André Tissot fue un médico suizo, autor de un popularizado libro: *Avis au peuple sur sa santé*. <<

[24] Plaza de París —donde luego se erigió el *Hôtel de Ville* (Ayuntamiento)— en la que se cumplían públicamente las ejecuciones. <<

[25] Referencia a la bula *Unigenitus*, dictada por el papa Clemente XI contra el jansenismo. <<

[26] Así se denominaban las mazmorras donde se encerraba, generalmente a perpetuidad, a los frailes o monjas culpables de conducta escandalosa. <<

[27] Alexis Piron, dramaturgo y poeta licencioso, en oposición al abate Vatri que era, al contrario, un distinguido helenista. <<

[28] En la obra *Ricciardetto*, de Forteguerra, a Ferragus lo castra Reinaldo y en su agonía se le presenta el diablo mostrándole sus perdidos atributos viriles, para tentarle y perderle. <<

[29] Bigre: buscada derivación de *bougre*, término grosero e injurioso muy empleado en tiempo de Diderot. Actualmente de uso menos corriente y ha perdido su significación peyorativa. <<

[30] Se refiere a Charles-André Boulle, ebanista del rey, de quien todavía persiste la fama: por analogía a *boule* (bola) que puede aquí interpretarse como alusión obscena.

<<

[31] Comparación entre Guillermo el Conquistador y el personaje engañado en la *Farce de Maître Pathelin*, texto anónimo del siglo xv. <<

[32] Se refiere a William Pitt, conde de Chatham, ministro de Jorge III, pero no parece que sea cierta la anécdota referida. <<

[33] Alusión a un rico romano, Hostius Quadra, quien, según describía Séneca, utilizaba espejos cóncavos para exaltar sus placeres. No era esclavo sino de su avaricia y su frenesí carnal. <<

[34] Poema burlesco de Voltaire sobre Juana de Arco. <<

[35] «Nuestra obra es lasciva, pero nuestra vida honesta», cita sacada de los *Epigramas* de Marcial. <<

[36] Todo ese pasaje se refiere burlescamente a las descripciones que hace Rabelais sobre el culto de la «divina botella». <<

[37] Habitantes de la región de Périgord. Diderot hace un juego de palabras aplicando ese gentilicio, por analogía fonética, a los aficionados a la *gourde* o cantimplora. <<

[38] Iglesia que gozaba de derecho de asilo. <<

[39] Novelista y actriz muy de moda por aquel entonces. <<

[40] En la mitología romana, dios protector de límites y fronteras, se representaba como una estatua sin brazos ni piernas, a modo de mojón de piedra. <<

[41] Se trata sin duda de Ninon de Lenclos quien, no obstante su vida de cortesana inconstante, fue amiga, admirada y respetada, de muchos hombres y mujeres notables de la época. Su salón fue un foco de atracción para escritores y espíritus liberales. <<

[42] En las Fábulas de La Fontaine, el personaje Garo estima que Dios ha hecho mal el mundo al poner pequeñas bellotas en las grandes encinas y grandes calabazas en modestas matas; pero al caerle una bellota en la nariz, reconoce la sabiduría divina. El razonamiento de Jacques rectifica irónicamente la fábula de Garo. <<

[43] Se refiere a Jean-Jacques Rousseau que hizo acerbos críticas a las fábulas de La Fontaine. <<

[44] Texto de las Metamorfosis de Ovidio: «Dio al hombre un rostro en lo alto del cuerpo y le hizo que mirase al cielo alzando el semblante hacia los astros». <<

[45] *Le Compère Mathieu ou les Bigarrures de l'esprit humain*, novela licenciosa de Henri-Joseph Laurens. <<

[46] Louis Mandrin fue un bandolero muy célebre que gozó de bastante simpatía y complicidad del pueblo, pues en principio respetaba la propiedad privada y robaba preferentemente a los recaudadores y patrimonios reales. <<